

# EN LA TORMENTA

TAYLOR ADAMS



Lectulandia

Es el día de Nochebuena y Darby Thorne atraviesa sola en coche el inhóspito paisaje de Colorado para ir a visitar a su madre que tiene que operarse urgentemente. Han tenido una desagradable discusión telefónica y Darby quiere llegar a tiempo para hacer las paces antes de que su madre entre en quirófano.

Pero una fuerte tormenta de nieve la sorprende y la obliga a detenerse en un motel de carretera donde el teléfono no funciona y hay cuatro desconocidos que también se han visto obligados a detenerse por la tormenta.

Cuando Darby descubra a una niña encerrada en una furgoneta, víctima de lo que es claramente un secuestro, sabe que solo cuenta con su astucia y su valor para rescatarla. Porque uno de esos cuatro extraños tiene que ser el secuestrador, pero ¿cuál? Y ¿alguno de ellos estará dispuesto a ayudarla?

**Lectulandia**

Taylor Adams

# **En la tormenta**

**ePub r1.0**

**Karras** 27-07-2019

Título original: *No exit*  
Taylor Adams, 2017  
Traducción: Mercè Diago

Editor digital: Karras  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

Mensaje

Crepúsculo

19.39 h

20.17 h

Noche

21.25 h

21.39 h

22.41 h

23.09 h

23.55 h

Medianoche

00.01 h

00:04 h

00:09 h

01.02 h

01.09 h

01.23 h

02.16 h

02.56 h

La hora bruja

03.33 h

03.45 h

04.05 h

04.26 h

04.55 h

05.44 h

06.01 h

Amanecer

06.15 h

06.22 h

Borrador (no enviado)

Epílogo

Sobre el autor

*Para Riley*

# Mensaje

Enviado: 23/12, 18.52 h  
A: Fat\_Kenny1964@gmail.com  
De: amagicman13@gmail.com

Lo haremos esta noche. Después necesitaremos un sitio donde dormir durante unas cuantas semanas. Y necesito saber a ciencia cierta que estás preparado para lo que hablamos. Envíame las cantidades. Luego elimina este correo y yo eliminaré el tuyo.

Estoy colgado en un área de descanso de algún lugar perdido de Colorado, la tormenta de nieve es cada vez más intensa y estoy a punto de hacer una cosa que no tiene vuelta atrás.

Ah, y feliz Navidad.

# CREPÚSCULO

19.39 h

*23 de diciembre*

—Que te den, Bing Crosby.

Darby Thorne había ascendido ya nueve kilómetros por el puerto de montaña de Backbone Pass cuando se le rompió el limpiaparabrisas y la voz de bajo-barítono entraba en el segundo estribillo. Estaba bien claro: Crosby tendría unas blancas Navidades. Ahora ya podía quedarse calladito.

Giró el dial de la radio con el pulgar (nada aparte de interferencias) y observó el aleteo que hacía el brazo del limpia, como si tuviera una muñeca fracturada. Se planteó parar para engancharlo con cinta aislante, pero el arcén de la carretera había desaparecido bajo unos muros de hielo sucio que la flanqueaban a izquierda y a derecha. De todos modos, le daba miedo parar. Hacía una hora y media, cuando pasaba por Gypsum a toda velocidad, caían copos de nieve grandes aunque enclenques, que se habían vuelto más pequeños y compactos a medida que ganaba altitud. Ahora resultaban hipnóticos bajo los faros del coche en marcha, un parabrisas de estrellas que se difuminaban a la velocidad de la luz.

Según el último aviso que se había cruzado, era obligatorio llevar cadenas.

Darby no tenía cadenas para la nieve. Todavía no, por lo menos. Era su segundo año en la Universidad del Colorado en Boulder y nunca se había planteado aventurarse fuera del campus más allá de Ralphie's Thriftway. Recordó regresar precisamente de ahí a pie el mes anterior, medio borracha, con un grupo de conocidos de su residencia, y cuando uno de ellos le preguntó (aunque le importara más bien una mierda) dónde pensaba pasar las vacaciones de Navidad, Darby le respondió sin tapujos que haría falta un milagro divino para hacerla regresar a su casa, en Utah.

Pues parecía que Dios la había escuchado, porque había bendecido a la madre de Darby con un cáncer de páncreas en fase terminal.

Se enteró ayer.

A través de un SMS.

RASCA-RASCA.

La hoja doblada del limpia volvió a golpear el cristal, pero los copos estaban lo bastante secos y el coche circulaba a suficiente velocidad como para mantener el parabrisas limpio. El verdadero problema era la nieve que se acumulaba en la carretera. Las líneas divisorias amarillas ya estaban ocultas por varios centímetros de blancura recién caída y Darby notaba cómo los bajos del Honda Civic iban rascando contra la superficie a intervalos regulares. Sonaba como una tos húmeda, un poco peor a cada paso. La última vez había notado que el volante le vibraba entre las manos, que lo sujetaban con fuerza. Si el paisaje seguía empolvándose, se quedaría allí tirada, a dos mil setecientos metros por encima del nivel del mar con un cuarto de depósito de gasolina, sin cobertura de móvil y con sus pensamientos atribulados como única compañía.

Y también, suponía, con la voz estridente de Bing Crosby, que canturreó el último estribillo mientras Darby daba un sorbo al Red Bull templado.

RASCA-RASCA.

Todo el trayecto igual, una obligación borrosa y con ojos inyectados en sangre a través de kilómetros de estribaciones y llanuras cubiertas de maleza. Sin tiempo para parar. Lo único que había comido en todo el día era ibuprofeno. Se había dejado encendida la lámpara del escritorio de su habitación, pero no se dio cuenta hasta salir del aparcamiento de Dryden, y entonces estaba demasiado lejos para volver. Sabor ácido en la garganta. Escuchando los temas de Pirated Schoolyard Heroes y My Chemical Romance en bucle en el iPod (ahora sin batería). Letreros verdes que pasaba a toda velocidad con calcomanías descoloridas de comida rápida. Boulder se había desvanecido por el retrovisor trasero alrededor del mediodía, y luego la silueta neblinosa de Denver con su flota de *jets* en tierra y, por último, el pequeño Gypsum tras una pantalla de copos de nieve en caída libre.

RASCA-RASCA.

*White Christmas* de Bing Crosby se apagó y sonó la siguiente canción navideña. Ya las había escuchado todas dos veces.

El Honda dio una fuerte sacudida hacia la izquierda. El Red Bull le salpicó en la falda. El volante se le quedó rígido entre las manos y forcejeó contra él durante un segundo con el estómago encogido («gira con el patinazo, gira con el patinazo») antes de recuperar el control del vehículo y seguir cuesta arriba, aunque perdiendo velocidad. Perdiendo tracción.

—No, no, no.

Pisó el acelerador.

Los neumáticos de uso universal se agarraron y se soltaron en la nieve fangosa, que zarandeaba el coche con violencia. El capó despedía humo.

—Venga ya, Blue...

RASCA-RASCA.

Llamaba Blue al coche desde la época de instituto. Ahora rozaba el acelerador, en busca del efecto sensorial de la tracción. Por el retrovisor vio cómo se levantaban un par de chorros de nieve, de un rojo encendido por efecto de los faros traseros. Un fuerte traqueteo, los bajos de Blue que volvían a rascar contra la superficie nevada. El coche patinó y coleó, convertido en una especie de barco y...

RASCA...

La hoja del limpiaparabrisas izquierdo se rompió y se desprendió dando un giro.

Se le cayó el alma a los pies.

—¡Oh, mierda!

En esos momentos los copos de nieve se adherían al hemisferio izquierdo del parabrisas y se acumulaban con rapidez en el cristal desprotegido. Había perdido demasiada velocidad. En cuestión de segundos la visión de la carretera estatal 7 había quedado reducida a un túnel y Darby golpeó el volante. Sonó el claxon, que nadie oyó.

«Así muere la gente —advirtió estremecida—. En una tormenta de nieve, la gente queda atrapada en zonas rurales y se queda sin gasolina».

«Mueren congelados».

Dio un sorbo al Red Bull, ya vacío.

Apagó la radio, se inclinó hacia el asiento del pasajero para ver la carretera e intentó recordar cuándo había visto un vehículo por última vez. ¿Cuántos kilómetros hacía? Era un quitanieves naranja con las letras CDOT (Departamento de Transporte de Colorado) estarcidas en la puerta, arrimado al carril izquierdo y soltando una nube de esquirlas de hielo. Hacía por lo menos una hora. Todavía había sol.

Ahora el sol no era más que un farol gris que se deslizaba entre los picos recortados mientras el cielo se apagaba con tonos morados. Los abetos helados iban convirtiéndose en siluetas recortadas. Las llanuras oscurecían y se asemejaban a lagos de sombra. Según el cartel de la estación de servicio Shell que había pasado cincuenta kilómetros atrás, la temperatura era de quince grados bajo cero. Ahora sería incluso inferior.

Entonces lo vio: en una barrera de nieve a su derecha, un cartel verde medio enterrado. Se le fue revelando poco a poco hasta que los faros

delanteros y sucios del Honda lo iluminaron con un destello: 365 DÍAS DESDE EL ÚLTIMO ACCIDENTE MORTAL.

Probablemente la cuenta no estuviera actualizada por culpa de la tormenta de nieve, pero le pareció fantasmagórico de todos modos. Un año exacto, lo que convertía esa noche en una especie de aniversario sombrío. Le afectó de manera personal, como uno de sus calcos de lápidas.

Delante de ella, otra señal.

ÁREA DE DESCANSO PRÓXIMA.

Vista una, vistas todas.

Una estructura alargada (centro de visitantes, lavabos, tal vez un pequeño colmado o cafetería gestionada por voluntarios) acomodada entre abetos azotados por el viento y laderas rocosas agrietadas. Un mástil desnudo. El tocón de un viejo árbol en forma de tambor. Una multitud de estatuas de bronce enterradas hasta la cintura; arte financiado por los contribuyentes en honor a algún médico o pionero local. Y una zona de aparcamiento improvisada con unos pocos coches estacionados, otros conductores atrapados como ella, esperando la llegada de las quitanieves.

Darby había pasado por docenas de áreas de descanso desde Boulder. Algunas mayores, la mayoría mejores, todas menos aisladas. Pero, por lo que parecía, aquella era la que el destino le adjudicaba.

¿CANSADO?, preguntaba un cartel azul. CAFÉ GRATIS EN EL INTERIOR.

Y otro más nuevo, que lucía el sello del águila de Seguridad Nacional de la época de Bush: SI VES ALGO, CUÉNTALO.

El último letrero, situado al final del carril de salida, tenía forma de «T». Dirigía a los camiones y autocaravanas hacia la izquierda y a los vehículos de menor tamaño hacia la derecha.

Darby estuvo a punto de pasar por encima del cartel.

Ahora no veía nada a través del parabrisas por culpa de la gran cantidad de nieve. El limpia de la derecha también había empezado a fallarle, y por eso, sacando el brazo por la ventanilla, había abierto un círculo en el cristal con la palma de la mano. Era como navegar mirando por un periscopio. Ni siquiera se molestó en buscar una plaza de aparcamiento —las líneas pintadas y los bordillos no resultarían visibles hasta marzo—, por lo que acurrucó a Blue detrás de un monovolumen gris sin ventanillas.

Apagó el motor. Después los faros delanteros.

Silencio.

Todavía le temblaban las manos. Los retazos de adrenalina del primer patinazo. Cerró los puños con fuerza, primero la mano derecha y luego la izquierda («inhala, cuenta hasta cinco, exhala») y contempló los copos de nieve que iban acumulándose en el parabrisas. El círculo que había abierto desapareció en diez segundos. En treinta quedó rodeada por muros de hielo que iban oscureciéndose, y enfrentándose al hecho de que no llegaría a Provo, Utah, antes del mediodía del día siguiente. Aquella hora de llegada estimada con optimismo le había hecho desear vencer la tormenta de nieve que caía sobre Backbone Pass antes de medianoche y llegar a Vernal a tiempo de echar una cabezada para recuperarse a las tres de la madrugada. Ya eran casi las ocho de la tarde. Aunque no parara para dormir ni para orinar, no llegaría a hablar con su madre antes de la primera operación. Esa posibilidad quedaba DESCARTADA POR COMPLETO, al igual que pasar otro puerto más de montaña según su app de noticias.

Tendrá que ser después de la operación, pues.

Será entonces.

Ahora el Honda estaba totalmente a oscuras. La nieve se acumulaba contra el cristal por todas partes como si de una cueva del Ártico se tratara. Comprobó el iPhone entrecerrando los ojos para ver el brillo eléctrico: no tenía cobertura y le quedaba un nueve por ciento de batería. El último SMS que había recibido seguía abierto. Lo leyó por primera vez en la autopista, cerca de Gypsum, mientras cruzaba un paso elevado resbaladizo por el hielo a toda pastilla, a casi ciento cuarenta kilómetros por hora, con la pantallita temblándole en la palma de la mano:

Ahora mismo está bien.

«Ahora mismo». Era una expresión aterradora. Y ni siquiera era la parte más aterradora.

Devon, la hermana mayor de Darby, pensaba con emoticonos. Sus mensajes y entradas de Twitter le tenían alergia a la puntuación; muy a menudo eran ráfagas de palabrería en busca de un pensamiento coherente. Pero aquel no. Devon había decidido escribir bien y acabar cada frase con un punto. Aquellos pequeños detalles se acomodaron en el estómago de Darby como una úlcera. No eran nada tangible, pero sí una pista de que lo que sucedía en el hospital Utah Valley, fuera lo que fuese, no estaba nada «bien» pero no podía expresarse a través de un teclado.

Apenas cuatro palabras.

Ahora mismo está bien.

Y ahí estaba Darby, la segunda, la hija que rendía por debajo de sus posibilidades, atrapada en un área de descanso solitaria justo debajo de la cima de Backbone Pass, porque había intentado enfrentarse al apocalipsis nevado en las Rocosas y había fracasado. A miles de metros por encima del nivel del mar, atrapada por la nieve en el interior de un Honda Civic del 94 con los limpiaparabrisas rotos, el teléfono a punto de morirse y un mensaje de texto críptico a punto de explotarle en la cabeza.

«Ahora mismo mamá está bien». A saber qué demonios significaba eso.

De pequeña la muerte le fascinaba. No había perdido a ninguno de sus abuelos, por lo que la muerte era todavía un concepto abstracto, algo que visitar y explorar en calidad de turista. Le encantaba calcar lápidas; fijando papel de arroz contra una lápida y frotando con barras de pastel o cera negras se conseguía una reproducción detallada. Eran preciosas. Su colección privada constaba de cientos de calcos, algunos enmarcados. Algunos de personas desconocidas. Otros de personas famosas. El año anterior había saltado una valla en Denver para conseguir el de Buffalo Bill. Durante mucho tiempo le había parecido que aquella rareza suya, aquella fascinación adolescente por la muerte, la prepararía mejor para la realidad cuando llegara la hora de la verdad.

Pues no.

Dedicó unos momentos a leer y releer a oscuras las palabras de Devon en el coche. Pensó que si permanecía en el interior de aquella cripta fría acompañada únicamente de sus pensamientos, se echaría a llorar a pesar de que en las últimas veinticuatro horas ya era lo que más había hecho. No podía perder empuje. No podía caer de nuevo en ese pozo. Al igual que Blue se había ido atascando en la fuerte nevada, a kilómetros de distancia de ayuda humana; te engullía si se lo permitías.

«Inhala. Cuenta hasta cinco. Exhala».

Avanza.

Así pues, se embolsó el iPhone, se desabrochó el cinturón de seguridad, se enfundó un anorak encima de la sudadera con capucha de Boulder Art Walk y confió en que, además de la promesa de café gratuito, aquella área de descanso cutre tuviera Wi-Fi.

En el interior de la oficina de turismo preguntó a la primera persona que vio, que señaló hacia el cartel plastificado en plan barato que había en la

pared: «Wi-Fi para nuestros clientes, ¡cortesía de la fantástica colaboración entre el CDOT y RoadConnect!».

El hombre se colocó detrás de ella.

—Di... dice que te cobrarán.

—Pagaré.

—Es un poco abusivo.

—Pagaré de todos modos.

—¿Lo ves? —Señaló—. 3,95 dólares por diez minutos.

—Solo necesito hacer una llamada.

—¿De qué duración?

—No sé.

—Porque si vas a hablar más de veinte minutos, quizá te interese el abono mensual de RoadConnect, que dice que solo cuesta diez dólares por...

—Joder, tío, me da igual.

Darby no contestó así a propósito. Hasta ahora no había visto bien al desconocido, bajo la luz aséptica de los fluorescentes, cincuenta y muchos años, chaqueta amarilla Carhartt, un pendiente y perilla canosa. Como un pirata de mirada triste. Se recordó que probablemente también estaba allí atrapado y que solo intentaba ayudar.

De todos modos, su iPhone no encontraba la red inalámbrica. Fue desplazándose por la pantalla con el pulgar esperando que apareciera.

Nada.

El hombre regresó a su asiento.

—¿Karma, eh?

Ella no le hizo ni caso.

Aquel lugar debía de ser una cafetería que funcionaba por el día. Pero aquí y ahora le recordaba una estación de autobuses a horas intempestivas, con exceso de iluminación y desértica. El puesto de café (La Colina del Espresso) estaba cerrado a cal y canto tras una persiana de seguridad. Detrás, dos cafeteras industriales con botones analógicos y bandejas para el goteo ennegrecidas. Pastas pasadas. Una carta en una pizarra en la que figuraban unas cuantas bebidas caras y sofisticadas.

La oficina de turismo era una única estancia, un rectángulo largo que seguía la columna vertebral del techo, con lavabos públicos al fondo. Sillas de madera, una mesa ancha y bancos a lo largo de la pared. Cerca, una máquina expendedora y expositores de folletos turísticos. La sala daba sensación de estrechez y resultaba cavernosa, además de despedir un fuerte olor a desinfectante.

¿Y la promesa de café gratuito? En el mostrador de piedra y mortero de La Colina del Espresso había una pila de vasos de poliestireno, servilletas y dos jarras en placas de calor protegidas por la persiana. Una de ellas etiquetada como KAFÉ y la otra COCO.

«Algún funcionario estatal no tiene ni idea de ortografía».

Advirtió que el mortero estaba rajado a la altura del tobillo y que una de las piedras estaba suelta. Bastaba una patada para hacerla caer. Aquello molestó sobremanera a un reducto obsesivo-compulsivo del cerebro de Darby. Como la necesidad de arrancarse un uñero.

Oyó también un suave zumbido, similar al rasgueo de las alas de la langosta, y se preguntó si el lugar se abastecía con suministro de energía de emergencia. Tal vez por eso se había *reseteado* el Wi-Fi. Se volvió hacia el desconocido de la perilla.

—¿Has visto algún teléfono público por aquí?

El hombre alzó la vista, como diciendo «¿Ah, todavía estás aquí?», y negó con la cabeza.

—¿Tienes cobertura de móvil? —preguntó ella.

—Desde White Bend ya no.

Se le cayó el alma a los pies. Según el mapa de la región que colgaba de la pared, aquella área de descanso se llamaba Wanapa (que venía a significar algo así como «Diablillo», cortesía de la tribu local de los payutes). A treinta y cinco kilómetros al norte había otra área de descanso, con el nombre similar de Wanapani, que venía a ser algo así como «Gran Diablo», y quince kilómetros más allá, colina abajo, se encontraba el pueblo de White Bend. Esa noche, en vísperas del apocalipsis o armagedón nevado, o Nievezilla o lo que fuera que lo llamaran los meteorólogos, White Bend bien podría estar en la luna...

—Tengo cobertura fuera —dijo otra voz masculina.

Detrás de ella.

Darby se volvió. El chico estaba apoyado contra la puerta de entrada con una mano en el pomo. Había pasado por su lado al entrar («¿cómo es que ni me he fijado?»). El joven era alto, de espalda ancha, y debía de ser uno o dos años mayor que ella. Bien podría haber sido uno de los chicos de Alpha Sig con los que salía de juerga su compañero de piso, con una mata de pelo lacia y brillante, un anorak verde de North Face y sonrisa tímida.

—Aunque solo una raya y solo durante unos minutos —añadió—. Mi compañía es, ejem, T-Mobile.

—La mía también. ¿Dónde?

—Ahí, junto a las estatuas.

Darby asintió y confió en que le quedara suficiente batería para llamar.

—¿Sabes... eh... alguno de vosotros sabe cuándo van a venir las quitanieves?

Los dos hombres negaron con la cabeza. A Darby no le gustaba estar en medio de los dos porque tenía que girar la cabeza continuamente.

—Creo que las emisiones de emergencia han terminado —dijo el cincuentón señalando una radio de AM/FM de la década de los noventa que emitía un zumbido en el mostrador. El origen de las interferencias que le habían parecido el aleteo de un insecto. Estaba encerrado detrás de la persiana de seguridad—. Cuando he llegado, estaban dando noticias sobre el tráfico y el Smart Home Arena cada treinta segundos —añadió—. Pero ahora no emite nada. Tal vez el repetidor haya quedado cubierto de nieve.

Alargó la mano por entre la rejilla y enderezó la antena, lo cual hizo que las interferencias cambiaran de intensidad.

—Sigue siendo mejor que Bing Crosby.

—¿Quién es Bing Crosby? —preguntó el joven.

—Uno de los Beatles —respondió el hombre mayor.

—Ah.

Por algún motivo el cincuentón le caía bien y se arrepintió de haber sido tan brusca con él por lo del Wi-Fi.

—No sé mucho de música —reconoció el joven.

—Se nota.

Se fijó en que en la mesa grande había una baraja de naipes con las esquinas dobladas. Una versión estándar para jugar al póquer, que serviría para unir a dos desconocidos atrapados en una tormenta de nieve.

Se oyó la cadena de un váter desde los baños.

«Tres desconocidos», calculó.

Se volvió a guardar el móvil en el bolsillo de los vaqueros y se dio cuenta de que los dos hombres seguían teniendo la vista puesta en ella. Uno delante y otro detrás.

—Me llamo Ed —dijo el cincuentón.

—Ashley —dijo el joven.

Darby no les dijo cómo se llamaba. Salió por la puerta con los codos abiertos y volvió a adentrarse en las temperaturas gélidas del exterior, las manos hundidas en los bolsillos del anorak. Dejó que la puerta oscilante se cerrara detrás de ella y oyó cómo el hombre mayor preguntaba al joven:

—Oye, ¿te llamas Ashley? ¿Como una mujer?

—No es solo un nombre de mujer —refunfuñó.

La puerta se cerró.

El mundo exterior había oscurecido bajo las sombras. El sol ya se había ocultado. Los copos de nieve que caían se veían anaranjados por culpa de la única luz exterior de la oficina de turismo, que tenía forma de platillo y colgaba por encima del umbral de la puerta. Pero el apocalipsis nevado parecía haber amainado ligeramente por momentos; los picos lejanos quedaban recortados contra la noche que caía. Esquirlas de roca escarpada, medio ocultas entre los árboles.

Se subió bien el cuello del anorak y tiritó.

El grupo de estatuas que el joven, Ashley, había mencionado quedaba al este del área de descanso, pasado el mástil y la zona de pícnic. Cerca del carril por el que había salido. Desde ahí, apenas las veía. No eran más que unas siluetas medio enterradas en la nieve.

—Eh.

Darby se dio la vuelta.

Volvía a ser Ashley. Dejó que la puerta se cerrara con un clic y la alcanzó dando zancadas en la nieve.

—He tenido que... que ir a un sitio en concreto. Es el único lugar en el que he encontrado cobertura, y solo tenía una raya. Quizá solo puedas enviar un mensaje.

—Con eso me basta.

Se subió la cremallera del anorak.

—Te lo enseñaré.

Siguieron sus pisadas anteriores y Darby se dio cuenta de que ya estaban medio llenas de varios centímetros de nieve polvo reciente. Aunque no se le preguntó, se planteó cuánto tiempo llevaría él allí atrapado.

Cuando estuvieron a cierta distancia del edificio, también se percató de que aquella área de descanso estaba enclavada en un precipicio. Detrás de la pared posterior (los baños), las copas de los árboles erosionadas marcaban un despeñadero escarpado. Ni siquiera veía claramente dónde empezaba a descender el terreno puesto que el manto de nieve ocultaba la inclinación. Un paso en falso podía resultar mortal. La flora de allá arriba era igual de hostil, los pinos de Oregón habían adoptado formas grotescas por culpa de las ventoleras y tenían las ramas irregulares y rígidas.

—Gracias —dijo Darby.

Ashley no la oyó. Seguían avanzando dando bandazos por la nieve que le llegaba hasta la cintura y con los brazos extendidos para mantener el

equilibrio. Fuera del sendero, la nieve era más profunda. Ya tenía las Converse empapadas y los dedos del pie entumecidos.

—¿O sea que te llamas Ashley? —preguntó.

—Sí.

—¿No Ash?

—¿Por qué iba a llamarme así?

—Solo preguntaba.

Darby volvió a echar una mirada hacia la oficina de turismo y advirtió una silueta de pie en el brillo ámbar de la única ventana del edificio. Les observaba desde detrás del cristal cubierto de hielo. No alcanzó a distinguir si se trataba del hombre mayor (Ed) o de la persona que no había visto.

—Ashley no es solo nombre de mujer —dijo mientras avanzaban pesadamente—. También puede ser un nombre masculino.

—Oh, claro.

—Como Ashley Wilkes de *Lo que el viento se llevó*.

—Justo lo que estaba pensando —dijo Darby. En esos momentos le apetecía vacilar un poco. De todos modos, la parte más suspicaz de su cerebro, de la cual nunca acababa de librarse, se preguntó: «¿Conoces esa película del año de la pera y no sabes quiénes son los Beatles?».

—O Ashley Johnson —dijo él—. El famoso jugador de *rugby*.

—Ese te lo has inventado.

—Que no. —Señaló a lo lejos—. Eh, se ve la colina de Melanie.

—¿Qué?

—La colina de Melanie. —Se mostró azorado—. Perdona, llevo aquí colgado mucho tiempo y he leído todo lo que he encontrado en el mostrador de información. ¿Ves esa colina grande de ahí? Un tío le puso el nombre de su mujer.

—Qué tierno.

—Tal vez. A no ser que fuera una manera de llamarla frígida e inhóspita.

Darby rio entre dientes.

Para entonces ya habían llegado a las estatuas con carámbanos. Había un montón. Probablemente hubiera una placa enterrada en algún sitio bajo la nieve que informara del significado de todo aquello. Las esculturas parecían niños. Corriendo, saltando, jugando, fundidos en bronce y recubiertos de hielo.

Ashley señaló una que blandía un bate de béisbol.

—Ahí. Al lado del jugador.

—¿Aquí?

—Sí. Aquí es donde he encontrado señal.

—Gracias.

—¿Quieres...? —Vaciló, las manos en los bolsillos—. ¿Que me... eh... quede?

Silencio.

—En fin. Me refiero a que si...

—No. —Darby esbozó una sonrisa sincera—. Estoy bien. Gracias.

—Esperaba que dijeras eso. Hace un frío de cojones aquí fuera. —Desplegó una sonrisa fácil de las suyas y regresó a las luces naranjas despidiéndose con un gesto de la mano por encima del hombro—. Que lo pases bien aquí fuera con los Niños de Pesadilla.

—Seguro que sí.

Darby no fue consciente de lo inquietantes que resultaban las estatuas hasta que se quedó sola con ellas. A los niños les faltaban pedazos. Se trataba de un estilo artístico que ya había visto antes —el escultor utilizaba piezas de bronce sin pulir y las fusionaba soldándolas de una forma curiosa y contraintuitiva que dejaba junturas y hueco— pero, a oscuras, su imaginación las convertía en algo siniestro. El niño de la izquierda, el que blandía el bate de béisbol al que Ashley había llamado «jugador», tenía las costillas al aire. Otros lucían brazos larguiruchos y mutilados, a los que faltaban pedazos de carne. Como una multitud de víctimas de un pit bull rabioso, medio roídos hasta el hueso.

¿Cómo les había llamado Ashley? «Niños de Pesadilla».

Él estaba a seis metros de distancia, convertido casi en una silueta contra la luz anaranjada del área de descanso, cuando Darby se dio la vuelta para llamarle.

—Eh, espera.

Él volvió la vista atrás.

—Darby —dijo ella—. Me llamo Darby.

Él sonrió.

«Gracias por ayudarme —quería decir—. Gracias por ser amable conmigo, un absoluto desconocido». Las palabras estaban ahí, en su cabeza, pero no era capaz de articularlas. Dejaron de mirarse de hito en hito y el momento se fue desvaneciendo...

«Gracias, Ashley...».

Él siguió caminando.

Se volvió a parar, pensativo, e hizo un último comentario.

—Sabes que Darby es nombre de chico, ¿verdad?

Ella se echó a reír.

Le observó mientras se marchaba y entonces se apoyó contra el bate de béisbol de la estatua, helado a medio balanceo, y alzó el iPhone en dirección al cielo contra los copos de nieve que caían. Entrecerró los ojos para mirar la esquina superior izquierda de la pantalla.

Sin cobertura.

Aguardó en la oscuridad, sola. En la esquina derecha, la batería había bajado al seis por ciento. Y el cargador enchufado en una toma de corriente de su habitación. A trescientos kilómetros de distancia.

—Por favor —susurró—. Por favor, Dios...

Seguía sin tener cobertura. Respiraba por entre el castañeteo de los dientes y releyó el mensaje de su hermana:

Ahora mismo está bien.

«Bien» es la peor palabra de un idioma. Sin contexto, es como no decir nada. «Bien» podía significar que su madre Maya estaba mejor, que estaba peor y que estaba... pues «bien».

Se dice que el cáncer de páncreas es un asesino rápido porque la muerte suele sobrevenir al cabo de semanas o incluso días de emitirse el diagnóstico, pero no es cierto. Tarda años en matar. Lo que pasa es que es asintomático durante las primeras fases, se multiplica de forma invisible dentro de su huésped y no provoca ictericia ni dolor abdominal hasta que es demasiado tarde. Era una idea escalofriante que el cáncer ya estuviera en el interior de su madre mientras Darby iba al instituto. Ya estaba cuando Darby mintió sobre las etiquetas de Sears rotas dentro del bolso. Ya estaba cuando volvió a casa en coche un domingo a las tres de la madrugada, aturdida por haber tomado éxtasis malo y con un brazalete verde fluorescente en la muñeca, y su madre se echó a llorar y la llamó desvergonzada y degenerada. Esa criatura invisible estaba allí encaramada a su hombro durante todo aquel tiempo, escuchando a hurtadillas, y ella había ido muriendo poco a poco sin que ninguna de las dos lo supiera.

Hablaron por última vez el día de Acción de Gracias. La llamada consistió en más de una hora de cruce de acusaciones, pero los últimos segundos se le habían quedado grabados en la memoria.

«Papá nos dejó por culpa tuya», recordó haber dicho. «Y si hubiera podido elegirlo a él en vez de a ti, lo habría hecho. Sin pensármelo».

«Sin pensármelo ni una puta vez, Maya».

Se secó las lágrimas con el pulgar, que ya se le congelaban en la piel. Exhaló contra el aire gélido. Estaban preparando a su madre para una operación, en aquel instante, en el hospital Utah Valley, y ahí estaba Darby, atrapada en un área de descanso de mala muerte en medio de las Rocosas.

Sabía que no tenía suficiente gasolina para dejar a Blue en punto muerto demasiado rato. Por lo menos, la oficina de turismo tenía calefacción y electricidad. Le gustara o no, tendría que charlar de cualquier nimiedad con Ed, Ashley y quienquiera que había tirado de la cadena del váter. Se los imaginó, un grupo de desconocidos atrapados en una tormenta de nieve, como los buscadores de oro y los colonos debieron de haber compartido refugio en esas mismas montañas siglos atrás, sorbiendo café aguado e intercambiando historias alrededor de la hoguera, y escuchando la radio para tener alguna idea indescifrable de cuándo llegarían las quitanieves. Tal vez hiciera algún contacto para Facebook y aprendiera a jugar al póquer.

O quizá se sentara en el Honda a morir congelada.

Ambas opciones resultaban igual de atractivas.

Lanzó una mirada a la estatua más cercana.

—Va a ser una noche larga, muchachos. —Comprobó el iPhone por última vez, aunque para entonces ya había perdido la esperanza de que fuera el lugar mágico con cobertura que le había dicho Ashley. Lo único que estaba haciendo ahí fuera era gastar batería y exponerse a la congelación.

—Menuda noche larga de mierda.

Regresó al edificio de Wanapa y notó cómo la migraña asomaba por el borde de sus pensamientos. El apocalipsis de nieve arreciaba de nuevo, el viento se aceleraba detrás de ella, hacía crujir los abetos y le tensaba la chaqueta. Inconscientemente contó los coches del aparcamiento mientras caminaba: tres, más su Honda. Un monovolumen gris, una furgoneta de carga roja y un vehículo no identificado, todos ellos medio enterrados bajo distintas capas de escarcha.

De camino decidió rodear aquella pequeña colección de coches varados y cruzar el aparcamiento. Sin motivo aparente. Más tarde esa misma noche rememoraría aquella decisión gratuita infinidad de veces y se preguntaría cuán distinta habría resultado la velada si se hubiera limitado a seguir las huellas de Ashley.

Pasó junto a la hilera de vehículos.

Primero estaba la furgoneta roja. Sacos de arena en la bancada, cadenas para los neumáticos. Menos nieve acumulada que en los demás vehículos, lo

cual significaba que no llevaba ahí mucho tiempo. Calculó que unos treinta minutos.

El segundo coche estaba enterrado del todo; no era más que un montículo de nieve inidentificable. Ni siquiera distinguía el color de la carrocería; podía ser perfectamente un contenedor de basura. Algo ancho y cuadrado. Era el que más tiempo llevaba allí de los cuatro.

El tercero era Blue, su infatigable Honda Civic. El coche con el que había aprendido a conducir, el coche que se había llevado a la universidad, el coche en el que había perdido la virginidad (no todo el mismo día). Seguía sin tener el limpia izquierdo, tirado encima de un montículo de nieve un kilómetro y medio atrás en la carretera. Era consciente de que había tenido suerte de poder llegar a un área de descanso.

El último era el monovolumen gris.

Ahí fue donde Darby decidió cortar por entre los vehículos estacionados y tomar el sendero que conducía a la puerta principal del edificio, situada a unos quince metros. Decidió pasar por entre el monovolumen y el Honda y se apoyó en las puertas de su coche para no perder el equilibrio.

En el lateral del monovolumen había un zorro naranja que parecía un personaje de dibujos animados, como una imitación de Nick Wilde de *Zootopia*. Empuñaba una remachadora, igual que un agente secreto blande una pistola, para promocionar alguna especie de servicio de construcción o reparaciones. El nombre de la empresa quedaba cubierto por la nieve, pero el eslogan rezaba: ACABAMOS LO QUE EMPEZAMOS. El monovolumen tenía dos ventanillas traseras. La derecha estaba cubierta con una toalla. La izquierda estaba despejada y en ella se reflejó un haz de luz cuando Darby pasó. Atisbó una cosa pálida en el interior de la camioneta. Una mano.

Una mano minúscula, como de muñeca.

Se paró de golpe y contuvo el aliento.

Aquella manita sujetaba una especie de rejilla tras el cristal helado. Los dedos blancos se soltaron con suavidad uno a uno, con la falta de coordinación propia de un niño que todavía no coordina su sistema nervioso, y entonces, con brusquedad, se retiró en la oscuridad. Dejó de verse. Todo ocurrió en tres, tal vez cuatro segundos, y dejó a Darby muda de asombro.

«No puede ser».

No se oía nada procedente del interior. Volvía a estar inmóvil.

Se acercó con sigilo y ahuecó las manos contra la ventanilla para atisbar en el interior con ojos entrecerrados. Las pestañas parpadearon en el cristal frío. Apenas visible en la oscuridad, cerca de donde había desaparecido la

manita, distinguió una pequeña medialuna, un reflejo apenas visible de luz tenue de vapor de sodio. Era un candado circular con combinación que sujetaba un enrejado de barras metálicas, el que tenía sujeto el niño. Como si estuviera en una jaula.

Entonces Darby exhaló, menudo error, y el cristal se tornó opaco por culpa de su aliento. Pero lo había visto. No había forma de negarlo.

Se apartó y dejó la huella de su mano en la puerta mientras notaba cómo le palpitaba el pulso en el cuello. A un ritmo cada vez más intenso.

«Hay...».

«Hay un niño encerrado dentro de esta camioneta».

20.17 h

Entró de nuevo en el edificio.

Ashley alzó la mirada.

—¿Ha habido suerte?

No respondió.

Estaba sentado a la mesa de madera jugando a las cartas con Ed. También había otra mujer, la esposa de Ed, por lo que parecía, sentada a su lado. Era una mujer quisquillosa de unos cuarenta y tantos años con el pelo negro cortado a tazón y un anorak amarillo arrugado, muy afanada haciendo explotar burbujas animadas en su tableta electrónica. Era ella quien había ido al baño.

Cuando la puerta se cerró con un clic detrás de Darby, contabilizó tres posibles sospechosos: el dicharachero Ashley, Ed el tristón y la rancia esposa de Ed. Así pues, ¿de quién era el monovolumen gris?

«Oh, Dios mío, hay un niño ahí fuera en el monovolumen».

«Encerrado en una jaula o algo parecido».

De repente cayó en la cuenta. Notó un sabor a ostras crudas en el fondo de la boca. Las piernas le flaqueaban. Necesitaba sentarse, pero le daba miedo.

«Lo ha hecho una de estas personas...».

—Asegúrate de que la puerta quede bien cerrada —dijo Ed.

El juego de naipes continuó como si nada. Ashley comprobó la mano que tenía y miró de reojo a Ed.

—¿Cuatro de corazones?

—¡Pesca! ¿Dos de picas?

—No.

Darby llegó a la conclusión de que algo no cuadraba. Los números no salían. Había tres coches en el exterior aparte del de ella. Tres sospechosos ahí. Pero era casi seguro que Ed y su esposa viajaban juntos, ¿no? O sea que debía de haber una tercera persona en el área de descanso. Pero ¿dónde?

Pasó con la mirada de Ashley a Ed, a la mujer de Ed, escudriñando la sala de delante atrás mientras un terror resbaladizo se iba apoderando de su corazón. ¿En qué otro lugar podía...?

Entonces notó un aliento cálido en la nuca. Había alguien detrás de ella.

—Jota de tréboles.

—Pesca.

Darby se quedó inmóvil con el vello erizado. Un escalofrío le recorrió la espalda. Quería darse la vuelta pero no pudo. El cuerpo no le respondía.

«Lo tengo justo detrás».

Notaba cómo la respiración le bajaba por la nuca. Una bocanada que le erizaba el vello y le hacía sentir un cosquilleo en la piel. Le pasaba silbando suavemente junto a la oreja. Por algún motivo sabía que ese cuarto conductor era un hombre; las mujeres no respiraban de ese modo. Estaba a menos de medio metro de ella. Lo bastante cerca como para tocarle la espalda o rodearle el cuello y apretarle los dedos contra la tráquea.

Deseó ser capaz de darse la vuelta y mirar a la cara a la cuarta persona, fuera quien fuese, pero tenía una sensación extraña, como si estuviera flotando. Como intentar dar un puñetazo durante una pesadilla.

«Vuélvete —se instó—. Vuélvete ya».

El juego de naipes continuaba ante ella.

—¿Reina de corazones?

—Ah, toma.

—¿Nueve de diamantes?

—No.

La respiración se detuvo durante unos segundos detrás de ella, lo suficiente como para confiar durante unos instantes en que lo había imaginado, todo aquello, y entonces inspiró tomando una bocanada de aire. Respiraba por la boca. Sentada ahí en un silencio rígido, se dio cuenta de que había vuelto a hacer lo mismo. Había entrado en la sala sin mirar por el rabillo del ojo.

«Por Dios, Darby, vuélvete de una vez».

«Mírale a la cara».

Al final, lo hizo.

Se dio la vuelta lentamente, como si nada, con una palma alzada, como si fuera a acceder a la petición de Ed de asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada. Se volvió, se volvió hasta que se encontró cara a cara con el hombre.

Llevarle «hombre» era exagerar. Era un chico alto pero encorvado, esquelético, de diecinueve años como máximo. Tenía perfil de comadreja en su rostro poblado de acné, todo picado por encima de un mentón informe envuelto por unas patillas formadas por poco más que pelusilla. Gorro de punto de Deadpool y anorak de esquí color azul cielo. Tenía los hombros

estrechos mojados por la nieve derretida, como si él también acabara de estar en el exterior. La miraba de hito en hito, por lo que ella lo miró también: pupilas diminutas color avellana, ojillos de roedor con la misma expresión estúpida y monótona, y le devolvió una sonrisa tímida.

El momento se emborronó.

A Cara de Roedor el aliento le olía a leche chocolateada mezclada con la acidez terrosa del tabaco de mascar. Alzó el brazo derecho sin previo aviso y Darby dio un respingo, pero lo que intentaba era presionar la puerta para cerrarla. La cerradura de seguridad hizo clic.

—Gracias —dijo Ed antes de dirigirse de nuevo a Ashley—. ¿As de corazones?

—No.

Darby apartó la vista y dejó al hombre junto a la puerta. El corazón le palpitaba contra las costillas. Sus pasos sonaban exagerados. Cerró ambas manos en un puño para disimular el temblor y tomó asiento a la mesa con los demás. Colocó una silla entre Ashley y la pareja de mediana edad y las patas de madera chirriaron en contacto con las baldosas.

Ashley castañeteó los dientes al oír el ruido desagradable.

—Eh, nueve de corazones.

—Mierda.

La mujer de Ed le dio un codazo.

—Esa lengua.

Darby sabía que Cara de Roedor la seguía observando fijamente con esos ojillos tenues. Se dio cuenta de que estaba sentada muy rígida, demasiado, por lo que se repantigó un poco en el asiento y fingió jugar con el iPhone. Alzó las rodillas hasta la altura de la mesa. Estaba haciendo teatro: era una estudiante de Arte con exceso de cafeína en las venas y un Honda lleno de calcos de lápidas y la batería del móvil agotada, atrapada en el abismo de la civilización como todos los demás. No era más que una inofensiva estudiante de primer curso de la Universidad de Colorado en Boulder.

Él permaneció junto a la puerta sin quitarle la vista de encima.

Entonces Darby empezó a preocuparse. ¿Lo sabía? Tal vez hubiera estado mirando por la ventana que daba al este y la hubiera visto atisbando el interior de su monovolumen. Tal vez hubiera visto sus pisadas. O quizá su comportamiento la hubiera delatado en cuanto había entrado, temblorosa, en el edificio con los nervios a flor de piel y el corazón en un puño. Se le daba bien mentir, pero no esa noche. No entonces.

Intentó encontrar una explicación mundana a lo que acababa de testimoniar, como que una de esas personas que estaba en el área de descanso no había mencionado todavía que su hijo estaba haciendo la siesta en la parte trasera del monovolumen. Era posible, ¿no? Era de lo más habitual, las áreas de descanso eran para eso. Para descansar.

Pero eso no explicaba el candado circular que había vislumbrado. Ni la rejilla que la mano sujetaba. O, ya puestos, la colocación expresa de las toallas en las ventanillas traseras, para ocultar lo que ocurría en el interior. ¿Verdad?

«¿Acaso estoy reaccionando de forma exagerada?».

Tal vez sí. Tal vez no. Tenía pensamientos inconexos; se le estaba pasando el efecto de la cafeína. Necesitaba un putito café.

Hablando de reaccionar de forma exagerada, ya había intentado llamar al número de emergencia cuando estaba fuera. Seguía sin tener cobertura. Lo había intentado varias veces más cerca de los Niños de Pesadilla, en el lugar mágico que Ashley le había descrito.

Nada. Incluso había intentado enviar un SMS al 911, porque recordaba haber leído en una ocasión que los SMS ocupaban apenas una fracción del ancho de banda requerido, y que eran la mejor manera de pedir ayuda en zonas donde no había cobertura. Pero tampoco había funcionado:

Secuestro infantil matrícula del monovolumen gris VBH9045 carretera estatal 7 área de descanso de Wanapa enviar policía.

El mensaje de texto, etiquetado como SIN ENVIAR, seguía abierto. Lo cerró, no fuera a ser que Cara de Roedor mirara por encima de su hombro.

También había intentado abrir la puerta trasera del monovolumen (lo cual podía haber sido un craso error si el vehículo llega a tener alarma), pero estaba cerrada con llave. Por supuesto, ¿por qué iba a estar abierta? Permaneció un rato allí, contemplando la oscuridad con las manos ahuecadas, dando golpecitos en el cristal con los nudillos, intentando que la silueta menuda volviera a moverse. No había tenido suerte. El interior del monovolumen estaba oscuro como boca de lobo y había un montón de mantas y trastos apilados contra las puertas traseras. Solo había entrevisto la manita unos pocos segundos. Pero le había bastado. No se lo había imaginado.

«¿Verdad?».

Verdad.

—As de picas.

—Joder.

—Ese vocabulario, Eddie...

—Por el amor de Dios, Sandi, estamos atrapados en Colorado en este antro pagado por los contribuyentes y es casi Nochebuena. Pondré veinte pavos en el tarro de palabrotas cuando volvamos a casa, ¿vale?

La mujer de pelo negro cortado a tazón, que respondía al nombre de Sandi, por lo que parecía, cruzó la mesa con la mirada en dirección a Darby y dijo moviendo los labios:

—Perdónale.

Le faltaba un diente de delante. Sobre la falda tenía un bolso con diamantes de imitación que llevaba grabado Salmos 100, 5: PORQUE EL SEÑOR ES BUENO Y SU AMOR ETERNO.

Darby le devolvió la sonrisa con expresión educada. Podía soportar unas cuantas palabrotas. Además, Ashley seguía pensando que Bing Crosby era uno de los Beatles, y eso convertía a Ed en un tipo pasable.

Pero... se dio cuenta de que sentada ahí estaba creando otro ángulo muerto, igual que cuando había entrado en el edificio sin mirar a los lados. Tenía la corazonada de que Cara de Roedor era el conductor del monovolumen gris. Pero era una suposición. Sabía que el secuestrador/maltratador infantil podía ser cualquiera de ellos. Cualquiera de los cuatro desconocidos atrapados en aquel refugio de carretera podía ser, no, era sospechoso.

¿Ashley? Ahora mismo estaba arrasando con las cartas. Era ingenioso y amable, el típico encantador optimista con el que habría salido una vez pero nunca más, pero tenía algo que no acababa de inspirarle confianza. No sabía decir exactamente qué era. ¿Acaso era su afectación? ¿Las palabras que empleaba? Le parecía «falso», gestionaba cuidadosamente los compromisos sociales, igual que el dependiente de una tienda que pone buena cara delante de los clientes pero los critica en cuanto se van.

¿Y Ed y Sandi? Eran amables, pero también tenían algo raro. No parecía que estuvieran casados. Ni siquiera daba la impresión de que se cayeran bien el uno al otro.

¿Y Cara de Roedor? Ya de entrada era una alerta AMBER andante.

Ahí todos eran culpables hasta que se demostrara lo contrario. Darby tendría que emparejar a cada persona con uno de los vehículos del exterior y entonces podría estar segura. Pero no podía preguntar abiertamente o el secuestrador-maltratador sabría que ella estaba al acecho. Tendría que sonsacar la información de forma discreta. Se planteó preguntar a Ashley, Ed y Sandi a qué hora habían llegado y deducirlo por la cantidad de nieve

acumulada en los vehículos del exterior. Aunque eso también podía llamar demasiado la atención.

Pero ¿y si esperaba demasiado tiempo?

El secuestrador no se entretendría ahí. En cuanto la tormenta de nieve amainara o llegaran las máquinas quitanieves del CDOT, él (o ella o ellos) se largarían de Colorado. Y dejarían a Darby con la descripción de un sospechoso y un número de matrícula.

El móvil que guardaba en el bolsillo emitió un trino que la sobresaltó. Cinco por ciento de batería.

Ashley alzó la mirada hacia ella por encima de un puñado de naipes roñosos.

—¿Cobertura?

—¿Qué?

—¿Has tenido suerte con la cobertura? ¿Junto a las estatuas?

Darby negó con la cabeza y aprovechó la oportunidad. Sabía que el móvil no le aguantaría toda la noche por lo que era un momento adecuado para preguntar, haciendo su papel.

—¿Por casualidad alguno de vosotros tiene un cargador de iPhone?

Ashley negó con la cabeza.

—Lo siento.

—Yo no —repuso Sandi, dando un codazo a Ed. Su tono pasó de amable a ponzoñoso—. ¿Y tú Eddie? ¿Sigues teniendo el cargador del móvil o también lo empeñaste?

—En el siglo XXI ya no se empeña nada —afirmó Ed—. Se vende por internet. Y no es culpa mía que Apple se pase con los precios de su...

—Esa lengua...

—Bazofia. Iba a decir que se pasan con los precios de su bazofia, Sandi. —Dio un golpe con los naipes en la mesa y miró a Ashley, que esbozó una sonrisa forzada—. Una vez rompí un iPhone que llevaba en el bolsillo porque me senté encima. Un aparato que me había costado setecientos dólares destruido por el mero hecho de sentarse. Esa mierdecilla se partió como una hoja contra mi...

—Esa lengua.

—Cadera. Mi cadera. ¿Ves? A pesar de lo que piensa Sandi, soy perfectamente capaz de acabar una frase sin recurrir a...

Ashley le interrumpió.

—¿Cuatro de tréboles?

—Mierda.

Sandi exhaló un suspiro y reventó otra burbuja de su tableta.

—Cuidado, jovencito. Ed es de los que tira la mesa cuando pierde.

—Fue un tablero de ajedrez —matizó Ed— y solo ha pasado una vez.

Ashley sonrió y cogió la carta con los cuatro tréboles.

—¿Sabes, Eddie? No vas a encontrar otro trabajo si no controlas las palabrotas que sueltas. —Sandi dio un toque a la pantalla con la uña del pulgar y se oyó el sonido típico de los dibujos animados de cuando algo va mal: bua, bua, bua.

Ed esbozó una sonrisa forzada. Se dispuso a decir algo, pero se lo repensó.

La sala se enfrió.

Darby se cruzó de brazos y fue asimilando lo que había oído; conclusión: no había cargador blanco de Apple en varios kilómetros a la redonda. Calculó que a su móvil le quedaban unos noventa minutos de batería. Cara de Roedor no había respondido a su pregunta, claro, ni siquiera había abierto la boca. Seguía de pie junto a la puerta delantera, bloqueando la salida con las manos en los bolsillos, la barbilla con pelusilla bajada y con el gorro de punto de Deadpool rojo y negro que le tapaba la parte superior de la cara.

«Me está observando. Igual que yo a él».

Tenía que comportarse con naturalidad. En una ocasión, su mejor amiga le había dicho que padecía CPA «cara de pocos amigos», y sí, era cierto que Darby raras veces sonreía. No porque tuviera mala uva o estuviera amargada. Sonreír la acomplexaba. Cuando tensaba los músculos de la cara, salía a la luz, tan clara como una hoz blanca, la cicatriz larga y curvada que tenía encima de la ceja. La tenía desde los diez años. La odiaba.

CHASQUIDO REPENTINO.

Era un sonido irregular, como al rasgar una tela, y Darby se sobresaltó en el asiento. La radio situada detrás de la persiana de seguridad cobraba vida. Todos alzaron la vista.

—¿Eso es...?

—Sí. —Ed se puso de pie—. La frec de emergencia. Ha vuelto.

Darby sabía que los militares llamaban «frec» a la frecuencia. Otro burbujeo de interferencias que llegaban al nivel de mensaje confuso. Como un teléfono sumergido.

Darby no se dio cuenta de que Cara de Roedor se había acercado sigilosamente hasta que lo tuvo junto al hombro izquierdo, respirando todavía por la boca, sumándose al grupo con atención gélida mientras el antiguo transistor de AM/FM Sony filtraba una especie de granizado electrónico desde

el mostrador. Bajo el ruido de acoplamiento reconoció... sí, había... un débil rumor...

—Una voz —dijo—. Hay alguien hablando.

—Yo no oigo nada.

—Un momento.

Ed alargó el brazo por entre la rejilla de seguridad y giró el dial del volumen, con lo que levantó algunos fragmentos metálicos de mugre. Sonaba como una voz automatizada, forzada con pausas inhumanas: «... ha emitido una al-erta de tor-men-ta in-vr-nl que fecta Babk-ne Pass con condiciones de to-me-ta de ni-ve y prec-pita-cones extr-mas. La carretera estatal si-te está cerrada al tr-fico entre las sal-das cuar-enta y nu-ve y la sesenta y ocho has-ta nu-vo aviso...».

Ashley parpadeó.

—¿En qué punto kilométrico estamos?

Ed alzó un dedo y golpeteó la persiana.

—Chitón...

«Los -qui-pos de e-gencia y de man-eni-ento de carreteras prevén retrasos significativos de entre se-s y ocho horas debido a m-ltiples colisiones y a la fuerte ne-ada. Se re-omienda a todos los con-ucto-es que se ab-ten-an de ci-cu-ar y que se que-en en casa ha-ta que mej-ren las con-iciones».

Una pausa larga y con interferencias. Luego un ligero bip.

Todos aguardaron.

«El s-rvicio met-or-lógico nacional ha emitido una al-erta de tor-men-ta in-vr-nl que fecta Babk-ne Pass...», repitió la emisión, y todos se desanimaron en la sala. Ed bajó el volumen y resopló.

Silencio.

Sandi fue la primera en hablar.

—¿Entre seis y ocho horas?

A Darby las piernas casi se le doblaron. Había estado medio de pie, arqueada hacia delante para escuchar, y entonces se desplomó en el asiento como una muñeca de trapo. El resto de la sala procesó la información en susurros, arremolinándose a su alrededor.

—¿Eso ha dicho?

—Entre seis y ocho puñeteras horas.

—En fin, toda la noche.

—Más vale que nos pongamos cómodos.

Sandi hizo un mohín y cerró la tapa de cuero de su tableta.

—Cómo no, ahora que ya estoy en el último nivel de Super Bubble Pop.

«Toda la noche». Darby se balanceó en la silla barata con los nudillos apretados alrededor de las rodillas. Le embargó una extraña sensación de alarma, una especie de horror lento, como el que habría sentido su madre al notarse el primer bulto en la axila. Ni pánico, ni lucha, ni huida, solo ese instante de estremecimiento en el que la vida diaria se torna rancia.

«Pasará toda la noche hasta que lleguen las quitanieves...».

Cara de Roedor carraspeó, un gorgoteo jugoso, y todos le miraron. Seguía de pie detrás de la silla de Darby, que notaba cómo su respiración le bajaba por la nuca. Se dirigió a toda la sala con palabras lentas y torpes.

—Me llamo Lars.

Silencio.

—Me... —Tomó aire por la boca—. Me llamo... Lars.

Nadie respondió.

Darby se puso tensa y se dio cuenta de que probablemente fuera la primera vez que Ashley, Ed y Sandi le oían hablar. Era evidente que la situación resultaba embarazosa.

—Eh... —Ashley desplegó una de sus sonrisas facilonas—. Gracias, Lars.

—Sabéis qué... —Lars tragó saliva con las dos manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta—. Como vamos a... estar... aquí un buen rato. Mejor que nos presentemos. O sea que hola, me llamo Lars.

«... y probablemente soy el tipo que tiene a un niño encerrado en el monovolumen».

A Darby le bullía el cerebro. Tenía los pensamientos desbocados y los nervios a flor de piel, echando chispas como cables de la corriente.

«Y estamos atrapados contigo».

«En esta área de descanso diminuta».

«Toda la noche».

—Encantado de conocerte —dijo Ed—. ¿Qué opinas de los productos de Apple?

Al cabo de veinte minutos de charla estratégica e intrascendente, Darby tenía todos los vehículos estacionados emparejados con sus conductores.

El enterrado pertenecía a Ashley. Había sido el primero en llegar, a eso de las tres de la tarde, y se había encontrado el área de descanso desértica con una radio que murmuraba y el café pasado. No tenía prisa por cruzar el puerto de montaña y prefirió no arriesgarse. Era estudiante de universidad, como ella, en el Instituto Tecnológico o algo así de Salt Lake City.

Una vez roto el hielo, Ashley era una cotorra, con su sonrisa de oreja a oreja llena de dientes blancos. Darby sabía ahora que planeaba un viaje a Las Vegas con su tío para ver un espectáculo de magia. Sabía que odiaba los champiñones y que le encantaba el cilantro. Dios mío, mira que hablaba:

—Y Ashley es un nombre perfecto para un hombre.

—Ajá —corroboró Ed.

El hombre y la mujer de mediana edad eran más reservados, pero Darby sabía ahora que el F150 rojo era de Sandi, no de Ed, tal como había imaginado en un principio. También se sorprendió al enterarse de que ni siquiera estaban casados, aunque la verdad es que se peleaban tanto que podrían estarlo. Eran primos e iban a Denver a visitar a la familia para Navidad, con Sandi al volante. Un viaje de unas once horas de duración, por lo visto. Ed se había metido en algún lío recientemente dado que no tenía ni coche ni trabajo fijo, al parecer. ¿Encerrado en la cárcel? Tal vez. Tenía el aspecto de ser un macho varado; una especie de hombre-niño de cincuenta y tantos años con pendiente y perilla de motorista, y a Sandi parecía encantarle tratarle como a un bebé, ni que fuera para tener una excusa para odiarle.

Así pues, Darby había eliminado tres conductores y dos vehículos.

Solo quedaba Lars.

No había vuelto a abrir la boca desde que les dijera su nombre, por lo que Darby no conseguía hacerse una idea clara de cuándo había llegado exactamente, aunque a juzgar por la acumulación de nieve estimó que habría sido una media hora antes que Ed y Sandi. Observó a Lars mientras se llenaba con COCO un vaso de poliestireno y regresaba a su puesto de centinela junto a la puerta, al tiempo que sorbía como si fuera un niño. No le había visto sentarse ni una sola vez.

Mientras se tomaba su dosis de droga particular, KAFÉ, Darby intentó planificar sus siguientes movimientos. Pero había demasiadas incertidumbres. No podía implicar a Ed, a Ashley ni a Sandy, todavía no, porque entonces perdería el control de la situación. Implicar a otras personas era el último recurso. No se puede volver a poner la anilla en la granada. Allí y en ese momento contaba con el efecto sorpresa, y lo peor que podía hacer era desperdiciarlo.

De todos modos, en su mente conjuraba los peores escenarios. Se imaginó contando a Ashley (el más joven y en mejor forma física) que sospechaba que compartían oxígeno con un corruptor de menores, y que Ashley se quedaba blanco, como era de imaginar. Lars se daría cuenta, se sacaría una pistola del anorak azul cielo y los mataría a todos. Ed y Sandi serían testigos, por lo que

también morirían. Cuatro cadáveres acribillados en un charco de sangre brillante. Todo porque Darby había abierto la boca.

Y la otra cara de la moneda: ¿y si no había ningún niño en el monovolumen de Lars?

«¿Y si es fruto de mi imaginación?».

¿Y si lo que había visto era la mano de una muñeca de plástico? ¿La pata de un perro? ¿El guante vacío de un niño? Aquello no explicaría los barrotes ni el candado, pero bueno, todo podía ser fruto de su torturada imaginación, un efecto de la luz y la sombra y, de todos modos, apenas había durado unos pocos segundos. La cabeza le daba vueltas.

Media hora antes estaba convencida, pero de repente la convicción la había abandonado. Imaginaba una docena de escenarios más factibles que aquel. ¿Qué posibilidades había de encontrarse por casualidad con un secuestro? ¿Atrapada en un área de descanso nevada? Todo era demasiado fantasioso como para formar parte de la vida de Darby.

Intentó reconstruir la escena en su mente. Paso a paso. La ventanilla trasera de la camioneta estaba cubierta de hielo. El interior estaba a oscuras. ¿Y Darby? Estaba fatal, angustiada, falta de sueño, con la sangre circulando a todo correr por culpa del Red Bull, viendo estrellas que le estallaban detrás de los párpados secos. ¿Y si no se trataba más que de su imaginación desbocada y Lars no era más que un viajero inocente como los demás? Si lo atacaba no haría más que ganarse un cargo por agresión.

«Si me equivoco acerca de esto...».

Apuró el café y, por algún motivo, sus pensamientos se desviaron rápidamente hacia su hermana mayor. Devon tenía veintitrés años y se había hecho su primer tatuaje en el omóplato derecho. Unos cuantos caracteres chinos, bien delineados y elegantes. Venían a significar algo así como «Fuerza en chino».

¿Moraleja? Compruébalo todo dos veces.

Necesitaba volver a salir a donde estaba el monovolumen. Necesitaba ver a ese niño. Verlo de verdad.

Pero no podía actuar de forma precipitada. Disponía de un montón de tiempo; entre seis y ocho horas, de hecho. Y tenía que estar segura antes de actuar.

«¿Verdad?».

Verdad.

Se frotó la piel de gallina de los brazos y escudriñó la estancia. En la mesa habían acabado de jugar a Pesca, Ashley estaba intentando convencer a Ed

para jugar a Guerra, otro juego de cartas. Sandi había sacado un libro de bolsillo amarillento del bolso y lo sostenía alzado como si fuera un muro defensivo. Y Lars, la estrella de la pesadilla del día, seguía vigilando la puerta delantera, dando sorbos a su vaso de COCO. Darby los había contado, era la tercera vez que se servía. Pronto tendría que ir al lavabo.

«Entonces será el momento», decidió. Entonces saldría a hurtadillas. La última vez se había encontrado con la escena de repente, desprevenida y asustada. Esta vez estaría preparada.

Ashley barajó las cartas intercalando dos montones después de dejar a Ed por imposible y asintió en dirección al libro de Sandi.

—¿Qué lees?

—Una novela de misterio —respondió con un gruñido.

—Me gustan las novelas de misterio. —Vaciló—. Bueno, en realidad, para ser sincero, no leo mucho. Supongo que lo que me atrae es la idea de las novelas de misterio.

Sandi esbozó una sonrisa forzada y pasó una página. «¿Para qué preguntas, entonces?».

Apenas habían transcurrido dos horas desde que Darby había llegado al área de descanso y ya empezaba a estar harta de Ashley. Era dicharachero, sí. Y seguía actuando como un juguete de cuerda, con las garras clavadas en Sandi:

—¿Cuántos... eh... cuántos capítulos llevas ya?

—No muchos.

—¿La víctima ya ha sido asesinada?

—Sí.

—Me gusta que haya sangre. ¿Ha habido sangre?

Ed se movió incómodo en el asiento y la silla crujió. Observó a Sandi, que pasaba otra página y que ni siquiera había respondido a la primera pregunta de Ashley cuando le lanzó otra.

—¿Supones quién es el asesino?

—Todavía no —dijo ella con sequedad—. De eso se trata.

—Siempre es el tipo bueno —aseveró Ashley—. Insisto, la verdad es que no leo, pero he visto un montón de películas y eso es incluso mejor. Quien parece el personaje más agradable al comienzo acaba siendo el cabrón.

Sandi no le hizo ni caso.

«Por favor, deja de hablar», pensó Darby. «Para ya».

—Esa furgoneta —continuó, mirando por la ventana—. Es tuya, ¿verdad?

—Ajá.

—Me recuerda un chiste. ¿Qué significa Ford?

—No sé.

—En las siglas en inglés sería como «Encontrado muerto en la carretera». Sandi emitió un gruñido y siguió leyendo.

Al final, Ashley captó la indirecta.

—Perdona, ya te dejo leer.

Lars contempló la escena desde la puerta. Se humedeció los labios y a Darby le sorprendió lo pequeños que tenía los dientes. Apenas dos hileras de pepitas esmirriadas, como dientes de bebé, a medio formar, encastradas todavía en unas encías rosadas. Tragó lo que le quedaba de COCO y arrojó el vaso vacío al cubo de la basura, pero erró el tiro unos diez centímetros.

Nadie hizo ningún comentario al respecto.

Ni siquiera Ashley.

Darby observó cómo el vaso giraba en las baldosas y se preguntó, suponiendo que sus sospechas se confirmaran, si podría forzar la cerradura del monovolumen de Lars y trasladar al niño o niña en silencio a su Honda. Esconderle a él o a ella, en el asiento trasero, quizá, bajo la pila de papel de embalar que utilizaba para los calcos de lápidas. O mejor aún, en el maletero, si había suficiente oxígeno y calor. Cuando llegaran las quitanieves al día siguiente por la mañana, todos podrían proseguir su camino y Lars quizá se marcharía sin siquiera darse cuenta de que su presa había escapado.

No. Aquello era hacerse ilusiones. Dado que iban a pasar la noche ahí atrapados, Lars tendría que poner en marcha el motor de vez en cuando para mantener al niño caliente. Se daría cuenta de que su cautivo estaba desaparecido.

Tomó aire con una sacudida. Contó hasta cinco antes de soltarlo, tal como le había enseñado su madre.

«Ahora mismo, yo juego con ventaja».

«No puedo desperdiciarla».

Deseó ser otra persona en esa situación. Alguien más listo, valiente, formal, más capaz. Alguien del programa del Cuerpo de Entrenamiento para Oficiales de la Reserva de su universidad, una de esas chicas sudorosas con camuflaje digital urbano que cargan con mochilas pesadas arriba y abajo del campus. Alguien que supiera jujitsu. Joder, cualquiera que no fuera ella.

Pero era ella y no otra.

Nadie más que Darby Thorne, la chica rara que se escondía de las fiestas encerrándose en una habitación de la residencia, empapelada con calcos de

cera negra robados de las lápidas de desconocidos, como si fuera una especie de vampiro espiritual.

Mientras la tormenta de nieve se intensificaba en el exterior, deslizó el dedo por el iPhone y escribió otro mensaje rápidamente. No era más que un borrador. Una copia de seguridad, por si ocurría lo impensable, aunque de todos modos le humedeció los ojos de lágrimas.

Mamá, si encuentras este mensaje en mi móvil, es que me ha pasado algo. Es de noche y mientras escribo esto estoy atrapada en un área de descanso, y una de las personas que está aquí quizá sea peligrosa. Espero que no sea más que producto de mi paranoia. Pero si no... que sepas que lo siento mucho por todo. Por todo lo que te dije y te hice. Siento la conversación que tuvimos por teléfono en Acción de Gracias. No te mereces nada de todo eso. Mamá, te quiero muchísimo. Y lo siento mucho.

Te quiere, tu hija.

Al cabo de un cuarto de hora, Lars fue al baño.

Pasó junto a la silla de Darby y ella se fijó en algo curioso. Se había quitado los guantes de esquí negros y había dejado al descubierto la piel pálida del dorso de la mano izquierda. Lo tenía salpicado de granitos pequeños y abultados, como picadas de mosquito. O quizá fuera tejido cicatricial, aunque le costaba imaginar qué herramienta espeluznante podía hacerle aquello a una mano humana, a parte de un rallador de queso...

Entonces Lars pasó de largo arrastrando los pies y desapareció en el servicio de caballeros. La puerta emitió un silbido al cerrarse y pareció que el clic final no acababa de llegar nunca.

«Ahora».

Darby apartó su silla rápidamente y se levantó con rodillas temblorosas. Ed y Ashley alzaron la vista hacia ella. Había llegado su oportunidad, su margen de treinta segundos para salir al exterior de forma discreta y confirmar lo impensable. Móvil en mano, se dirigió a la puerta delantera con los pulmones hinchados por culpa de la respiración contenida, pero, a medio camino, se sorprendió a ella misma. Hizo algo totalmente ilógico.

Se acercó a la segunda jarra, la que llevaba por nombre COCO y rellenó enseguida su vaso de poliestireno de un cuarto de litro. Ni siquiera le gustaba el chocolate caliente.

«Pero a los niños sí, ¿verdad?».

Oyó la cadena del váter. Lars regresaba.

Dio un sorbo rápido a la bebida caliente y se dirigió de nuevo a la puerta delantera, tiró de ella para abrirla, consciente de que Ashley seguía mirándola.

—Vaya, Darbs, ¿adónde vas?

«Darbs». No la habían llamado así desde quinto de primaria.

—Voy a volver a comprobar si tengo cobertura. Mi madre tiene cáncer de páncreas y está en un hospital de Provo.

Sin dar tiempo a que Ashley respondiera, salió a la tormenta ululante y se estremeció contra el muro de aire gélido. Recordó un dicho inventado que había oído decir a su madre: «Las mentiras más fáciles de distinguir son las que son verdad».

# NOCHE

21.25 h

Darby se dirigió primero a los Niños de Pesadilla.

Formaba parte de su plan, pues resultaría sospechoso ir directa a los coches, y tenía que suponer que Lars miraría por la ventana al no verla con los demás después de salir del baño. Además, quería dejar huellas en la nieve. Reconoció las suyas de hacía una hora y las de Ashley y las de Lars (sus botas del número 39 eran mucho más pequeñas que las de los chicos). Todas llenas de copos de nieve.

Esa noche, todas las decisiones dejarían huella.

Hablando de decisiones, el chocolate caliente había sido una tontería. Tan tonto como el tatuaje de «Fuerza en chino» de Devon. No sabía por qué se había entretenido sirviéndose una bebida mientras un posible maltratador infantil vaciaba la vejiga en la estancia contigua. Pero lo había hecho. Y se había quemado la lengua al sorber el líquido, como una perfecta imbécil.

Pasó alrededor de las estatuas mordisqueadas y luego dio un rodeo hacia la oficina de turismo. El edificio se tambaleaba al borde del risco, un precipicio angosto por detrás del muro de contención, que parecía más estrecho por culpa de las mesas de pícnic apiladas. En la pared posterior del edificio vio dos ventanas más. Una para cada lavabo. Eran pequeñas y rectangulares y estaban situadas a unos tres metros del suelo, enclavadas bajo el alero del tejado, lleno de carámbanos. Estaba convencida de que Lars ya había terminado, pues había oído la cadena del váter hacía unos minutos, pero de todos modos se movió con sigilo.

Caminó colina arriba fingiendo ser la chica sin cobertura en el móvil. Por supuesto, el iPhone no captaba nada. Intentó reenviar su mensaje de emergencia al 911 cada varios pasos pero nunca se enviaba. Solo le quedaba el cuatro por ciento de batería.

Desde ahí arriba dominaba toda el área de descanso, dispuesta como un diorama. Wanapa, «diablillo» en la lengua local. El pequeño edificio sólido. El mástil. El tronco de cedro. Los Niños de Pesadilla. Los montículos que formaban los vehículos cubiertos de nieve. Sobre todo miraba la puerta delantera de la oficina de turismo, esperando a que Lars saliera al exterior

bajo el brillo naranja de la lámpara de vapor de sodio. Esperando a ver si le seguía el rastro.

La puerta no se abrió.

Ni rastro de Cara de Roedor.

La colina de Melanie se alzaba por la izquierda, como una sombra inclinada. La nevada intensísima escondía buena parte de la montaña pero seguía siendo la más alta a la vista. Sería un buen punto de referencia para orientarse.

Desde aquel sitio ventajoso también veía la carretera estatal 7, inundada de círculos de luz interior del coche. Parecía una rampa de esquí gigantesca, resplandeciente gracias al polvo blanco recién caído. Totalmente intransitable para todos ellos excepto quizá la furgoneta de Sandi. Blue no podía ni subir (ni bajar) un metro por ahí.

Esperó mientras los copos de nieve se posaban sobre su cabello, escuchando las ráfagas del viento a mayores altitudes. Entre ellas, un silencio desolador en el que los pensamientos atormentados de Darby se descontrolaban, como en una cámara de resonancia.

«Papá nos dejó por culpa tuya. Y si hubiera podido elegirlo a él en vez de a ti, lo habría hecho. Sin pensármelo».

«Sin pensármelo ni una puta vez, Maya».

Antes de colgar, su madre había respondido: «Si él te hubiera querido de verdad, Darby, te habría llevado consigo».

Dio otro sorbo al chocolate. Estaba tibio.

Ahora que estaba segura de que Lars no la seguía, por fin podía acercarse al monovolumen. Cruzó el carril de salida y llegó al vehículo desde el norte, sin apartar la mirada de la fachada principal de Wanapa. Desde la ventana interior del edificio se veía el lado derecho de la camioneta, pero no el izquierdo, y tenía que suponer que Lars estaría alerta. Caminar con nieve tan profunda resultaba agotador; levantaba una pierna tras otra entre jadeos y acabó por verter la bebida. El aire le resultaba corrosivo en la garganta. La nariz le quemaba. Notaba cómo la humedad se le helaba en las pestañas y las hacía crujir.

Sin embargo, curiosamente no sentía frío en el cuerpo. Le ardía la sangre por la adrenalina. Se sentía radioactiva. Ni siquiera llevaba guantes, pero tenía la impresión de que sería capaz de pasar toda la noche ahí fuera.

Cuando cruzó la zona de aparcamiento destinada a las caravanas y los semirremolques, estuvo lo bastante cerca del edificio para distinguir las siluetas sentadas a través del cristal emborronado. Vio el hombro de Ashley.

La coronilla medio calva de Ed. Pero ni rastro de Lars, lo cual de repente la preocupó. ¿Y si al final la había seguido hasta el exterior? ¿Y si había salido del edificio cuando ella estaba detrás y ahora seguía sus pisadas en la oscuridad con sigilo?

No acertaba a decidir qué le resultaba más aterrador, si ver a Cara de Roedor o no verle. El chocolate estaba a punto de congelársele en el vaso.

Siguió avanzando hacia el monovolumen misterioso y el zorro dibujado flotaba más cerca a cada paso tambaleante que daba. El eslogan: ACABAMOS LO QUE EMPEZAMOS. La nieve del aparcamiento era menos profunda, le llegaba hasta el tobillo bajo una capa de hielo. Durante las últimas veinticuatro horas lo habían limpiado, lo cual resultaba reconfortante. Se acercó por la izquierda y utilizó el largo del lateral del monovolumen para ocultarse.

Se acercó a las puertas traseras del vehículo. Un Chevrolet Astro. Supuso que AWD significaba que tenía tracción en las cuatro ruedas. A juzgar por el desgaste era un modelo antiguo. Rascadas sucias en el parachoques. La pintura gris marengo pelada en forma de ampollas con costra. A la derecha reconoció la silueta débil de las pisadas que había dejado hacía una hora, situadas entre el monovolumen y su Honda, y que acababan justo ahí. Allí era donde había ocurrido. Allí era donde la noche había dado un vuelco brusco.

Y ahora había llegado la hora de la verdad.

Dejó el vaso en la nieve y se inclinó hacia las ventanillas rectangulares traseras del Astro, medio tapadas por los cuchillos que formaba la escarcha que descendía. Volvió a ahuecar las manos contra el cristal y observó el interior. Estaba incluso más oscuro de lo que recordaba. No se distinguían siluetas, ni movimiento. Tan solo una oscuridad turbia, como mirar el interior del armario de un desconocido.

Dio un golpecito en el cristal con dos dedos.

—Eh.

No hubo respuesta.

—Eh, ¿hay alguien ahí? —Resultaba extraño hablarle a un monovolumen.

Nada.

La única presencia era la de Darby Thorne, ahí de pie como una merodeadora de coches, que se sentía más rara a cada minuto que pasaba. Se planteó utilizar la linterna de LED del iPhone pero entonces se le acabaría la batería y, lo que era peor, brillaría como una supernova. Si por lo que fuera Lars estaba de cara a la ventana, sin duda la vería.

Dio un par de golpecitos con los nudillos en la puerta metálica, justo por encima de la matrícula de California, y esperó respuesta. No había actividad

en el interior. Nada de nada.

«Me lo he imaginado».

Se distanció de la puerta e inhaló una bocanada de aire frío.

—Escucha —siseó con voz ronca—. Si hay alguien ahí atrapado, haz algún ruido ahora mismo. O me marcho. Es tu última oportunidad.

Seguía sin haber respuesta. Darby contó hasta veinte.

«Me he imaginado la manita. Eso es lo que ha pasado».

Ahora, con la perspectiva del tiempo, sabía exactamente por qué se había entretenido llenándose un vaso de chocolate en la oficina de turismo. Era su forma de negar la realidad. Había hecho lo mismo la noche anterior después de que Devon le enviara un mensaje que había dinamitado su mundo:

Llámame, mamá tiene cáncer.

¿Y qué es lo primero que hizo?

Guardó el móvil, se enfundó un anorak y se fue caminando de Dryden Hall al edificio del sindicato de estudiantes y se pidió una hamburguesa con queso. Observó cómo se la acercaban, grasienta y chafada, pagó 5,63 dólares con un billete arrugado de diez, buscó mesa en la cafetería desértica y dio dos buenos bocados antes de salir disparada hacia el baño y vomitar. Llamó a Devon entonces, desde el compartimento del baño, con los codos apoyados en la porcelana desinfectada con lejía, mientras las mejillas le ardían por efecto de las lágrimas.

La normalidad es un refugio, si eres capaz de aferrarte a ella.

Siguió contando en el exterior del monovolumen de Lars.

Para entonces había llegado a cincuenta y todavía no había ni rastro de aquel niño imaginario. Tenía sentido, ¿verdad? Igual que personas de lo más racionales juran haber visto luces rojas en el cielo o fantasmas en espejos o al abominable hombre de las nieves en los parques nacionales, Darby Thorne se había imaginado la mano de un niño en el interior del vehículo de un desconocido y casi se lo había tomado en serio y casi había actuado con violencia por culpa de ese espejismo entrevisto. La vida real era así.

Y todo ello no era más que un malentendido, una falsa alarma y, de repente, a Darby le entraron unas ganas enormes de regresar a la pequeña oficina de turismo donde el ambiente ya empezaba a cargarse. Ahora la compañía no le parecía tan mala. Intentaría ponerse a jugar a cartas con Ashley, charlar con Ed y Sandi. Tal vez echara una cabezadita en el banco hasta que el CDOT actualizara la frecuencia de emergencias y diera más detalles sobre la climatología.

Porque, al fin y al cabo, Lars no era un secuestrador. Era un asqueroso y tartamudeaba y tenía un problema de piel en las manos, eso seguro, pero el mundo estaba lleno de gente asquerosa. La mayoría resultaban inofensivos. Dado que el propietario del Astro también lo era, se armó de valor, presionó el móvil contra la ventanilla trasera de la camioneta y activó la linterna, que emitió una luz blanco azulada cegadora. Solo para acallar sus últimas sospechas, para confirmar que no había nada...

El rostro de una niña le devolvió la mirada desde detrás del cristal.

A Darby se le cayó el teléfono.

La luz de LED aterrizó de lado a sus pies, enfocando hacia la oficina de turismo de Wanapa como si fuera un faro y produciendo sombras recortadas en la nieve. Se abalanzó sobre ella, la cubrió con las manos ahuecadas y buscó el botón a tientas.

En la camioneta volvía a reinar la quietud. La niña se había retirado de nuevo a la oscuridad.

Darby, al igual que la vez anterior, apenas la había visto un instante. Pero gracias a la luminosidad de la linterna, la imagen persistía en su retina, como después de mirar al sol. Los detalles seguían presentes. La forma oval de su rostro. Tenía unos seis o siete años y el pelo enmarañado. Ojos grandes, que parpadeaban por la luz. Una cinta negra pegada cruelmente en la boca, que brillaba por los mocos que le caían. Estaba detrás de algo metálico y enrejado, como una jaula de alambre negro. Tal como había sospechado la primera vez. Una jaula para perros.

«Oh, Dios mío. Tiene la boca tapada con cinta aislante y está metida dentro de una jaula de perro».

Darby se estremeció por primera vez desde que había salido. Dio la impresión de que todo el calor de su cuerpo se esfumaba en un único instante de vigor. Todo quedaba confirmado. Todo era cierto. Todo era exactamente tal como había sospechado. Todo estaba sucediendo, en aquel instante, en colores vivos; la vida de una niña estaba en juego y el gran combate de esa noche sería entre una estudiante de arte falta de sueño y un depredador humano.

Volvió a ponerse en pie.

Volvió a probar la puerta trasera del Astro, como una estúpida. Seguía cerrada con llave. Eso ya lo sabía. Probó entonces la puerta del conductor. No pensaba, actuaba por instinto. Solo reflejos, con los nervios a flor de piel. Forzaría el monovolumen de Cara de Roedor. Iba a sacar a esa niña de allí,

costara lo que costase, y a esconderla en su Honda. En el maletero, quizá. Ahí estaría a salvo, ¿no?

Si rompía el cristal haría ruido y dejaría pruebas. En cambio, Darby atisbó por la ventanilla del conductor. El interior del Astro estaba lleno de recibos en el salpicadero y de envoltorios amarillos de hamburguesa en los asientos. Los posavasos estaban llenos de vasos de plástico vacíos de tamaño gigante. Apartó la nieve recién caída y buscó el seguro de la cerradura detrás del cristal helado, sí, ahí estaba. Menos mal que era un coche antiguo...

«Darby, piénsate bien lo que estás haciendo».

Se agachó y se arrancó el cordón de la zapatilla derecha. Apretando los dientes, hizo un nudo corredizo en el medio. Lo tensó, como un lazo para ganado en miniatura. Solo había hecho aquello una vez.

«Darby, para».

De ninguna de las maneras. Retiró más nieve de la parte superior de la puerta con la palma de la mano y fueron cayendo pedacitos de hielo. Introdujo el cordón por la esquina superior de la puerta. Sujetó el metal y tiró con la yema de los dedos, lo suficiente para disminuir la presión entre la puerta y el marco. Apenas un milímetro o dos. Al cabo de treinta segundos de forcejeo, el cordón se deslizó por el hueco y quedó colgado detrás del cristal.

«Para».

No podía. Fue bajando el cordón milímetro a milímetro hasta que el nudo llegó al seguro. Entonces se produjo un milagro: el lazo cayó justo encima del seguro y lo rodeó en el primer intento. Era la parte más difícil, la parte que había tardado cuarenta y cinco frustrantes minutos en superar la última vez pero, por increíble que pareciera, Darby ahora lo había conseguido a la primera. Era una señal prometedora, como que Dios estaba de su lado. Deseó que así fuera.

Su parte más sensata seguía protestando. «Darby, no seas impulsiva. Cuando la liberes, ¿qué? No puedes llevarla dentro. No puedes esconderla en el maletero de Blue toda la noche. Para empezar, da un paso atrás...».

No. No podía pensar en otra cosa que en la niña. La imagen de aquella carita aterrorizada le ardía en la mente.

«Piénsatelo bien...».

Se situó a la izquierda deslizándose a lo largo del perímetro de la puerta y tiró del cordón en sentido horizontal. El nudo corredizo se tensó alrededor del seguro, como una soga alrededor de un cuello. Acto seguido, se recolocó en sentido vertical, sujetó bien el cordón y tiró con un poco más de fuerza (si se excedía, el cordón se saldría del seguro y tendría que volver a empezar) y un

poco más, y otra vez, y el cordón tembló por la tensión y el seguro chirrió. Entonces se sintió obligada y ya no fue capaz de parar...

«Darby, esta noche vas a morir».

CLIC.

La puerta se desbloqueó.

Mientras el corazón le latía con fuerza, Darby sujetó el tirador de la puerta y la abrió y, para su horror, la luz del habitáculo del Astro se encendió. Un brillo deslumbrante.

Larson Graver vio luz en el exterior.

Estaba agachado junto al expositor de folletos, leyendo el cuadernillo de Colorado Air e intentando discernir si su helicóptero de turbina Robinson era un R66 o un R44 cuando se dio cuenta. Un brillo en el extremo de su visión periférica. Un destello insonoro de la zona de aparcamiento, que se reflejaba hacia atrás en la ventana. Procedente de su monovolumen.

Le entró el pánico y sintió un nudo en el estómago.

El resto de las personas que había en la sala permanecían ajenas a todo aquello. Ashley y Ed seguían jugando a las cartas, sus voces se intercalaban con suavidad:

—Nueve de diamantes.

—Ah, me has pillado.

Lars contuvo el aliento. El ángulo que tenía de la luz desconocida del exterior no era lo bastante bueno; quizá no fuera más que un reflejo en el cristal. Así pues, se guardó de cualquier manera el folleto de Colorado Air en el bolsillo, donde se encontraría con Springs Scenic (un Cessna 172) y Rocky Vistas (un DHC-3 Otter), y se acercó corriendo a la ventana de paneles. Alargó el cuello para ver mejor...

Darby encontró el botón de la luz del habitáculo y lo pulsó.

Oscuridad de nuevo.

«Putá mierda». Lanzó un grito ahogado con el corazón palpitante. Le pitaban los oídos por culpa del exceso de sangre. Había cometido una estupidez. Una imprudencia. Era peligroso. Había actuado sin pensar y había estado a punto de delatarse por culpa de la luz activada por la apertura de la puerta.

De todos modos, nadie la había visto. «No hay pena sin delito, ¿no?».

«¿No?».

La camioneta olía a sudor rancio. Le recordó el vestuario de un gimnasio. Notó la funda del asiento de cuero pegajosa en contacto con los dedos. Una maqueta de un avión en el salpicadero. El suelo era un mar de bolsas de restaurantes de comida rápida, viscosas y transparentes, con grasa solidificada en el interior. Buscó a tientas la guantera central y la abrió, rebosante de basura. Se imaginaba que encontraría una pistola o algo así. Quería probar la guantera, pero sabía que ahí habría otra luz, presta a encenderse como un cable de trampa. No podía volver a correr el mismo riesgo.

Encontró los cierres interiores en el panel de la puerta.

CLIC-CLIC.

Las puertas traseras del monovolumen ya no estaban bloqueadas. La cabina estaba separada de la zona de carga por una rejilla metálica, como un confesionario católico. Con cuidado, salió rápido al exterior, recuperó el nudo corredero del cordón de zapatos, palpó el seguro y cerró suavemente la puerta del conductor con las palmas de la mano.

Veía la ventana del edificio por encima del capó del monovolumen. Temía ver la silueta de Lars tras el cristal, intrigado por la luz del habitáculo, pero la ventana seguía vacía. Solo veía la coronilla de Ed y una parte del hombro de Ashley, mientras seguían jugando a las cartas.

Por ahora, no podía quejarse.

Darby recorrió con discreción el lateral izquierdo del monovolumen, volviendo sobre sus pasos más allá del estúpido zorro de dibujos animados, pisando con dificultad los montículos de nieve. Se guardó el cordón en el bolsillo de los vaqueros; no tenía tiempo de volver a poner el cordón en la zapatilla. Rodeó la parte trasera del Astro, sujetó el tirador de la puerta de la izquierda y tiró para abrirla.

La niña estaba dentro de una jaula para perros. Una de esas jaulas de rejilla negra que pueden plegarse para almacenarla plana. Aquella podía albergar un perro del tamaño de un collie, reforzada con un candado y docenas de bridas. La niña estaba arrodillada porque no había suficiente espacio para ponerse de pie. Sujetaba las rejas con sus manitas como si estuviera en la celda de una prisión. Tenía la boca tapada con cinta aislante, que formaba unas dobleces torpes.

Darby olió una acidez húmeda. Orina.

No fue capaz de hablar durante unos instantes. ¿Qué podía decir en esa situación? No había palabras. Con la boca pastosa, como si se hubiera tragado

una cucharada de mantequilla de cacahuete, al final fue capaz de mover los labios y decir:

—Hola.

La niña la miraba con los ojos como platos.

—¿Es... estás bien?

La niña meneó la cabeza.

«Bueno, ¿en serio?».

—Soy... —Una ráfaga de viento gélido hizo estremecer a Darby cuando cayó en la cuenta de que no había pensado ningún plan más allá de aquel momento—. Bueno, voy a quitarte la cinta aislante para que puedas hablar. ¿De acuerdo?

La niña asintió.

—A lo mejor duele.

La niña asintió con más fuerza.

Darby sabía que le dolería; la tenía pegada hasta en el pelo. Lars la había adherido perezosamente alrededor de la cabeza y era del tipo de cinta aislante que se usa para los cables eléctricos. Introdujo las manos por los huecos de la jaula y encontró el inicio de la cinta con las uñas. Despegó con cuidado la primera vuelta y luego la segunda y, mientras la niña se quitaba el resto, Darby le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Jay.

—¿Conoces al hombre que conduce esta camioneta?

—No.

—¿Te secuestró?

—Sí.

—¿En tu casa? —Darby reformuló la pregunta—. Un momento, Jay, ¿dónde vives?

—1145 Fairbridge Way.

—¿Dónde está eso?

—Al lado del gran almacén.

—No. ¿Cómo se llama la ciudad donde vives?

—San Diego.

Darby se estremeció al oír aquello. Nunca había ido en coche hasta la costa Oeste. Lars debía de llevar varios días conduciendo, con esa niña enjaulada en la parte trasera. Eso explicaba los restos de comida basura. Echó un vistazo al interior del monovolumen a medida que las pupilas se iban acostumbrando a la oscuridad, llena de mantas y alfombras amontonadas para

tapar la jaula. Estanterías de contrachapado en las paredes, todas vacías. Unas cuantas botellas de cristal de Coca-Cola, tintineaban por el suelo metálico. Serrín. Clavos. Un bidón rojo de gasolina con un pitorro negro. Ropa infantil hecha un hatillo con bolsas de K-Mart, aunque Darby dudaba que Lars hubiera cambiado a Jay ni una sola vez desde que la había secuestrado en su ciudad. Tan lejana como el sur de California.

—Justo al lado de Costco —explicó Jay.

Darby se fijó en el logo circular de la camiseta de la niña y lo reconoció: el dispositivo circular de los juegos de Pokémon. Una Poké Ball, recordó de la app del iPhone que durante algún tiempo había causado furor en el campus de su universidad.

—¿Cómo te llamas de apellido?

—Nissen.

—¿Es...? —Darby agitó el candado circular que cerraba la puerta de la jaula—. ¿Jay es la abreviatura de algún nombre?

—Jaybird.

—No, me refiero a un nombre más largo. Como... ¿Jessica?

—Jay a secas —respondió la niña.

«Jay Nissen. Siete años. Desaparecida en San Diego».

Darby cayó en la cuenta: habría salido en las noticias. Acababa de forzar el vehículo de un hombre (lo cual ya era delito de por sí) y estaba tomando decisiones, en ese mismo instante, que con posterioridad tendría que recitar en la sala de juicios. Los abogados serían muy quisquillosos con todos los detalles. Si sobrevivía, tendría que dar explicaciones acerca de todas y cada una de las decisiones que había tomado, las buenas y las malas. Hasta el momento, lo único que había conseguido era preguntar a la niña secuestrada con la boca tapada con cinta aislante si estaba «bien».

A Darby siempre se le había dado fatal hablar con niños. Ni cuando hacía de canguro se le había despertado el instinto maternal. Los niños eran un rollo, pequeñas criaturas belicosas que la estresaban. A menudo se preguntaba cómo había conseguido su madre lidiar con ella, sobre todo teniendo en cuenta que el embarazo no había sido planeado.

Su hermana mayor había sido una hija deseada, por supuesto. La primogénita estimada. Pero tres años después llegó Darby, tras una separación matrimonial demoledora. El papeleo del divorcio, el pago del alquiler con retraso y las náuseas matutinas. «Pensaba que tenía una gripe estomacal en vez de a ti», le dijo su madre en una ocasión con una sonrisa socarrona. Darby nunca supo cómo sentirse ante tal comentario.

«Pensé que tenía una gripe estomacal en vez de a ti».

«Intenté matarte con Theraflu».

Entonces la niña secuestrada levantó la otra mano para sujetar la jaula y Darby se dio cuenta de que estaba vendada. Jay tenía la palma envuelta y sellada con más vueltas de cinta aislante de forma chapucera. Estaba demasiado oscuro para distinguir los detalles.

Darby tocó la cinta y Jay se apartó con brusquedad.

—¿Te... te hizo daño?

—Sí.

Le embargó una rabia profunda. No se lo podía creer... esa noche empeoraba a cada segundo que pasaba... pero calmó la voz y preguntó, castañeteando los dientes:

—¿Qué te ha hecho en la mano, Jay?

—Se llama tarjeta amarilla.

—¿Tarjeta amarilla?

La niña asintió.

Darby no sabía qué pensar... ¿Como en el fútbol?

Jay bajó la mano herida y al recostarse la jaula chirrió. Darby notó que una especie de costra recubría los barrotes. Se descamó en contacto con la yema de sus dedos y despidió un olor a cobre. Escamas de sangre seca.

«Tarjeta amarilla».

«Ese es el tipo de psicópata al que me enfrento...».

A quince metros de distancia, la puerta delantera del edificio se abrió y, acto seguido, dio un golpe al cerrarse.

Jay se quedó paralizada.

Unos pasos se acercaban con rapidez. El hielo crujía bajo las botas. Darby vaciló en el sitio, inclinada hacia el interior de la parte trasera del Chevrolet Astro del secuestrador de la niña. Con medio cuerpo dentro y el otro medio fuera. Temía moverse, temía quedarse. Paralizada por el creciente terror, miró a los ojos abiertos como platos de la niña mientras las pisadas se acercaban con paso decidido en la oscuridad.

Y otro sonido, que se acercaba rápido.

Respirando por la boca.

21.39 h

¿Huir o esconderse?

Cuando Lars se acercó a su monovolumen, Darby optó por esconderse. Se deslizó rápidamente al interior del vehículo, dobló las rodillas y cerró con cuidado la puerta trasera, pero pilló una toalla.

Los pasos de él crujían más cerca.

—Mierda...

Tiró de la toalla hacia dentro y cerró la puerta con cuidado hasta que emitió el clic deseado. Entonces se encontró cerrada dentro del monovolumen del depredador, encajada entre la puerta trasera y la jaula de perro de Jay. Se agachó al máximo, contorsionándose a fin de caber en aquel espacio reducido. Se tapó con un montón de mantas y alfombras ásperas. Las botellas de Coca-Cola tintineaban debajo de ella. El olor a cerrado de las mantas para perro. La frente presionada contra la fría puerta de metal, el codo derecho formando un ángulo extraño detrás de la espalda. Se esforzó para controlar la respiración, para silenciar las bocanadas de aire que daba con desesperación: «Inhala. Cuenta hasta cinco. Exhala».

«Inhala. Cuenta hasta cinco. Exhala».

«Inhala. Cuenta hasta...».

Entonces oyó los pasos de Cara de Roedor rodeando el lado derecho del vehículo, dejando atrás el dibujo del zorro que empuñaba la remachadora, más allá del lema ACABAMOS LOS QUE EMPEZAMOS y pasar entre el monovolumen y su Honda. Notó en la boca el sabor mareante de una mezcla de susto y reivindicación: si hubiera decidido huir en vez de esconderse, él seguro que la habría visto. Seguía acercándose, resollando ligeramente entre los dientes excesivamente pequeños, y Darby vio pasar su silueta junto a la ventana trasera por encima de su cabeza. Se paró allí, miró al interior, a treinta centímetros de ella, mientras su aliento empañaba el cristal.

Darby contuvo la respiración.

«Si abre esa puerta, estoy muerta...».

Pero no la abrió. Siguió caminando y completó la vuelta alrededor del monovolumen hasta llegar a la puerta del conductor. Cogió la manecilla. Darby oyó el chirrido de la puerta en las bisagras viejas y la suspensión del vehículo cedió con el peso de una tercera persona que se inclinaba en el interior. El tintineo de las llaves del coche en un cordel rojo.

Con un ojo destapado y con cuidado de no tocar las botellas de cristal que rodaban debajo de ella, Darby lanzó una mirada a Jay, que seguía dentro de la jaula, y se llevó un índice tembloroso a los labios: «Sshh».

Jay asintió.

Lars se sorbió los mocos en el asiento del conductor, se inclinó hacia delante e introdujo la llave en el contacto, pero sin girarla. Darby oyó una exhalación larga y meditada. Acto seguido llegó el silencio. Demasiado silencio.

«Algo no va bien».

Esperó mientras notaba pitidos en los tímpanos por culpa del aumento de presión. Los músculos del cuello se le tensaron. La respiración se le quedó atrapada en los pulmones hinchados. Cara de Roedor era una silueta negra al volante, separada por una mampara de rejilla y recortada contra la nieve opaca en el parabrisas. Con el ojo que tenía destapado, Darby vio que Lars tenía la cabeza girada de lado. Estaba mirando hacia arriba y hacia la derecha. Hacia la luz del habitáculo del Astro.

La luz que ella había apagado.

«Oh, no».

Imaginaba los pensamientos que iban formándose centímetro a centímetro en la mente de él. Se estaba preguntando por qué la luz no se había encendido de forma automática al abrir la puerta del conductor, como era habitual. ¿Qué sugería aquello? Que alguien más había entrado en el monovolumen. Que, habiendo examinado con cuidado las huellas del exterior, alguien seguía en el interior del vehículo, enterrado bajo una alfombra mohosa de los navajos, sudando y temblando por culpa del pánico que la estaba sacando de quicio...

Lars giró la llave.

El motor se encendió con suavidad y Darby exhaló aliviada. Lars se encorvó hacia delante en el asiento y orientó las rejillas de ventilación. Giró el botón de la calefacción al máximo. Colocó el gorro de Deadpool en el salpicadero junto al avión en miniatura e hizo crujir un envoltorio de comida rápida.

Darby oyó movimiento a su lado. Era Jay, que volvía a sellarse la boca con la cinta aislante. «Chica lista», pensó.

Los siguientes veinte minutos le parecieron horas mientras el monovolumen se iba llenando de calor y humedad. Lars dejó el motor en punto muerto y buscó una emisora de radio. Solo encontró distintos niveles de interferencias confusas, la voz robotizada de la transmisión del CDOT y, de nuevo, el puto *White Christmas* de Bing Crosby.

«No puedo librarme de esa canción», pensó Darby. «Seguro que la tocan en mi funeral». Siempre había imaginado que para entonces ya se habrían inventado los coches voladores. Ahora, escondida de cualquier manera en la camioneta húmeda de un secuestrador, respirando por la nariz, no estaba tan convencida.

Como era de esperar, Lars escuchó toda la canción, lo cual significó que Darby también. El hecho de escuchar la letra hizo que la apreciara un poco más. Darby siempre había supuesto que hablaba de la nieve, pero resulta que tenía un componente de añoranza y melancolía. Mientras Bing Crosby canturreaba, imaginó a un pobre muchacho granjero recién salido del instituto, agachado en tierra extraña y helada, luchando en una guerra que nada tenía que ver con él, soñando con los seres queridos que había dejado en su hogar. Se identificaba bien con esa última parte.

Probablemente Lars no estuviera pensando tanto en la canción. Mascaba una barrita de Baby Ruth haciendo ruido. Se metió el dedo en la nariz y observó sus hallazgos gracias al brillo del salpicadero. Se tiró dos pedos. El segundo le hizo reírse como un tonto y de repente se volvió y sonrió hacia la parte trasera del monovolumen con la boca llena de dientes pequeños y puntiagudos, y a Darby se le encogió el pecho; tenía el corazón en un puño.

—Lo caliente por ti —dijo.

Estaba mirando la jaula de Jay en la oscuridad, pero no tenía ni idea de que también miraba directamente a Darby, cubierta apenas por una capa de tejido y con un ojo fuera. Bastaría con un poco más de luz.

«Me está mirando».

La sonrisa de Cara de Roedor se desvaneció, pero seguía teniendo la vista clavada en algún punto.

«Dios mío, me está viendo», pensó Darby, que sintió calambres en los costados, como si unas arañas le treparan por la piel. «Está acostumbando los ojos a la oscuridad y ahora sabe que estoy aquí y, oh Dios mío, va a matarme...».

Se tiró un tercer pedo.

«O lo otro, supongo».

Fue uno largo, como un bocinazo, y luego soltó una carcajada seca que sonó como un grito al tiempo que golpeaba el asiento del pasajero. Estaba sumamente satisfecho de sí mismo mientras lanzaba palabras atropelladas a su cautiva:

—De nada... de nada por este pedo colosal. Calentito y agradable, ¿verdad, Jaybird?

Darby oyó que la cinta aislante de Jay se arrugaba al inclinar la cabeza ligeramente. Imaginó que la niña ponía los ojos en blanco como diciendo: «¿Ves lo que he tenido que aguantar?».

Entonces las risas que Lars sacaba del estómago se transformaron en tos. Era una tos húmeda, burbujeante, como si tuviera sinusitis. Aquello explicaba lo de la respiración por la boca.

Darby tenía los pies apoyados contra el bidón de gasolina de quince litros que había visto antes y entonces se fijó en que a su lado había un segundo recipiente blanco. Llevaba el logo de Clorex, apenas visible con la luz del salpicadero. Probablemente fuera lejía.

«Quince litros de gasolina».

«Y lejía».

¿Productos para limpiar la escena de un crimen, quizá?

Después de que la radio emitiera unas cuantas canciones navideñas más (*Grandma Got Run Over By a Reindeer*, que él tarareó, y *Silent Night*, que no cantó), Lars apagó el motor del Astro y se guardó las llaves en el bolsillo de la chaqueta. Para entonces el monovolumen era un horno a veinticinco grados y las ventanas estaban empañadas por efecto de la condensación. Gotas de luz brillaban en el cristal. Atrapada bajo la manta asfixiante, Darby tenía las manos húmedas y frías por culpa del sudor y la nieve derretida. Las mangas se le adherían a las muñecas y, debajo, tenía la sudadera de Art Walk empapada de sudor por el miedo.

Lars salió rápidamente, se encasquetó el gorro de Deadpool y volvió a mirar hacia la luz del habitáculo. Todavía le sorprendía un poco ese detalle. Pero acto seguido se dio la vuelta, se tiró un último pedo con toda la intención en el interior del vehículo, lo ventiló con la puerta, cerró a Jay (y a Darby) allá dentro y se marchó.

Darby escuchó cómo se iban apagando sus pisadas. Luego, a lo lejos, oyó cómo se abría la puerta delantera de la oficina de turismo y se cerraba con un suave clic.

Silencio.

Jay se despegó la cinta aislante de la boca.

—Se tira muchos pedos.

—Ya me he dado cuenta.

—Creo que es por culpa de las hamburguesas.

Darby se quitó la manta pinchuda de los hombros y se apartó los mechones de pelo húmedo de la cara. Abrió la puerta trasera del Astro de un puntapié y salió. Fue como salir de una sauna. Tenía las Converse empapadas, los calcetines blandos y mojados en el interior y a la zapatilla derecha todavía le faltaba el cordón.

—Le pone salsa ranchera a todo —continuó Jay—. En los restaurantes de comida rápida para llevar en el coche, pide un vaso con la salsa para mojar las patatas, pero es mentira. La vierte por encima...

—Bueno.

Darby no la estaba escuchando. La temperatura bajo cero resultaba vigorizante, como despojarse de veinticinco kilos de jerséis. Volvía a sentirse ágil y viva. Sabía qué hacer, lo que pasa es que no sabía cómo demonios hacerlo. Retrocedió, alzó el iPhone e hizo dos fotos rápidas.

Jay no parpadeó, seguía sujetando los barrotes de la jaula con los dedos manchados de sangre.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

—Prométeme que tendrás cuidado...

—Te lo prometo.

La niña le tendió la mano ilesa a Darby. Al comienzo pensó que quería estrechársela, o que quería entrelazar el dedo meñique o algún gesto parecido de su propia infancia, pero Jay dejó caer una cosa en la palma de Darby. Una cosa pequeña, metálica, fría como un cubito de hielo.

Era una bala.

—La encontré en el suelo —susurró Jay.

Era más ligera de lo que Darby habría imaginado, como un pequeño torpedo romo. La hizo rodar de izquierda a derecha en su piel. Le temblaba la palma y estuvo a punto de que se le cayera. No es que fuera una sorpresa precisamente, pero sí una confirmación funesta del peor de los escenarios posibles.

«Por supuesto, Lars tiene una pistola».

«Por supuesto».

Tenía que haberlo imaginado. Aquello era Estados Unidos, donde tanto la policía como los ladrones llevan armas. Donde, tal como predica la Asociación Nacional del Rifle, lo único que detiene a un tipo malo con pistola

es un tipo bueno con pistola. Suena cursi, pero es una verdad como un templo. Nunca había manejado un arma y mucho menos disparado, pero en esos momentos habría vendido su alma por contar con una.

Se dio cuenta de que Jay seguía observándola.

Normalmente odiaba hablar con niños. Siempre que se quedaba atrapada con sus sobrinas o con los hermanos pequeños de sus amigas los trataba como adultos tontos de menor tamaño. Pero ahora le parecía fácil. No le hacía falta medir las palabras. Decía lo que pensaba y no tenía que adaptar el lenguaje para darle más poder.

—Jay, te prometo que te sacaré de aquí. Te salvaré.

22.41 h

Darby no había visto a su padre en once años, pero hacía dos años, como regalo por acabar la secundaria, le envió una navaja suiza. ¿Lo más gracioso? La tarjeta Hallmark la felicitaba por haberse graduado en la universidad.

«¿Cómo?».

Pero el regalo no estaba mal. Era una de las variantes rojas del ejército suizo que se desplegaba en forma de abanico: sacacorchos, cortaúñas, lima de uñas. Y, por supuesto, una hoja dentada de cinco centímetros. Solo la había utilizado una vez, para ayudar a abrir el revestimiento del paquete de tapones para los oídos de su compañera de habitación; luego se había olvidado de ella para el resto de sus estudios. La guardaba en la guantera de Blue.

Ahora la tenía en el bolsillo. Como el cuchillo de una prisión.

Estaba sentada en el mostrador de piedra del café con la espalda apoyada en la persiana de seguridad y las rodillas dobladas junto al pecho. Desde ahí dominaba toda la sala: Ed y Ashley que acababan su enésima partida de Pesca, Sandi que leía su novela y Lars que vigilaba la puerta desde su lugar habitual.

Del asiento trasero del Honda que tenía fuera, de debajo de las láminas de papel de arroz para los calcos de lápidas, también había cogido un lápiz azul y una de sus libretas de papel pautado de la universidad. La tenía sobre el regazo.

En la primera página había garabatos. Formas abstractas, sombreadas.

En la segunda página, más garabatos.

¿Y en la página tres? Posiblemente Darby había hecho el mejor esbozo, que ocultaba con cuidado, de un rostro humano. Era casi perfecto. Había observado a Lars, cada centímetro de su cuerpo encorvado. Sus patillas rubias, los dientes delanteros superpuestos, su mandíbula con pelusilla y la frente inclinada. La forma en «V» pronunciada del nacimiento del pelo. Incluso había captado el tenue brillo de sus ojos. A la policía le resultaría útil; incluso quizá lo difundieran en los medios para ayudar en la persecución subsiguiente. También tenía la marca, el modelo y la matrícula del monovolumen. Más una foto borrosa de la niña de San Diego desaparecida.

Quedaría de maravilla en la CNN, ampliada en las pantallas LCD de cuarenta pulgadas de todo el país.

Pero ¿bastaba?

Ahora era imposible conducir, pero a la mañana siguiente, cuando llegaran las quitanieves y abrieran Backbone Pass al tráfico, Lars cogería a Jay y se marcharía. Aunque Darby consiguiera llamar al 911 de inmediato, la policía tendría que empezar a actuar a partir de la última ubicación conocida. A lo mejor lo pillarían o a lo mejor no. Tendría tiempo más que suficiente para escabullirse por la red viaria desigual, de desvanecerse en el mundo, lo cual supondría la pena de muerte para Jay Nissen, de siete años. Jaybird Nissen, o como se llamara.

Según el mapa regional de la pared, la carretera estatal 7 se cruzaba con otras dos carreteras cerca del puerto de montaña. Además de una carretera interestatal importante que discurría como una vena hacia el norte. Independientemente de que Lars fuera hacia el este o el oeste, dispondría de infinidad de vías de escape. Tras un examen más detallado, también se enteró de que el área de descanso de Wanapa (Diablillo) se encontraba treinta y cinco kilómetros colina abajo. En realidad ellos se habían quedado atrapados en Wanapani. Antes había interpretado mal el mapa. Estaban treinta y cinco kilómetros más lejos de la civilización.

En payute, Wanapani significaba «Gran Diablo».

No era de extrañar.

Darby seguía teniendo la bala en el bolsillo. La había observado bajo las luces verdes del fluorescente del servicio de mujeres. El extremo romo de la bala estaba dividido en cuatro cortes transversales que parecían deliberados, por algún motivo desconocido. La parte inferior, el borde de latón, tenía los siguientes caracteres inscritos: .45 LIC. En las películas de polis había oído hablar de pistolas que se llamaban «del cuarenta y cinco». Pero le estremecía pensar que ahí tenía una de verdad, en la misma sala que ella, oculta bajo la chaqueta de Lars. Apenas a unos metros de distancia.

Hacía más o menos una hora que Darby había tenido esa corazonada, pero por fin lo estaba asimilando. La descripción de un sospechoso y una foto borrosa medio chapucera no bastarían. A los medios les bastaría para calificarla de heroína si la cosa salía bien, pero no eran suficientes para garantizar el rescate de Jay.

Posteriormente, si la policía nunca encontraba a Lars, ¿qué diría ella a los pobres padres de la niña? «Siento que vuestra hija haya muerto, pero llamé a

la policía, anoté la matrícula y recurrí a todos los canales adecuados. E incluso hice un dibujo».

No, tenía que actuar.

Ahí, esa noche. En aquella área de descanso aislada por la nieve. Tenía que inmovilizar a Lars antes de que las quitanieves llegaran al amanecer.

De alguna manera.

Hasta ahí llegaba su plan.

Dio un sorbo al café. Era el tercero que se tomaba, amargo y negro como el azabache. Siempre le habían encantado las sustancias estimulantes, el café solo, el Red Bull, Full Throttle, Rockstar. Pastillas de cafeína. El Adderall de su compañera de habitación. Cualquiera cosa con tal de conseguir el efecto estimulante al que era adicta. Era el combustible que la hacía pintar al óleo y al pastel como un cohete. Las sustancias depresivas, como el alcohol o la marihuana, eran el enemigo. Darby prefería ir por la vida con los ojos bien abiertos, atormentada, corriendo, porque si nunca dejas de correr, nunca te pillan. Daba gracias a Dios por ello, por el subidón que le provocaba la cafeína ácida. Porque esa noche, de entre todas las noches, necesitaba mantener su agudeza al máximo.

Se fijó en un viejo reloj analógico situado encima del mapa regional, con la temática de Garfield. En el centro Garfield cortejaba al personaje femenino de color rosa, Arlene, con un puñado de flores apenas esbozadas. La manecilla pequeña del reloj indicaba que era casi medianoche, pero se dio cuenta de que iba una hora adelantado. Alguien se había olvidado de realizar el cambio de horario de invierno.

Todavía no eran ni las once.

Si se paraba a pensarlo, no estaba segura de qué le resultaba más enervante, quedarse sin tiempo o que le sobrara. Mientras terminaba el esbozo (sombreado la frente abultada, que le recordaba a un feto humano) se dio cuenta de que Lars por fin empezaba a congeniar con los demás. Por lo menos, ahora había un poco más de dinámica de grupo. Ashley enseñaba a Lars y a Ed un truco de cartas, algo que denominó «rotación mexicana». Por lo que Darby oyó, dabas la vuelta a una carta utilizando otra que tuvieras en la mano, aunque en realidad las cambiabas. Delante de las narices de todos. A Lars le había fascinado el truco y Ashley parecía encantado de tener público.

—O sea que por eso ganas continuamente —dijo Ed.

—No te preocupes. —Ashley desplegó una sonrisa de pícaro y alzó las manos—. Te gano con todas las de la ley. Pero sí, si se me permite fardar un poco, una vez gané la medalla de plata en un concurso de magia.

—¿Ah, sí? —bufó Ed.

—Sí.

—¿Y eso es importante?

—Por supuesto que es importante.

—¿En segundo de primaria?

—Lo cierto es que fue en tercero. —Ashley barajó las cartas—. Muchas gracias.

—¿Llevabas un esmoquin pequeño?

—Es obligatorio.

—¿Cómo está el mercado laboral para los magos que ganan una medalla de plata?

—Cada vez peor. —Ashley apartó los naipes con un chasquido de la lengua—. Estudié para ser contable. Y, a decir verdad, ahí es donde radica la verdadera magia.

Ed se echó a reír.

Lars había estado escuchando la conversación, frunciendo los labios con pelusilla, y aprovechó la pausa para intervenir.

—Vaya... o sea que... ¿los trucos de magia eran de verdad?

La tormenta de nieve se intensificó en el exterior. La ventana crujió bajo la presión de las ráfagas de viento. Ashley lanzó una mirada a Ed para ver si sonreía complacido («¿La magia es de verdad? ¿En serio?») y Darby le observó mientras decidía si contestaba tal cual o si se permitía un poco de sarcasmo a expensas del secuestrador infantil que iba armado.

«No lo hagas, Ashley».

Ashley se volvió hacia Lars.

—Sí.

—¿En serio?

Ashley desplegó una amplia sonrisa.

—Totalmente.

Darby notó que el miedo le provocaba un temblor en el estómago cada vez mayor. Como ser testigo de los instantes que preceden a un accidente de tráfico. El chirrido de los neumáticos bloqueados, el poder cinético pertinaz del impulso: «Déjalo, Ashley. No tienes ni idea de con quién estás hablando...».

—¿O sea que es de verdad? —susurró Lars.

«Para, para, para».

—Oh, es todo verdad —repuso Ashley, sacándole todo el jugo a la situación—. Puedo manipular el tiempo y el espacio, sacarme sorpresas de la

manga, cambiar los recuerdos de las personas. Puedo engañar a la muerte. Esquivar balas. Soy un hombre mágico, Lars, hermano, y yo...

—¿Sabes cómo cortar a una chica por la mitad? —preguntó Lars de repente.

La sala quedó en silencio. La ventana crujió bajo otro aullido del viento.

Darby bajó de nuevo la mirada y fingió garabatear otra vez con el lápiz azul, pero advirtió con un temor amargo que Lars la miraba desde el otro extremo de la sala. Lars, el secuestrador infantil que parecía un niño, con el gorro de Deadpool y una fascinación infantil por los trucos de magia, la miraba directamente a ella.

Ashley vaciló. Se le había atascado la máquina de contar mentiras.

—Yo... pues... bueno...

—¿Sabes cómo cortar a una chica por la mitad? —volvió a preguntar Lars con impaciencia. Mismo tono, misma inflexión. Seguía teniendo la mirada clavada en Darby mientras hablaba—. Ya sabes. La pones en una caja de madera grande, como una especie de ataúd, y entonces la... ¿la cortas con una sierra?

Ed bajó la vista al suelo. Sandi dejó de leer.

—¿Sabes cortar a una chica por la mitad? —repitió.

Darby sujetó el lápiz con más fuerza. Apretó las rodillas más contra el pecho. Cara de Roedor estaba a unos tres metros de ella. Se preguntó, en el caso de que él hiciera ademán de sacar la pistola del 45 de debajo de la chaqueta, si sería capaz de sacarse la navaja suiza del bolsillo, desplegar la hoja y cruzar la sala con la rapidez suficiente para clavársela en la garganta.

Apoyó la mano derecha en el mostrador, que le quedaba cerca de la cadera.

Lars insistió en voz más alta:

—¿Sabes cortar a una chica...?

—Sí —respondió Ashley—. Pero solo ganas el oro si sobrevive.

Silencio.

No era especialmente divertido, pero Ed soltó una risita forzada.

Sandi también rio, al igual que Ashley. Lars inclinó la cabeza, como si tuviera que hacer pasar el chiste por el engranaje de su cerebro, y al final cedió y rio con ellos y la sala quedó inundada de carcajadas sonoras. Las risas resonaron en el ambiente cargado hasta que Darby volvió a sentir migraña y le entraron ganas de cerrar los ojos con fuerza.

—Ya ves, conseguí la plata —puntualizó Ashley—. No el oro...

Bajo otra oleada de risas tensas y desplegando una amplia sonrisa, Lars se apartó rápidamente la prenda de abrigo y se tocó algo en la cintura. Darby sujetó la navaja que llevaba en el bolsillo... pero resultó que él se estaba ajustando el cinturón.

«Madre mía». Por los pelos.

De todos modos, Lars se había movido con rapidez. Fue consciente de que si hubiera cogido la pistola, podría haber matado a todos los presentes. Lars daba la impresión de ser lento y torpe, hasta que atacaba por sorpresa.

—Medalla de oro —bromeó riendo entre dientes, tirando del cinturón alrededor del culo esquelético, y señalando a Ashley con el pulgar—. Jaja, me gustan sus chistes. Es gracioso.

—Oh, es cuestión de tiempo —dijo Ashley—. Acabará resultando crispante.

Cuando se desvanecieron las risas falsas, Darby procesó otra información. Un pequeño detalle, pero había algo sumamente inquietante en la forma de reír del secuestrador. Daba la impresión de estar demasiado alerta. La gente normal parpadea y baja la guardia. Pero Lars no. Reía con la cara, pero sus ojos seguían observando. Escudriñó el rostro de todos los demás, asimilando la sala con las pupilas, calibrando la situación con frialdad mientras enseñaba su dentadura puntiaguda.

«Es el rostro de sonrisa estúpida del diablo,» concluyó Darby.

«Es el rostro de un hombre que secuestró a una niña de su casa de California».

Las luces parpadearon. Un ataque de oscuridad gélida. Todos alzaron la vista hacia los fluorescentes pero, mientras recobraban vida y la estancia se iluminaba de nuevo, Darby observaba el rostro con pelusilla de Lars.

«Me enfrento a este elemento».

Existe una hora, en la profundidad de la noche, en la que se dice que las fuerzas diabólicas están en su máximo apogeo. La madre de Darby solía llamarla «la hora bruja» con un ligero tono de vudú en la voz.

Es a las tres de la madrugada.

Supuestamente se trata de cuando el demonio se burla de la Santísima Trinidad. De niña, Darby había respetado esta superstición aunque nunca se la había acabado de creer: ¿cómo era posible que una hora del día fuera más vil que cualquier otra? De todos modos, a lo largo de su niñez, siempre que se despertaba de una pesadilla con la respiración entrecortada y con la piel

perlada de sudor, miraba el teléfono. Era sobrecogedor que la hora siempre rondara las tres de la madrugada. Todas las veces que recordaba.

¿La noche que soñó que la garganta se le cerraba en la clase de sociales cuando iba a séptimo y que vomitaba un gusano de diez centímetros, pálido e hinchado, que se retorció en su escritorio?

Las 3.21 h.

¿La vez que un hombre la seguía obsesivamente camino del SevenEleven, silbándole, y la acorralaba en los baños, sacaba una pistola diminuta y le disparaba en la nuca?

Las 3.33 h.

¿La vez que un fantasma alto, una mujer de pelo blanco con una falda floreada y las rodillas tan flexibles que se le doblaban hacia atrás como las patas traseras de un perro, apareció dando bandazos por la ventana de la habitación de Darby, medio flotando y medio caminando, ingrávida y etérea, como una criatura submarina?

Las 3.00 en punto.

Menuda coincidencia, ¿verdad?

«La hora bruja», solía decir su madre mientras encendía una de sus velas de jazmín. «Cuando los demonios tienen el máximo poder».

Entonces cerraba con un chasquido su encendedor Zippo para darle más énfasis a sus palabras, clic.

Ahí en el área de descanso de Wanapani no eran más que las once de la noche, pero Darby seguía imaginando una oscuridad que se iba apoderando de la sala junto con ella, con todos ellos. Algo dotado de sentidos que se agazapaba entre las sombras, aguardando la violencia con cierto vértigo.

Todavía no había decidido cómo atacaría a Lars.

Ya tenía memorizada la planta de la oficina de turismo. Era sencilla, pero estaba repleta de detalles significativos. Un vestíbulo principal rectangular con dos baños separados por sexos, unas fuentes de agua potable deslucidas y un cuarto para suministros cerrado con llave con el letrero de SOLO EMPLEADOS. Un mostrador de café de piedra y argamasa que rodeaba una cafetería cerrada, cortada al paso por unas persianas de seguridad con candado incluido. Una puerta delantera bien visible con una bisagra chirriante. Una ventana amplia que daba a la zona de aparcamiento, medio bloqueada por un saliente lleno de nieve transportada por el viento. Y una pequeña ventana triangular en cada baño, encajada en el techo, a tres metros del suelo embaldosado. Igual que la ventana de una celda de prisión pero sin

barrotes. Lo recordaba porque le parecía que era un detalle que otros olvidarían.

El exterior parecía otro planeta totalmente distinto. La luz de la luna amortiguada por las nubes. La temperatura había descendido hasta los dieciocho grados bajo cero, según el termómetro de mercurio que colgaba fuera. La nieve acumulada se amontonaba hasta la altura de la ventana, proceso que no parecía tener fin. El viento aparecía a modo de ráfagas estridentes, arrojando torbellinos de nieve seca que golpeteaban el cristal como si fueran guijarros.

—Ahora mismo no me iría mal un poco de calentamiento global —dijo Ed.

Sandi pasó una página.

—El calentamiento global es un engaño.

—Lo único que digo es que menos mal que estamos dentro.

—Eso es verdad —murmuró Ashley, inclinando la cabeza en dirección a Lars—, hasta que alguien acaba encerrado en una caja de madera y lo cortan por la mitad con una sierra.

Cara de Roedor había vuelto a apostarse junto a la puerta mientras echaba un vistazo al expositor de folletos. Darby no era capaz de asegurar que hubiera oído el chiste de Ashley. Deseó que dejara de tentar a la suerte. Era imposible sostener aquella situación ocho horas más. Tarde o temprano, Ashley acabaría pisando una mina terrestre verbal.

«Entonces llegarán las armas».

Así es como podía acabar la noche. Que Darby supiera, aquella área de descanso pública era tan inofensiva como una guardería. En la barra de la cafetería, más allá de las persianas de seguridad, no había más que tenedores y cucharas de plástico. Platos de papel y servilletas marrones. Había un cuarto de mantenimiento, pero estaba cerrado con llave. Ni palancas, ni lanzabengalas ni cuchillos de carnicero. Por desgracia, su mejor opción ofensiva era la hoja serrada de cinco centímetros de su navaja suiza. Se dio una palmada en el bolsillo de los vaqueros y se tranquilizó al notar que seguía ahí.

¿Podía apuñalar a Lars con ella? Y lo más importante, ¿lo detendría así? No lo sabía. Apenas podía considerarse un arma, pues era poco probable que pudiera atravesar las costillas. Tendría que pillar a Cara de Roedor desprevenido y clavársela directamente en el tejido blando de la garganta o en los ojos. No había tiempo para vacilaciones. Sabía que era posible, pero no era desde luego el plan A.

«El mortero rajado bajo el mostrador», recordó. «La piedra suelta».

Aquello podría servirle.

Se levantó y se acercó al mostrador de café fingiendo llenarse otro vaso de poliestireno. Cuando nadie miraba, alzó el pie derecho, lo apoyó en la piedra suelta y se inclinó hacia delante. Aplicó un poco de presión y fue aumentándola, al tiempo que toqueteaba la palanca del KAFÉ para disimular el ruido, hasta que la piedra se soltó y cayó con un clac en el suelo embaldosado. Lars, Ed y Ashley ni se dieron cuenta. Sandi alzó levemente la mirada y luego siguió leyendo.

Cuando la mujer volvió a tener la vista fija en el libro de bolsillo, Darby recogió la piedra. Era un poco menor que un disco de *hockey*, lisa y con forma de huevo. Lo bastante grande para partir unos cuantos dientes o para lanzar con fuerza. Se guardó en el bolsillo la piedra fría y regresó a su asiento del banco, haciendo un inventario mental.

Una navaja de cinco centímetros.

Una piedra mediana.

Y una única bala de pistola del calibre 45.

«Voy a necesitar ayuda», concluyó.

Por supuesto que podía intentar abatir ella sola a Lars. Sorprenderle, herirle, quitarle la pistola del bolsillo y tenerle inmovilizado hasta que llegaran las quitanieves al amanecer. Atarlo de pies y manos con su cinta aislante, quizá. Y si se iba todo a la mierda, supuso que estaba preparada mentalmente para matarle. Pero intentarlo entonces, sola, sería una gran irresponsabilidad. Necesitaba compartir ese descubrimiento con alguno de los presentes, por si Lars conseguía doblegarla y esconder su cadáver sin que los demás se percataran. No podía salvar a Jay si Lars acababa matándola antes a ella.

¿Cuál era la diferencia entre un héroe y una víctima?

La oportunidad temporal.

Ashley, junto a la mesa, desplegaba las cartas en forma de abanico, todas boca abajo excepto un único as de corazones boca arriba.

—Y esta es tu carta.

Lars soltó un grito ahogado, como un cavernícola al descubrir el fuego.

Ed se encogió de hombros.

—No está mal.

Desde el banco, Darby calibró a sus posibles aliados. A Ed le faltaba poco para llegar a los sesenta y tenía una buena barriga. Su prima Sandi bien podría estar hecha de madera de balsa y laca de pelo. Ashley, por el contrario, por

muy hablador y crispante que fuera, tenía una espalda ancha, era musculoso y ágil. Por la forma como se movía para recoger las cartas que caían al suelo, la forma como esquivaba las sillas... tenía una soltura en las extremidades superiores e inferiores propia de un jugador de baloncesto. O de un mago sobre el escenario.

Un mago digno de una medalla de plata.

—Haz otro —lo instó Lars.

—Este es el único truco de verdad que recuerdo —reconoció Ashley—. Todo lo demás era cosa de niños. Mangas falsas, trampillas en los vasos, ese tipo de cosas.

—Deberías haberte dedicado a esto —dijo Ed.

—¿Sí? —Ashley sonrió y, durante una fracción de segundo, Darby atisbó dolor en su mirada—. Bueno, la contabilidad también mola mucho.

Lars se situó como un alma en pena junto a la puerta, decepcionado porque se había acabado el espectáculo.

Darby llegó a la conclusión de que su próximo paso tenía que ser Ashley. Por lo menos era lo bastante fuerte para luchar. Lo pillaría a solas, en el baño, quizá, y le contaría lo de la niña. Se aseguraría de que comprendía la gravedad de la situación; que, en esos momentos, la vida de una niña corría peligro en el exterior. Así tendría refuerzos cuando escogiera el momento de atacar y detener a Lars...

—¡Oh! —Ashley dio una palmada que sorprendió a todo el mundo—. Ya sé cómo podemos pasar el rato. Podemos jugar a la hora del corro.

Ed parpadeó.

—¿Qué?

—La hora del corro.

—¿La hora del corro?

—Sí.

—¿Qué coño es la hora del corro?

—Mi tía es maestra de preescolar. Utiliza esta actividad para romper el hielo con grupos pequeños. Básicamente estamos todos sentados en círculo, como ahora más o menos, y acordamos un tema, como «mi mascota preferida» o lo que sea. Y entonces nos vamos turnando, en el sentido de las agujas del reloj, compartiendo la respuesta. —Ashley vaciló y fue recorriendo los rostros con la mirada—. Y por eso... por eso se llama la hora del corro.

Silencio.

Al final, Ed habló.

—Dispárame a la cara, por favor.

Todo el mundo volvía a estar distraído, por lo que Darby regresó al mostrador de La Colina del Espresso y cogió una servilleta marrón. La escondió dentro de la libreta, sacó la punta del boli con un clic y garabateó un mensaje.

—Chicos, estamos aquí atrapados por la nieve y tenemos otras siete horas por delante —insistió Ashley con valentía—, venga. Va a entramos claustrofobia si no nos abrimos y hablamos un poco más.

Ed soltó un gruñido.

—Ahora estamos hablando.

—Pues entonces es la hora del corro.

—Yo empiezo.

—Por todos los santos, Ashley, si me haces jugar a la hora del corro, mañana por la mañana cuando lleguen las quitanieves se encontrarán un área de descanso llena de cadáveres ensangrentados.

Darby ocultó la punta del boli con otro clic. «Esperemos que no».

—A mí me gusta la hora del corro —terció Lars.

Ed exhaló un suspiro.

—Sí, claro, no me extraña.

—Bueno. Un buen tema para romper el hielo son las fobias, o vuestros mayores miedos —dijo Ashley—. Así pues... empezaré yo esta ronda y os hablaré de mi mayor temor. ¿Os parece bien?

—No —repuso Ed.

Lars había dejado el folleto y estaba escuchando.

—Todos vais a pensar que mi fobia es rara —advirtió Ashley—. No es un miedo normal, como a las agujas o a las arañas...

Darby dobló la servilleta dos veces con el mensaje en el interior. Sabía que estaba a punto de hacer algo para lo que no había vuelta atrás. Era el punto sin retorno de la noche. A partir de entonces, una mirada equivocada o una palabra fuera de lugar podían provocar un estallido de violencia en el área de descanso.

—Pues bien, yo me crie en las Montañas Azules —explicó Ashley—. De pequeño solía caminar por las vías de tren y explorar las viejas minas de carbón cubiertas de tablas. Ahí las colinas son como el queso gruyer. Y aquella mina en concreto no figuraba en mi mapa, pero por ahí se la conoce como Chink's Drop o «la caída del chino».

Sandi frunció el ceño.

—Ya.

—Bueno —dijo Ashley—, ya sabéis que no se apreciaba mucho a los chinos en la época de las minas.

—Sí, ya me lo he imaginado.

—Supongo que un minero debió de morir por culpa de una caída y...

—Ya lo pillo.

—Y debía de ser chino.

—Lo pillo, Ashley.

—Perdón. —Vaciló—. Así pues, eh, yo tengo siete años y soy un tonto del bote. Pasé a rastras por debajo de la barricada e iba solo porque no se lo había dicho a nadie, y llevaba únicamente una linterna y una cuerda. Como un Indiana Jones en miniatura. Y, bueno, al comienzo daba miedo. Me interné cada vez más en el túnel, que iba estrechándose, más allá de las vagonetas de mineral, por aquellas vías de tren del siglo XVIII destrozadas, cruzando una puerta bloqueada tras otra. El sonido se transmite de una forma curiosa allá abajo, todo trinos y tintineos. Y yo cruzo una vieja puerta de madera y apoyo la mano en la bisagra corroída durante un segundo más o menos. Y... sucede algo terrible.

Darby advirtió que Lars había vuelto a centrar la atención en el folleto de Colorado Air, por lo que aprovechó la ocasión. Bajó del banco y sus Converse empapadas entraron en contacto con el suelo emitiendo un chapoteo.

Ashley hizo un movimiento brusco para simular un corte.

—La puerta se cierra. La bisagra se cierra, como dos mandíbulas metálicas y oxidadas, y me machaca el pulgar, me fractura tres metacarpianos. Bum. Al comienzo no me dolió. Me quedé conmocionado. Y la puerta pesaba ciento cincuenta kilos de roble macizo, imposible de mover. Y ahí estaba yo, solo en la oscuridad más absoluta y a ochocientos metros bajo tierra.

Darby se acercó a él.

—Dos días sin comida ni agua. Me dormí unas cuantas veces. Sueños horribles. Fatiga, deshidratación. No tenía ninguna navaja, pero me planteé seriamente cortarme el pulgar. Recuerdo observarlo con la linterna que cada vez iluminaba menos y preguntarme con cuánta fuerza tenía que apoyar mi peso corporal contra la bisagra para... ya me entendéis.

Ed se inclinó hacia delante.

—Todavía tienes los dos pulgares.

Darby rodeó la silla de Ashley y dejó caer la servilleta en su falda con disimulo. Como los jóvenes que se pasan notas en el instituto.

Él se dio cuenta, pero acabó la historia tranquilamente y levantó el pulgar hacia Ed en un gesto irónico.

—Correctísimo. Resulta que lo único que tenía que hacer era esperar. Unos adolescentes de otro pueblo entraron a la fuerza en Chink's Drop y se encontraron conmigo de repente. Me salvé por una suerte de lo más tonta, me tocó la lotería.

—Y... —Sandi lo miró—. Tu fobia cuál es... ¿Quedarte atrapado?

—No. Las bisagras de las puertas.

—¿Las bisagras de las puertas?

—Odio las bisagras de las puertas —reconoció Ashley, estremeciéndose de forma exagerada—. Me aterran, ¿sabes?

—Ah.

Darby se paró junto a la ventana y se puso a observar los copos de nieve que golpeaban el cristal. Esperó a que Ashley leyera la nota. Por el rabillo del ojo le vio levantar la servilleta y desdoblarla bajo el borde de la mesa para leerla disimuladamente encima de la rodilla, sin que Ed y Sandi le vieran. En color azul chirriante Darby había escrito: REÚNETE CONMIGO EN EL BAÑO QUIERO ENSEÑARTE UNA COSA.

Él se quedó parado.

Entonces se sacó un lápiz negro del bolsillo, caviló unos instantes y garabateó una respuesta. Acto seguido se levantó y se acercó a la ventana con gesto despreocupado y al pasar deslizó la servilleta en la mano de Darby como si tal cosa. Lo hizo con la naturalidad propia de un carterista.

Darby la desdobló y leyó lo que había escrito.

TENGO NOVIA.

Darby exhaló un suspiro.

—Dios mío.

Él la miró.

Ella le habló moviendo solo los labios: «No es eso».

Él habló moviendo los labios.

«¿Qué?».

«No. Es. Eso».

Entonces estaban los dos de pie junto a la ventana en actitud sospechosa de espaldas a la sala. Probablemente Lars les estuviera mirando, preguntándose qué se estaban diciendo con tanto disimulo. Ed y Sandi también.

Ashley le tocó el hombro y volvió a preguntar sin emitir ningún sonido:

«¿Qué?».

Darby sintió esa parálisis conocida que le bloqueaba los huesos. Como subir a un escenario y olvidarse del diálogo. Si hablaba, los demás la oirían. Si no, se arriesgaba a montar un numerito. El mundo entero estaba al filo de una navaja. Se atrevió a echar una mirada por encima del hombro derecho, en dirección a Cara de Roedor y, tal como se temía, les estaba observando. También se fijó en otro detalle que le heló la sangre.

Lars había dejado una cosa blanca en el expositor de folletos. Un vaso de espuma de poliestireno.

El de ella.

El cuarto de litro de COCO mal escrito que había llenado como una imbécil y había llevado fuera hacía una hora. Lo había dejado en la nieve, junto a la puerta trasera del Astro, justo antes de forzar la cerradura y hablar con Jay. Luego se había olvidado del vaso y lo había dejado ahí fuera en la oscuridad, donde él lo había encontrado. Cerca de un montón de pisadas suyas.

«Lo sabe», concluyó. Y llegó a otra conclusión incluso peor, que ahora el peligro silencioso era de doble filo.

«Piensa atacarme».

«Igual que yo pienso atacarle a él».

—Atrapado en una mina de carbón —Sandi repitió para Ed—. Menudo susto.

—Eh. —Ed se encogió de hombros—. Yo me habría cortado el pulgar.

—Me parece que no es tan fácil.

—Es un decir. Cuando tienes por delante un almuerzo con la dama de la guadaña, ¿qué más dan unos cuantos huesecillos y tendones?

Lars continuó observándoles en silencio y lo que más asustó a Darby fue el sosiego profundo y mudo de sus ojos. Un criminal con cierto instinto de conservación ya habría sacado la pistola. Pero Lars mostraba un desinterés escalofriante, despreocupado, sus ojillos insulsos la observaban como si no fuera algo más urgente o peligroso que un vertido en el suelo que había que secar con la fregona en el plazo de una hora más o menos. Eso era todo.

Otro pensamiento funesto se filtró en su mente y, en cierto sentido, estuvo convencida de que se trataba de una profecía, que aparecía como una de las cartas del tarot de su madre que olían a cerrado: «Esta noche ese hombre va a matarme».

«Moriré así».

Volvió a mirar a Ashley y le susurró:

—Sígueme. Ahora mismo.

23.09 h

Se lo contó todo a Ashley en el servicio de caballeros.

La camioneta. La jaula de perro. La niña de San Diego que se llamaba Jay. La cinta aislante, la mano ensangrentada, la amenaza desconocida de la tarjeta amarilla. Incluso los pedos. Y por muy bajito que susurrara, tenía la impresión de que sus palabras resonaban en el lavabo, rebotaban en las baldosas y en la porcelana. Estaba convencida de que los demás la oían.

Ashley exhaló claramente afectado. Las cuencas de los ojos se le oscurecieron bajo los fluorescentes, como moratones, y por primera vez en toda la noche, parecía igual de cansado que Darby. Y otra novedad: se quedó mudo.

Darby le observaba intentando interpretar su expresión.

—Eso.

—¿Eso? —repuso él.

—Pues eso, que tenemos que hacer algo.

—Es obvio, pero ¿qué?

—Tenemos que pararle.

—¿Pararle? Eso es muy ambiguo. —Ashley volvió la vista atrás para mirar la puerta del baño y se acercó más a ella—. ¿Te refieres a matarle?

Darby no estaba segura.

—Dios mío, hablas de matarle...

—Si no hay más remedio.

—Oh, Dios mío. —Ashley se frotó los ojos—. ¿Ahora? ¿Con qué?

Darby abrió la hoja de cinco centímetros de su navaja suiza.

Ashley ahogó una carcajada.

—Seguro que tiene pistola, ¿sabes?

—Lo sé.

—No estarás pensando en...

—He dicho que lo sé. —Darby le enseñó el cartucho de pistola del calibre 45 con una palma temblorosa—. Porque sé a ciencia cierta que tiene una pistola.

Él observó la bala.

—Entonces ¿qué plan tienes?

—Que lo detengamos.

—Eso no es un plan.

—Por eso te lo he dicho. Y ¿sabes qué, Ashley? Ahora estás implicado. Son las once y diez de un jueves por la noche y hay un secuestrador de niños en la sala contigua y una niña encerrada en un monovolumen de mierda ahí fuera y esta es la mano que nos han repartido. Y ahora la pregunta es: ¿me ayudarás?

Entonces él pareció entender.

—¿Estás... estás segura?

—Segurísima.

—¿Que Lars la secuestró?

—Sí. —Se lo repensó—. Si es que su nombre auténtico es Lars.

Ashley se pasó una mano por el pelo y dio un paso atrás. Se apoyó en la puerta del compartimento.

A PEYTON MANNING LE GUSTA QUE LE DEN POR DETRÁS habían garabateado en la puerta. Ashley respiraba con dificultad mientras se miraba los pies, como si intentara no desmayarse.

Darby le tocó el brazo.

—¿Estás bien?

—Es que tengo asma.

—¿No tienes un inhalador?

—No. —Sonrió tímidamente—. Es que no tengo seguro médico.

Darby advirtió que quizá se había equivocado al juzgar a aquel desconocido alto y moreno. Tal vez Ashley, exmago, parlanchín, estudiante del Instituto Tecnológico de Salt Lake City, no era tan capaz como había pensado. Pero entonces recordó el impresionante juego de manos que había hecho al devolverle la nota. Ni siquiera se había percatado. La servilleta se había materializado entre sus dedos, como... por arte de magia.

Eso era una gran hazaña, ¿no?

Ahora ya había recuperado el aliento y la miró fijamente.

—Necesito pruebas.

—¿Qué?

—Pruebas. ¿Puedes demostrar algo de todo esto?

Darby pasó con el pulgar la galería de imágenes de su iPhone. Detrás de ella, la puerta del baño se abrió de golpe.

Era Lars.

Cara de Roedor entró pisando fuerte, sus botas húmedas crujieron en las baldosas. Así, de repente, el secuestrador estaba en la misma estancia que ellos, respirando el mismo aire. La mente de Darby gritaba «¡Estamos acorralados, estamos los dos desprotegidos, no hay tiempo de escondernos en un compartimento!» y la figura encorvada de Lars giró bruscamente para situarse frente a ellos, esa cara sin mandíbula y con pelusilla que respiraba por entre unos dientes de bebé...

Entonces Ashley sujetó la cara de Darby con las palmas en las mejillas...

—Un momento...

Y pegó su boca a la de Darby.

«¿Qué?».

Entonces Darby comprendió. Tras otro segundo de corazón palpitante, entró en el juego y presionó su cuerpo contra el de él, entrelazándole los dedos detrás de la nuca. Ashley le manoseó la espalda, las caderas. Tenía su aliento cálido en el interior de su boca.

Durante varios segundos que se hicieron eternos, Lars les observó. Luego Darby volvió a oír sus pisadas chirriantes en dirección a los lavamanos. Un grifo que se abrió. El agua que brotó. El dispensador de jabón presionado una, dos veces. Se estaba lavando las manos.

Darby y Ashley siguieron a lo suyo, con los ojos bien cerrados. Para Darby no había resultado tan extrañamente embarazoso ya que, desde tercero de secundaria, Tolo no había dejado de sobarla y de pellizcarla donde no tocaba con la respiración entrecortada. O besaba de puta pena o es que ni siquiera lo intentaba; la lengua de él era como una babosa muerta en la boca. Tras una dolorosa eternidad —«No pares, no pares, él sigue mirándonos»—, oyó que el agua dejaba de correr y que Lars rasgaba y arrugaba una toalla de papel. Otro largo silencio y, por último, salió del baño.

La puerta se cerró con un clic.

Darby y Ashley se separaron.

—El aliento te huele fatal —dijo él.

—Lo siento, hoy me he bebido seis Red Bull.

—Casi nada...

—Toma. —Empujó el móvil hacia él: una foto oscura de Jay enjaulada detrás de los barrotes. Solo estaban enfocadas las uñas ensangrentadas de la niña—. ¿Querías pruebas? Esto es lo que nos jugamos. Está ahí fuera, en el monovolumen, a ciento cincuenta metros de este edificio, aquí mismo, ahora mismo.

Ashley apenas miró la foto, ya tenía la prueba. Asintió nervioso y tomó otra bocanada de aire.

—No... no ha venido aquí a lavarse las manos. Ha venido a vigilarnos.

—Y ahora tú también estás metido en esto.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Exhaló un suspiro—. Pues... hagámoslo, supongo.

Darby asintió con fuerza. Pero su mente se había desviado rápidamente hacia el cáncer pancreático de su madre.

Todo aquello... las penosas veinticuatro horas que conducían a esto... le parecían como una vida entera; una vida de la que se apartaría gustosa. El recuerdo la alcanzó como un perdigón en el estómago. Todavía no había conseguido cobertura en el móvil. Todavía no había descifrado el significado que ocultaba el texto críptico y estúpido de Devon que ahora hacía ya varias horas que había recibido: «Ahora mismo está bien...».

—¿Darby?

Ashley la estaba mirando.

—Vale, sí. —Se serenó, se secó la saliva de él del labio y parpadeó bajo la fuerte luz—. Tenemos que pillar por sorpresa a ese cabrón. Y dado que sospecha que lo sabemos, no nos quitará el ojo de encima.

—Aunque sea el caso, no nos va a bastar con ese cuchillo para mantequilla que tienes.

—O sea que le golpeamos en la cabeza.

—¿Con qué?

—¿Tú qué tienes?

Ashley caviló.

—Tengo... tengo un gato en el coche, creo...

Era demasiado evidente, pensó Darby. No podía esconderse. Pero se le ocurrió una idea mejor. Introdujo la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó la piedra decorativa que había hecho caer del mostrador de café de Wanapani.

—Esto irá mejor.

—¿Una piedra?

—Quítate el zapato.

Ashley vaciló y luego se apoyó en la puerta del compartimento y se quitó el zapato izquierdo.

—Ahora el calcetín —instó ella—. Por favor.

—¿Por qué el mío?

—Los calcetines de mujer son demasiado cortos.

Ashley le tendió un calcetín tobillero de color blanco, cálido como un apretón de manos y un tanto amarillento. Él hizo una mueca.

—Tengo la lavadora estropeada.

Darby tensó el calcetín, deslizó la piedra en el interior y lo cerró con un nudo equilibrado y prieto. Balanceó el calcetín una vez y lo golpeó contra su palma. El movimiento en forma de arco impulsó con fuerza la piedrecilla; bastaba con un giro rápido de muñeca para fracturar la cuenca de un ojo. O, por lo menos, esa era la idea.

Ashley miró la piedra y luego a Ashley.

—¿Qué es eso?

—Se llama el calcetín relleno.

—Ya... entiendo, supongo.

Darby lo había visto en un programa de televisión tipo «Supervivientes».

—El calcetín relleno —repitió.

—El arma preferida de El Gato.

Darby sonrió, por lo que dejó ligeramente visible la cicatriz que tenía en la ceja.

—De acuerdo. —Calibró el peso del arma—. Mi idea es la siguiente: a Lars le gusta situarse junto a la puerta delantera y controlar la salida, ¿verdad?

—Verdad.

—Uno de nosotros, la Persona A, caminará por su lado y cruzará la puerta. Una vez fuera, se dirigirá hacia el monovolumen. Ahora ya está sobre aviso, por lo que seguirá a la Persona A al exterior. No le quedará más remedio. Para ello, cruzará el umbral de la puerta y tendrá que volver la espalda a la Persona B.

Golpeó el calcetín contra la palma. Dolía.

—La Persona B, que es más fuerte que la Persona A, irá detrás de Lars y le golpeará en la parte posterior del cráneo. Basta con un buen golpetazo para dejarlo inconsciente. Pero si no es el caso, la Persona A, que tiene la navaja, se girará y ambos haremos un *tag-team*...

—¿Te refieres a un bloqueo?

—Sí, un *tag-team*.

—No significa lo mismo.

—Bueno, seguro que me has entendido. —Darby se mostraba ambigua expresamente con respecto a la acción. En teoría, bastaría con un golpetazo con la piedra. Si se producía una pelea, seguirían siendo dos contra uno y ahora ellos dos iban armados. Lars quizá fuera un psicópata violento, pero

¿hasta qué punto podía estar preparado para un ataque sorpresa desde dos direcciones?

Y lo más importante: ¿con qué rapidez podía sacar su pistola del 45 y disparar?

Ashley empezaba a entender la situación.

—O sea que yo soy la Persona B, ¿no?

Darby colocó el calcetín en la mano de Ashley y cerró los dedos a su alrededor, uno por uno.

—Eres más fuerte que yo, ¿verdad?

—Pues... confiaba en que fueras luchadora profesional como Rhonda Rousey o algo así.

—Pues no.

—Entonces supongo que soy más fuerte.

—Dos contra uno —repitió, como un mantra.

—¿Y si lo matamos?

—Lo tiraremos al suelo y le vaciaremos los bolsillos. Le quitaremos la pistola. Le cogemos las llaves del cordel que lleva en el cuello. Si opone resistencia, seguiremos luchando. He estado dentro de la camioneta con él. Sé a quién nos enfrentamos y le cortaré yo misma el cuello si es necesario...

Hizo una pausa, sorprendida por lo que acababa de decir.

Sorprendida también porque lo había dicho en serio.

—No has respondido a mi pregunta —dijo Ashley acercándose—. Y para que te enteres, Darbs, si nos equivocamos nos acusarán de agresión.

Lo sabía, pero también sabía que no se equivocaba. Se había pasado media hora sudorosa boca abajo en el monovolumen de Lars bajo una manta india, escuchando a esa criatura de ojos planos comer, echarse pedos y reír entre dientes con una niña de siete años retenida en una jaula de perro. Sabía que independientemente de lo que ocurriera, vería esa sonrisa lasciva en sus pesadillas: «La he calentado para ti, Jaybird». Pero, por lo que a Ashley respectaba, pues bueno, comprendía que albergara ciertas dudas. Todo eso se le había venido encima como un desprendimiento de rocas. En unos diez minutos.

En su otro bolsillo seguía teniendo la bala del calibre 45. Bien presionada contra el muslo. Aquel era su verdadero temor, la pistola de Lars. No tendría reparos en utilizarla si no lograban abatirle rápidamente. Aunque solo alcanzara a disparar una o dos veces a ciegas, había espectadores a tener en cuenta: Ed y Sandi. Lo cierto es que Darby nunca se había visto implicada en

una pelea, por lo que no sabía a ciencia cierta qué esperar, pero lo que sí tenía claro era que no sería como en las películas.

—Si puedes —añadió—, intenta mantener un ojo cerrado.

—¿Por qué?

—Vamos a enfrentarnos a él en el exterior, tal vez en la oscuridad. Así que intenta tener ahora un ojo cerrado, mientras estás en el interior, con luz, y así tendrás un ojo con un poco de visión nocturna. ¿Tiene sentido?

Ashley asintió sin demasiado entusiasmo.

—Y... ¿has dicho que tienes asma?

—Una leve falta de aliento. Lo he tenido desde que era niño.

—Bueno, cuando yo era pequeña —dijo Darby—, tenía ataques de pánico. Muy fuertes. Hacían que hiperventilara y me desmayara. Me quedaba en el suelo en posición fetal, ahogándome con mis propios pulmones, y mi madre siempre me sujetaba y decía: «Inhala. Cuenta hasta cinco. Exhala». Y siempre funcionaba.

—Inhala. Cuenta hasta cinco. ¿Exhala?

—Sí.

—O sea «respira», en otras palabras. Genial.

—Ashley, intento ayudar.

—Lo siento. —Miró hacia la puerta—. Es que... es que todo esto me cuesta.

—Ya le has visto.

—He visto a un tío raro, como tantos otros. —Suspiró—. Y ahora estamos a punto de darle una paliza.

—Lo siento —dijo ella, tocándole la muñeca—. Siento mucho haberte metido en esto. Pero yo también me he visto obligada. Y no puedo salvarla sola.

—Lo sé. Te ayudaré.

—Si no actuamos enseguida, Lars podría atacarnos primero por sorpresa. Cada segundo que esperamos, es un segundo que le entregamos a él para decidir cómo lidiar con nosotros. Si eso te facilita las cosas, deja de pensar en la vida de esa niña hipotética, a quien no has conocido. Piensa en la tuya...

—He dicho que lo haré —declaró mientras la batería de luces parpadeaba detrás de él.

—Gracias.

—No me des las gracias todavía.

—Lo digo en serio, Ashley. Gracias...

—Ayudaré —dijo con una sonrisa nerviosa—, si me das tu número de teléfono.

Darby desplegó una amplia sonrisa, todo dientes.

—Si por mí le das una paliza a un perfecto desconocido con una piedra, hasta me caso contigo.

Lars les vio salir del lavabo.

Volvía a ocupar su puesto de centinela, a unos pocos pasos a la derecha de la puerta delantera en el pequeño ángulo muerto del vestíbulo. Intentaba en vano volver a doblar un mapa de Mount Hood, pero inclinó la cabeza para seguir a Darby y a Ashley mientras cruzaban la estancia. Darby mantenía la cabeza gacha. Las Converse grises rechinaban y los calcetines chapoteaban por culpa de la nieve derretida.

No hubo contacto visual.

Darby llegó a la conclusión de que salir del baño a la vez había supuesto un grave error. Tanto Ed como Sandi se habían dado cuenta y sacarían sus conclusiones. Detrás de ella, Ashley tropezó contra una silla. Tranquilo.

El corazón le latía con tanta fuerza que le sorprendió que los demás no lo oyeran. Sentía las mejillas rojas como un tomate. Sabía que estaba visiblemente agitada, lo cual incluso resultaba apropiado para la escenita. Si hubiera quedado con un desconocido para echar un polvo rápido en el lavabo más sucio de todo Colorado, ese paseíto de la vergüenza de diez pasos la habría dejado muy tocada.

Llevaba la navaja suiza disimulada en la cara interior de la muñeca. El metal gélido en contacto con la piel. Tenía que estar preparada por si el primer golpe de Ashley no abatía a Cara de Roedor, pues tendría que clavarle la navaja en el cuello. La cara. En esos ojillos apagados.

«Le cortaré el cuello si hace falta».

Pensó en Jay, que estaba en el Chevrolet Astra del exterior, agazapada en una jaula de perro mojada con su propia orina, con la mano ensangrentada y vendada, con quince litros de gasolina y una botella de lejía Clorox chapoteando al lado. Se preguntó qué sería de esa pobre niña si fracasaban.

Seguía enfadada consigo misma por haber salido del baño a la vez que Ashley. Menuda estupidez.

Ed seguro que se había dado cuenta.

—Os lo habéis perdido.

—¿Perdido el qué? —preguntó Ashley irritado.

—La información de emergencia se ha actualizado. Malas noticias. Hacia el este el camino está bloqueado por un camión con remolque que ha derrapado al pie de la ladera. Ha habido varias víctimas mortales.

—¿A qué distancia están de nosotros?

—Están en el punto kilométrico 160. O sea que a unos diez o doce kilómetros.

«Demasiado lejos para ir andando».

Darby exhaló un suspiro y volvió la vista hacia el gran mapa de Colorado que había en la pared. Aquello situaba el accidente cerca de Coal Creek, a medio camino entre los puntos azules que marcaban las áreas de descanso de Wanapa (Diablillo) y Wanapani (Gran Diablo). Resultaba un poco surrealista ver la perfección con la que estaban atrapados, entre una tormenta de nieve que avanzaba desde el oeste y el accidente causado por un tráiler de dieciocho ruedas a doce kilómetros colina abajo en dirección este, con lo que no había ruta de escape posible. Era como una emboscada, con todos los elementos, igual que la escena que estaban a punto de protagonizar. Se preguntó si la hora estimada de llegada del equipo de asistencia en carretera seguía siendo el amanecer o si se había retrasado hasta la tarde. Si así era, sería un suplicio retener a un criminal a punta de pistola.

Ashley alargó la mano por la reja de seguridad y ajustó la antena de la radio. Entrecerró los ojos para observar el puesto de café, para ver mejor la zona oscura situada bajo los mostradores.

—Y... ¿crees que ahí puede haber una radio de dos vías?

—¿Cómo?

—¿Un emisor y receptor de radio? ¿O un teléfono fijo? Seguro que sí.

«Ashley, tranquilo».

—¿Sí? —gruñó Ed—. Si lo tienen, es propiedad del estado, cerrado con llave...

Ashley señaló.

—Cerrado con un candado de tienda de todo a un dólar. Con un buen golpetazo con algo pesado, estas persianas suben en un santiamén.

—Todavía no he entrado en modo delincuente.

—Pues a lo mejor te lo replanteas en los próximos minutos —declaró Ashley.

Darby sabía que así sería. Se quedó junto a la ventana intentando parecer tranquila y miró hacia el exterior en dirección a los árboles ensombrecidos. Seguía habiendo copos de nieve, algunos se alzaban y otros caían, captaban los retazos de luz de sodio como las cenizas de una hoguera. A unos pasos

detrás de ella, oyó que Ashley exhalaba entre los dientes, que castañeteaban. Tenía el calcetín relleno metido en la manga derecha hasta arriba, preparado para dejarlo caer en la palma de la mano y balancearlo.

Habían acordado una señal secreta. Cuando Ashley estuviera preparado, tosería una vez. Eso sería lo que daría pie a Darby para acercarse a la puerta delantera, pasar junto a Lars camino del exterior e iniciar la emboscada. Como accionar una trampa para osos.

¿El único problema? Que Ashley no estaba preparado.

Estaba rondando por ahí, haciendo rechinar los dientes y tomando bocanadas de aire. Darby confió en que sus problemas de respiración no supusieran una complicación. Menuda suerte la suya, «Me procuro la ayuda del tío más joven, más alto y el que parece más cachas de los alrededores y resulta que tiene asma». Fantástico. Y ni siquiera era capaz de imaginar lo que le rondaba por la cabeza al pobre Ashley. Hacía una hora, le había hecho una demostración de rotación mexicana a su víctima y ahora le pedían que se le acercara sigilosamente por detrás y le diera un golpetazo en el cráneo.

Se dio cuenta de que debería hacerlo ella.

«Soy una cobarde para ser la Persona A.».

Tal vez. Pero no cabía la menor duda de que Ashley tenía más fuerza física que ella. Por eso era más lógico que ella fuera el anzuelo y Ashley la trampa. Solo que no le acababa de parecer bien.

—Eh. —Lars carraspeó—. Eh... disculpad.

Darby se volvió para mirarle, mientras notaba mariposas en el estómago y la navaja suiza oculta en la manga.

Ashley hizo lo mismo.

—¿Alguien...? —El secuestrador infantil seguía junto a la puerta, mirando con ojos entrecerrados otro folleto turístico—. ¿Alguien sabe qué significa esta palabra?

Sandi bajó el libro que leía.

—Dila.

—Res-plen-den-te.

—Resplendente. Significa «muy bonito».

—«Muy bonito». —Lars asintió una vez, de forma mecánica—. Vale, gracias, Sandi. —Volvió a dirigir la mirada al folleto, pero mientras inclinaba la cabeza se encontró con la mirada de Darby, que estaba al otro lado de la sala. Durante medio segundo ella quedó atrapada en la estupidez intensa de sus ojos.

Él pronunció la palabra moviendo los labios: «Muy bonito».

Darby apartó la mirada.

Ya habían transcurrido más de sesenta segundos. Ashley seguía de pie junto a ella, con los pies bien plantados en el suelo, y Darby había empezado a preocuparse. No podía arrastrarle otra vez al baño para darle una charla preparatoria; la primera ya había llamado suficiente la atención de los presentes. No tenía más remedio que esperar su señal.

«Venga, Ashley».

Deseó que hubiera inhalado un poco de polvo y que le entrara la tos, así tendría una excusa para acercarse a la puerta e iniciar el ataque. Presionó el pulgar contra la hoja de la navaja suiza. Le satisfizo notar lo afilada que estaba.

«Tose, por favor».

Le observó vacilar como un niño ante un trampolín alto. Antes había sido muy guay, meloso y seguro de sí mismo, y ahora daba la impresión de haber sido testigo de un asesinato. Darby notó cierta opresión que le subía por la garganta. Se había equivocado eligiendo al aliado y ahora la situación se estaba yendo a pique.

«Tose. O nos delatarás...».

Ed se dio cuenta.

—Ashley, qué callado estás de repente.

—Es... estoy bien.

—Oye, mira, siento lo de la hora del corro.

—No pasa nada.

—Me estaba metiendo contigo...

—Estoy bien. De verdad. —Ashley se ajustó la manga mientras hablaba para evitar que el calcetín relleno se cayera y se viera.

Ed sonrió y tamborileó en el borde la mesa con dos dedos. Un latido de corazón apagado y de repente el silencio reinó en la sala. Darby notaba ese sonido en los huesos.

—Tu mayor temor es... Dijiste que eran las bisagras de las puertas, ¿verdad?

Ashley asintió.

Sandi dejó el libro.

—El mío son las serpientes.

—¿Las serpientes?

—Ajá.

Ed dio un sorbo al café sin dejar de tamborilear.

—El mío es... Bueno, la verdad es que no sabía cómo decirlo con palabras. Pero creo que ahora podré.

Otra ráfaga de viento y las luces del techo parpadearon. La sala amenazaba con quedar a oscuras.

Lars observaba como si fuera una sombra.

Ashley se humedeció los labios.

—Pues, ejem, escuchémoslo.

—Vale. —Ed tomó aire con incomodidad—. Pues... aquí tenéis una lección, chicos, aprendida a base de golpes. ¿Queréis saber el secreto para arruinaros la vida? Nunca es una gran decisión entre el blanco y el negro. Es la suma de muchas decisiones pequeñas, las que tomamos todos los días. En mi caso, son sobre todo excusas. Las excusas son un veneno. Cuando era veterinario, tenía buenas excusas de todo tipo, como: «Este es mi momento. Me lo he ganado». O «Nadie puede juzgarme por esta bebida; acabo de operar a un golden retriever que se quedó clavado en una verja de alambre de espino y al que le colgaba el globo ocular de un hilo». ¿Lo veis? Horrible. Así es como uno se engaña. Y un día, hace unos años, estaba en casa de Jan, la hermana de mi mujer, para la recepción de la boda de mi ahijada. Vino, cerveza artesana. Yo llevé champán. Pero también una botella de *whisky* Rich and Rare para mí, y la escondí en el baño, dentro de la cisterna del váter.

—¿Por qué?

—Porque no quería que nadie viese lo mucho que bebía.

Silencio.

Darby se fijó en que había dejado de tamborilear en la mesa.

Ashley asintió con gesto comprensivo.

—Mi madre también luchó contra eso...

—Pero... —Ed dio un toque a Sandi en el hombro—. En fin, que doy gracias a Dios por mi prima Sandi, aquí presente, porque me llamó ayer a las dos y me dijo que iba a llevarme, me gustara o no, a Denver para celebrar la Navidad en familia. Sin excusas.

Sandi se sorbió los mocos.

—Te echábamos de menos, Eddie.

—Sí, ya. —Ed se puso más recto—. Como respuesta a la pregunta de la hora del corro, mi mayor temor son estas Navidades en Aurora. Me temo que mi mujer y mis hijos estarán en casa de Jack mañana por la noche. Y todavía me da más miedo que no estén.

Todos guardaron silencio durante unos instantes.

Ashley tragó saliva. Había recuperado cierto color en las mejillas.

—Eh... gracias, Ed.

—De nada.

—Seguro que no era fácil contarlo.

—No lo ha sido, no.

—¿Llevas sobrio desde hace tiempo?

—No —reconoció Ed—. Esta mañana he bebido.

Silencio.

—Vaya, eh... —Ashley vaciló—. Qué pena.

—Dímelo a mí.

Otro silencio volátil y las luces volvieron a parpadear, mientras cinco personas compartían el oxígeno de esa pequeña sala con tres armas escondidas.

—Las excusas son un veneno —insistió Ed—. Es duro hacer lo que toca. Es fácil convencerte de lo contrario. ¿Tiene sentido lo que digo?

—Sí —admitió Ashley—. Más de lo que imaginas. —Entonces miró intencionadamente a Darby y se llevó un puño a la boca.

Tosió una vez.

La trampa se puso en marcha. Darby empezó a caminar a la vez que notaba cómo el vello se le erizaba. Miró a Lars a los ojos mientras se dirigía a la puerta delantera; él alzó la vista desde el panfleto y la observó al pasar, girando el cuello delgaducho para seguirla, y entonces Darby abrió la puerta de un tirón. Una ráfaga de aire gélido. Viento cortante. Copos de nieve arenosos que le salpicaban los ojos.

Dio un paso al exterior con los hombros tensos y el cuchillo bien sujeto entre los nudillos.

«Sígueme, Cara de Roedor».

«Acabemos con esto».

23.55 h

Lars no la siguió.

La puerta se cerró. Darby dio unos cuantos pasos temblorosos en el exterior, las Converse se le hundían en la nieve recién caída y el corazón le palpitaba con fuerza. Estaba convencida de que Lars la seguiría. Debería estar justo detrás de ella, siguiéndola, con su cuerpo encorvado ocupando el umbral de la puerta, de espaldas a la sala para que Ashley diera el golpe...

Pues no.

Darby se estremeció y observó la puerta. No tenía necesidad de ocultarse; sujetaba la navaja suiza como un picahielos mientras se encontraba bajo la luz anaranjada, esperando oír el chirrido de la puerta al abrirse. Pero no.

¿Qué había fallado?

«El contacto visual». Se dio cuenta de que el contacto visual con Lars había sido excesivo. Se le había ido de la mano. Y ahora el criminal armado seguía en el interior del edificio, con Ashley y los demás, y la trampa había fallado.

«Bueno».

«Bueno, vale».

Ahora tenía dos opciones.

«¿Regreso al interior? ¿O sigo caminando hacia el monovolumen?».

Otro aullido del viento hizo que se le llenara la cara de nieve y quedó cegada durante unos instantes. Parpadeó con furia y se apretó los ojos con los pulgares. Cuando recuperó la visión, el mundo había oscurecido. Se dio cuenta de que la lámpara de vapor de sodio que colgaba por encima de la puerta de la oficina de turismo se había agotado. Otro mal presagio que añadir a la lista.

«Cada segundo cuenta», se recordó.

«Decide».

Y eso hizo, decidió seguir caminando hasta el monovolumen de Lars. Abriría la puerta, miraría qué tal estaba Jay y encendería la luz del habitáculo. Tal vez incluso las largas. Así Lars tendría otro motivo para salir. Y Ashley

tendría la oportunidad de atacar, si es que seguía preparado. Si es que la emboscada todavía podía llevarse a cabo.

Se le ocurrió otra cosa mientras caminaba... ¿Y si había una pistola en el monovolumen? Su primera búsqueda había sido breve y desesperada. Estaba claro que Lars llevaba una, pero ¿y si había otra?

Sí, una pistola daría un vuelco a la situación. Su estómago se quejó.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para recorrer los ciento cincuenta metros que la separaban del monovolumen de Lars; la nieve le llegaba hasta las rodillas e iba golpeteando con la zapatilla izquierda porque le faltaba el cordón. La nieve se había vuelto a acumular en el parabrisas y había endurecido las capas de hielo donde se derretía. Se había asegurado de dejar sin cerrar la puerta trasera del Astro y se alegró de haberlo hecho.

Rodeó el monovolumen para llegar atrás. Pasó junto a la descolorida calcomanía con el dibujo del zorro, las letras borrosas de ACABAMOS LO QUE EMPEZAMOS, y se preguntó si Lars había comprado el vehículo de una empresa que hubiera caído en bancarrota. O tal vez hubiera matado a alguien por él. Quizá Cara de Roedor fuera «manitas» por cuenta propia. Tal vez por eso entraba en las casas y miraba en las habitaciones de los niños, abría cajones y olisqueaba almohadas.

Darby miró por encima de su hombro, hacia la oficina de turismo de Wanapani. La puerta delantera seguía cerrada. La lámpara, apagada. No se distinguían siluetas junto a la ventana, lo cual era extraño. Esperaba haber visto a Lars observándola, o por lo menos a Ashley. Ni siquiera veía a Ed y a Sandi; estaban sentados demasiado al fondo. Aparte del tenue brillo ámbar que había detrás del cristal medio enterrado, era imposible saber que en aquella estructura diminuta había gente.

«¿Qué ocurre ahí dentro?».

«Esperemos que nada. Por ahora».

Se planteó entrar rápido en su Honda y apretar el claxon, así seguro que llamaría la atención. Lars sin duda saldría a investigar. Pero quizá también Ed y Sandi. La situación podía salirse de madre. Se desperdiciaría el elemento sorpresa. Quizá hubiera disparos. Las balas podían rebotar.

Tiró de la manecilla de la puerta trasera del Astra. Seguía abierta. Chirrió y cayó un manto de nieve que dejó entrever una oscuridad asfixiante en el interior a medida que las pupilas se ajustaban a la falta de luz.

—Hola —susurró.

Silencio.

—Jay. No pasa nada. Soy yo.

Otro momento de tensión, lo bastante largo como para que Darby se preocupara. Al final la niña se movió. Se agarró a los barrotes de la jaula para mantener el equilibrio. La estructura emitió un sonido gangoso, como de cables tensos. Darby introdujo la mano en el bolsillo de los vaqueros para sacar el móvil y encender la linterna pero no lo encontró. Se palpó el otro bolsillo. También vacío. Se había dejado el móvil en el bolso. En el borde del lavamanos de porcelana, dentro del baño de hombres.

«Imbécil, imbécil, imbécil».

Percibió los mismos olores en el interior del monovolumen, mantas para perro, orina, sudor rancio, e identificó uno nuevo.

—He vomitado —susurró la niña, compungida.

—No... no pasa nada.

—Lo siento. Me duele la barriga.

«A mí también», pensó Darby. Se inclinó hacia atrás y atisbó alrededor de la gélida luz trasera del Astra: sí, la puerta del edificio seguía cerrada.

—Lo siento, Jay. Las dos estamos pasando una noche horrorosa. Pero lo superaremos, ¿vale?

—No quería vomitar.

—No pasa nada.

—Nunca vomito. Nunca.

—Créeme, Jay, eso cambiará en la universidad.

—¿La universidad te hace vomitar?

—Más o menos.

—Odio vomitar. Si eso es lo que pasa en la universidad, no pienso...

—Bueno, Jay, escucha. —Darby tocó la jaula y los deditos de la niña apretaron los de ella a través de los barrotes—. Voy a ayudarte. Para eso, primero necesito que me ayudes tú a mí. ¿Entendido?

—Entendido.

—Necesito que intentes recordar. El hombre que se tira pedos... ¿Puedes describir la pistola que lleva?

—Es pequeña. Negra. Se la guarda en el bolsillo.

—Claro. —Se inclinó otra vez y volvió a mirar hacia la puerta del edificio principal, que seguía cerrada, y preguntó—: ¿Le has visto algún cuchillo aquí? ¿Bates? ¿Machetes?

—No sé.

—¿Alguna otra pistola?

—Una más.

A Darby le dio un vuelco el corazón.

—¿Dónde?

—No, no es una pistola normal...

Darby empezó a pensar en infinitas posibilidades... y apenas fue capaz de articular:

—¿Por qué? ¿Es mayor?

—Dispara clavos.

—Como... —Darby vaciló—. ¿Una remachadora?

Jay asintió.

—¿Estás... estás segura?

La niña asintió con más fuerza.

«Una remachadora».

Igual que el zorro dibujado en el monovolumen. Darby recordó el vendaje que llevaba Jay en la mano, la mancha de sangre en la palma, y todo encajó. ¿El castigo por un intento de huida, quizá? O tal vez aquello, aquello que él había llamado «tarjeta amarilla», no era más que un aperitivo del horror del primer plato que Lars tenía en mente para ella en cuanto la llevara a su cabaña aislada de las Rocosas.

Le volvían a temblar las manos. No de miedo sino de rabia.

«Una puta remachadora».

«Así es el tipo de psicópata al que nos enfrentamos».

—¿Y la remachadora está aquí? —preguntó Darby—. ¿Está en el monovolumen con nosotras?

—Creo que sí.

Darby dudaba que una herramienta eléctrica pudiera ser rival para la pistola del 45 de Lars, pero suponía una mejora considerable en comparación con una navaja suiza. Nunca había utilizado una remachadora y ni siquiera había visto ninguna fuera de una ferretería, pero confiaba en que fuera fácil de usar. ¿A qué distancia podía disparar un clavo? ¿Pesaba? ¿Era ruidosa? ¿Si disparaba un clavo al cráneo de la víctima la mataba o solo la hería? Bastaba con apuntar y apretar el gatillo, ¿no?

Tocó la mano derecha de Jay a través de los barrotes y se dio cuenta de que la niña de siete años tenía los dedos resbaladizos por culpa de más sangre. Se le debía de haber roto la costra de la palma.

«Apuntar y apretar».

Darby juró matar a Lars esa misma noche. Tal vez cuando ella y Ashley acorralaran al psicópata y le dieran una buena paliza que acabara con él hecho un pedazo de carne quejumbrosa, bueno, pues entonces a lo mejor ella

seguiría asestándole puñaladas. Tal vez le cortara el cuello. Y a lo mejor disfrutaba haciéndolo.

Tal vez.

Se inclinó hacia atrás y volvió a mirar el edificio; seguía sin haber actividad. Ahora empezaba a preocuparse por Ashley, Ed y Sandi. ¿Era posible que Lars estuviera ahí tan tranquilo, dejando que Darby curioseara por el aparcamiento? ¿Después de encontrar el vaso de poliestireno en la nieve? ¿Después de seguirles a ella y a Ashley al servicio? ¿Después de que ella le mirara con conocimiento de causa al salir por la puerta?

Cielos... ¿qué puñetas estaba pasando?

Los escenarios sangrientos se sucedían en su mente como *flashes* de una cámara. Se preparó, medio esperando el ruido seco de un disparo. Pero no hubo nada.

Solo un silencio gélido. Solo el gemido distante del viento. Solo Jay y ella, de pie con piernas temblorosas en ese aparcamiento desolado.

La remachadora, decidió.

La remachadora de Lars era su nuevo objetivo. La encontraría, descubriría cómo usarla y entonces volvería corriendo al interior de la oficina de turismo, abriría la puerta de un puntapié y, al margen de lo que estuviera sucediendo allí dentro, dispararía un clavo directamente a la cara con pelusilla de Lars. Patapum. Un cabrón menos. Una niña inocente salvada. Fin de la pesadilla.

Funcionaría.

Volvió la vista hacia Jay, que castañeteaba los dientes.

—Bueno. ¿Dónde crees que Lars guarda la remachadora? ¿Aquí atrás o delante?

—El otro la guarda en una caja naranja.

—¿Dónde la guarda?

—Solía estar aquí atrás pero creo que la cambió de sitio...

Pero Darby no la escuchaba. La vocecilla de Jay iba apagándose y, en un instante de pánico ardiente, la frase anterior apareció en su mente y resonó: «El otro la guarda en una caja naranja».

«El otro».

«El otro».

«El otro...».

Resbalando y tambaleándose en el exterior, se golpeó las rodillas contra la nieve endurecida, se irguió apoyándose en la luz de frenos y atisbó alrededor...

Ahora la puerta del edificio estaba abierta.

Lars se encontraba en el umbral. Ashley, a su lado.

«El otro».

La miraron a ciento cincuenta metros de distancia, enmarcada por la luz interior. Parecían estar hablando entre ellos, en susurros, para que Ed y Sandi no les oyeran desde dentro. Sus rostros quedaban en penumbra, impenetrables. Pero Lars tenía el brazo esquelético con el codo doblado en el interior de la chaqueta, apoyado en la empuñadura de la pistola. Y Ashley tenía el calcetín relleno en la mano derecha.

Lo balanceaba.

Lo golpeaba contra la palma.

# MEDIANOCHE

## 00.01 h

Dos contra uno.

En eso no se había equivocado.

Ashley estaba implicado en el secuestro. Le había mentado... acerca de que el otro coche era de él, acerca de que no conocía a Lars, acerca de todo. Le había seguido el rollo en el baño. Le había metido la lengua en la boca. Había sido tan auténtico, tan convincentemente humano y asustadizo. Ella se lo había tragado todo. Se lo había contado todo. Todo su plan, todas sus opciones, sus procesos mentales, sus temores.

Ella se lo había dado todo. Incluida una nueva arma.

Se volvió para colocarse de cara a Jay.

—No me dijiste que eran dos.

—Pensaba que lo sabías.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Lo siento...

—¿Por qué coño no dijiste nada?

—Lo siento. —A Jay se le quebró la voz.

Darby se percató de que le estaba gritando a una niña de siete años a la que no mucho antes le habían atravesado la palma con un clavo de acero. ¿Qué más daba? La culpa era de Darby. Se había equivocado. Había cometido un error de cálculo garrafal y nefasto y ahora eran dos contra una, y ellas dos corrían peligro de muerte o algo peor.

Una de las siluetas empezó a caminar hacia ellas.

A Darby se le paró el corazón.

—Bueno, ¿dónde está la remachadora?

—No lo sé.

—¿Delante o detrás?

—No lo sé. —La niña se sorbió los mocos.

Tenía que encontrarla rápido. ¿Debajo de los asientos delanteros, quizá? Esa caja naranja tenía que ser grande; no cabía en cualquier sitio.

Fue rápidamente a la puerta del lado del conductor y se le hundieron los pies, como si corriera sobre arenas movedizas. Se atrevió a echar una mirada

por encima del hombro; la figura que avanzaba estaba a medio camino de ellas: a veinte pasos, pero daba grandes zancadas. Reconoció el gorro, el caminar encorvado. Era Lars. Vio el balanceo de su mano derecha al pasar por un haz de luz y distinguió una forma compacta.

La pistola del calibre 45.

—Jay —siseó Darby—. Cierra los ojos...

—¿Qué va a pasar?

—Cierra los ojos. —Alargó la mano hacia la puerta del conductor del Astro y la golpeó con ambas manos mientras oía gritos en su interior: «Busca la remachadora. Mata a ese cabrón. Y luego quítale la pistola y mata a esa sabandija de Ashley...».

Tiró de la manecilla de la puerta. Cerrada con llave.

Se le cayó el alma a los pies.

Porque... porque Lars la había vuelto a cerrar. Por supuesto que sí; él era el último que había estado allí. Estaba cerrada, cerrada, cerrada.

—Le... ah... pediste a mi hermano que me matara —sonó la voz gorjeante de Lars, cada vez más cerca—. ¿Es... es verdad?

«Son hermanos».

«Mierda. Mierda. Mierda».

Pasos que crujían, como si pisaran huevos, que se acercaban a ella.

—Dice que... le pediste que me machacara el cerebro. —Su voz sonaba aterradoramente próxima. Ronca, traqueteando en el aire frío, cálida al exhalar vapor.

No había nada que hacer con la puerta del conductor del Astro. Darby regresó como pudo a la parte trasera del monovolumen y se sujetó en la puerta entreabierta para no perder el equilibrio. Volvió a mirar al interior del vehículo a oscuras, a los ojos de Jay, rebosantes de lágrimas de pánico, llenos de la luz reflejada. A las mejillas con un sarpullido rojo. A sus uñas diminutas.

—Corre —suplicó la niña.

Los pasos de Lars crujieron más cerca.

Darby presionó la navaja suiza contra los dedos extendidos de la niña y a punto estuvo de caérsele.

—Usa esto —dijo, tocando el extremo dentado de la hoja—. Muévela como si rascaras, ¿vale? Para serrar los barrotes de la jaula...

—Ya viene.

—Hazlo, Jay. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Sigue cortando. Así saldrás.

—¿Qué vas a hacer?

Darby retrocedió y cerró la puerta trasera de un golpe, por lo que cayó un manto de nieve. No había respondido a la pregunta de Jay porque no tenía respuesta.

«No tengo ni puñetera idea».

—¿Por qué... eh, por qué corres? —gritó Lars.

Darby corría como podía por la nieve. Fuera del camino le llegaba a la cintura; era como andar en una piscina para niños, arrastrando su propio peso una y otra vez a cada paso que daba. Respiraba con dificultad y sin aliento. Le escocía la garganta. Le ardían las pantorrillas.

—Eh. Solo quiero hablar...

A juzgar por la claridad con la que escuchaba su voz, estaba a menos de tres metros de ella. La perseguía. Su respiración por la boca se había convertido en un jadeo continuo. Bajo, gutural, similar al de un lobo. La zapatilla izquierda de Darby, que seguía sin cordón, quedó atrapada en la nieve. Ella la cogió y siguió, medio descalza, mientras oía detrás la respiración jadeante. Sabía que la estaba alcanzando. En cuanto estuviera un poco más cerca, la sujetaría por el tobillo...

—Voy a... voy a pillarte de todos modos...

Un traqueteo metálico. La pistola, que se balanceaba en su mano.

De todos modos, sabía que la pistola solo era para intimidarla. Si Lars hubiera querido dispararle realmente, ya lo habría hecho. Eso pondría sobre aviso a Ed y a Sandi, por lo que probablemente Ashley hubiera ordenado a su hermano que la agotara, la matara discretamente, estrangulándola o partiéndole el cuello...

Su hermano.

Su puto hermano.

Darby pasó junto al mástil vacío y miró hacia atrás. Lars era una sombra que le perseguía. Había perdido el gorro de Deadpool. Vio un pelo rubio ralo, lechoso bajo la luz tenue, con entradas. La niebla furiosa de su respiración. Había dejado de gritarle; ahora le faltaba aire. La profundidad de la nieve resultaba extenuante. Era una pesadilla a cámara lenta.

«Va a pillarme», concluyó Darby.

Ya estaba cansada. Los músculos le palpitaban. Sentía las articulaciones sueltas.

«Va a abalanzarse sobre mí aquí fuera y me rodeará el cuello con las manos para estrangularme hasta que me muera...».

En esos momentos lo tenía justo detrás. Oía su sudor salado. Había cedido la posición dominante y entregado sus dos armas: el calcetín relleno a Ashley y la navaja suiza a Jay, y ahora lo único que le quedaba era una bala en el bolsillo y una zapatilla del 39 en la mano. Se planteó lanzársela a Lars, pero solo le habría ocasionado una molestia. La esquivaría sin ni siquiera perder el paso.

De todos modos no tenía adónde correr. Ashley estaba apostado en la puerta delantera del edificio con toda la intención. No tenía las llaves del coche, por lo que encerrarse dentro de Blue quedaba descartado. Correr tampoco; solo había kilómetros a la redonda de taiga escarpada del Colorado, gélida y despacible. Solo abetos que crujían, poco terreno para esconderse y caídas fatales ocultas por la nieve. ¿Cuánto duraría antes de sucumbir a la muerte paulatina por hipotermia?

«No puedo seguir corriendo».

Se planteó parar, quedarse en terreno resbaladizo y enfrentarse a Lars. Mal pronóstico.

—Date la vuelta —resopló Lars detrás de ella—. Vamos a... vamos a hablar...

Tenía que decidirse. Si se paraba entonces, tendría unos segundos para recobrar el aliento antes de la pelea. Pero si seguía corriendo y él le hacía un placaje, estaría agotada y tendría incluso menos posibilidades...

O...

Le vino a la mente la distribución de la oficina de turismo de Wanapani como un destello. Paredes, rincones, ángulos muertos. Aunque Ashley seguía bloqueando la puerta principal, el edificio tenía otra entrada. Las pequeñas ventanas triangulares de los baños. Había visto una en el baño de caballeros, poco más que una puertecilla para un perro. La veía desde ahí, filtrando un suspiro de luz naranja entre carámbanos, por encima de las mesas de pícnic apiladas.

Su bolso estaba dentro de ese baño. Con las llaves y el móvil.

«Bueno».

«Treparé a esas mesas, forzaré la ventana y entraré».

Cambió de dirección.

Lars se dio cuenta.

—¿A dónde... dónde vas?

No tenía plan para cuando estuviera dentro, pero fue a por todas. Porque, tal como decía Sandi, el infierno del interior era mucho mejor que el del exterior. Ed y Sandi estaban allí dentro, y Ashley y Lars no se atreverían a matarla delante de dos testigos.

¿O sí?

No había tiempo para elucubraciones.

Las mesas de pícnic estaban apiladas bajo esa ventana, con una costra de nieve encima, por lo que se subió a ellas como si fueran escalones gigantescos. Una, dos, tres mesas se tambalearon bajo su peso. Pero consiguió alcanzar la ventana triangular del edificio extendiendo los brazos. El cristal esmerilado brillaba con la luz del interior y tenía bultos de hielo. Demasiado grueso para romperlo con un codazo. De todos modos, era una ventana batiente, que se abría hacia fuera con una bisagra corroída por el óxido que además parecía estar torcida, por lo que palpó los bordes a tientas y los sujetó con dedos entumecidos...

Lars se echó a reír.

—¿Qué estás haciendo ahí arriba?

Un carámbano de veinticinco centímetros cayó del tejado y rebotó en la mesa que tenía al lado. Darby hizo una mueca y apretó los dientes, tirando y clavando las uñas en la juntura de caucho de la ventana...

—Oye, chica...

«Tira... tira...».

Cayó otro carámbano y, al romperse, la salpicó de motas de hielo. Como esquirlas de cristal en las mejillas.

—Chica, voy a por ti...

A derecha e izquierda cayeron dos carámbanos más, que le estallaron como dos disparos en los tímpanos, y la mesa de pícnic se tambaleó bajo su peso mientras Cara de Roedor trepaba hacia ella, ayudándose de codos y rodillas como un animal escurridizo y rápido. Sin embargo, Darby estaba centrada en la bisagra de la ventana, en ese resplandor cálido de detrás del cristal, tan cerca que parecía burlarse de ella, en los dedos que sujetaban y tiraban para abrirla...

«Tira...».

«Tira tira tira...».

El mecanismo se rompió. La ventana se soltó.

La dejó caer y se hizo añicos encima de una mesa de pícnic helada. Lars alzó una mano para protegerse el rostro de los cristales. «Oh, cielos, está justo

detrás de mí», y a Darby se le agotaba el tiempo. Se lanzó al interior, de cabeza, e hizo un salto del ángel a la desesperada por la pequeña abertura...

Unos dedos gélidos la agarraron por el tobillo.

—Te pillé...

Ella pataleó para zafarse.

00:04 h

Cayó desde una altura de casi dos metros y fue a parar a un inodoro.

De espaldas, chocó contra el borde de porcelana con la rabadilla. Rodó para alejarse de él y golpeó un dispensador de papel de váter que había en la pared, por lo que se abrió la puerta de un compartimento. Fue a dar de cabeza contra el suelo embaldosado. Veía lucecitas detrás de los ojos.

Se accionó la cadena del váter.

Se irguió como pudo, volvió a golpear con la puerta del compartimento y se dio la vuelta para situarse de cara a la abertura de la ventana. No era más que un triángulo de oscuridad. Los copos de nieve entraban formando remolinos. La abertura parecía demasiado pequeña para que Lars entrara por ella, pero no podía contar con ello. Además, Ashley seguía rondando por ahí.

Caminó marcha atrás desde la ventana, por el largo rectángulo que era un baño, pasando por los compartimentos, dejando atrás el A PEYTON MANNING LE GUSTA QUE LE DEN POR DETRÁS, dejando atrás los urinarios manchados, hasta que chocó contra el lavamanos con la espalda dolorida. Otro estallido de dolor. Había dejado el bolso allí. Lo recogió y palpó su interior para notar el tintineo tranquilizador de las llaves del Honda. Y su iPhone.

Tres por ciento de batería.

Contuvo la respiración y aguzó el oído. Oía los pasos de Lars al otro lado de la ventana y el siseo de su respiración bucal entre el ulular del viento. Estaba en un brete: no quería trepar y arriesgarse a que se le quedara el culo huesudo encallado, no quería dejar de vigilar el ventanuco y dar un rodeo hasta la parte delantera. Resultaba sobrecogedor. Había dejado de hablar con ella. Solo gruñidos y resoplidos propios de un animal.

«Sigue moviéndote, Darby».

Oyó voces desde el vestíbulo de la oficina de turismo. Amortiguados por la puerta. Era probable que Ed y Sandi hubieran oído la caída. Y reconoció el tono robotizado de la radio, otra actualización del CDOT. ¿Cuál era la hora prevista de llegada de los servicios de emergencias? El amanecer, ¿verdad? ¿Dentro de seis horas? ¿Siete?

«No pienses en ello. Sigue moviéndote».

Ashley estaba cerca pero no se sabía dónde, lo cual la aterraba. Encima, iba desarmada. Deseó que Jay pudiera serrar los barrotes de la jaula con la navaja dentada, de lo contrario todo habría sido un desperdicio. Solo tenía que proporcionar tiempo suficiente a la niña para hacerlo (suponiendo que pudiera sobrevivir los minutos siguientes con dos asesinos en las proximidades) y luego llegar ambas a un lugar seguro (suponiendo que Blue pudiera avanzar en medio del apocalipsis nevado). En suma, tres suposiciones colosales. «Poco probable» ni siquiera bastaba para calificarlas.

No, Blue estaba bloqueado por la nieve. Ahora la nieve era demasiado profunda...

Pero ¿y la furgoneta de Sandi?

Cadenas para la nieve, buena suspensión... Sí, aquel vehículo tenía posibilidades.

Cerró el puño alrededor de las llaves y dejó sobresalir los extremos afilados entre los nudillos. Con un poco de suerte, podía causar algún daño en el rostro de un agresor o reventarle un ojo. La llave de su habitación de Dryden Hall era especialmente afilada, como un cuchillo de filetear.

Oyó que alguien arrastraba los pies al otro lado. Se quedó paralizada y aguzó el oído. Algo pesado se movía y rascaba, seguido de un golpe seco de nieve desplazada. Una mesa de pícnic que alguien movía. Sabía que Lars estaba intentando, por segunda vez, trepar a la pila de mesas tambaleantes para seguirla al interior. En cualquier momento esa carilla sin mentón aparecería en la ventana, sonriendo como un demente...

«Ha llegado el momento de salir».

Darby se calzó la zapatilla izquierda. Se hizo un doble nudo con el cordón. Se colgó el bolso al hombro, sin soltar las llaves que sujetaba entre los nudillos, y salió con convencimiento al vestíbulo de la oficina de turismo de Wanapani.

Ed estaba toqueteando la antena de radio a través de la persiana de seguridad. La miró dos veces con expresión confundida, y con razón. Había salido del edificio hacía unos diez minutos y ahora regresaba por el baño. Más allá de donde se encontraba Ed, Sandi dormitaba en el banco con las piernas recogidas y con los ojos tapados con el libro de bolsillo.

—¿Has encontrado cobertura? —preguntó Ed.

Darby no respondió. Miró más allá, pasado La Colina del Espresso, hacia la puerta delantera. Ahí es donde estaba Ashley bloqueando la salida con su espalda ancha. La miraba de hito en hito. El asmático asustadizo y nervioso

con el que había hablado hacía una hora había desaparecido, como un truco descartado. Este nuevo Ashley estaba quieto y firme, con una mirada intensa y observadora. La miró de arriba abajo: tenía nieve en las rodillas, las mejillas enrojecidas, la piel pegajosa por el sudor, las llaves del Honda bien sujetas en el puño. Y entonces él desvió la mirada hacia la mesa central, como si le ordenara que tomara asiento.

Ella le devolvió la mirada, apretó los dientes e intentó parecer valiente. Desafiante. Como una heroína valerosa rodeada de fuerzas del mal.

Pero estaba a punto de echarse a llorar.

Ahora sí que estaba segura: moriría esa noche.

—Eh. —Ed se inclinó entre ellos e hizo un esfuerzo por recordar su nombre—. ¿Estás... estás bien, Dara?

«Por el amor de Dios, me llamo Darby».

Ella tragó saliva y habló con un hilo de voz.

—Estoy bien.

No lo estaba. Notaba los sollozos atrapados en el pecho, espasmos temblorosos que luchaban por salir. Le dolía la espalda en el punto en el que se había golpeado contra el inodoro. Tenía ganas de dar un salto, sujetar a Ed por los hombros, gritarle al amable veterinario mayor y a su prima dormida: «Corred, por el amor de Dios, echad a correr». Pero ¿adónde?

Ashley asintió de nuevo en dirección a la mesa, con más fuerza.

A la silla de ella.

Darby se fijó en un objeto marrón bien colocado en el centro de su asiento y reconoció su servilleta marrón. La misma servilleta que habían empleado antes, cuando ella lo tomó por un aliado.

Se acercó a la silla y cogió la servilleta. Ashley hizo una mueca de desprecio. Era el comienzo de una sonrisa engreída, que pasó desapercibida a Ed y a Sandi.

Desdobló la servilleta con dedos entumecidos y torpes.

SI SE LO CUENTAS, LOS MATO A LOS DOS.

00:09 h

Ashley se acercó a la mesa y se sentó directamente frente a Darby. Había cruzado la estancia en silencio y entonces se sentó apoyando ambas palmas en el tablero. Tenía las manos grandes y encallecidas.

Darby volvió a doblar la servilleta y la dejó sobre su falda.

La radio emitió un ruido de fondo.

—Estoy harto de Pesca —dijo Ashley secamente—. ¿Y si jugamos a otra cosa?

Ella no dijo nada.

—¿Y si jugamos...? —Se puso a pensar—. ¡Oh! ¿Y si jugamos a Guerra?

Darby miró a Ed y a Sandi...

Ashley chasqueó los dedos.

—Eh, estoy aquí, Darbo. No te preocupes de las normas. Guerra es muy fácil. Más fácil que Pesca, incluso. Tienes que separar la baraja en dos partes, ¿ves?, y robar por turnos, uno detrás de otro, y ver a quién le sale la carta más alta. La carta más alta coge las dos y las añade a su baraja. Es porque todas las guerras se libran batalla a batalla.

Ashley sonrió, pagado de sí mismo, y barajó los naipes con soltura delante de ella. A continuación, abarquilló las cartas hacia atrás con un duro castañeteo.

—Gana quien acaba teniendo toda la baraja. —La miró a los ojos—. ¿Y quién pierde? Pues quien se queda sin nada.

Ed, detrás de ella, presionó la jarra de KAFÉ para llenarse el vaso y volvió a emitir ese grito ahogado. Como pulmones con agua que borbotea. Algo de ese ruido hizo que le temblaran los omóplatos.

—Malas noticias, amigos. —Ed golpeó la persiana de seguridad—. Se ha acabado el café.

Ashley puso los ojos desorbitados fingiendo estar horrorizado.

—¿Qué? ¿No hay más cafeína?

—Me temo que no.

—Bueno, pues ahora supongo que vamos a empezar a matarnos los unos a los otros.

Ashley barajó las cartas una última vez. Darby fue cayendo lentamente en la cuenta de que aquellos naipes roñosos no debían de ser propiedad del área de descanso de Wanapani. El expositor de folletos estaba atornillado y la radio y el café encerrados tras una persiana de seguridad. Ashley había traído esas cartas. Porque era una especie de demonio jugueteón al que fascinaban los juegos y los trucos. Los juegos de manos, las sorpresas y las malversaciones.

«Soy un hombre mágico, Lars, hermano».

Todas las pistas habían estado allí. Ella no las había captado.

—Deberías descansar un poco —le dijo Ashley—. Se te ve cansada.

Sentía que su garganta era como papel seco.

—Estoy bien.

—¿Sí?

—Sí.

—No hay descanso para los malvados. —Sonrió—. ¿Verdad?

—Algo así.

—¿Cuánto dormiste anoche?

—Lo suficiente.

—Lo suficiente, ¿eh? ¿Cuánto es eso?

—Yo... —Se le quebró la voz—. Una, dos horas...

—Oh, no, no basta. —Ashley se inclinó hacia delante, hizo crujir la silla y partió la baraja en dos partes. A Darby le maravilló ver lo escalofriantemente diestro que era con los dedos.

—Los humanos deberían dormir entre seis y nueve horas al día —le dijo—. Yo duermo mis ocho horitas cada noche. No es una recomendación, cielo, es biología. ¿Sabes? Menos que eso mina tu función cerebral. Y eso lo es todo: los reflejos, la estabilidad emocional, la memoria. Incluso tu inteligencia.

—Así estaremos a la par —repuso Darby.

Ed rio por lo bajo mientras regresaba a su asiento.

—Dale una paliza. Por favor.

Pero Darby no cogió las cartas. Ni Ashley tampoco. Se observaron mutuamente en silencio mientras el viento ululaba en el exterior. Una ráfaga entró por la ventana abierta del baño de hombres e hizo golpetear la puerta contra las bisagras. La temperatura de la sala iba descendiendo, pero hasta el momento nadie se había percatado.

—Por suerte para ti —dijo Ashley—, el juego de cartas Guerra es cuestión de suerte. Ya sabes, a diferencia de la guerra de verdad.

Darby le observó los ojos. Eran enormes, de un verde esmeralda con destellos ámbar. Buscó algo identificable en ellos, algo humano con lo que conectar —miedo, cautela, conciencia de sí mismo—, pero no encontró nada.

Por casualidad, en una galería de arte el octubre anterior había aprendido que los globos oculares se sustentaban en unos tallos. Había olvidado el nombre del artista, pero se mezcló con la multitud, sorbiendo un Dos Equis, explicando con regocijo que había incorporado fotos de autopsias reales en su trabajo. Para Darby, la forma de los nervios oculares humanos se parecía inquietantemente a la de los insectos, como las antenas de una babosa de jardín. Tenían algo que le ponía la piel de gallina. Ahora imaginaba los grandes ojos de Ashley colgando de las cuencas, lanzando señales eléctricas junto con esos tallos caídos en el interior de los bucles de su cerebro. Era un monstruo, un manojito alienígena de nervios y carne. Totalmente inhumano.

Y seguía mirándola.

—A diferencia de la guerra de verdad —repitió.

Los dos montones de naipes se encontraban entre ellos sin que les prestaran la menor atención. Los interrogantes revoloteaban en la mente de Darby como pájaros atrapados, cosas que quería preguntar con desesperación pero no podía. No mientras Ed y Sandi pudieran oírles.

«¿Por qué hacéis esto?».

«¿Por qué secuestrar a una niña?».

«¿Qué vais a hacer con ella?».

Y esos ojos verdes de dragón seguían devolviéndole la mirada, llenos de secretos. Fulgurantes, le escudriñaban el cuerpo, calibraban sus dimensiones, repasaban contingencias y posibilidades. Destilaban una inteligencia que asustaba, así como Lars había resultado tremendamente bobo. Pero era una inteligencia gélida.

Le asaltaban también otras dudas: «¿Cuán rápido eres? ¿Cuán fuerte eres? Si te rajara la cara con las llaves de Blue, ¿podría dejarte ciego? Ahora mismo, si corro a la puerta principal del edificio, ¿llegaré?».

Se abrió una puerta. Una corriente helada se filtró en la sala.

Ed alzó la vista.

—Hola, Lars.

Ashley sonrió con satisfacción.

Pasando por entre un remolino de viento desviado, Cara de Roedor se apostó junto a la puerta con la mano derecha hundida en el bolsillo de la

chaqueta, sujetando la empuñadura de la pistola del 45 negra. Ahora ya la había visto, la había atisbado dos veces mientras él la perseguía. Sabía poco de armas de fuego, pero identificó que esta tenía cargador, lo cual implicaba que albergaba más disparos que los cinco o seis de un revólver. Apenas distinguía la silueta bajo el anorak azul, un bulto en la cadera derecha, pero solo porque sabía lo que era.

Ed no se habría percatado.

Y Sandi dormía.

Darby volvía a estar rodeada. Ashley a la mesa y Lars apostado en la puerta. La habían tenido vigilada todo ese tiempo, llevaban toda la noche coordinando de forma tácita sus posiciones, aunque confiaba que el salto del ángel que había hecho por la ventana del baño les hubiera sorprendido. No había duda de que le había salvado la vida, por lo menos unas cuantas...

—Dara —dijo Ed sobresaltándola—. No has llegado a responder a la pregunta, ¿verdad?

—¿Qué?

—Sí, la pregunta de la hora del corro. Tu mayor temor. —Giró el vaso de poliestireno vacío en la mesa—. Yo he dicho lo mío. Ashley nos ha contado su historia sobre la bisagra de la puerta. Sandi odia a las serpientes. ¿Y tú?

Todas las miradas se posaron en ella.

Darby tragó saliva. Todavía tenía la servilleta con el SI SE LO CUENTAS, LOS MATO A LOS DOS agarrada con fuerza en la falda.

—Sí. —Ashley reprimió una sonrisa—. Cuéntanos. ¿Qué te da miedo, Darbs?

Las palabras se le quedaron bloqueadas en la garganta.

—Yo... yo no sé.

—¿Las pistolas? —instó él.

—No.

—¿Las remachadoras?

—No.

—¿Que te maten?

—No.

—No sé. Que te maten da mucho miedo...

—Negativo —dijo ella, interrumpiendo a Ashley y mirando de hito en hito sus ojos verdes—. Mi mayor temor es equivocarme en una decisión, fallar y permitir que secuestren o maten a alguien.

Silencio.

Sandi se revolvió en sueños tumbada en el banco.

—Es... —Ed se encogió de hombros—. Bueno, es raro, pero gracias.

—Ella es... —Ashley se disponía a decir algo, pero se calló. Ed no se dio cuenta, pero Darby sí, y se estremeció. ¿Qué había estado a punto de soltar?

«Ella es...».

«Ella», Jay Nissen. La niña de San Diego del monovolumen del exterior, cuya vida pendía de un hilo en esos momentos.

No era más que un pequeño error, apenas una fracción de una frase, pero Darby se dijo que había pillado desprevenido a su enemigo. Tal vez Ashley y Lars la hubieran infravalorado, a ella, una estudiante de arte de Boulder de apenas cincuenta kilos de peso, que había descubierto por casualidad su trama de secuestro. Seguro que no habían imaginado que escaparía por la ventana del lavabo. Se sentía orgullosa de eso.

Esperó que empezaran a estar hartos de ella.

«No quieren matarme aquí, delante de testigos».

Porque entonces también tendrían que matar a Ed y a Sandi y eso parecía ser la última opción. Probablemente fuera más fácil gestionar un homicidio en vez de tres. Habían querido matarla o dejarla incapacitada en el exterior, de un modo discreto, pero les había superado en astucia: se había tirado de cabeza por una ventana diminuta, se había contusionado la espalda contra un inodoro y se había regalado diez minutos de vida adicionales.

Esos diez minutos ya casi habían concluido.

«Inhala», se recordó. «Cuenta hasta cinco. Exhala». Tenía que mantener la respiración completa y regular. No podía echarlo a perder. Ahora no.

«Inhala. Cuenta hasta cinco. Exhala».

Ashley lanzó una mirada por encima del hombro, hacia su hermano, y le dedicó un asentimiento de cabeza discreto pero autoritario. No cabía la menor duda de que él era el macho alfa. Si Darby mataba a uno de ellos esa noche, tendría que ser a él.

Se preguntó hasta qué punto lo que había dicho era cierto. El coche enterrado del exterior no era suyo en realidad. ¿De verdad estudiaba contabilidad en Salt Lake City? ¿Realmente había estado a punto de morir en una mina de carbón de Oregón con el pulgar aplastado en una bisagra oxidada? Ashley parecía embriagado por el acto de mentir, de dar indicaciones equivocadas, de interpretar distintos papeles y presentar distintas versiones de sí mismo. Era un joven que interpretaba un espectáculo de magia.

Ya era más de medianoche. Darby tenía que sobrevivir seis horas más hasta que las quitanieves del CDOT llegaran al amanecer y abrieran la carretera

para poder escapar. Eran muchos incrementos de diez minutos. Pero lo intentaría.

No sabía el significado del asentimiento que Ashley había dedicado a su hermano —por ahora, Lars seguía pegado a la puerta delantera—, pero no le gustaba. Los dos hermanos acababan de hacer otra jugada de ajedrez en silencio contra ella y ahora volvía a estar a la defensiva.

«Mientras Ed y Sandi estén aquí, no me matarán».

Alzó la vista hacia el reloj de la pared y, durante un instante desolador, pensó en lo mucho que faltaba para el amanecer. En lo oscura y fría que era la noche. En cómo la superaban en número y en fuerza. Podían matar a todos los presentes. Tal vez lo hubieran planeado. Tal vez la amenaza de la servilleta no fuera más que un jueguecito.

Ashley sonrió de oreja a oreja, como si le hubiera leído el pensamiento.

«Este punto muerto no va a durar».

—Bueno, chicos —anunció él con alegría—. Jugar a Guerra contra Darbs parece misión imposible. ¿Quién tiene ganas de otra ronda de la hora del corro?

Ed se encogió de hombros.

—Bueno.

—Vamos a... ¿primer trabajo? No. Vamos a hablar de nuestras películas favoritas. —Ashley lanzó una mirada alrededor de la sala de ambiente cargado con la expresión radiante de un presentador de concursos—. ¿Os importa que vuelva a ser quien empieza?

—Venga, a por todas.

—Vale. En realidad... pues no tengo una única película preferida sino más bien un género de películas preferidas. ¿Todo el mundo lo acepta?

Ed hizo un gesto de «qué más da» con la mano.

—Las películas de monstruos —dijo Ashley, dirigiendo la mirada rápidamente a Darby, que estaba al otro lado de la mesa—. No de monstruos pequeños como hombres lobo. Me refiero a monstruos gigantescos, de veinte pisos de alto, como Godzilla y Rodan. En Japón les llaman películas *kaiju*. Ya sabéis a qué me refiero, cuando algo muy grande aterroriza a una ciudad y va lanzando coches por ahí como si fueran juguetes.

Ed asintió aunque en realidad no estaba escuchando. Inclina su vaso de café en un intento por capturar las últimas y preciadas gotas.

Daba igual porque Ashley solo miraba a Darby mientras hablaba, con palabras claras y serenas, revelando la blancura de su dentadura perfecta.

—Es que, jolín, me encantan las películas *kaiju*. Y... lo que me fascina de ellas es que los héroes humanos, Bryan Cranston y el soso del sargento Vanilla, en la versión de *Godzilla* de 2014, por ejemplo, no son más que apoderados. Son unos don nadie para el público. ¿Estos humanos penosos tienen algún peso en el argumento?

Dejó que la pregunta retórica flotara más tiempo del necesario en el ambiente.

—Pues no —concluyó—. Cero. Su papel en la historia es totalmente reactivo. *Godzilla*, *Mothra*, el *MUTO*, las verdaderas estrellas del espectáculo, van a luchar y a resolver sus asuntos, y los humanos no pueden ni siquiera pretender impedir la carnicería. ¿Le veis sentido?

Darby no respondió.

—Hagas lo que hagas, los monstruos van a hacer de las tuyas. —Ashley se inclinó hacia delante, hizo crujir la silla y a Darby le llegó el olorcillo de su aliento húmedo mientras bajaba la voz y la convertía en un graznido ronco—. Los monstruos van a luchar y a derrumbar rascacielos y a destrozar puentes, y lo único que puedes hacer es quitarte de en medio o acabas machacado.

Silencio.

Darby era incapaz de apartar la mirada. Era como observar un animal rabioso.

Su aliento resultaba intensísimo. Como yemas de huevo hervidas y café amargo, mezclado con olor a carne. Hacía sesenta minutos, su lengua le había parecido una babosa cálida en la boca. Y ahora otra vez lucía su sonrisa infantil, como si se hubiera vuelto a poner una máscara de Halloween de goma y en un abrir y cerrar de ojos volviera a ser el parlanchín jovial que había conocido al principio.

—¿Y tú qué dices, Darbs? ¿Cuál es tu tipo de película preferida? ¿De miedo? ¿De fantasmas? ¿Porno-tortura?

—Las comedias románticas —respondió ella.

Lars rio desde la puerta, un ruido áspero que le recordó a una sierra mecánica en punto muerto. Ashley intercambió miradas con su hermano y frunció los labios un poco mientras la nieve se arremolinaba cada vez más en el exterior.

—Va... va a ser una noche divertida.

«Tal vez», pensó Darby, mirándole a los ojos.

«Pero prometo que no lo pondré fácil».

—Aunque reconozco que mataría por una taza de café —dijo Ashley, frotándose los ojos con una somnolencia orquestada.

—La verdad es que... —se planteó Ed—. Pues resulta que tenemos un poco de café en la furgoneta. Es instantáneo, de esos de polvo que hay que añadir al agua caliente. Sabe a agua sucia, pero es café. ¿A alguien le interesa?

—¿Café de vaquero? —Ashley desplegó una amplia sonrisa, como un buscador que acabara de encontrar oro. Había planeado aquello—. Sería fantástico.

—Sandi lo odia.

—Bueno, por suerte está dormida.

—¿Sí? ¿Os interesa? —Ed se enfundó unos guantes de invierno negros y se encaminó a la puerta—. Enseguida vuelvo...

—No te preocupes. —Ashley amplió la sonrisa—. Tómame tu tiempo, amigo.

Darby intentó pensar en algo que decir —«Espera, para, por favor no te vayas de aquí»—, pero tenía la cabeza espesa. Pasó el momento y se le revolvió el estómago, Ed ya no estaba. La puerta delantera de la oficina de turismo se cerró, aunque no del todo.

Lars la empujó: clic.

Los dos hermanos intercambiaron una mirada y luego dirigieron la vista a Darby. En un microsegundo, la presión del aire de la sala cambió. Estaban los tres solos durante el tiempo que Ed tardara en dirigirse a la furgoneta de Sandi, rebuscar en el equipaje, encontrar el café instantáneo y regresar. ¿Sesenta segundos, quizá?

En esos momentos lo único que mantenía a Darby con vida era Sandi.

Y ni siquiera estaba despierta. Roncaba como un gato ronroneado en el banco azul, con los brazos cruzados encima del vientre prominente, el libro de bolsillo haciéndole equilibrios encima de la cara. La menor brisa lo desestabilizaría. Por primera vez en toda la noche, Darby consiguió ver el título: *La suerte del diablo*. Durante los siguientes sesenta segundos aproximadamente, la vida de Darby dependía de la profundidad del sueño de aquella mujer de mediana edad.

—Comedias románticas —masculló Ashley—. Qué tierno.

—Mejor que Godzilla.

—Bueno, Darbs, estoy cansado de dar rodeos. —Ashley habló con voz baja, controlada y sin dejar de observar a Darby por el rabillo del ojo—. Esto es lo que va a pasar. Voy a ofrecerte un trato.

Ella escuchó, aunque en el fondo de su mente iba contando los segundos, como la maquinaria de un reloj: «Ed tardará sesenta segundos en ir y volver a

la furgoneta de su prima».

«¿Cincuenta segundos, ahora?».

—Esta oferta voy a hacértela una sola vez, Darbs, y luego desaparecerá para siempre. No habrá segundas oportunidades. Así pues, piénsatelo bien antes de tomar una decisión...

—¿Qué estáis haciendo con esa niña?

Ashley se humedeció los labios.

—Ahora no estamos hablando de Jay.

—¿Vais a matarla?

—Eso no es relevante.

—Para mí es muuuuy relevante...

—Darby. —Empezaba a estar fastidiado: enseñaba su dentadura perfecta y su voz era un susurro contenido—. Esto no va de ella. ¿No lo entiendes? Esto va de ti y de mí, y de mi hermano y de todos los que estamos atrapados en esta encrucijada en esta área de descanso. Esto va de la decisión que vas a tomar, ahora mismo.

«Cuarenta segundos».

Pensó en Lars, que custodiaba la puerta detrás de ella, y se le revolvió el estómago por el miedo mareante que sentía. Su sonrisa desdeñosa, el tejido cicatrizado brillante que le salpicaba las manos, sus ojillos monótonos. No creía poder decirlo en voz alta, pero lo dijo:

—¿Acaso... Lars va a violarla?

—¿Qué? —Ashley puso los ojos en blanco—. Puaj. Qué asco. Darbs, no me estás escuchando...

—Respóndeme —dijo ella, lanzando una mirada a Sandi—. O te juro por Dios que empezaré a gritar «asesinos» ahora mismo...

—Venga, hazlo. —Ashley se recostó en el asiento—. Verás lo que pasa.

Darby seguía teniendo las llaves del Honda entre los nudillos, sobre el regazo. Sujetaba la más afilada, la de la habitación de Dryden Hall, entre el pulgar y el dedo índice. Pero no se veía capaz de salvar la distancia que les separaba en la mesa con la rapidez suficiente. Ashley vería venir la agresión; alzaría una mano para proteger su rostro. No funcionaría. No era ni lo bastante fuerte ni lo bastante rápida.

—Venga, atrévete —susurró él—. Grita.

Darby estuvo a punto cumplir su fanfarronada.

Pero entonces Ashley lanzó una mirada por encima del hombro de Darby. Él volvió a asentir y Darby advirtió con un estremecimiento de pavor que Lars se encontraba directamente detrás de ella. No le había oído acercarse,

pero entonces oyó el roce del anorak de Lars al flexionarse a escasos centímetros detrás de ella. Como el instante en que se habían conocido. Ella dio un respingo, medio esperando que esas manos con cicatrices le rodearan el cuello y apretaran pero, en cambio, Lars se arrodilló y le cogió el bolso que tenía en el suelo junto a un tobillo.

—Mío. —Se llevó el bolso a la puerta.

Ashley volvió a mirarla mientras se mordía el labio inferior.

—Darbs, a ver si queda claro, voy a darte la oportunidad de enmendar todo esto. Como apretar un botón grande de color rojo para *resetear*. Además, es fácil porque lo único que tienes que hacer es no hacer nada. Solo mantener la boca cerrada.

«Veinte segundos».

—Lo ves, Darbs, todos estamos de acuerdo en que este pequeño accidente nunca ha ocurrido. Nosotros... mi hermano y yo... fingiremos que no has forzado la cerradura del monovolumen. Fingiremos que nunca viste a Jaybird. Nos limitaremos a... a borrar las últimas horas de nuestros cerebros, y cuando las quitanieves lleguen aquí retumbando al amanecer, nos subiremos al coche y tomaremos caminos distintos. Una resolución pacífica para todos.

Pop pop. Lars abrió el cierre de la cartera de Darby. Las tarjetas de crédito cayeron al suelo haciendo clic clac. Olisqueó, echó un vistazo a su carnet de conducir de Utah y desdobló un billete arrugado de veinte dólares, que se embolsó.

«Diez segundos».

—Voy a serte sincero. —Ashley se inclinó hacia delante—. Deseo de verdad de la buena que mires hacia otro lado. Que descanses. Estás cansada. Se te ve fatal. No tienes ninguna posibilidad contra Lars y yo. Así que... deja que los monstruos hagan de las suyas, ¿vale?

«Cinco segundos».

—Por favor, Darbs. Será más fácil para todos nosotros. —Lanzó una mirada a Sandi mientras lo decía, como si la amenaza no quedara lo bastante clara.

Darby notó cómo le ardían las mejillas.

—No puedo.

—No vamos a hacerle daño a Jay, ¿sabes? —Inclinó la cabeza—. ¿Es eso? ¿Eso es lo que temes? Porque si es el caso, te prometo que...

—Mientes.

—Nadie sufrirá ningún daño esta noche, si cooperas.

—Sé que mientes.

—No le pasará nada —afirmó Ashley, moviendo la mano—. Oye, por cierto. Vi un montón de papeles en el asiento trasero de tu coche. Unos papeles negros. ¿Qué es todo eso?

—¿Qué más te da?

Ashley endureció la expresión.

—Tú has fisgoneado en los asuntos de la familia Garver. Así que yo he fisgoneado en los tuyos. Responde a la pregunta.

—Son... papeles.

—¿Para qué?

—Calcos de lápidas.

—¿Y eso qué es?

—Cojo... Uso ceras para, ejem..., para calcar lápidas.

—¿Por qué?

—Porque las colecciono.

—¿Por qué?

—Porque sí. —Odiaba que la observara.

—Eres una chica con una especie de pasado oscuro —declaró Ashley—. Me gusta.

Ella no se pronunció al respecto.

—Y tienes una cicatriz encima de la ceja. —Se inclinó sobre la mesa para observarla mejor bajo el fluorescente—. Debe de haber sido... ¿Cuántos, treinta puntos? Solo se te nota cuando frunces el ceño. O sonrías.

Darby bajó la mirada al suelo.

—¿Por eso no sonrías mucho, Darbs?

Le entraron ganas de llorar. Tenía ganas de que acabara.

—Sonríe —susurró él—. Vivirás más años.

«Ya ha pasado más de un minuto».

¿Dónde narices estaba Ed? Un sinfín de posibilidades se agolpaban en su mente. Tal vez no encontrara el café instantáneo. Tal vez estuviera echando un trago furtivo. O quizá... quizá hubiera descubierto alguna pista sutil, reconstruido la trama del secuestro y ahora intentaba buscar cobertura para llamar a la policía. O... ¿y si Jay lograba cortar los barrotes de la jaula y correr hacia él? Sería un segundo testigo. Eso dejaría a Ashley y a Lars con una única salida, que era empezar a disparar.

Los segundos parecían volatilizarse. Alzó la vista hacia el reloj de Garfield, y Ashley se percató.

—Va una hora adelantado, ¿sabes?

—Lo sé.

—No son más que la una.

—Lo sé.

Ashley se humedeció los labios mientras miraba el reloj. La imagen de un Garfield enamorado que le ofrecía rosas a Arlene.

—Oye, ¿cómo se llama el gato? ¿El de color rosa?

—Arlene.

—«Arlene». Es un nombre de chica bonito. Como el tuyo.

—El tuyo también —dijo Darby.

Él sonrió complacido, disfrutando del tira y afloja, y volvió a fijarse en la ceja de ella.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

—En una pelea —mintió ella—. En el instituto.

Había chocado con la bicicleta contra la puerta de un garaje. En caso de que pudiera llamarse «pelea», la puerta del garaje había ganado. Veintiocho puntos y una noche en el hospital. Sus compañeros de clase la habían rebautizado como «Frankenstía».

No sabía a ciencia cierta si Ashley la había creído. Él se humedeció los labios.

—Debería advertirte, Darbs, si... es que tienes intención de enfrentarte a nosotros esta noche. ¿Tienes?

—¿Si tengo qué?

—¿Intenciones de enfrentarte a nosotros?

—Me lo estoy planteando.

—Bueno, si es así deberías saberlo. Siempre he sido un tanto especial.

—Y que lo jures.

—Pues... no es que tenga suerte... es que estoy protegido, creo. De las consecuencias. Es como una magia que poseo. Al final, siempre me salgo con la mía. —Se le acercó todavía más, como si le estuviera confiando un secreto delicado—. Podrías llamarlo suerte, pero creo sinceramente que se trata de otra cosa. Cuando se me cae la tostada, por así decirlo, la mermelada siempre queda arriba.

—En realidad no tienes asma, ¿verdad? —se vio obligada a preguntarle.

—No.

—¿Y estudias en el Instituto Tecnológico de Salt Lake?

Ashley amplió la sonrisa.

—Me inventé el nombre.

—¿Y la fobia a las puertas?

—A las bisagras de las puertas. Eso es verdad.

—¿En serio?

—Sí. Me ponen los pelos de punta. —Se llevó la mano al corazón—. Te lo juro por Dios. No puedo tocarlas, intento no mirarlas. Desde que estuve a punto de perder el pulgar en Chink's Drop, me producen un miedo terrible.

—¿Las bisagras de las puertas normales?

—Sí.

—Estaba convencida de que eso también te lo habías inventado. No parecía real.

—¿Por qué no?

—Porque no me parecía que fueras tan gallina —repuso Darby con tranquilidad.

Uno de los tableros del suelo crujió.

Ashley le devolvió la mirada con frialdad, como si hubiera desafiado su valoración inicial, y las luces parpadearon encima de su cabeza. Entonces él suspiró, tragó saliva una vez y volvió a hablar con voz más controlada:

—Estás jugando con la vida de una niña. No lo olvides. Hoy puede tener un final feliz, pero lo estás poniendo en peligro.

—No te creo.

—No va de sexo —dijo Ashley, frunciendo el ceño con expresión de asco exagerado—. Va de dinero. Si es que te interesa saberlo.

Sandi volvió a moverse en el banco. *La suerte del diablo* se deslizó unos cuantos centímetros por su rostro. Darby se preguntó si estaba realmente dormida. ¿Y si fingía? ¿Y si había escuchado toda la conversación?

—Me refiero a que... ahora te cuento. —Ashley reprimió una sonrisa y volvió a relajarse. Su comportamiento iba cambiando por fases, lo cual resultaba espeluznante; de la luz a la oscuridad y de vuelta a la luz—. Deberías ver esa casa, Darbs. Parece la mansión del señor Burns. Papá es el dueño de una empresa de tecnología recién creada, algo relacionado con un lector de vídeo. Ya sabes, informática, lo cual está más allá de mi capacidad mental. Yo soy más de cosas manuales, más prácticas. Motivo por el que nos hemos llevado a Jay; la llevamos a las Rocosas unas semanitas, para que papá y mamá se preocupen de verdad y saquen el talonario de cheques, y cuando nos compensen con generosidad por nuestro trabajo, cobraremos y la dejaremos en una estación de autobuses de algún pueblo de mierda en Kansas. No le haremos daño. Será como unas vacaciones. Joder, si a lo mejor incluso le enseñamos a hacer snowboard mientras estamos...

—Mientes otra vez.

Su sonrisa simplona desapareció.

—Ya te lo he dicho, Darbs. Intenta estar al caso. No le haremos daño...

—Ya le habéis hecho daño —gruñó ella, medio esperando que Sandi estuviera despierta bajo el libro, escuchando de verdad—. Le habéis disparado un puto clavo en la mano. Y juro por Dios, Ashley, que si tengo ocasión, te haré algo peor.

Silencio.

Lars, junto a la puerta, volvió a guardar la cartera de Darby dentro del bolso.

—Entonces... —Ashley hizo una pausa—. ¿Le has visto la mano a Jay?

—Sí.

Ashley caviló acerca de su respuesta durante unos momentos al tiempo que volvía a lamerse el labio inferior con una especie de sorbetón de lagarto.

—Bueno. Vale. —Endureció el semblante, otro cambio sobrecogedor de actitud—. Bueno, bueno. Fantástico, diría incluso. Vamos a sacarle alguna enseñanza a este momento, ¿vale? Si lo que más me interesa es mantener a Jaybird con vida, conmocionada pero viva, y ayer por la mañana, harto de sus gimoteos, le presioné una remachadora contra la palma y apreté el gatillo, pues... bueno, Darbo, imagínate lo que le haría a alguien a quien no tengo por qué mantener con vida. Imagina lo que le haría a esta área de descanso. Lo que le haría a Ed y a Sandi. Lo que te haría mirar. Y sería culpa tuya porque te crees tan superior moralmente que te niegas a cooperar. Así que te lo pido otra vez, Darby. Y te lo advierto, piénsate muy bien lo que dices a continuación porque, si no aciertas, te prometo que no serás la única que muere esta noche.

Ella le miró de hito en hito, sin atreverse a pestañear.

—Además —añadió él—, te sangra la nariz.

Darby se tocó la nariz...

Ashley se abalanzó hacia delante, le agarró un mechón de pelo y le golpeó la cara contra el tablero de la mesa. Fuegos artificiales detrás de los ojos. Un dolor mareante. El cartílago de la nariz emitió un crujido húmedo y ella retrocedió, por lo que estuvo a punto de caerse de la silla llevándose ambas manos a la cara.

Sandi se despertó de un salto al otro lado de la sala. El libro cayó al suelo.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Nada, nada —contestó Ashley, mirando a Darby—. Estamos bien.

Darby asintió mientras se pellizcaba la nariz. La sangre caliente le corría por las muñecas, de un rojo intenso. Le escocían los ojos e intentaba contener las lágrimas.

«No llores».

—Oh, cielo, la nariz...

—Sí, estoy bien. —Darby notó sabor a cobre entre los dientes. Dos gotones cayeron en la mesa. Tenía los dedos pringosos.

—¿Qué ha pasado?

—La altitud —dijo Ashley tan tranquilo—. La baja presión atmosférica. Nos afecta. A mí me ha sangrado la nariz como un grifo en Elk Pass...

Sandi hizo caso omiso de él.

—¿Necesitas un pañuelo de papel?

Darby negó con la cabeza con fuerza mientras se apretaba las narinas. La sangre le bajaba por la garganta como una bebida coagulada. Las gotas le salpicaban la falda.

«Por Dios, no llores».

Sandi cruzó la estancia balanceando el bolso grande que llevaba. Cogió un puñado de servilletas marrones del mostrador de café y lo dejó en la falda de Darby. Le tocó el hombro.

—¿Estás segura? Es que... sangras mucho.

Darby notó que la cara se le tensaba, como si le estuvieran estirando la piel alrededor del cráneo. Notaba un calor abrasador en las mejillas. Se le empañó la vista por culpa de las lágrimas, su respiración siseaba entre los dientes mientras Ashley la observaba tan tranquilo desde el otro lado de la mesa con las manos superpuestas en el regazo.

«No llores, Darby, o nos matará a todos».

—Estoy bien —dijo con voz estrangulada—. Es la altura...

—Tomé mi primera cerveza a dos mil cuatrocientos metros de altura —intervino otra vez Ashley—. Me corté la mano con un fluorescente y sangré agua roja durante dos días...

—Oh, cállate la boca —se quejó Darby.

Él se quedó inmóvil, asombrado por su furia repentina. Tendría que haber sido otro punto para Darby, otro momentillo en el que la presa pilla desprevenida al depredador, pero enseguida se dio cuenta de que había cometido un grave error.

Porque Sandi se había dado cuenta.

—Yo... —La señora vaciló y levantó las palmas. Miró a uno y a otro y su parka amarilla hizo ruido con sus movimientos—. A ver, ¿qué está pasando aquí?

Silencio.

Ashley se mordió el labio con aire pensativo y acto seguido dedicó un asentimiento a Lars.

«No, no, no...».

Lars introdujo la mano en el bolsillo del anorak para coger la pistola. Pero la puerta delantera se abrió de repente, golpeó contra la pared y le sobresaltó...

—Por fin he encontrado el café. —Ed entró, sus botas crujieron y desperdigaron copos de nieve por el suelo. Dejó de golpe un paquete de café de Colombia molido cerrado con un clip en la mesa, entre ellos—. Las instrucciones son dos cucharadas por cada doscientos cincuenta mililitros de... ¡Oh, joder, hay sangre!

—La altitud —dijo Darby con voz estrangulada.

Sandi no dijo nada.

—Vaya. —Ed miró a Darby de arriba abajo—. La has pillado buena. Mantén la presión en la nariz e inclínate hacia delante, no hacia atrás.

Darby inclinó la cabeza hacia delante.

—Bien. Hacia delante coagula. Hacia atrás cae por la garganta y se te llena el estómago de sangre. —Se sacudió la nieve de los hombros—. Coge esas servilletas. Son gratis.

—Gracias.

Mientras Ed pasaba de largo, Darby miró hacia Sandi y estableció un contacto visual tembloroso. Sandi sospechaba algo, abría unos ojos como platos y miraba de un hermano al otro. La silueta de la pistola que escondía Lars quedaba plenamente ensombrecida por la luz del techo.

Darby se llevó el dedo índice a los labios: Chitón.

Sandi asintió una vez.

Al mismo tiempo, Ashley debió de hacer una señal con la mano a Lars. Darby se volvió y solo vio el movimiento final, pero parecía que se llevaba la mano al cuello en un gesto desesperado: «Para, para, para». Era eso; la sala acababa de estar a una milésima de segundo de sumirse en un estallido de violencia. Ed no tenía ni idea de que quizá acababa de salvar la vida de todos entrando a trompicones con un paquete de café soluble.

Acto seguido, introdujo la mano por la persiana de seguridad y dispensó agua caliente.

—No llega a hervir, pero está lo bastante caliente para un té. Debería bastar para un café aguado.

—Maná caído del cielo —dijo Ashley—. Viva la cafeína.

—Sí, de eso se trata.

—Eres mi héroe, Ed.

Ed asintió aunque empezaba a hartarse del parloteo de Ashley.

—Me alegro.

Sandi retrocedió y se sentó en el banco de la esquina, desde donde dominaba toda la sala. Darby vio cómo levantaba el libro, pero lo sostenía en el regazo. Tenía la otra mano dentro del bolso, tras las letras bordadas de los Salmos 100, 5. Quizá estaba sujetando un espray de pimienta.

«Por favor, Sandi, no digas nada».

El área de descanso de Wanapani era un polvorín. Bastaba con una sola chispa, aquella sala era toda fricción. Con cuidado y sin ser vista, Darby abrió la nota de SI SE LO CUENTAS, LOS MATO A LOS DOS en el regazo, por debajo del tablero de la mesa, y escribió otro mensaje apoyándose en el muslo. Tapó el boli y volvió a doblar bien la servilleta, aunque dejó una huella de sangre.

—¿Quién más quiere café? —preguntó Ed.

—Yo —dijo Lars.

Sandi asintió, pero no habló.

—Yo también —dijo Darby al tiempo que se levantaba, sujetándose la nariz dolorida y tendiéndole la nota a Ashley antes de darse la vuelta hacia Ed—. Sin azúcar ni leche. Y que sea cargado, por favor. Esta noche va a ser endemoniadamente larga.

Detrás de ella, oyó que Ashley desdoblaba la servilleta con avidez.

Entonces leyó su mensaje.

## 01.02 h

TÚ GANAS. NO ABRIRÉ LA BOCA.

Ashley sonrió complacido; Darby no tenía ni idea de lo acertada que estaba.

Aquella chica de la universidad de Boulder era una complicación inesperada, pero ya la había calado antes. Había visto a otras de su calaña, aunque nunca de carne y hueso. Resulta que Darby Elizabeth Thorne era una heroína auténtica. Era una de aquellos transeúntes de la grabación de una estación de servicio Shell que arrebató la pistola al ladrón o ayuda al empleado ensangrentado. Era del tipo que se lanzaría bajo las ruedas demolidoras de un tren para salvar a un completo desconocido. Proteger a los demás, hacer lo correcto, era instintivo para ella, lo supiera o no.

En contra de la creencia popular, eso no era una fortaleza.

Era una debilidad porque hacía que esas personas fueran predecibles. Controlables. Y, por supuesto, con apenas una conversación de media hora, con media ronda de la hora del corro y un juego de cartas frustrado, Ashley la había calado.

¿Partirle la nariz? Eso no había sido más que un pequeño juego divertido del que salir victorioso.

Y se había sorprendido al ver hasta qué punto disfrutaba viendo a Darby contener las lágrimas delante de Ed y Sandi, mientras la nariz le sangraba como un grifo rojo. Había algo grande en la situación, algo que no era capaz de señalar con el dedo. Estaba humillada, sufría en público, como sucedía en algunas de sus películas porno preferidas. Le encantaban aquellas en las que salía una chica que en secreto llevaba unas bragas con vibrador por la calle o en un restaurante, intentando disimular. Intentando contenerse.

También ayudaba que Darby fuera un bellezón, que poseyera una belleza feroz. El pelo castaño caoba acentuaba esa cualidad. Ni ella misma sabía lo dura que podía llegar a ser, llevada al límite. Le encantaría ponerla en esa situación. Le encantaría llevarla a Rathdrum, ir en coche con ella hasta el yacimiento de grava y enseñarle a disparar la SKS de su tío. A apoyar la culata

de madera soviética en su pequeño hombro, guiar su uña pintada alrededor del gatillo, olisquear su sudor nervioso mientras alineaba la mira de hierro graduada.

Qué lástima, pues, que tuviera que matarla esta noche.

No quería hacerlo.

Estrictamente hablando, Ashley Garver nunca había matado a nadie, así que esa noche se estrenaría. El caso más aproximado que se le ocurría era más un homicidio involuntario que un asesinato. Y no por culpa de la acción directa sino de la inacción.

Había ocurrido en su niñez.

Fue uno o dos años antes de estar a punto de perder el pulgar en Chink's Drop. O sea que tenía cinco o seis años. Por aquel entonces, en verano, sus padres solían endosarlos a él y a Lars (que apenas gateaba) a tío Kenny, que vivía en las praderas secas de Idaho. Se hacía llamar el Gordo Kenny («¡Hey, hey, hey!»), y Ashley entendía ahora que era un riff del Gordo Alberto. Era un hombre alegre que resoplaba al subir escaleras, fumaba cigarrillos de clavo y siempre tenía un chiste a mano.

«¿Qué se le dice a una mujer con el ojo morado?».

«Haber escuchado».

«¿Qué se le dice a una mujer con dos ojos morados?».

«Nada. Ya se lo han dicho dos veces».

Cada año, Ashley regresaba al colegio armado con un arsenal de chistes tronchantes. Cada septiembre era el niño más solicitado del patio, y dejaba que se hicieran virales. Llegados al mes de octubre, el distrito escolar celebraba una reunión de emergencia sobre la tolerancia.

Pero el tío Kenny era mucho más que un cachondo. También era el propietario de una gasolinera en una carretera de un solo carril al sur de Boise, que solo gustaba a los camioneros. Ashley solía trepar a los manzanos con Lars y ver cómo entraban y salían esos vehículos de dieciocho ruedas. A veces aparcaban en la finca de Kenny, mascando terrones sucios y embarrados en la hierba amarilla, llegaban a última hora de la noche y partían al amanecer. Casi nunca entraban en casa del tío Kenny, aunque sí iban al refugio para ciclones.

Era como un búnker antinuclear, con una trampilla que sobresalía de entre las malas hierbas a dieciocho metros del lavadero. La puerta subterránea estaba siempre, siempre cerrada con candado. Hasta una mañana en que, bajo un velo de niebla húmeda, descubrió que no lo estaba.

Así que entró.

Ashley recordaba pocos detalles del cuarto oscuro situado al final de la larga y podrida escalera. Sobre todo los olores, una rancidez húmeda y dulce que resultaba pútrida y curiosamente atractiva a partes iguales. No había vuelto a oler nada igual desde entonces. Cemento frío bajo sus pies. Cables eléctricos en el suelo; focos grandes dispuestos en trípodes. Formas indefinidas que acechaban en la oscuridad.

Se disponía a marcharse, subía ya las escaleras, cuando una voz femenina le llamó:

—Eh.

Al volverse a punto estuvo de tropezar. Aguardó un momento que se hizo largo, medio en las escaleras y medio fuera, con piel de gallina en los brazos, preguntándose si se lo había imaginado hasta que, por fin, volvió a oírse la voz de la mujer.

—Eh, tú, niño.

Se quedó paralizado, pues no entendía cómo era posible que la mujer del sótano le hubiera visto. Estaba oscuro como boca de lobo. De adulto, Ashley había empezado a comprender que las pupilas de ella se habían adaptado a la oscuridad, a diferencia de las de él. Igual que había hecho Darby con el truco de cerrar un ojo.

—¿Eres buen chico, verdad?

Se había encogido en los peldaños y se había tapado los oídos.

—No, no tengas miedo. Tú no eres como ellos. —La voz fantasmagórica bajó de volumen, como si estuviera contando un secreto—: ¿Puedes... eh... puedes ayudarme con una cosa?

Él no había respondido por miedo.

—¿Puedes traerme un vaso de agua?

No estaba seguro.

—¿Por favor?

Al final, cedió y subió las escaleras podridas a toda prisa, corrió a la ranchera de su tío y llenó un vaso azul en el fregadero de la cocina. Ahí el agua de grifo sabía a hierro. Cuando volvió a salir, tío Kenny estaba apostado junto a la puerta abierta del sótano, con los brazos en jarra, en las caderas fofas.

El pequeño Ashley se quedó paralizado y se le cayó un poco de agua.

Pero tío Kenny no estaba enfadado. No. Nunca estaba enfadado. Era todo sonrisas, enseñando su dentadura amarilla de caballo, y cogió el vaso de entre los deditos petrificados de Ashley.

—Gracias, chico. Está bien. Se lo llevaré. Oye, ¿por qué no das un paseo con tu hermanito hasta la gasolinera y os cogéis dos flautas de pollo? Invita la casa.

Las flautas estaban secas como papel de lija, marchitas debido a la lámpara térmica. A Lars no le importó, pero Ashley no se la pudo acabar.

Ese mismo año, uno o dos meses después, Ashley regresó a casa del tío Kenny por segunda vez para el fin de semana del día de los Caídos y recordaba haber encontrado la misma puerta del sótano abierta del todo, con un ventilador traqueteante que sacaba aire hacia fuera. Aquel día, cuando bajó las escaleras, encontró las luces encendidas y apareció un búnker desnudo, hecho polvo. Los muros de hormigón húmedos por la condensación. Con marcas de fregar en el suelo. El olor acre a lejía. La mujer había desaparecido.

Hacía tiempo.

Incluso a tan tierna edad, Ashley supo que debería plantar cara a su tío sobre el tema o, aún mejor, contárselo a sus padres y hacer que llamaran a la policía. Y había estado a punto, dándole vueltas a esa idea todo el fin de semana como si fuera un arma cargada. Pero ese sábado por la noche, tío Kenny preparó macarrones con queso, jalapeños y tiras de beicon enteras, y les contó un chiste tan divertido que Ashley escupió un bocado medio masticado.

«Oye, Ashley, ¿cómo sabes si un negro ha estado en tu ordenador?».

«¿Cómo?».

«Ya no tienes ordenador».

Al final lo que pasó es que el Gordo Kenny le caía demasiado bien. Era muy divertido. Y se portaba de maravilla con el pequeño Lars de cuatro años, pues le dejaba coger herramientas en el taller, le enseñaba a disparar a cornejas con una escopeta de aire comprimido. Así que, en conclusión, lo que los camioneros hicieran con la mujer del búnker poco importaba a Ashley. Había archivado el incidente en el confín más recóndito de su mente.

Aquello había pasado hacía diecisiete años.

Y ahora, en el área de descanso de Wanapani en Colorado, la gélida noche del 23 de diciembre, los papeles se habían mezclado, como en una serie de televisión clásica que se repone con un elenco nuevo. Ashley era el nuevo Gordo Kenny que se esforzaba por proteger un secreto dañino. Y Darby era la testigo accidental.

La historia no se repetía exactamente, pero, joder, era evidente que se parecía.

Ed alargó la mano más allá de la persiana de seguridad, que vibraba. Probó el dispensador de agua caliente y luego separó dos bolsitas de café soluble.

—He cogido uno torrefacto fuerte y otro más suave.

—Cualquiera me va bien —dijo Sandi.

—Yo el torrefacto fuerte, por favor —pidió Ashley—. Lo más fuerte posible.

En realidad no tenía ninguna preferencia; solo que le gustaba cómo sonaba lo de «torrefacto». Tenía las papilas gustativas medio muertas, así que todos los cafés le sabían igual. Pero, joder, si había una noche propicia para un café fuerte, sin duda era aquella. Se guardó la servilleta marrón de Darby en el bolsillo de los vaqueros y se fijó en que estaba manchado con la huella dactilar de la sangre de ella en forma de media luna.

Se percató de que la había perdido de vista.

Escudriñó la sala rápidamente. Ed estaba ahí junto al mostrador de café cerrado; Sandi, sentada como un grueso abejorro amarillo; Lars, apostado junto a la puerta delantera, pero sí, Darby había desaparecido. Se había esfumado. Había aprovechado su despiste y le había hecho una jugada.

Pero no pasaba nada. Nada de qué preocuparse. Ashley Garver también le haría una jugada.

«¿Baños?».

Baños.

Asintió hacia su hermano.

Darby era consciente de que apenas disponía de unos segundos.

Cerró la puerta del baño de hombres detrás de ella sin dejar de caminar, pasó junto a los urinarios manchados, mientras su doble la seguía en los espejos. Cicatriz visible, como una hoz blanca. Ojos atormentados en el cristal.

Sí, el área de descanso de Wanapani era una olla a presión. Casi había conseguido que mataran a Ed y a Sandi. Necesitaba salir. Necesitaba reenmarcar aquella batalla, cambiarla de escenario. En algún lugar donde no hubiera riesgos de causar daños colaterales.

«Correré», decidió. «Correré carretera arriba. Lo más rápido y lo más fuerte que pueda. No pararé hasta que encuentre cobertura y pueda llamar al 911».

«O muera congelada».

Comprobó otra vez el iPhone. La pantalla debía de haberse roto cuando se golpeó con el inodoro y era una telaraña de rajadas profundas. Ya solo le quedaba un dos por ciento de batería.

Alzó la vista hacia la ventana vacía, una rodaja triangular de cielo nocturno y copas de árboles. Estaba a unos dos metros y medio del suelo. Pasar por ella había sido fácil gracias a las mesas de pícnic apiladas en el exterior. Salir por ella sería mucho más difícil. Aunque se pusiera de puntillas, no llegaba al marco de la ventana. Necesitaría volar prácticamente para alcanzarlo ni que fuera con las yemas de los dedos. Tendría que coger carrerilla, y mucha.

Retrocedió más allá de los compartimentos verdes, más allá del A PEYTON MANNING LE GUSTA QUE LE DEN POR DETRÁS, hasta la puerta, de espaldas a la pared, y el baño rectangular se extendió ante ella como si fuera una pista de seis metros con el linóleo liso bajo los pies, resbaladizo por la humedad. Arqueó la espalda, se agachó como si fuera un atleta y cerró las manos en forma de puño.

Respiró hondo y notó el olor amargo del amoníaco. Exhaló la mitad del aire.

«Ya».

Corrió.

Espejos, orinales, puertas de compartimentos, los dejó todos atrás a toda velocidad. El aire le silbaba en las orejas. No tenía tiempo de pensar en nada más. No tenía tiempo de tener miedo. Aplanó las manos como si fueran palas, bombeando las piernas, y dio un salto en plan kamikaze hacia la pequeña abertura...

Cuando estaba en el aire, pensó: «Me va a doler...».

Dolió. Chocó contra la pared embaldosada con las rodillas, se magulló el mentón y se quedó sin aire en los pulmones pero (¡sí!) había alcanzado el marco de la ventana con dos dedos desesperados. Las uñas clavadas en la vieja madera empapada. Apoyó la Converse húmeda en la pared. Volvió a arquear la espalda, clavó los codos y se impulsó hacia arriba respirando entre dientes apretados, como en la barra de flexiones más infernal del mundo, y subió, subió, subió...

Oyó que alguien jadeaba. En el exterior.

«No».

«No. No. No, por favor, que no sea de verdad...».

Pero sí, lo era. Justo en el exterior, al otro lado de la pared. Ese resuello suave que tan bien conocía, aquel resoplido jugoso. Lars, Cara de Roedor,

había rodeado el edificio y la esperaba en el exterior. Observaba la ventana, pistola en mano, dispuesto a dispararle en la cabeza en cuanto trepara y asomara la cabeza.

¿Ahora qué?

Se quedó allí colgada con dedos doloridos y los pies a un metro del suelo, deseando desesperadamente haber malinterpretado los aullidos del viento del exterior. Pero sabía que no. Sabía que Ashley había enviado al obediente de Lars a impedirle la huida. Lo cual dejaba sin aparecer a un enemigo mucho más astuto y peligroso.

Entonces oyó cómo se cerraba la puerta del baño.

«Está en el lavabo con...».

Una bolsa de plástico cubrió el rostro de Darby desde atrás. Ella gritó, pero la tenía pegada a la boca.

01.09 h

Jay Nissen serró el último barrote de la jaula de perros.

Los había ido cortando uno por uno con la navaja dentada tal como le había dicho la chica del pelo rojizo. Como una taladora de árboles en miniatura. Notaba pinchazos de dolor en la mano izquierda, por lo que el proceso había sido lento. En dos ocasiones había soltado la navaja y había tenido que buscarla a tientas. Una de las veces había temido que rebotara fuera de la jaula y se perdiera para siempre. Pero la encontró.

¿Y ahora?

El enrejado cayó de un empujón y chocó contra la puerta del monovolumen.

Era la primera vez que la jaula se abría desde que la habían apresado. No sabía cuántos días habían pasado. No los había contado. Si pasaba más de una noche sin sus inyecciones se sentía atontada y por eso se había sumido en un ritmo irregular y enfermizo de siestas de cuatro horas. El sol había salido y se había ocultado, alzándose y bajando desde distintas ventanillas. El olor a *ketchup*, a salsa ranchera, al sudor rancio que se condensaba en el cristal. El crujido de los envoltorios del restaurante Jack in the Box. Los murmullos, los chistes tronchantes de Ashley, el zumbido del asfalto, el tic apremiante de las luces intermitentes del monovolumen al girar. ¿Habría pasado ya una semana? ¿Qué estaban haciendo sus padres en esos momentos?

Cuando llegaron a su casa, el mando de la Wii se estaba cargando.

Jay estaba enchufando el cable gris en el puerto de la consola cuando oyó un único toque fuerte en la puerta principal. Como una pelota de tenis. Había correteado hasta la puerta y la había abierto unos centímetros, gracias a la cadenita de latón con la que quedaba la puerta sujeta, y fue entonces cuando lo vio por primera vez, al que ahora sabía que se llamaba Lars. En aquel momento, todavía no estaba acatarrado. Había desplegado una gran sonrisa y le había dicho que era de la empresa de reparación de tejados Fox, que su padre, «el señor Pete», les había dado permiso para entrar en la casa.

Jay dijo que no.

Lars se lo pidió unas cuantas veces más, de maneras distintas. Daba la impresión de que pensaba que «el señor Pete» estaba en el colmado, lo cual era falso (su padre la había llamado desde la oficina para decirle que la canguro estaba enferma y que había sobras de Mongolian Grill en la nevera). Incluso entonces, Jay había tenido la impresión de que Lars no era como otros adultos de su vida. Supuso que incluso, a su edad, ya era más lista que él.

Lars se lo pidió de forma menos educada. Se inclinó hacia ella y notó que la boca le olía a hojas secas.

Jay cerró la puerta.

Cuando se volvió, el que ahora conocía como Ashley estaba sentado junto a la mesa oval de la cocina. Sus botas habían dejado huellas embarradas en el *parquet*. La había mirado como si nada, mientras mordisqueaba un puñado de chips de plátano de un cuenco de cerámica. Jay seguía sin saber cómo había entrado en la casa. ¿Por la ventana, quizá? ¿Por el garaje?

Corrió hacia el salón, pero no llegó.

Aquí y ahora, Jamie Nissen —o Jay, tal como la llamaban desde primero— salió a cuatro patas de la jaula de perro, por encima de las mantas y toallas rasposas debajo de las cuales su rescatadora se había escondido hacía dos horas. Las barras metálicas traqueteaban y emitían un sonido gangoso a su alrededor; esperó que Ashley y Lars no estuvieran cerca para escucharlo. Estiró la mano hacia la puerta trasera del monovolumen, pensando que estaría cerrada. Lars siempre se había asegurado de cerrar con llave las puertas del monovolumen, cada vez que...

La manecilla hizo clic entre sus dedos ensangrentados.

La puerta se abrió de repente.

Jay se quedó paralizada a cuatro patas, mirando hacia la oscuridad. Miles de copos de nieve arremolinados. Una ráfaga estremecedora de viento nocturno. Una zona de aparcamiento de un blanco liso e intacto, cristales de nieve rutilantes. Resultaba extrañamente apasionante. No había visto tanta nieve en toda su vida.

«¿Ahora qué?».

—¿Ahora qué, Darbs?

Darby no podía respirar ni ver. Tenía la cara cubierta por el plástico tenso, succionándola contra los dientes delanteros. Unas manos nudosas le rodeaban el cuello, retorcían la bolsa, le constreñían las vías respiratorias.

—Chis, chis.

Darby se resistió pero Ashley era demasiado fuerte. Le había retorcido las manos en la espalda en una especie de llave de luchador. Tenía los dos omóplatos casi juntos y las manos muy lejos hacia atrás, sujetas e inservibles. Era como luchar contra el abrazo de una camisa de fuerza. Pataleó, buscando con los pies la pared del baño para hacer palanca, pero no encontró más que un vacío. Le crujió la columna vertebral.

—No te resistas —susurró él—. Está todo bien.

La presión se le acumulaba en el pecho. Le ardían los pulmones, hinchados contra las costillas. Sintió su último aliento, un grito medio ahogado que se le atascó en la garganta cuando le había puesto la bolsa, atrapado contra su rostro, neblinoso y húmedo. El cobre cálido que se le esparcía por la mandíbula. Le volvía a sangrar la nariz.

Se resistió de nuevo, retorciéndose, moviéndose sin control. Daba patadas al aire. Ponía los dedos en forma de garra y rascaba; encontró el lazo del cordel de su chaqueta. Las llaves tintinearón. Pero no había pistola, ningún arma que sujetar. Además, estaba perdiendo energía. Aquel vapuleo había sido más débil que el primero.

«Ya está», se dijo. «Voy a morir aquí».

Allí mismo, en unos servicios sucios de la carretera estatal 7. Al lado de los inodoros lavados con lejía, de los espejos tallados, de las puertas desconchadas y decoradas con grafitis de los compartimentos. Allí mismo, en aquel instante, con el sabor del desinfectante todavía en la boca.

—Chitón. —Ashley movió la cabeza, como si mirara por encima de su hombro—. Ya casi está. Déjate llevar...

Darby gritó en silencio en el interior de la bolsa de Ziploc. El plástico formó una pequeña burbuja. Luego sus pulmones inhalaron con un movimiento reflejo, un trago vigorizante, pero no encontraron más que presión negativa y aspiraron apenas unos centímetros de aire reutilizado.

—Sé que duele. Lo sé. Lo siento. —La bolsa se retorció todavía más, en el sentido de las agujas del reloj, y entonces vio la ventana. A través de un ojo amordazado, borroso por culpa del plástico turbio y las lágrimas, vio la pequeña ventana triangular, a casi dos metros y medio del suelo, empolvada de copos de nieve. Tan cerca. Una cercanía agonizante. En cierto modo deseó que estuviera más lejos, al otro lado del baño, inaccesible e inalcanzable. Pero no, estaba justo ahí, y casi podía estirar el brazo y tocarla, si no tuviera las manos atadas.

Pataleó una tercera vez, pero sin coordinación ni fuerza. En esta ocasión Ashley apenas tuvo que sujetarla. Darby sabía que era la última vez; que era

imposible que hubiera un cuarto asalto. Estaba acabada. Ed y Sandi se encontraban en el mismo edificio, al otro lado de la pared, a tres metros, ajenos al hecho de que estaba muriendo estrangulada a manos de un asesino. Sintió que el tiempo se dilataba. Una sensación de reposo denso y cómodo se apoderó de ella, como una pesada manta de lana.

Odió sentirse tan bien.

—Ahora descansa. —Ashley le plantó un beso húmedo en la coronilla que hizo crujir el plástico—. Lo has intentado con todas tus fuerzas, Darbs. Ahora descansa un poco.

Qué lejana le sonó entonces su voz repugnante. Sonaba como si estuviera en otra sala. Hablándole a otra persona. Asfixiando a otra chica para matarla. El dolor que sentía en los pulmones se iba apagando. Todas aquellas sensaciones terribles las tenía otra persona, no Darby Thorne.

Su mente divagaba, desconectada, a la deriva, hacía balance de todos los temas inconclusos de su vida. Su pintura culminante aún sin pintar. Sus préstamos para Stafford, sin pagar. Su contraseña de Gmail, bloqueada para siempre. Su cuenta bancaria con 291 dólares. Su habitación de la residencia de estudiantes. Su pared de calcos de lápidas. Su madre en el hospital Utah Valley, despertándose de la operación, a punto de enterarse de que su hija había sido asesinada sin motivo aparente en un área de servicio a trescientos cincuenta kilómetros de...

«No».

Se resistió.

«No, no, no...».

Se aferró a eso, a Maya Thorne, de cuarenta y nueve años, que languidecía en la UCI. Porque si Darby moría ahí, ahora, en el baño, nunca llegaría a disculparse por todo lo que le había dicho a su madre el día de Acción de Gracias. La historia no se podría cambiar. Ninguna de las palabras horribles que se habían dicho.

De repente dejó de tener miedo. Ya no. Saboreó algo mucho más útil que el miedo, la ira. Estaba colérica. Estaba roja de ira por la injusticia de la situación, por lo que Ashley intentaba hacerle a ella y a su familia, bramando con fuerza contra la oscuridad circundante. Y algo más...

«Si muero aquí, nadie salvará a Jay», comprendió.

—... ¿Darbs?

Arqueó la espalda y ordenó a sus pesados pulmones que realizaran una última tarea: abrirse e inhalar lo más fuerte posible. Hacerle el vacío al

plástico contra la boca abierta, de forma que estuviera contraído entre sus dientes frontales como un chicle apenas un centímetro...

Darby mordió.

No con la fuerza suficiente. El plástico se le deslizó fuera de la boca.

—¿Cáncer de páncreas? —Los labios de Ashley serpentearon junto a su oreja, como si le hubiera leído el pensamiento—. Tu madre tiene... Has dicho cáncer de páncreas, ¿verdad?

Darby volvió a intentarlo. Succionó la bolsa hasta tensarla abrasándose los pulmones.

Mordió.

Nada.

—Qué curioso, ¿no? —La fuerza con la que la asía, su voz podrida—. Estabas tan segura de que enterrarías a tu madre... y ahora resulta que va a ser al revés, tonta del culo, porque ella te va a enterrar a ti...

Darby volvió a morder y el plástico se rasgó.

Un agujerito de aire helado silbó en el interior. Le entró por la garganta con ímpetu, a presión, como si inhalara por una pajita.

Ashley hizo una pausa.

—Oh.

Y en medio segundo de confusión, suavizó la fuerza con la que la agarraba y las zapatillas de Darby tocaron el suelo. No necesitó más que medio segundo. Recuperó el equilibrio, se impulsó en los azulejos y se abalanzó sobre él.

Ashley se tambaleó y perdió el equilibrio.

Ella seguía corriendo hacia atrás, empujándole...

—Espera, espera, espera... —dijo jadeante.

Ella le embistió, de espaldas para que chocara contra un lavamanos. Vértebras contra porcelana. El grifo se abrió. Él gruñó y la soltó. Darby liberó los brazos. Finalmente tenía las manos libres. Cogió la bolsa húmeda, se la arrancó de la cara y por fin respiró hondo. Un grito invertido, atascado por la sangre, los mocos y las lágrimas.

Volvió a ver en color. Aire en las mejillas. Oxígeno en la sangre. Se apartó de él con rodillas temblorosas y cayó al suelo con una palma extendida. Baldosas frías, salpicadas de su sangre.

Detrás de ella, Ashley se sacó una cosa del bolsillo.

Alzó un brazo...

... e intentó darle un golpe con el calcetín relleno en la nuca, trazando un arco con la piedra como si fuera una bola de helado, preparado para el crujido de porcelana húmeda del cráneo de la chica, pero Darby ya se estaba levantando y se apartaba.

El calcetín le rozó el pelo.

Él se abalanzó sobre ella, desequilibrado por la oscilación, y la piedra chocó contra la pared que tenía a la izquierda y descascarilló un azulejo. Se dio un golpe en las rodillas y contempló cómo ella se alejaba corriendo por el baño, hacia la pequeña ventana triangular, mientras la bolsa de plástico aleteaba detrás. «No lo conseguirá», se dijo él. Pero en un instante Darby saltó al marco de la ventana, se sujetó con las uñas e impulsó el cuerpo por la pequeña abertura como si fuera una gimnasta. Tobillos arriba y fuera.

Así, sin más.

Desapareció.

De repente Ashley Garver se encontró solo en los baños. Se puso en pie como pudo y estuvo a punto de resbalar con la bolsa de Ziploc ensangrentada.

Mientras se alisaba el pelo hacia atrás con la palma de la mano, recobrando el aliento, llegó a la conclusión de que daba igual. Había apostado a Lars al otro lado de la pared trasera, junto a las mesas de pícnic apiladas, precisamente por eso. Su hermano, armado con la leal Beretta Cougar, era su refuerzo. Darby había escapado de su zona de muerte en el baño, sí, pero al hacerlo prácticamente se había lanzado a los brazos de Lars y ahora seguro que estaba demasiado débil para pelear de manera productiva...

La puerta del baño se abrió de un golpe detrás de él. Se volvió de repente esperando ver la expresión aturdida de Ed, intentando averiguar el porqué del jaleo. Ya tenía un rollo preparado —«He resbalado con el suelo húmedo, creo que me he golpeado en la cabeza»—, solo que no se encontró con Ed en el umbral de la puerta.

Era Lars.

Ashley le dio una patada a la bolsa de plástico.

—Oh, venga ya.

—Me ha parecido que... eh... necesitabas ayuda...

—Sí, te necesitaba ahí fuera.

—Oh...

—Ahí fuera. —Ashley señaló enfurecido—. Fuera, no dentro.

Lars abrió unos ojos como platos, que pasaron de su hermano mayor a la ventana vacía. Se dio cuenta de lo que había hecho, de lo que había permitido que ocurriera, e hizo una mueca y se sonrojó entre lágrimas empalagosas.

—Lo siento. Lo siento mucho, yo no quería...

Ashley le dio un beso en los labios.

—Céntrate, hermanito. —Le dio una palmada en la mejilla—. El aparcamiento. Ahí es adonde se ha ido corriendo, ahora mismo.

Confió en ser capaz de correr, él también. Notaba un dolor palpitante en la zona lumbar donde la pelirroja lo había empujado contra el lavamanos de porcelana. Y mientras se serenaba se dio cuenta de otra cosa: una repentina ligereza en el bolsillo derecho de los vaqueros.

Su llavero había desaparecido.

—Y... esa zorra se ha llevado nuestras llaves.

Darby aterrizó con fuerza en las mesas de pícnic apiladas. Se le cayeron las llaves de Ashley en la nieve pero las recuperó y se levantó como pudo.

La cinta roja de las llaves se le había enganchado en el pulgar durante la refriega. De pura casualidad, la verdad. Cuando le empujó contra el lavamanos y se había soltado, la carga útil de las llaves tintineantes había ido con ella. Ahora las tenía ella y no él.

Le tintineaban en la palma. Media docena de llaves distintas y un *pendrive* negro. Se guardó el conjunto en el bolsillo mientras un nuevo plan iba tomando forma en su interior.

«¿Qué hay mejor que correr para pedir ayuda?».

Robar el monovolumen de los secuestradores y conducir para pedir ayuda. Con Jay en el interior.

Una jugada desesperada. Seguía en estado de *shock*, los dedos pegajosos por el sudor, todavía respiraba a sacudidas. Los pensamientos de pánico se agolpaban en su mente. No sabía si el Astro podía llegar más lejos que Blue en el apocalipsis nevado, pero no pensaba dejar de intentarlo. Pisaría el acelerador a fondo, haría retumbar la tracción en las cuatro ruedas, lo probaría todo. No le quedaban otras opciones. Si permanecía en Wanapani, Ashley y Lars la matarían.

Rodeó el edificio esquivando los ventisqueros y notando el escozor de la noche en la garganta. Dejó a su izquierda al grupo de Niños de Pesadilla medio enterrados. Siluetas de bronce mordisqueadas en la oscuridad, víctimas malheridas de un pit bull congeladas a la hora del recreo. El mástil desnudo, que se mecía bajo otra ráfaga de viento cortante.

Enfrente, el aparcamiento. Los coches. El monovolumen.

Apenas quince metros más...

La puerta delantera de la oficina de turismo se abrió con un chirrido detrás de ella. Surgió un rectángulo de luz que proyectó la sombra tambaleante de Darby en la nieve. Unos pasos crujieron detrás. La puerta se cerró y su sombra se desvaneció.

—No. —La voz de Ashley, firme, como si riñera a un perro—. No le dispaes.

Darby resbaló y se hizo un corte en la rodilla con el hielo escarpado. Siguió corriendo. Los pasos que la seguían la flanquearon. Uno a la derecha y otro a la izquierda. Como lobos que rodean a su presa. Los reconoció por la respiración: el jadeo congestionado de Lars a la izquierda, los resuellos controlados de Ashley a la derecha. Siguió corriendo y se centró en el Astro. Las llaves le tintineaban en la mano.

—¡Lars! ¡No dispaes!

—Intenta robarnos el coche...

—¿Quieres una tarjeta amarilla?

Darby volvió a resbalar y se enderezó. El bolso le rebotaba en la rodilla. Ahora estaba a diez pasos del monovolumen de los secuestradores. Veía el dibujo del zorro en el lateral, cada vez más cerca, armado con esa remachadora naranja...

—No irá a ningún sitio. Hay demasiada nieve...

—¿Y si lo consigue?

—No lo conseguirá.

—¿Y si lo consigue, Ashley?

Darby patinó para llegar a la puerta del conductor, el corazón le palpitaba en la garganta. Sacudió la nieve de la cerradura con la palma de la mano y palpó las llaves del llavero, pero estaba demasiado oscuro para identificar la llave del monovolumen. Había por lo menos tres lo bastante gruesas como para ser llaves de coche. Probó la primera. No entró. Probó la segunda. Entró, pero no giraba...

—Está abriendo la puerta...

Probó con la tercera llave, la introdujo en la cerradura helada y entonces notó algo a su izquierda. Un detalle menor, pero totalmente fuera de lugar.

La puerta trasera del Astro.

Debería haber estado cerrada... pero estaba medio abierta, el cristal reflejaba una guadaña de luz procedente de una lámpara, el borde superior iba acumulando copos de nieve. Darby no la había dejado abierta. Era imposible que Lars o Ashley la hubieran abierto. Solo quedaba... ¿Jay?

Lars jadeó.

—Se ha... se ha parado.

—Lo sé.

—¿Por qué se ha parado?

Cuando los dos pares de pasos estuvieron más cerca, Ashley entendió la situación.

—Oh, mierda.

01.23 h

Darby no lo veía bien desde su posición.

Pero sabía lo que había visto Ashley: la jaula de perro en la que estaba Jay, serrada con torpeza desde el interior, la puerta trasera del Astro abierta y las huellas de unas pisadas pequeñas en la nieve internándose en la oscuridad.

Ashley se quedó boquiabierto y anonadado antes de dirigir la mirada a Darby.

—Si intenta escapar, dispárale.

Darby se dio la vuelta, pero Lars ya había rodeado el monovolumen y apareció detrás de ella blandiendo la pistola corta a la altura de la cintura y apuntándole al vientre.

Darby contuvo la respiración. Volvía a estar rodeada.

—No me... No me lo creo.

Ashley caminaba de un lado para otro con los dedos clavados en el cuero cabelludo y Darby se fijó en que tenía tantas entradas como su hermano pequeño, solo que se dejaba crecer los mechones para tapar los huecos.

No pudo evitar sentir una sombría satisfacción. Le encantaba. A pesar del engreimiento y postureo de Ashley esa noche, ella había conseguido desbaratar buena parte de su plan. La pequeña Jaybird andaba suelta.

Ashley dio una patada al lateral del Astro y abolló la carrocería.

—No me puedo creer esta puta mierda...

Lars retrocedió.

Pero Darby no pudo resistir la tentación. Demasiada adrenalina bulléndole en las venas. Hacía unos minutos se estaba asfixiando con una bolsa de plástico y seguía enfurecida por ello, embargada por una energía cargada de temeridad.

—Oye, Ashley, no soy experta en secuestros, pero ¿no funciona solo si hay un niño ahí dentro?

Él se volvió para mirarla.

Darby se encogió de hombros.

—Es mi opinión de *amateur*.

—Deberías... —Lars alzó la pistola—. Deberías parar...

—Y tú deberías tomarte una pastilla mentolada para el aliento. —Darby volvió a mirar a Ashley, y con una voz temblorosa que iba desenroscándose como un hilo añadió—: ¿Estás seguro acerca de ese discursito tuyo? ¿Los humanos impotentes que dejan que los monstruos grandes y temerosos se salgan con la suya? Porque me parece que acabo de influir en la trama, cabrón de mierda...

Ashley fue hacia ella dando grandes zancadas.

Darby parpadeó, «Oh, cielos, se acabó, soy mujer muerta», y Ashley alzó el calcetín relleno mientras se le acercaba, dándole vueltas para asestarle un golpe que le partiera el cráneo, pero en el último instante él dio un paso al lado y lo lanzó.

Darby abrió los ojos.

Había apuntado a una farola. A seis metros de distancia. Tras unos instantes de vuelo, la piedra había golpeado el poste de pleno y había rebotado en el metal con un clanc que pareció un trino. El eco se lo devolvió dos veces.

La mayoría de los *quarterbacks* de la NFL eran incapaces de tal hazaña.

—Magia —susurró Lars.

«Soy un hombre mágico, Lars, hermano».

Darby se percató de que llevaban toda la noche jugando con ella. Manipulándola. Fingiendo ser desconocidos, trabajándose la sala, soltando mentiras flagrantes y pistas obtusas para ver cómo reaccionaba. Como un ratón en un laberinto.

«¿Puedes cortar a una chica por la mitad?».

«Sí. Pero solo consigues el oro si la chica sobrevive».

Esas risas ansiosas que llenaron la sala volvieron a resonar en su mente, con un sonido tan metálico como el de un micrófono que se acopla. Volvía a tener migraña.

Ashley se secó la saliva de los labios y se volvió hacia Darby; su aliento formaba volutas en el aire de la montaña.

—Todavía no lo has captado, Darbs. No pasa nada. Todo llega.

«¿Qué es lo que no he captado?».

Sintió un escalofrío enfermizo. Tenía la adrenalina a tope, un arrojo alocado y estúpido; todo iba desvaneciéndose, apagándose como un débil zumbido. Dos cervezas, a divertirse mientras dure el efecto, que no llega ni al postre.

Lars echó un vistazo al interior del monovolumen.

—¿Cuánto tiempo hace que ha escapado?

Ashley seguía caminando de un lado a otro. Pensando.

El silencio incomodaba a Darby. Como buen *showman*, era difícil calar a Ashley, quien se dedicaba a transmitir su violencia en plan telegráfico cuando quería. Su hermano menor seguía apuntándola, obediente, con la pistola, sin que el cañón le tocara la espalda. Sin dejar que la oscilación del arma permitiera que ella la agarrara.

—¿Cuánto tiempo hace que ha escapado? —volvió a preguntar Lars.

Ashley tampoco respondió. Se paró con las manos en las caderas, observando las huellas de Jay en la nieve. Se encaminaban al norte. Lejos del área de descanso. Hacia el terreno elevado, más allá del puerto de montaña, a lo largo del carril de incorporación. Hacia la carretera estatal 7.

Las palabras de Ashley iban cociéndose lentamente en el interior de Darby.

«Todavía no lo has captado, Darbs».

«Todo llega».

A juzgar por la nieve que se había acumulado por encima de la puerta trasera del monovolumen, Jay se había liberado y huido hacía unos veinte minutos. Antes de la agresión en el baño, por lo menos. Las huellas de la niña ya empezaban a difuminarse por efecto de los copos de nieve que iban cayendo.

—¿Qué es eso? —preguntó Lars.

Ashley se arrodilló para recoger una cosa, como una piel de serpiente negra y arrugada. Pero Darby lo identificó: la cinta aislante con la que habían sellado la boca de Jay. La había dejado ahí tirada al huir.

Jay había tenido la sensatez de evitar la oficina de turismo porque sabía que Ashley y Lars estaban en su interior. O sea que se había dirigido a la carretera, probablemente con la esperanza de parar algún vehículo y llamar a la policía; lo malo era que la chiquilla no sabía dónde estaba. No sabía que estaban lejos de las afueras de Gypsum, mucho más allá de cualquier pueblo mínimamente destacado, a dos mil setecientos metros por encima del nivel del mar. No sabía que había que recorrer más de diez kilómetros cuesta arriba para llegar a la cima y bajar quince para llegar a la gasolinera; que aquel tiempo desapacible y ventoso podía pertenecer sin problemas a la Antártida.

Jay era una niña rica de San Diego, una tierra de palmeras de yuca, sandalias e inviernos con quince grados de temperatura.

Darby se estrujó el cerebro, que ahora le martilleaba como si tuviera resaca. ¿Qué ropa llevaba Jay cuando estaba dentro de la jaula? Un abrigo

fino. Una camiseta roja de Poké Ball. Unos pantalones finos. Sin guantes. Ningún tipo de protección para el frío.

Al final, horrorizada, cayó en la cuenta.

Igual que Lars.

—Va a morir congelada ahí fuera...

—Seguiremos sus huellas —dijo Ashley.

—Pero quizá haya recorrido más de un kilómetro por la carretera...

—La llamaremos.

—No vendrá si nosotros la llamamos.

—Tienes razón. —Ashley asintió en dirección a Darby—. Pero sí si la llama ella.

Entonces los dos hermanos se la quedaron mirando.

Durante unos instantes, el viento dejó de soplar y el aparcamiento quedó sumido en el silencio. Cuando Darby se dio cuenta de por qué Ashley no la había matado todavía solo se oía el suave tamborileo de los copos de nieve que caían a su alrededor.

—Bueno, pues vamos allá. —Se encogió de hombros—. Supongo que eso nos sitúa en el mismo bando, ¿no? Ninguno de nosotros quiere encontrarse a Jay con los dedos negros.

Bromas. Para él todo era una broma.

Darby no dijo nada.

Ashley encendió una linterna de bolsillo e iluminó las huellas de la niña con un haz de luz led blanco azulado. Los copos de nieve se iluminaron como chispas. Acto seguido, apuntó con la linterna a la cara de Darby, un brillo que hizo que le lloraran los ojos.

—Venga, llámala.

Darby se miró los pies y notó un sabor ácido en la garganta. Una especie de ardor de estómago grasiento y rancio, que bullía con pensamientos terribles. «No debería haberle dado la navaja. ¿Y si, por el hecho de haber intervenido, he empeorado la situación?».

«¿Y si acaban matando a Jay por mi culpa?».

La pistola de Lars le presionó con fuerza contra la columna, un gesto brusco que significaba «camina». Si hubiera estado preparada, se habría dado la vuelta, le habría afanado la pistola y tal vez, solo tal vez, se habría hecho con el control de la misma. Pero esa oportunidad ya había pasado.

—Se llama Jamie —dijo Lars—. Pero llámala Jay.

—Venga. Sigue las pisadas y empieza a dar voces. —Ashley iluminó las huellas con la linterna y luego la miró a ella con expresión sombría—. ¿No

tenías tantas ganas de salvarle la vida? Pues bien, Darbs, aquí tienes una oportunidad.

Las pisadas de la niña los llevaron a la largo del carril de incorporación, hacia los arcones de hielo sucio de la carretera estatal 7, antes de virar montaña arriba en dirección al bosque. Por una ladera rocosa de ventisqueros y abetos escasos. A cada paso que daba, Darby temía en silencio llegar al final de las pisadas y encontrar un cuerpecito caído con una camiseta roja de Poké Ball. Sin embargo, ocurrió algo peor: las huellas de Jay sencillamente desaparecieron, borradas por la nieve que arrastraba el viento.

Darby ahuecó las manos y volvió a gritar.

—¡Jay!

Ya habían transcurrido treinta minutos. Tenía la voz ronca.

Ahí arriba, el único punto de referencia era la colina de Melanie, al este. El terreno se tornaba más empinado a medida que ascendían. Había rocas redondeadas que sobresalían entre la nieve, rostros de granito vidriados con hilos de hielo. Allí los árboles se tambaleaban por culpa de las raíces huecas, inclinando sus ramas flácidas. Las ramitas que pisaban restallaban, como huesos pequeños que se partían en la nieve.

—Jay Nissen. —Darby barría el terreno con la linterna, proyectando sombras recortadas—. Si me oyes, acércate a mi voz.

No había respuesta. Solo el crujido rígido de los árboles.

—Estás a salvo —añadió—. Ashley y Lars no están aquí.

Odiaba mentir.

Pero convencer a Jay de que volviera era la única manera de que la niña tuviera alguna oportunidad de sobrevivir. La tan solo posible muerte a manos de los hermanos Garver era mejor que una muerte segura en una tormenta de nieve con temperaturas bajo cero. ¿Verdad? Tenía sentido, pero de todos modos se despreciaba a sí misma por mentir. Resultaba humillante. Hacía que se sintiera desnuda. Se sentía como el perrito guardián de Ashley, hablando obedientemente en su nombre, aunque todavía tuviera sangre reseca en las narinas por culpa del golpetazo que le había asestado contra la mesa.

Los hermanos la seguían, pero se mantenían a cierta distancia, a unos diez pasos a izquierda y derecha. Envueltos en la oscuridad mientras Darby llevaba la única fuente de iluminación, la linterna de Ashley. Todo dispuesto según los planes de Ashley. Jay no se atrevería a mostrarse si veía a sus

secuestradores acechándola detrás de Darby, reteniéndola a punta de pistola. Por lo menos, esa era la idea.

Por el momento no había funcionado.

Jamie Nissen. La hija desaparecida de una familia acaudalada de San Diego con un árbol de Navidad que se alzaba junto a un montón de regalos sin abrir. Ahora estaba en algún lugar de las salvajes Rocosas, mientras las yemas de los dedos se le ennegrecían por culpa de la congelación, los órganos se le iban apagando, enterrados por los torbellinos de nieve, al tiempo que las lágrimas se le congelaban en las mejillas y el frío le helaba los párpados y se los cerraba. Podían haber pasado perfectamente por encima de su cuerpecito, hacía cinco minutos, sin ni siquiera darse cuenta.

La muerte por hipotermia es sosegada, recordó haber leído Darby en algún sitio. Al parecer, la incomodidad del frío pasa rápido y es sustituida por un cálido aturdimiento. Uno no muere sino que casi deriva hacia un sueño entumecido, ajeno al terrible daño que sufren las extremidades. Dedos crujientes, ampollas negras de carne ulcerada que se necrosan y deben cortarse con un cuchillo... pero mentalmente uno está muy lejos, arropado con una manta. Darby confió en que fuera verdad. Esperaba que Jay no sufriera.

Volvió a llamarla en la oscuridad.

Siguió sin recibir respuesta.

A su izquierda, oyó que Lars susurraba:

—¿Cuánto tiempo más?

A su derecha:

—El que haga falta.

Sabía que Ashley no tenía un pelo de tonto: estaba haciendo los mismos cálculos que ella en su interior. Treinta minutos siguiendo las huellas medio enterradas, más veinte minutos de ventaja (por lo menos), implicaban pocas posibilidades de que hubiera sobrevivido en esos bosques gélidos, y disminuían con cada segundo que pasaba.

Sin muchas ganas, Darby calibró sus propias opciones mientras la amenazaban a punta de pistola. ¿Pelear? Recibir un disparo. ¿Correr? Recibir un disparo en la espalda. Se planteó dar media vuelta y apuntar con la linterna a los pistoleros para cegarlos, pero llevaban media hora rodeados de esa luz, por lo que las pupilas ya se les habían acostumbrado. Ese era el primer problema. Y aunque pudiera cegarlos durante unos pocos segundos, el terreno nevado era demasiado abrupto para huir con rapidez, lo cual era el segundo problema.

Lars, a su izquierda, se estaba poniendo nervioso.

—¿Y si hemos matado a Jay?

A su derecha.

—No la hemos matado.

—¿Y si ha muerto?

—Nosotros no la hemos matado, hermanito. —Una pausa—. Aunque ella a lo mejor sí.

Aquellas palabras se clavaron en Darby como una daga que se retorció en su vientre, cuán dolorosamente acertado estaba Ashley. Tenía sentido, de una forma malévolamente. Si ella no hubiera intervenido esa noche, Jay seguiría encerrada en la jaula de perro del interior del monovolumen, cautiva pero vivita y coleando. Unos dedos helados le rodearon el estómago y despacio, muy despacio, empezaron a apretar. «¿Por qué he tenido que meterme?».

«¿Por qué no me he conformado con llamar a la policía mañana por la mañana?».

Intentó centrarse en su propia supervivencia, en solucionar el primer problema (la luz) y el segundo (el terreno), pero no pudo.

Deseó poder rebobinar esa noche horrible y corregir sus decisiones. Todas ellas. Todas las decisiones que había tomado, desde la primera vez que atisbó por esa ventana helada y vio la mano de Jay sujetando el barrote de la jaula. Deseó haberse contentado con jugar a los detectives y recabar información. Podría haber esperado discretamente hasta la mañana siguiente, aprovechado su ventaja, y tal vez cuando llegaran las quitanieves, y cada uno de los refugiados del área de descanso siguiera su camino, podría haber seguido con disimulo el monovolumen de Ashley y Lars en su Honda. Unos quinientos metros por detrás, con una mano en el volante y la otra en el iPhone, dando información detallada a la policía estatal de Colorado para que practicara su detención. Así podría haber salvado a Jay.

(«Aunque mamá seguiría teniendo cáncer de páncreas»).

Pero no. En vez de eso, Darby Elizabeth Thorne, una estudiante de segundo curso de universidad con nula formación militar o en el cumplimiento de la ley y el orden, había intentado tomar cartas en el asunto. Y ahora ahí estaba, caminando por los bosques mientras la apuntaban a la espalda con una pistola del 45, buscando a una niña muerta.

A su derecha, una risa malsana.

—Tengo que reconocer, Darbs, que como buena samaritana te llevas la palma. Primero confías en uno de los secuestradores y luego consigues matar a la secuestrada. Te felicito.

Para Ashley Garver todo era un chiste. Incluso aquello, en cierto modo. Cielos, cuánto le odiaba.

Pero ahora se preguntaba si le había dicho la verdad en realidad. Tal vez todo fuera una trama de secuestro de manual, tal como se lo había descrito Ashley, y después del pago los hermanos realmente tenían la intención de devolver a Jay con vida a su familia. Se los imaginó dejándola en cualquier parada de autobús soleada en alguna zona de interior. La pequeña Jaybird parpadeando bajo el sol de Kansas tras dos semanas de oscuridad, corriendo hacia el primer desconocido que viera en un banco, rogándole que llamara a sus padres...

Hasta que Darby intervino, claro está. Y entregó a la niña una navaja suiza para permitirle huir a un clima hostil para el que no estaba ni por asomo preparada. Y otro pensamiento ponzoñoso se deslizó en su mente: se sentía culpable solo de pensarlo, teniendo en cuenta lo que ya había pasado, pero se le clavaba como una astilla y no desaparecía.

«Ahora van a matarme».

Darby estaba convencida de ello.

«Ahora que Jay se ha perdido, ahora que no necesitan mi voz. Y ahora que...».

Ahora que no les oía nadie desde el área de descanso, Lars esperaba el permiso para disparar a Darby en la nuca, y Ashley por fin había accedido. La frase «Te llevas la palma» era el soplo.

Significaba «matar».

Se llamaba Código Espía. Desde niños, Ashley había incluido docenas de mensajes secretos en los diálogos cotidianos. «Qué suerte la mía» significaba «Quédate». «Qué suerte la tuya», significaba «Márchate». «Extra de queso» significaba «Corre como alma que lleva el diablo». «As de picas» significaba «Finge que no nos conocemos». Si Lars no obedecía una de esas indicaciones, recibía una tarjeta amarilla al instante; por eso los dedos de Lars estaban marcados por las cicatrices pálidas de errores pasados. Esa noche ya le había ido por los pelos en una ocasión; casi se le había pasado por alto un «as de picas» en el área de descanso.

Pero sabía que estaba por llegar.

Notaba la pistola gélida en las manos. La piel adherida al metal. Era una Beretta Cougar, un arma robusta y corta que se notaba bajo el anorak y con la que nunca acababa de sentirse cómodo entre las manos. Era como sujetar una

gominola gigante. La recámara de la Cougar solía alojar una bala de nueve milímetros, pero ese modelo en concreto era el 8405, por lo que disparaba un cartucho del calibre 45 de una Colt automática. Mayor poder de retención, pero un retroceso con más garra y menos balas en el clip (el «cargador» insistía Ashley). Ocho disparos, uno detrás de otro.

A Lars le gustaba bastante. Pero en secreto había deseado poseer la Beretta 92FS, como la icónica pistola que el curtido agente Max Payne empuña a dos manos en su serie de juegos para la Xbox. Por supuesto, nunca lo reconocería ante Ashley. La pistola se la había regalado él. Nunca jamás se cuestionan los regalos de Ashley, ni sus castigos. Así son los hermanos mayores: un día le trajo una gata callejera de la protectora de animales. Una cachorro (de color entre Carey y atigrado) que ronroneaba con fuerza. Lars la llamó Rayitas. Al día siguiente, Ashley roció a Rayitas con gasolina y la arrojó a una hoguera.

«Como todos los hermanos mayores, yo di y yo quité».

Lars alzó entonces la Beretta Cougar.

Apuntaba a la nuca de Darby mientras caminaba (cuanto más cerca, menos posibilidades de errar el tiro). Las dos miras nocturnas estaban alineadas: dos puntos de neón verde describían una línea vertical al final de su columna. Seguía yendo unos pasos por delante de ellos, barriendo los árboles con la linterna de Ashley, mientras su silueta quedaba perfectamente recortada por la luz que llevaba. Ella no tenía ni idea.

Él apretó el gatillo.

A su derecha, Ashley se tapó el oído, preparado para el disparo. Y Darby siguió caminando con pesadez por la nieve hundiéndose hasta la rodilla, apuntando la linterna hacia delante, ajena al hecho de estar viviendo los últimos segundos de su vida, ajena al hecho de que el índice de Lars se enroscaba alrededor del gatillo de la Beretta, aplicando una suave presión, a escasos milímetros de perforarla con una bala de pistola del calibre 45...

Apagó la linterna.

Oscuridad.

Darby oyó las voces de sorpresa detrás de ella.

—No veo...

—¿Qué ha ocurrido?

—Ha apagado la linterna...

—Dispárale, Lars...

Darby corrió como alma que lleva el diablo. Se tambaleaba en la nieve profunda. Los fuertes jadeos le provocaban escozor en la garganta. Los había dejado a los dos a oscuras. No les había cegado con la luz led de la linterna, a la que sus pupilas ya se habían acostumbrado, sino que la había apagado de repente. Se había estado protegiendo la vista para conservar la visión nocturna. Aquella era su solución para el primer problema. Con respecto al segundo problema...

La voz de Ashley detrás de ella, sosegada pero apremiante.

—Dame la pistola.

—¿La ves?

—Dame la pistola, hermanito...

Incluso colina abajo era como correr con agua hasta la cintura. Dando bandazos por los ventisqueros, esquivando árboles, tropezando, golpeándose la rodilla contra rocas heladas, recuperándose, con los latidos del corazón palpitándole en los oídos, sin tiempo para detenerse, «no pares...».

Ashley alzó la voz:

—Ya la veo.

—¿Cómo que la ves?

«Ha mantenido un ojo cerrado», se percató ella, cada vez más presa del pánico. «Tal como le enseñé...».

Ashley gritó hacia donde estaba ella:

—Gracias por el truco, Darbs...

En esos momentos la apuntaba, adoptando la postura de tirador. Sintió un hormigueo por culpa de la mira pintada de la pistola como si fuera un láser. Ineludible. Sin ninguna posibilidad de correr más que él. Microsegundos que iban reduciéndose mientras Ashley apretaba el gatillo y Darby ponía en práctica su solución desesperada al segundo problema...

«¿Qué hay más rápido que correr?».

«Caer».

Se lanzó colina abajo.

El mundo quedó invertido. Vio un torbellino de cielo negro y ramas heladas mientras caía libremente durante medio segundo y luego un muro de granito recortado se alzó para recibirla. Un golpe atronador. Vio las estrellas. Perdió la linterna. Rodó apoyada en rodillas y codos, salpicando copos de nieve mientras daba volteretas y acumulaba morados...

—¿Dónde está?

—La veo...

Diez volteretas más abajo, el terreno volvió a aplanarse y Darby aterrizó de un golpetazo, mareada. Se puso en pie como pudo. Siguió adelante. Se precipitó por matorrales espinosos con las manos extendidas, las ramas se rompían contra sus palmas y le rajaban la piel desnuda. Entonces el terreno volvió a descender y ella volvió a caer...

Sus voces sonaban más lejanas.

—La... la he perdido.

—Ahí, ahí...

Ahora se deslizaba boca arriba. Los troncos de los abetos pasaban zumbando. Derecha. Izquierda. Derecha. Esta vez era imposible parar. La bajada continuaba, igual que ella, que iba resbalando y deslizándose por los ventisqueros que parecían rampas y la hacían alcanzar velocidades de vértigo. Alzó los brazos en un intento por reducir la velocidad, pero chocó contra otro saliente rocoso. Un nuevo impacto le quitó el aire de los pulmones y la zarandeó de lado como si fuera una muñeca de trapo. Arriba y abajo dejaron de existir. Su mundo se convirtió en una violenta secadora, un calidoscopio interminable y estrepitoso.

Luego acabó.

Tardó varios segundos en darse cuenta siquiera que había dejado de rodar. Había aterrizado boca arriba, le pitaban los tímpanos, una docena de nuevos cardenales le palpitaban en el cuerpo. Daba la impresión de que el tiempo se volvía borroso. Durante un momento de ensoñación estuvo a punto de perder el conocimiento.

Un abeto situado a su izquierda se estremeció de forma curiosa y dejó caer una brazada de nieve que la salpicó con esquirlas de madera.

Entonces oyó un eco procedente de lo alto de la colina, como un restallido, y comprendió a la perfección qué había sucedido. Se puso en pie con gesto tambaleante y siguió corriendo.

Ashley parpadeó ante el destello de la boca de la Beretta y apuntó para disparar una segunda vez, pero la había perdido entre la maleza y las rocas que tachonaban el paisaje. Demasiados árboles donde resguardarse.

Bajó la pistola. El humo formó volutas en el aire.

—¿La has alcanzado? —preguntó Lars.

—No creo.

—Se está... se está escapando...

—No pasa nada. —Él la siguió colina abajo descendiendo con cautela, buscando puntos de apoyo para los pies en las rocas cubiertas de nieve—. La pillaremos abajo.

—¿Y si vuelve al interior y se lo cuenta a Ed...?

—Ha corrido en la dirección contraria. —Ashley apuntó colina abajo con la pistola—. ¿Lo ves? Esa cabrona va hacia el norte. Se está internando en el bosque.

—Oh.

—El área de descanso es hacia el otro lado. Hacia el sur.

—Vale.

—Venga, hermanito. —Se guardó la pistola en el bolsillo del anorak y extendió ambos brazos para mantener el equilibrio, pues había apoyado las botas en una piedra resbaladiza. Encontró la linterna de led clavada en la nieve donde se le había caído a Darby.

Mientras la recogía, se fijó en una cosa que estaba lejos, algo incongruente: la sombra blanca de la colina de Melanie. El mismo punto de referencia oriental de siempre, envuelto en nubes bajas, pero ahora se cernía por el horizonte de su derecha. No de su izquierda.

Lo cual significaba que en realidad el sur estaba...

—Oh. —De repente cayó en la cuenta—. Oh, qué hija de puta.

—¿Qué?

—Ha... nos ha dado la vuelta. Corre hacia el edificio...

Darby ya veía el área de descanso.

Como una hoguera en la oscuridad, acercándose con cada paso dolorido que daba. El resplandor cálido y ámbar de la única ventana de la oficina de turismo, los coches estacionados, el mástil y los Niños de Pesadilla medio enterrados...

Detrás de ella, en el bosque, Ashley aullaba.

—¡Daaaarby!

Sin el menor enunciado, sin mostrar la menor emoción; solo su nombre, que le llegaba con una voz cantarina y chillona desde atrás. Le helaba la sangre.

Había ganado algo de tiempo. Ni siquiera diez minutos, pero lo bastante para robar el Astro de los hermanos (cuyas llaves seguían en la puerta) e intentar huir. Tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de salir del aparcamiento totalmente nevado pero, joder, era mejor que intentarlo con su

Honda y sin duda la mejor opción de toda la noche. Pensó en la pobre Jay mientras corría y la idea la golpeó como una ola que la arrollara, un enjambre de pensamientos terribles que la perseguían y la mordían con dientes malvados...

«¿Por qué me he metido en esto?».

Era incapaz de responder.

«Es culpa mía...».

«Ahora no».

«Oh, cielos, esta noche he propiciado la muerte de una niña...».

Estaba acercándose al aparcamiento. Pasó junto a un letrero verde cuando Ashley volvió a gritarle desde los árboles, ahora más cerca; su voz provista de un feo tono adolescente.

—Vamos a pillarte.

El Astro se encontraba entonces a quince metros de distancia. La nieve no era tan abundante en el aparcamiento, por lo que recobró la energía e hizo un ligero *sprint*. Pasó junto a una forma indeterminada cubierta de nieve barrida por el viento, lo que en un principio había tomado por el coche de Ashley. Desde ese nuevo ángulo, atisbó metal verde. Marcas de óxido en vertical. Un grabado blanco. Bajo la capa de nieve no había un coche aparcado sino un contenedor de basura.

«Tenía que haberme dado cuenta. Tenía que haber mirado desde más cerca...».

Siguió corriendo, levantando mucho los pies mientras el aire le escocía en la garganta, le ardían las pantorrillas y le dolían las articulaciones. Se acercaba al Astro de los secuestradores.

Deseó no haber parado jamás en la dichosa área de descanso. Deseó no haberse marchado jamás de su pueblo para ir a la universidad el año anterior. «¿Por qué no puedo ser como mi hermana Devon? Está tan contenta haciendo de camarera en la Cheesecake Factory de Povo. Pasa la aspiradora en casa de mamá cada sábado por la mañana. Lleva tatuado “Fuerza en chino” en el omóplato. ¿Por qué soy como soy? ¿Por qué siempre voy a la mía y me distancio de los demás? ¿Por qué estoy aquí, a kilómetros de distancia de mi casa, corriendo para salvar el pellejo en un aparcamiento helado de Colorado mientras mamá recibe tratamiento para el cáncer de páncreas?».

El monovolumen estaba ahora a nueve metros.

A seis.

A cuatro.

—Cuando te pillemos, cabrona, te haré suplicar por la bolsa de Ziploc...

Llegó a la puerta del conductor del Astro y se frenó con las palmas de la mano. Unos pegotes de nieve cayeron del cristal abultado. El llavero de Ashley seguía colgado de la cerradura, donde ella misma lo había dejado. Abrió la puerta y lanzó una mirada hacia el edificio de Wanapani. Podía dar la vuelta a las llaves en el contacto, en ese mismo instante, e intentar escapar. Y quizá lo consiguiera. Quizá no.

Pero eso supondría una condena a muerte para Ed y Sandi.

Se adelantó a los acontecimientos y cayó en la cuenta de que los hermanos no tendrían más remedio que matarlos a los dos para conseguir las llaves de la furgoneta de Sandi, por lo que perseguirían a Darby carretera abajo y la matarían.

«No, no puedo dejar a Ed y a Sandi».

«No puedo permitir que muera nadie más esta noche».

Vaciló y se sujetó a la puerta para mantener el equilibrio. Tenía las rodillas flojas; estuvo a punto de desplomarse en el interior. El contacto estaba ahí mismo, al alcance de la mano. El volante estaba pegajoso, remendado con cinta aislante en algunas zonas. Un mar de migajas de Taco Bell por el suelo. El avión de plástico en miniatura de Lars. El interior del monovolumen seguía estando caliente y húmedo como una exhalación, la tapicería seguía apestando a sudor húmedo, mantas para perros y al pis y el vómito de la niña muerta.

El contacto estaba ahí mismo.

No. La nieve era demasiado profunda. Había visto la carretera con sus propios ojos. La carretera estatal 7 estaba enterrada, irreconocible, convertida en polvo intransitable. Con tracción en las cuatro ruedas o sin ella, el Astro volcaría enseguida, la dejaría atrapada en el carril de incorporación y entonces los hermanos la encontrarían y le dispararían por la ventanilla...

«¿Y si no es así?».

«¿Y si ahora mismo esta es mi única posibilidad de escapar?».

Las llaves le tintinearón en la mano derecha. Cerró el puño alrededor de ellas. Quería deslizarse desesperadamente a los asientos del interior, poner el motor en marcha, poner la marcha, intentar conducir, para probar...

—Daaaarby. —Cada vez más cerca.

«Decide».

Y así lo hizo.

Cerró la puerta de golpe. Se guardó en el bolsillo las llaves de Ashley y, mientras los hermanos Garver la seguían desde algún punto, rodeó el vehículo sintiendo que le dolían los huesos y corrió hacia el brillo anaranjado de la

oficina de turismo. Tenía que alertar a Ed y a Sandi. Tenía que hacer lo correcto. Escaparían todos juntos del área de descanso de Wanapani. Nadie más moriría esa noche.

«Ed y Sandi, todavía os puedo salvar».

Quedaban, como mucho, sesenta segundos antes de que Ashley y Lars la alcanzaran. Sesenta segundos para urdir un nuevo plan. Volvió la vista hacia el zorro dibujado, a la remachadora entre sus manos peludas y a ese estúpido eslogan que ahora sonaba a premonición morbosa: ACABAMOS LO QUE EMPEZAMOS.

02.16 h

Darby se quedó paralizada en el umbral de la puerta.

Ed murmuraba algo («No hay cobertura desde hace...») y dejó la frase a medias cuando la vio, a medio camino de La Colina del Espresso, Android en mano. Sandi estaba de rodillas junto a la mesa y, al volverse para mirar a Darby, dejó entrever una pequeña silueta detrás de ella.

Era... era Jay.

«Oh, gracias a Dios».

La niña tenía el pelo oscuro salpicado de copos de nieve. Las mejillas pobladas de un sarpullido rojo. Estaba envuelta en la parka amarillo avispa de Sandi y parecía una enana por culpa de las mangas, que le quedaban largas. Era la primera vez que Darby veía a la niña con luz, fuera de la jaula de perro y, durante un momento estremecedor, lo único que deseó fue cubrir la distancia que las separaba, levantar a la chiquilla que apenas conocía y estrecharla con fuerza entre sus brazos.

«Diste la vuelta».

«Oh, gracias a Dios, Jay, te perdimos el rastro pero diste la vuelta».

Sandi se levantó alzando el spray de pimienta en el puño cerrado y con una expresión dura en la mirada.

—No te acerques ni un paso.

Jay la cogió de la muñeca.

—No. Ella me rescató...

—Sandi —siseó Ed—. Por el amor de Dios...

La puerta se cerró de golpe detrás de Darby, lo cual la devolvió a la realidad. Intentó calcular... ¿A qué distancia estaban ahora los hermanos? ¿A cien metros? ¿A cincuenta? Respiró con lágrimas en los ojos e hizo un esfuerzo para hablar.

—Vienen. Están armados y están justo detrás de mí...

Ed sabía a quién se refería.

—¿Estás segura de que van armados?

—Sí. —Puso el cerrojo.

—¿Con qué?

—Tienen una pistola.

—¿La has visto?

—Créeme, tienen una pistola. —Darby lanzó una mirada entre Ed y Sandi, y se dio cuenta de que el cerrojo no servía de nada—. Y no pararán hasta que estemos muertos. Tenemos que coger vuestra furgoneta y marcharnos. Ahora mismo.

—¿Y si nos persiguen? —preguntó Sandi.

—No podrán. —Darby enseñó las llaves de Ashley.

Ed dejó de caminar de un lado a otro detrás de ella y caviló al respecto. Dio la impresión de que le agradaba la idea.

Darby se dio cuenta de que el exveterinario blandía una llave de cruceta en la mano derecha, media escondida bajo la manga de su Carhartt. Un arma contundente. Pasó junto a Darby mientras se secaba el sudor de la frente.

—Bueno, bueno, Darby, no te separes de las llaves de tu Honda. No podemos permitir que te roben el coche y nos sigan...

Jay se levantó.

—Vamos, pues.

A Darby ya le caía bien.

Se fijó en un brazalete amarillo que brillaba en la muñeca de Jay. No lo había visto antes en la oscuridad mugrienta del monovolumen de los secuestradores. Parecía de clínica. Durante unos instantes se preguntó qué sería...

No había tiempo para preguntar. Todos se agolparon en la puerta delantera y Ed descorrió el pestillo con un movimiento rápido. Congregó al grupo, como un entrenador no muy contento con su función.

—A la de tres, nos... eh... todos corremos hacia la furgoneta, ¿vale?

Darby asintió, y notó que el aliento le olía a vodka.

—Suena bien.

—¿Están ahí fuera?

Sandi atisbó por la ventana emborronada.

—Yo... todavía no les veo...

—Vale, Sandi, tú llevarás a Jay al asiento delantero y pondrás el motor en marcha. Pisa el acelerador y pasa de la primera a marcha atrás, de la primera a marcha atrás...

—Sé conducir con nieve, Eddie...

—Y Dara, tú te pondrás en las ruedas traseras conmigo para empujar.

—Trato hecho.

Señaló hacia Jay y chasqueó los dedos.

—Y que alguien la lleve.

Sandi se colocó a la niña sobre el hombro, a pesar de sus protestas («No, yo también puedo correr») y volvió a mirar por la ventana.

—Están a punto de llegar.

—No intentes pelear con ellos. Corre con todas tus fuerzas —susurró Ed apoyándose en la puerta y empezando a contar—. Uno.

«Corre con todas tus fuerzas».

Darby se encorvó como una corredora en la cola del grupo, detrás de Sandi, notando cómo le ardían las pantorrillas cansadas. Sin armas... lo único que harían sería enlentecerles. Recordó que el aparcamiento estaba a quince metros del edificio, por un estrecho sendero trazado sobre la nieve.

—Dos. —Ed giró el pomo de la puerta.

Ensayó el siguiente minuto en su interior. Calculó que los cuatro podían recorrer los quince metros en quizá... ¿veinte segundos? ¿Treinta?

Diez segundos más para meterse atropelladamente en la furgoneta, para que Sandi introdujera como fuera la llave en el contacto. Más tiempo para que la Ford empezara a moverse, con dificultad por culpa de la nieve densa. Y eso suponiendo que Ed y Darby no tuvieran que empujar. O sacar los neumáticos excavando. O rascar las ventanillas.

Y de todos modos, en algún lugar del fondo de su mente sabía que había pasado demasiado tiempo.

«Ashley y Lars estaban apenas a un minuto detrás de mí».

«Ya han vuelto».

—Tres. —Ed abrió la puerta...

Darby lo cogió de la muñeca, dura como el metal, y le clavó las uñas.

—Para...

—¿Qué estás haciendo?

—Para, para, para —dijo ella mientras el pánico le oprimía el pecho—. Ya están ahí. Se han escondido detrás de los coches. Nos esperan ahí fuera...

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Veo a Lars —susurró Sandi desde la ventana, ahuecando las manos contra el cristal—. Está... está agachado ahí fuera. Detrás de mi furgó.

«Qué listos son esos cabrones».

—Yo también lo veo —dijo Ed.

Darby volvió a correr el pestillo.

—Querían tendernos una emboscada.

Habría sido un desastre. Los hermanos los habrían abatido a todos a tiros, pues irían desfilando en fila india por el sendero estrecho sin posibilidad de huida. Práctica de tiro. Darby sintió un extraño subidón de adrenalina, tan amargo como el tequila: habría bastado con una sola decisión equivocada para que les hubieran matado. Su corazonada acababa de salvarles la vida.

«Lista. Lista. Lista».

—¿Cómo lo has sabido? —volvió a preguntarle Ed.

—Es... es lo que yo habría hecho. —Darby se encogió de hombros—. En su lugar.

Jay sonrió.

—Me alegro de que no lo estés.

—Creo que también veo a Ashley —dijo Sandi—. Detrás del monovolumen.

Darby se imaginó a Ashley Garver ahí fuera con el frío, agazapado en la nieve con los ojos verdes clavados en la puerta. Esperó que se llevara una decepción. Esperó que estuviera dándose cuenta, en ese preciso instante, de que su repugnante trampa había fracasado, de que su presa le había superado en astucia por tercera o cuarta vez esa noche. Esperó que llevara la cuenta. Esperó que el autoproclamado «hombre mágico» se estuviera cabreando.

Sandi entrecerró los ojos para mirar a través del cristal.

—No sé... No sé qué están haciendo...

—Están vigilando los coches —dijo Darby.

Las palabras de Ashley resonaron en la mente de Darby, como retazos recordados a medias de una pesadilla.

«Cuando te pillemos, cabrona, te haré suplicar por la bolsa de Ziploc...».

Ed estaba junto a la ventana y tiró del hombro de Sandi.

—Agáchate.

—Ya les veo. Se están moviendo...

—Apártate de la puta ventana, Sandi. Van a dispararte.

Darby se mordió el labio porque sabía que Ed estaba en lo cierto: el cristal era un punto débil estructural considerable. Bastaba con una bala, o incluso una piedra grande, y los dos hermanos podrían trepar por el ventisquero y deslizarse al interior.

Darby se colocó en el centro de la sala, iluminada por la luz de los fluorescentes, y recorrió con la yema de los dedos la superficie rayada de la mesa. Giró trescientos sesenta grados con el cuerpo tambaleante para escudriñar de este a norte, de oeste a sur. Cuatro paredes en unos cimientos de

cemento. Una puerta delantera con un pestillo. Una ventana grande. Y dos de menor tamaño, en cada uno de los baños.

«Nosotros tenemos el edificio».

«Pero ellos tienen los coches».

—Estamos en un punto muerto —susurró Darby.

Sandi la miró.

—¿Y qué pasará a continuación?

—Harán su jugada —repuso Ed con expresión sombría—. Y nosotros la nuestra.

Cada jugada sería un riesgo calculado. Si salían al exterior, les dispararían. Si los hermanos atacaban el edificio, dejarían los coches sin vigilar. Si un hermano atacaba, se arriesgaría a una emboscada cuerpo a cuerpo. Las posibilidades y consecuencias hacían que a Darby le diera vueltas la cabeza, como al intentar adelantarse a seis movimientos en una partida de ajedrez.

Se percató de que Jay se había colocado a su lado y que le sujetaba la manga de la sudadera, apretando el tejido con los puños bien cerrados.

—No creas a Ashley. Se divierte mintiendo. Dirá cualquier cosa para entrar aquí...

—No caeremos en la trampa —replicó Darby, buscando el apoyo de Ed y Sandi con la mirada.

Solo le respondieron con un silencio cansado. Tal vez «punto muerto» no fuera la expresión adecuada, concluyó, inmersa en una tensión cada vez mayor. Tal vez fuera más acertado hablar de «asedio».

Se dio cuenta, además, de otra cosa: todos la miraban a ella.

Lo odiaba. No tenía madera de líder. Nunca se había sentido cómoda siendo el centro de atención, podía decirse que le había entrado un ataque de pánico el año anterior cuando los camareros de Red Robin se habían agolpado alrededor de su mesa para cantarle el «cumpleaños feliz». De nuevo deseó fervientemente que hubiera otra persona en su lugar. Alguien más listo, más duro, más valiente, a quien todo el mundo pudiera recurrir. Pero no era el caso.

«Solo estoy yo».

«Y nosotros».

«Y los monstruos que nos rodean en el exterior».

—Y tampoco insultes nunca a Ashley —advirtió Jay—. Al... al comienzo se comporta como si no pasara nada pero se lo guarda para después. Y se venga si le ofendes...

—Créeme, Jay. Esta noche ya hemos superado lo de las ofensas.

Darby se vació los bolsillos y dejó el llavero de Ashley, las llaves del Honda y el iPhone en el mostrador. Acto seguido, desdobló la servilleta marrón y mostró el mensaje que ella le había escrito a Ashley y el que él le había escrito a ella: SI SE LO CUENTAS, LOS MATARÉ A LOS DOS.

Ed lo leyó y encorvó los hombros.

Sandi soltó un grito ahogado y se tapó la boca.

—Cuando... cuando se den cuenta de que no vamos corriendo a la furgoneta cambiarán de táctica y vendrán a por nosotros —dijo Darby dirigiéndose a todos—. No tienen otra opción, porque ahora somos todos testigos y tenemos a su rehén. O sea que este edificio va a ser nuestro Álamo. Durante las siguientes cuatro horas.

Se sacó un último objeto del bolsillo, que casi había olvidado, y lo dejó en la encimera de imitación de granito con un clic exagerado. Era el proyectil del calibre 45 de Lars, cuyo brillo dorado destellaba bajo la luz cegadora.

Cuando vio la bala, Sandi se dejó caer en la silla y enterró las mejillas rojas entre las manos.

—Oh, Dios mío, no vamos a durar ni cinco minutos...

Darby hizo caso omiso de ella.

—Primero tenemos que bloquear la ventana.

—De acuerdo. —Ed señaló—. Ayúdame a darle la vuelta a esa mesa.

Ashley observó cómo se oscurecía la ventana.

Una silueta ancha se movió contra el cristal desde el interior del edificio, rotó hacia arriba y redujo el brillo anaranjado a franjas luminosas. Se imaginó el cristal rajándose por la presión.

—Oh, Darbs. —Escupió en la nieve—. Te quiero.

Lars lanzó una mirada hacia él. Estaba agachado en una postura digna del pistolero más concienzudo junto a la puerta trasera del Ford, con el codo apoyado en el parachoques y apuntando con la Beretta a la puerta delantera.

—No te molestes —dijo Ashley—. No van a salir. Esa mujer acaba de anticiparse a la emboscada.

—¿Cómo?

—Acaba de hacerlo ahora mismo. —Se levantó y dio unos cuantos pasos, hizo crujir las vértebras doloridas, estiró las piernas e inhaló el aire alpino—. Cielos, ¿no es fantástica? Me encanta... Me encanta esa pelirroja.

Ubicada contra una ladera de abetos, piceas blancas y cumbres rocosas, la oficina de turismo de Wanapani parecía una nuez a punto de ser cascada. Había dejado de nevar; el cielo se había despejado y formaba un vacío prístino. Las nubes iban clareando y permitían ver una luna creciente pálida y unas estrellas de un brillo intenso. El mundo había cambiado con ella, atraído por las sombras del picahielos que era la luz de la luna. Una luna que mendigaba sangre.

Lo más divertido, como de costumbre, era decidir cómo. Se había cargado a docenas de mascotas de Lars: tortugas, peces, dos perros, más gatos callejeros de los que era capaz de contar; y ya fuera lejía, balas, fuego o el clic carnosos de un cuchillo al encontrar el hueso, la muerte no tenía ningún tipo de dignidad. Toda criatura viviente muere con miedo.

Por astuta que fuera, Darby también lo aprendería.

Ashley guardó silencio unos instantes, chupándose el labio inferior. Al final, se decidió.

—Cambio de planes —anunció—. Lo haremos dentro.

—¿Todos ellos?

—Sí, hermanito. Todos ellos.

—Armas —dijo Darby—. ¿Qué tenemos?

—El spray de pimienta.

—¿Qué más?

Sandi señaló hacia el La Colina del Espresso.

—Me refiero a que aquí hay una cocina sencilla, pero está cerrada con llave.

—Un momento. —Ed cruzó la sala—. Voy a probar mi llave.

—¿Una llave? ¿De dónde has sacado una...?

Golpeó la cerradura con la llave de cruceta y se desperdigaron fragmentos por el suelo. Acto seguido, cogió la persiana de seguridad por el asa y la enrolló hasta el techo.

—La Colina del Espresso abre para Navidad.

Darby saltó por encima del mostrador y recibió la fuerza del impacto en los tobillos. Buscó por la parte delantera: cafeteras, una tostadora de bagels, una caja registradora, botellas de sirope. A continuación, abrió los cajones, de abajo arriba. Bolsas de café en grano, vainilla, leche en polvo, cucharas tintineantes...

—¿Hay algo?

—Nada útil.

Ed comprobó qué tenía detrás.

—Tampoco hay teléfono fijo.

—Tiene que haber alguno. —Darby buscó en la siguiente cajonera y desenganchó un posit amarillo: RECORDATORIO, POR FAVOR FRIEGA LOS BAÑOS – TODD.

—¿Algún cuchillo?

—Cucharas y más cucharas. —Cerró otro cajón con fuerza—. No hay más que cucharas.

—¿En qué clase de cafetería no hay cuchillos?

—Pues en esta, por lo que parece. —Darby se secó el sudor de los ojos y volvió la vista atrás, hacia la caja registradora (demasiado pesada), la caja de bollería (no era un arma), la tostadora (nada), y las cafeteras que cubrían la encimera—. Pero... bueno, estas cosas sirven agua hirviendo. Que alguien llene una jarra, por favor.

—¿Como arma? —preguntó Sandi.

—No. Para un puto café.

—Ya tenemos café.

—Estaba siendo sarcástica.

Un correteo detrás de ella. Esperaba que Sandi pasara delante, pero era Jay. La niña cogió la jarra de KAFÉ y la colocó bajo el pitorro. Se puso de puntillas para apretar el botón. La máquina emitió un gruñido.

—Gracias, Jay.

—De nada.

Sandi seguía en la parte delantera de la sala. Atisbaba el exterior de rodillas por un hueco de diez centímetros que quedaba entra la mesa volcada y el marco de la ventana.

—Ashley y Lars han vuelto a moverse —anunció—. Están... ahora están junto a su monovolumen.

—¿Haciendo qué?

—No lo veo.

—Mantén la cabeza gacha —le recordó Ed.

—De acuerdo.

Darby abrió el último cajón situado bajo la caja registradora y encontró algo que tintineaba en el fondo junto con unos bolis y el rollo de papel de los tíquets: una llave plateada. La cogió y despegó otro posit: NO DUPLICAR – TODD.

«El cuarto de mantenimiento», recordó.

Corrió hacia él, introdujo la llave y giró el pomo.

—Por favor, por favor, Dios, que haya un teléfono fijo aquí dentro...

Oscuridad en el interior. Encendió un interruptor de la luz y se encontró en un cuarto de mantenimiento, de metro y medio por metro y medio, con unos estantes torcidos y expositores con cajas de cartón abombadas. El olor cargante a moho. Un cubo con fregona en un rincón, lleno de agua gris. Y un botiquín blanco en el estante superior, cubierto de polvo.

Y, a su izquierda, atornillado a la pared... un teléfono fijo de color *beige*.

—¡Oh, gracias a Dios...!

Cogió el auricular de plástico y se lo pegó a la oreja... No había tono de llamada. Probó varios botones. Lo zarandeó. Comprobó el cable en espiral. Nada.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Ed.

Se fijó en otro posit que había en la pared: LA FIBRA HA VUELTO A CAER – TODD. Colgó el teléfono de un golpetazo.

—Estoy empezando a odiar a Todd.

—La jarra de agua caliente ya está llena —anunció Jay.

Darby salió del cuarto marcha atrás y estuvo a punto de chocar contra Ed. Cogió la jarra de debajo de la bandeja de goteo.

—Gracias, Jay. Ahora llena otra, por favor.

—Vale.

Entonces llevó la jarra rebosante a la puerta delantera de la oficina de turismo; notaba el vapor en la palma. El agua estaba lo bastante caliente como para quemar la piel y tal vez cegar a un atacante durante cierto tiempo. Pero también se enfriaba con rapidez. En unos minutos no sería más que una jarra inofensiva de agua templada.

Estaba a medio camino cuando se fijó en una cosa... una servilleta marrón embutida bajo el asa plateada de la jarra.

Su servilleta.

Se paró y la desdobló. En un lado, su REÚNETE CONMIGO EN EL BAÑO y la respuesta de Ashley, que probablemente fuera falsa: TENGO NOVIA. En el otro: SI SE LO CUENTAS, LOS MATO A LOS DOS. Y por último, debajo, con la caligrafía típica de los niños, encontró el mensaje de Jay para ella.

NO TE FÍES DE ELLOS.

«¿Qué?».

Alzó la vista. Jay llenaba la segunda jarra, apretaba el botón rojo y la observaba con expresión expectante.

—Que no me fíe... ¿de quién? —susurró Darby.

«¿Ed y Sandi?».

Jay no respondió. Se limitó a asentir con movimientos breves. Gesticulaba con disimulo para que no la vieran los otros dos adultos de la sala.

Darby estuvo a punto de preguntar en voz alta, pero no podía.

«¿Por qué? ¿Por qué no podemos confiar en Ed y...?».

Se sobresaltó cuando una mano la sujetó con brusquedad por la clavícula.

—Tres entradas, o sea que hay tres posibles vías de ataque para Beavis y Butthead —refunfuñó Ed, contando con los dedos—. Puerta delantera.

—Cerrada con cerrojo —dijo Darby.

—Ventana delantera.

—Con barricada.

—¿Ventanas del baño?

—Hay dos. Yo rompí una hace unas horas para entrar desde fuera. — Darby dejó caer los hombros en señal de desánimo—. Eso es lo que me preocupa.

No estaba solo preocupada; ahora estaba convencida de que era la primera vía de entrada que Ashley y Lars probarían. Las mesas de pícnic apiladas en el exterior formaban una escalera hacia la ventana del baño de hombres. Era otra debilidad estructural y Ashley era perfectamente consciente de su existencia. Esa noche ya había salvado a Darby en dos ocasiones.

Ed seguía planteándose y, de nuevo, Darby notó ese olor en su aliento: vodka o quizá ginebra.

«Por favor —pensó—. Por favor, no estés borracho».

—¿Cabén por ella? —preguntó él.

—Lo intentarán.

—No tenemos gran cosa para bloquearla...

—A lo mejor... —Darby caviló al ver la llave de cruceta en la mano de Ed. Recordó el spray de pimienta de Sandi, más las jarras de agua hirviendo. Salió disparada hacia los baños, mientras las ideas se agolpaban en su mente —. Tal vez podamos aprovecharnos de ello.

—¿Cómo?

Abrió la puerta con un codo y señaló la larga estancia, más allá de los compartimentos verdes, hacia la ventana triangular vacía de la pared del fondo.

—Ashley y Lars tendrán que trepar e intentar pasar, de uno en uno, para entrar. No pueden hacerlo con los pies por delante. Tienen que entrar de cabeza para poder cubrir la sala con la pistola y luego tendrán que darse la vuelta y caer de pie.

Ed la observó impresionado.

—¿Tú has trepado por ahí?

—Mi plan es el siguiente. Uno de nosotros...

Darby se calló y recordó su conversación en ese mismo baño, bajo las mismas luces zumbantes, con Ashley en persona. Hacía dos horas habían discutido quién sería la Persona A (el atacante) y quién sería la Persona B (el refuerzo). «A partir de ahora, esta noche, soy la Persona A», decidió conteniendo el aliento.

«Se acabaron las excusas».

—¿Dara?

—Me pegaré contra la pared —continuó ella, señalando el compartimento más alejado—. Ahí, en ese rincón, y no me verán cuando trepen para entrar, y...

Ed sonrió.

—Podemos rociarle con spray de pimienta.

—Y cogerle la pistola.

«Y matarlos a los dos».

Los hermanos iban armados y eran físicamente más fuertes, por lo que permitir que uno o ambos entraran resultaría fatal. Pero aquella ventana era un cuello de botella natural y sería su única vía de entrada realista, a no ser que consiguieran reventar la cerradura o entrar por la ventana bloqueada. Además, Darby sabía que si Ashley entraba el primero con la pistola, ella tenía alguna que otra posibilidad de aturdirlo con el spray de pimienta o con el agua hirviendo. Si conseguía arrebatarse la pistola del 45, la situación cambiaría de forma drástica.

Ed abrió la puerta del compartimento.

—Yo vigilaré la ventana.

—No, ya lo hago yo.

—Dara, debería ser yo...

—He dicho que lo haré yo —espetó ella—. Soy la única que es lo bastante pequeña para esconderse ahí. Y soy quien empezó todo esto.

«Y nunca volveré a ser la Persona B.».

«Mientras viva».

Había esperado más resistencia pero Ed se limitó a mirarla con ojos bien abiertos. Había estado también a punto de corregir cómo la llamaba, de una vez por todas, pero se contuvo. Joder, para esa noche, Dara ya se parecía bastante a su nombre. Y agradeció no tener que mencionar el alcohol que destilaba su aliento.

«¿Acaso... acaso por eso Jay no se fía?».

Ed hizo una pausa.

—¿Así que tú encontraste a Jay?

—Sí. La ayudé a liberarse.

—¿Y ellos han estado viajando con ella? ¿Estaba aparcada ahí fuera, delante de nuestras narices mientras yo jugaba a Pesca con ese cerdo?

—Sí.

—Dios mío. Eres... ¿Sabes que eres una heroína, Dara?

—Todavía no. —Darby hizo una mueca, bajó la mirada al suelo intentando combatir un escalofrío enfermizo. Con el paso de las horas, había llegado a odiar esa palabra—. Ni por asomo. No si por mi culpa os matan a ti y a tu prima...

—Eso no pasará —dijo Ed—. Eh, mírame.

Darby lo miró a regañadientes.

—Unas palabras sabias para ti —dijo—. ¿Sabes lo primero que te dicen en el centro de rehabilitación de Clairmont? ¿Cuando cruzas esa puerta por primera vez y registras tus pertenencias y firmas todos los impresos y te sientas?

Darby negó con la cabeza.

—Yo tampoco. —Ed sonrió—. Pero te lo contaré, ¿vale?

Darby se echó a reír.

No hizo que se sintiera mejor. Pero fingió que sí, como si una charla apresurada y aleccionadora en un baño fuera lo único que necesitaba. Sonrió y permitió que la cicatriz se le materializara en la ceja.

—Espero que cumplas tu palabra, Ed.

—Y que lo jures.

Mientras regresaba al vestíbulo, notó un bulto en el bolsillo derecho, el llavero de Ashley. Lo sacó y lo inspeccionó desplegando las llaves en la palma. Un lápiz USB negro. La llave de un trastero de alquiler llamado Sentry Storage y, por último, la llave más importante, la del Chevrolet Astro del secuestrador.

Acto seguido, cerró el puño alrededor de las llaves y, antes de poder replanteárselo, las lanzó por la ventana. Emitieron un golpe suave al aterrizar en el exterior.

«Consideradlo una ofrenda de paz».

Una oportunidad para que Ashley y Lars evitaran problemas mayores, cogieran el monovolumen e intentaran huir antes del amanecer. Antes de la

llegada de las quitanieves. Antes de que llegara la policía con las armas desenfundadas.

«Coged las llaves,» tenía ganas de gritar.

«No hace falta que muera nadie esta noche».

«Por favor, coge las llaves, Ashley, y que cada uno siga su camino».

Fue una hermosa fantasía. Pero, de alguna manera, imaginó que no era posible que aquella situación acabara sin derramamiento de sangre. Los hermanos Garver tenían demasiado en juego como para marcharse sin más. Ya había estado sentada frente a Ashley esa noche, le había mirado a los ojos y visto una claridad despiadada en ellos. Como la luz que se refleja a través de una joya. Un joven que veía a las personas como un trozo de carne. Nada más.

Y la hora bruja se acercaba. La hora de la maldad, de los entes demoníacos, de seres que se arrastran y viven en la oscuridad. Era superstición, pero Darby se estremeció mientras escribía el borrador de otro mensaje.

Hola, mamá. Si encuentras este mensaje en mi móvil...

Vaciló.

... quiero que sepas que no dejé de pelear. No me rendí. No soy una víctima. Decidí implicarme. Lo siento pero no tenía otra opción. Quiero que sepas que siempre te he querido, mamá, y pase lo que pase siempre seré tu hijita. Y que esta noche he muerto luchando para salvar a la hijita de otros padres.

Te quiere, Darby.

02.56 h

De camino al vestíbulo, dobló el mensaje críptico que Jay había escrito en la servilleta, NO TE FÍES DE ELLOS, y se lo guardó en el bolsillo trasero.

«¿Por qué?». Se preguntó mientras notaba un vacío cada vez mayor y más doloroso en el estómago.

«¿Por qué no debería fiarme de Ed y Sandi?».

Tenía ganas de preguntarle a la niña, pero Ed estaba demasiado cerca.

—Jay, ¿esos cabrones mencionaron adónde iban? —preguntó él—. Me refiero a antes de quedarse atrapados en el puerto de montaña.

—No. —Jay negó con la cabeza—. Están aquí a propósito.

—¿Cómo?

—Buscaban esta área de descanso. Hoy miraban mapas en la carretera, para ver si la encontraban...

—¿Por qué?

—No lo sé —reconoció la niña—. Solo sé que querían venir aquí.

«Esta noche», pensó Darby, mientras se recogía el pelo en una cola de caballo. Otra pieza suelta del rompecabezas. Otro fragmento sin resolver.

Tenía dolor de barriga. No alcanzaba a imaginar por qué Ashley y Lars querían quedarse atrapados ahí arriba con su rehén, a dos mil setecientos metros de altura, entre un puñado de viajeros.

A no ser que tuvieran pensado matarnos a todos desde un buen comienzo. Los hermanos homicidas viajaban con una pistola, un bidón de gasolina y una botella de lejía. Tal vez Ashley tuviera algo malvado en mente. Mientras se lo planteaba, Ed preguntó a Jay una cosa que le llamó la atención.

—¿Cogieron tus medicinas? ¿Cuando te secuestraron?

Darby aguzó el oído.

—¿Medicinas?

Jay hizo una mueca.

—¿Mis inyecciones?

—Sí. Medicinas, inyecciones, chutes. Como le llamen tus padres.

—Creo que no.

—Bueno. —Ed suspiró y se echó el pelo ralo hacia atrás—. Entonces, dime, Jay. ¿Cuánto... cuánto tiempo llevas sin tomarlas?

—Me guardo una en el bolsillo para las emergencias. Pero ya la tomé. Hace... —Contó con los dedos—. Tres... no, cuatro días.

Ed exhaló como si le hubieran propinado un puñetazo en el vientre.

—Uf, vaya...

—Lo siento.

—No, no es culpa tuya.

Darby cogió a Ed por el hombro.

—¿De qué va esto?

—Por lo que parece, tiene Addison. —Ed bajó la voz y señaló el brazalete amarillo de Jay—. La enfermedad de Addison. Es una insuficiencia adrenal, relacionada con las glándulas endocrinas, que no producen suficiente cortisol para que funcione el organismo. La padece una de cada... aproximadamente cuarenta mil personas. Exige medicación diaria o el nivel de glucosa en sangre desciende y... —Se calló.

Darby tocó la muñeca de Jay y leyó el brazalete: ENFERMEDAD DE ADDISON/NECESITA ESTEROIDES. Le dio la vuelta con la esperanza de encontrar más detalles, como instrucciones de dosificación, el número de teléfono de algún médico o un tratamiento de emergencia recomendado, pero no había nada más. Eso era todo. Cinco palabras.

«Necesita esteroides».

—Entonces ¿qué? —preguntó Darby—. ¿Ashley no sabía cómo medicarla?

—La han estado medicando mal, creo. Probablemente esos capullos lo buscaran en Google, entraron a robar en una farmacia y cogieron lo primero que pillaron que tuviera el nombre de «esteroide». Lo único que han hecho es empeorarla...

—Pensaba que habías dicho que eras veterinario.

—Así es. —Ed esbozó una sonrisa forzada—. Los perros también padecen la enfermedad de Addison.

Recordó el olor acre del vómito en el monovolumen de Lars. Los temblores de Jay, el agotamiento, la palidez de su piel. Aquello lo explicaba todo. Y entonces Darby se planteó: si te recetan una inyección diaria de esteroides, ¿hasta qué punto es grave que te saltes cuatro?

Se lo preguntó a Ed moviendo los labios: «¿Grave?».

Él le respondió sin emitir ningún sonido: «Luego».

—Ashley y Lars siguen junto al monovolumen —informó Sandi desde la ventana—. Están... están haciendo algo. Pero no sé decir qué...

—Preparándose para atacarnos —dijo Darby. No hacía falta suavizar la situación.

Paseó de un lado a otro de la sala, haciendo un inventario de su arsenal. Dos jarras de agua caliente. El spray de pimienta de Sandi. La llave de cruceta de Ed.

Era un plan de batalla precipitado, pero tenía sentido. Cuando llegara el momento del ataque, Sandi controlaría la puerta delantera cerrada y la barricada con Jay e iría diciendo a voz en grito los movimientos de los agresores. Darby vigilaría la ventana del baño de hombres. Si los hermanos intentaban entrar por ahí, tal como ella preveía, atacaría por sorpresa a Lars o a Ashley desde el ángulo muerto vertiéndoles agua hirviendo encima. Y Ed, con su llave, rondaría por toda la oficina de turismo y acudiría allá donde se le necesitara.

—¿Qué...? —Sandi limpió su aliento del cristal y miró al exterior entrecerrando los ojos—. Ya han pasado diez minutos. ¿Por qué no han intentado entrar todavía?

—Para jugar con nosotros —aventuró Darby—. Para ponernos nerviosos.

—Pues funciona.

En el silencio creciente empezaron a pitarle los oídos. Notaba una presión mayor en el ambiente. Las vigas del techo parecían más bajas. El suelo estaba desnudo, salpicado de servilletas sueltas y marcas de la fregona. En cierto modo, el hecho de mover la mesa había ocasionado que la sala pareciera más pequeña. El ambiente estaba cargado, compuesto por dióxido de carbono reciclado y sudor.

Darby seguía esperando que alguien hiciera una broma para rebajar la tensión.

Nadie la hizo.

En el largo trayecto en coche desde Boulder, los tramos silenciosos entre canciones le habían resultado detestables porque era entonces cuando su mente se disparaba. Recordando improperios que le había lanzado a su madre. Nuevos dolores. Nuevos reproches. De pronto reflexionó sobre la respuesta que le había dado Ed cuando le había preguntado hasta qué punto era grave que Jay se hubiera saltado las cuatro últimas inyecciones. No había vocalizado «da igual».

No, se dio cuenta, desolada, de que había dicho otra cosa.

Había dicho «mortal».

Jay moriría esa noche si hubiera seguido al cuidado de Ashley y Lars. Aunque no hubiera planeado matarla, no tenían ni idea de cómo tratar esa enfermedad. Y se le estaba agotando el tiempo.

Pero la verdad era que tenía todo el sentido del mundo que los hermanos Garver resultaran ser unos secuestradores de lo más ineptos, con consecuencias fatales. Si bien Ashley tenía una vena cruel de un kilómetro de largo, quedaba claro que no era lo bastante metódico para dirigir una operación de rescate. Improvisaba demasiado y jugaba con sus víctimas. ¿Y Lars? No era más que un niño adulto con patillas, con una psique blanda y subdesarrollada. Esos dos críos grandotes no estaban preparados para la complejidad y el alcance de lo que intentaban conseguir. No estaban ni de lejos capacitados para hacerlo. Ni mucho menos.

En el aparcamiento oscuro de un Walmart hacía muchos años, mientras observaba a un adicto al *crack* con el pelo cortado al rape que forzaba la cerradura del Subaru desde la seguridad de las luces de la sección de Jardinería, recordó que su madre la sujetó por el hombro y le dijo: «No temas a los profesionales, Darby. Los profesionales saben lo que se llevan entre manos y lo hacen de forma limpia».

«A quienes hay que temer es a los aficionados».

—Están... —Sandi ahuecó las manos contra la ventana—. Bueno. Ashley acaba de sacar algo del monovolumen. Una... caja naranja.

Ed se arrodilló ante Jay.

—Cuando vengan, te vas a poner detrás del mostrador. Cerrarás los ojos. Y, pase lo que pase, no salgas, ¿entendido?

La niña asintió.

—Vale.

Por encima de la cabeza de Jay, Darby habló con Ed moviendo los labios:

—¿Cómo la tratamos?

—Pues... pues la llevamos a un hospital. Es lo único que podemos hacer —susurró él acercándose a Darby—. Solo he tratado a perros y aun así solo he visto unos pocos casos. Lo único que sé es que ahora su cuerpo ha entrado en fase de *shock*. Su organismo no segrega adrenalina, se llama «crisis de Addison», así que si la situación se vuelve peligrosa o intensa, es posible que su cuerpo desencadene un ataque, se quede en coma o algo peor. Tenemos que controlar su nivel de estrés. Y mantener su entorno lo más tranquilo y pacífico posible...

Sandi soltó un grito ahogado desde la ventana.

—Ashley tiene... Oh, cielos, ¿es una remachadora?

—Sí —dijo Darby volviéndose hacia Ed—. No será fácil.

Ashley introdujo una batería en la remachadora Paslode IMCT sin cables y esperó a que la lucecita verde parpadeara.

En la época de su padre (los años dorados de Ford Contracting) se necesitaba un compresor de aire y varios metros de manguera de caucho para accionar cualquier remachadora. Ahora bastaba con baterías y células de combustible, con lo cual podía llevarse en el bolsillo.

El modelo de Ashley era brillante, de un color naranja típico de Barrio Sésamo. Ocho kilos. La calcomanía de Paslode ya estaba gastada. Los clavos salían de un cartucho cilíndrico que a Ashley siempre le había recordado al tambor de la metralleta de John Dillinger. La longitud de los clavos se medía en *pennies* en Estados Unidos por alguna antigua costumbre que se remontaba a la Edad Media, y esos eran de dieciséis *pennies*, más o menos unos nueve centímetros. Estaban diseñados para atravesar maderas de 2 × 4. Podían penetrar en la carne humana desde una distancia de tres metros y, desde una distancia mayor, seguían siendo esquirlas de metal brutal que giraban y silbaban en el aire a una velocidad de doscientos setenta y cinco metros por segundo.

No estaba mal, ¿no?

Por mucho que Ashley hubiera fracasado estrepitosamente en la gestión cotidiana de Fox Contracting, estaba contentísimo con los juguetitos que le había proporcionado. Por suerte, su padre estaba demasiado ocupado olvidándose de su propio nombre y cagando en una bolsa como para ver en qué se había convertido el legado familiar bajo la gestión de Ashley. Los dos especialistas habían sido despedidos sin contemplaciones, el dominio web había caducado, el teléfono todavía sonaba de vez en cuando, pero saltaba el buzón de voz. A veces, conducir el monovolumen de Fox Contracting con el personaje de dibujos animados le hacía sentir como si transportara un gran cadáver; el caparazón seco que albergaba los sueños y el trabajo duro de su padre.

Resulta que cuando se produjo la caída de Wall Street, los federales intervinieron y asumieron las pérdidas con el dinero de los demás. Pero cuando cae una empresa familiar, en fin... tienes que sacarte tú solito las castañas del fuego. Así funciona Estados Unidos.

Ashley levantó la remachadora Paslode, palmeó la boca con la mano izquierda y desactivó el seguro con un empujón. Luego apretó el gatillo...

BUM.

Un clavo de dieciséis *pennies* atravesó el neumático delantero del Honda de Darby. El caucho negro se desinfló emitiendo un silbido.

Lars observaba.

Ashley le dio una patada al neumático y notó lo blando que estaba. Acto seguido, se inclinó y disparó otro BUM al neumático trasero del Honda.

—No te pongas nervioso, hermanito. Saldremos de esta. —Ashley rodeó el coche y perforó los demás neumáticos mientras hablaba. BUM. BUM—. Un poco de trabajo sucio esta noche y luego iremos a ver a tío Kenny, ¿vale?

—Vale.

Bajó la voz, como si compartiera un secreto peligroso.

—Y algo más que olvidé mencionar. ¿Te acuerdas de la Xbox One?

—¿Sí?

—Tiene el nuevo *Gears of War*.

—Vale. —La sonrisa de Lars se solidificó y Ashley sintió una punzada de compasión por su hermano pequeño. No estaba hecho para esas cosas, pero no era culpa suya. ¿Cómo iba a serlo? No era el responsable de que su madre engullera dos viñedos al día estando embarazada. El pobre Lars había estado incapacitado genéticamente antes incluso de respirar por primera vez. Una cabronada de las gordas.

Comprobó rápidamente la luz de la Paslode; seguía estando verde. El frío afectaba negativamente a las baterías y solo tenía dos. Lo último que quería era que la remachadora se quedara sin batería cuando la presionara contra la sien de Darby. Menudo bochorno.

Con respecto a la potencia de fuego, la Beretta Cougar del calibre 45 de Lars era su mayor baza, pues uno no se plantea salir victorioso en un tiroteo con una remachadora sin cables. Y necesitaría unos cuantos clavos de nueve centímetros para abatir con total seguridad a alguien. Y lo que es peor, los proyectiles difícilmente penetran en algo que esté más allá de tres metros. Pero a Ashley Garver le encantaba la remachadora, tal vez, por todo aquello que la convertía en un arma muy poco práctica para matar a una persona. Le encantaba porque era pesada, aparatosa, imprecisa, espantosa y horripilante.

Todos los artistas se expresan a través de sus instrumentos, ¿verdad?

Pues ese era el de Ashley.

—Venga, hermanito. —Le señaló con la remachadora—. Pon cara de guerrero.

El cartucho del cilindro de la Paslode albergaba treinta y cinco clavos de nueve centímetros, dispuestos en pequeña hileras de cinco clavos. Había

disparado cuatro. Seguía teniendo más que suficiente para convertir a un humano en un puercoespín gritón. A su lado, Lars deslizó la corredera de la Beretta tal como le habían enseñado, comprobando diligentemente si había una bala en la recámara.

—*Gears of War 4*, ¿verdad? —preguntó mientras caminaban—. ¿No el del año pasado?

—Eso he dicho.

—Vale.

—Y no te atrevas a dispararle a Darby —le recordó Ashley—. Es mía.

—Ya vienen.

—Lo sé.

—Ahora tienen una remachadora...

—Lo sé, Sandi.

Jay se llevó las manos a las sienes como si quisiera ahuyentar el dolor de cabeza, al tiempo que se mecía contra las patas de la mesa volcada.

—Por favor, por favor, no discutáis...

—Ed, van a matarnos...

La apuntó con la llave de cruceta.

—Cállate.

Darby cogió a la niña por los hombros y la apartó, lejos de la ventana bloqueada, hacia el centro del vestíbulo de Wanapani.

Todo estrés o trauma podría desencadenar un ataque. «Es literalmente una cuestión de vida o muerte. Tengo que conseguir que esté tranquila».

¿Acaso era posible esa noche? Intentó recordar las palabras exactas que Ed había empleado, «¿Una crisis de Addison?», y se agachó al lado de Jay.

—Eh, Jay, mírame.

Ella la miró con los ojos repletos de lágrimas.

—Jaybird, todo irá bien.

—No, no es verdad...

—No te harán daño —dijo Darby—. Te lo prometo, no les dejaré.

La discusión se intensificó junto a la puerta.

—Ed, van a entrar...

—Pues entonces lucharemos.

—Estás borracho. Si intentamos luchar contra ellos, moriremos. —La voz de Sandi era como un petardeo—. Yo moriré, tú morirás y ella morirá...

—Se equivoca. —Darby alejó a Jay todavía más, detrás del mostrador de café. Dio una palmada a las piedras compactas; eran lo bastante sólidas para repeler una bala—. Pero quédate detrás del mostrador como ha dicho Ed, ¿vale? Por si acaso.

—A mí no me harán daño —susurró Jay—. A ti sí.

—No te preocupes por mí. —Recordó el mensaje sobrecogedor escrito en la servilleta y se le acercó más. Habló en un susurro para que los demás no la oyeran—. Pero dime. ¿Por qué no quieres que confíe en Ed y Sandi?

Jay parecía azorada.

—Yo... no, no es nada.

—¿Por qué, Jay?

—Me equivoqué. No es nada.

—Cuéntame.

La discusión de Ed y Sandi junto a la puerta delantera alcanzó un volumen atronador. Ed blandía la llave contra su prima como si fuera un arma y hablaba con voz exaltada:

—Si cooperamos, nos matarán de todos modos.

Ella despreció sus palabras.

—Es nuestra única posibilidad...

—Pensé... —Jay vaciló, y señaló por encima del mostrador hacia Sandi, antes de responder—: Al comienzo pensé que reconocía a la señora. Porque es clavada a una de las conductoras de mi autobús.

«Con lo lejos que está San Diego».

Darby se quedó paralizada.

—Pero eso es imposible —dijo Jay—. ¿Verdad?

Darby no tenía respuesta. ¿Qué posibilidades había de que fuera cierto? ¿Qué posibilidades existían de que otros dos viajeros hubieran venido desde la misma ciudad de la costa Oeste que la niña secuestrada, de entre todas las ciudades? ¿Y de que estuvieran allí, a cientos de kilómetros hacia el interior, atrapados en un área de descanso remota de la carretera en las montañas Rocosas?

Tuvo la impresión de que la sala se quedaba sin oxígeno.

«San Diego».

—Pero... pero no es ella —se apresuró a añadir Jay, sujetándose la muñeca—. Es que se parece a ella. Es una casualidad.

«No, nada de eso —quería decir Darby—. Esta noche, no».

«Esta noche no existen las coincidencias...».

Ed y Sandi habían dejado de discutir junto a la puerta. Ahora los dos escuchaban, paralizados y atentos. Entonces Darby también lo oyó... un par de pasos amortiguados, botas que crujían en el manto de nieve del exterior, acercándose a la puerta. Un escuadrón de la muerte formado por dos hombres.

Ed se apartó de la puerta con el rostro enrojecido.

—Oh, cielos. Preparaos...

—Ed —dijo Darby—. ¿De dónde has dicho que erais?

—Ahora no...

—Responde a la pregunta, por favor.

Ed señaló.

—Están justo al otro lado de la puerta...

—Responde a la puta pregunta, Ed.

Los pasos de los hermanos se detuvieron en el exterior. Habían oído que Darby alzaba la voz y ahora también escuchaban. Ashley estaba a menos de dos metros, esperando al otro lado de la puerta de madera fina. Incluso se oía la respiración por la boca característica de Cara de Roedor, como si fuera el respirador de un hospital.

—Hemos... venido desde California —respondió Ed—. ¿Por qué?

—¿De qué ciudad?

—¿Qué?

—Dime de qué ciudad.

—¿Qué más da?

—Respóndeme. —A Darby le temblaba la voz por efecto de la adrenalina: dos desconocidos en el interior y dos asesinos en el exterior. Ellos también escuchaban. Todo el mundo escuchaba. Todo dependía de lo que ese exveterinario dijera a continuación...

—Carlsbad —dijo Ed—. Somos de Carlsbad.

«No de San Diego».

Darby parpadeó. «Oh, gracias a Dios».

Ed alzó los brazos.

—¿Qué, Dara, ya estás contenta?

Ella exhaló, como si vaciase los pulmones al salir a la superficie después de una inmersión. No era más que una casualidad. Jay se había confundido. Es fácil emparejar rostros entre desconocidos que se recuerdan a medias y, por lo que parecía, Sandi tenía una doble en San Diego a la que le tocaba la ruta matutina del autobús. California era un estado con alta densidad de población, por lo que no era tan asombroso que Ed y Sandi fueran del mismo estado que la niña secuestrada. Todo lo demás... nervios. Mera paranoia.

Silencio en el exterior. Los hermanos seguían escuchando detrás de la puerta.

—Te lo dije —susurró Jay—. ¿Lo ves? Me he confundido...

—Carlsbad —siseó Ed a Darby, con el rostro brillante por el sudor—. Carlsbad, Estados Unidos. ¿Qué más necesitas saber, por el amor de Dios? ¿Estado? California. ¿Código postal? 92018. ¿Población? Cien mil...

—Lo siento, Ed. Es que tenía que asegurarme de...

Era vagamente consciente de que Sandi se le estaba acercando por detrás y se dio la vuelta para situarse frente a ella cuando Ed continuó:

—¿Condado? Condado de San Diego.

Y ese fue el último pensamiento claro que cruzó la cabeza de Darby antes de que un chorro a presión de un líquido gélido le rociara los ojos.

A continuación, dolor.

Un dolor candente.

# LA HORA BRUJA

03.33 h

—¡SANDI...! —gritó Ed.

Pero el mundo de Darby se tiñó de un rojo intenso. Una salpicadura de ácido. Notó las células de sus córneas crepitando ante tal profanación, ardientes y gélidas al mismo tiempo. Como si tuviera lejía bajo los párpados. Embargaba todos sus pensamientos.

Cayó al suelo de rodillas con los ojos apretados, clavándose las uñas en la cara, frotándose para quitarse gotas de escozor químico. Unos dedos pequeños le sujetaron el codo y tiraron de ella. Oyó la voz de Jay.

—Darby. Frótate los ojos...

—Sandi, ¿qué coño estás haciendo?

—Eddie, lo siento. Lo siento mucho...

—Frótate los ojos. —La voz de Jay, más fuerte.

Darby se los frotó con fiereza, mientras emitía gritos ahogados de dolor. Los machacó hasta que los globos oculares se le despachurraron en las cuencas. Se obligó a abrir los párpados, separándoselos con las uñas, y vio una sopa nubosa de rojo y naranja, emborronada con lágrimas incendiarias. La silueta acuosa de las baldosas del suelo. La sala giraba a su alrededor, zumbando como un escenario rotatorio. Tosió, la garganta densa por los mocos que barbotaban. Vio unas gotas negras que caían al suelo. Le volvía a sangrar la nariz.

—Quédate quieta. —Jay alzó algo pesado.

Darby estaba a punto de preguntarse qué era, pero un chorro de agua caliente le cayó en la cara. Era la de la jarra, advirtió mientras se frotaba los ojos. «Chica lista».

Unas sombras coléricas se movían cerca de ella. Pisadas fuertes.

—Darby —Jay le tiró del codo con más fuerza, retorciéndoselo contra la cavidad del hombro—. Darby, vamos. A cuatro patas. A cuatro patas.

Obedeció. Con las palmas y las rodillas sobre las baldosas frías, medio ciega, sangrando. Jay la guiaba con tirones y empujones. Detrás de ella, las

voces se intensificaron, resonaban en la sala, aumentaban la tensión del ambiente:

—Sandi. Explícame qué está pasando...

—Puedo salvarte.

—No toques esa puerta...

—Por favor, deja que te salve —jadeó Sandi con tono de súplica—. Eddie, cielo, esta noche puedo salvarte la vida por estúpida que sea, pero solo si te callas la boca y haces exactamente lo que yo te diga...

Darby oyó un clic hueco y metálico detrás de ella. Le resultaba familiar, pero no fue capaz de identificarlo. De todos modos, lo había oído bastantes veces esa noche como para interpretarlo como un *déjà vu*. Acto seguido, entre una neblina de dolor, cayó en la cuenta y su mente gritó: «Cerrojo, cerrojo, cerrojo...».

«Sandi acaba de quitar el cerrojo de la puerta delantera».

La manecilla giró sin problemas en la mano de Ashley, lo cual le sorprendió. Apretó las yemas de los dedos contra la puerta y la empujó ligeramente, y con un barrido lento fue apareciendo el interior de la oficina de turismo. Primero vio a Sandi Schaeffer, de pie en el umbral, con las mejillas rojas como un tomate.

—Las tengo —dijo jadeando—. Las tengo a las dos, atrapadas en el baño...

«¿A las dos?». Fue un alivio para Ashley.

—Entonces ¿Jaybird está aquí?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Es una larga historia.

Sandi hizo una mueca.

—Por supuesto. Por supuesto...

—Todo controlado.

—¿Controlado? ¿En serio? Porque acabo de usar el gas lacrimógeno...

—Sí, gracias.

—Lo único que tenías que hacer esta noche era quedarte quieto y aun así la has cagado. —Sandi tosió por el vapor del spray de pimienta y se frotó la nariz—. Me refiero a que, vaya por Dios, ¿cómo has dejado que pase esto? ¿Cómo has dejado que la situación degenerara de este modo?

Ashley estaba harto de hablar. Entró a la fuerza y le lloraron los ojos por culpa del ambiente ácido. Sandi se tambaleó hacia atrás, asustada de repente,

y la dureza de las palabras que acababa de pronunciar se le quedó atrapada momentáneamente en la garganta. Había visto la remachadora Paslode que tenía en la mano.

Cielos, mira que le gustaba el cacharro ese.

—Todo controlado —le aseguró él—. Todo bien.

Lars también entró. El anorak color azul cielo se le hinchó bajo un rugido de viento, Beretta Cougar en mano.

—Estás enfermo —rugió la mujer mientras daba otro paso tembloroso hacia atrás—. Los dos estáis enfermos. No estaba previsto que le hicierais daño...

—Hemos improvisado.

—No me equivoqué acerca de ti. Acerca de vosotros dos...

—¿Ah, no? —Ashley dio un golpecito en el pecho de Lars—. Escucha. Que ahora viene lo bueno.

—Sabía que no eráis más que unos palurdos de mierda.

—Vaya, Sandi, hieres mis sentimientos.

—Es como si intentarais que os pillaran. —Sandi escupía mientras hablaba, un hilillo de saliva le colgaba del mentón y seguía dando pasos tambaleantes mientras ellos avanzaban hacia ella blandiendo sus respectivas armas—. Me dijiste... me dijiste que cada día le pondríais ropa limpia. Me dijiste que os preocuparíais de su alimentación. Que le daríais libros. Me prometiste que no le tocaríais ni un pelo...

—Estrictamente hablando es cierto, el pelo no se lo hemos tocado.

—¿Cómo es posible que esto te parezca divertido? Te vas a pudrir en prisión. Tú y tu hermano con síndrome alcohólico fetal...

Si Ashley no la hubiera empujado, no se habría mordido la lengua.

No estaba enfadado. «Todo está controlado, ¿recuerdas?».

Pero de todos modos la empujó más de lo que quería. Sandi resbaló hacia atrás, los zapatos chirriaron y se golpeó el culo gordo contra el mostrador de café. La radio se vino abajo y la antena emitió un sonido metálico. El horroroso corte de pelo a lo tazón que llevaba le tapó la cara, y se agarró al mostrador.

—Lo has estropeado todo —dijo ella con voz entrecortada.

Lars apuntó su Beretta.

—EH.

Ashley no se había fijado en Ed hasta entonces, pero sí, ahí estaba. El exveterinario con perilla al que había dado una buena paliza en Pesca, que odiaba los productos Apple, cuyo mayor temor era enfrentarse a la familia de

la que se había separado en Aurora estas Navidades, estaba ahora junto a los baños, blandiendo una herramienta para neumáticos en forma de cruceta en la mano derecha, dispuesto a usarla.

—No voy a dejarte —dijo Ed—. No voy a dejar que te les acerques.

—Sandi —intervino Ashley con voz queda—, por favor, dile a tu primo que suelte esa cosa.

—Es una llave de cruceta, gilipollas.

—Ed, haz lo que te dice.

Pero Ed se mantuvo firme. Estaba de espaldas a las puertas del baño. Tenía la frente perlada de sudor. La llave de cruceta le temblaba en la mano.

Ashley no le quitaba los ojos de encima y dio un paso al lado para que su hermano tuviera mejor ángulo de tiro.

—Sandi —dijo con tranquilidad, hablando por la comisura del labio—, que te quede claro. Si tu primo Ed no deja la llave de cruceta en el suelo ahora mismo, morirá.

—Eddie, por favor, por favor, haz lo que dice Ashley.

Ed se secó el sudor de los ojos con la palma de la mano y miró hacia Sandi con creciente horror. Para entonces ya debía de habérselo figurado, pero en ese momento lo vio con claridad.

—Cielo santo, ¿cómo es que... cómo es que conoces a esta gente? ¿Qué está pasando?

Sandi hizo una mueca.

—La cosa se complicó...

—¿Qué hacías con esa niña, Sandi?

—Suéltala —repitió Ashley dando otro paso adelante—. Suéltala ahora mismo y no te haré daño. Te lo prometo.

A su derecha, Lars adoptó a conciencia una postura de tiro con la Beretta Cougar, tal como su hermano le había enseñado en una ocasión. Dos manos cerradas, pulgares hacia arriba, el dedo índice alrededor del gatillo. Pero Ashley sabía que no dispararía. No sin permiso. Estaba esperando —oh, pero qué obediente era— la señal para ejecutar a Ed, la cual podía manifestarse de formas muy distintas, como por ejemplo una referencia al béisbol.

Una gota de sudor cayó al suelo.

—Te prometo que no te haremos daño —insistió Ashley—. Tienes mi palabra.

—Eddie, por favor. —Sandi suavizó el tono—. Estás borracho. Suéltala y te lo explicaré todo.

Tuvo mérito que Ed no cediera. Se mantuvo en sus trece, sin ni siquiera reconocer la presencia de la pistola de Lars, mirando fijamente a Ashley, solo a Ashley, como si fuera la única persona del mundo. Ojos duros como piedras, retándole a hacerlo. La llave de cruceta tintineaba por la adrenalina. Cuando por fin habló, fue como un rugido grave.

—Sabía que te odiaba.

—¿Ah, sí? —repuso Ashley—. A mí me has caído bien.

—En cuanto nos hemos conocido esta noche, cuando te estreché la mano, pues... de alguna manera lo he sabido. —El viejo médico de animales esbozó una sonrisa triste y extraña—. Vi un destello, creo, de quién eres en realidad. Detrás de la hora del corro, detrás de los chistes malos y de los juegos de cartas. Eres la suma de todos los rasgos que siempre he odiado en un ser humano. Eres engreído, eres irritante, hablas demasiado, no eres ni la mitad de listo de lo que crees ser y, debajo de todo eso, eres pura maldad.

«Y tú te pasas de listo,» estuvo a punto de decir Ashley.

Pero entonces Ed suspiró y algo se rompió en su mirada, como si por fin reconociera la futilidad de su resistencia. Alzó ambas manos y abrió la derecha en un gesto de rendición renuente. La llave de cruceta cayó y golpeó ruidosamente las baldosas del suelo. El eco resonó en el ambiente y Ashley desplegó una amplia sonrisa.

Lars bajó la Beretta.

—Gracias. —Sandi suspiró con lágrimas en los ojos—. Gracias, Eddie, por...

PATAPUM.

Ed puso cara de bruto, como a un hombre que sorprenden con un eructo. Durante un momento de confusión, siguió mirando de hito en hito a Ashley, igual que antes. Pero ahora tenía unos ojos abiertos como platos, llenos de pánico, intentando comprender...

—Has olvidado una cosa —le dijo Ashley—. Que también soy un mentiroso.

Bajó la remachadora.

Ed la siguió con la mirada, que relucía por el horror contenido. Apretó los labios húmedos, contrajo la carne, como si intentara hablar, pero ocurrió algo surrealista: la mandíbula no se le movía. Ni un solo centímetro. La voz se le escapaba por las narinas, un gemido estrangulado. Una burbuja rojiza y babosa, saliva densificada por la sangre, explotó por entre los dientes delanteros y fue a parar al suelo.

Ashley retrocedió para que no le salpicara los zapatos.

Sandi gritó. Fue un sonido ensordecedor.

—Lars. —Ashley chasqueó los dedos y señaló—. Contrólala, por favor.

Ed se llevó ambas manos al cuello, en un claro intento por gritar también, pero su cuerpo no se lo permitía. Tenía la boca clavada, literalmente, por un clavo de acero que le había atravesado la parte inferior de la mandíbula formando un ángulo ascendente y le había arponeado la lengua hasta el paladar. Ashley se imaginó que le serpenteaba como una anguila ensangrentada. Y sentía verdadera curiosidad por ver hasta dónde había llegado el clavo de dieciséis *pennies*. ¿Acaso el extremo puntiagudo cosquilleaba la base del cerebro de Ed?

Empujó al hombre con el pie. Ed se desplomó contra el mapa regional de Colorado y se deslizó pared abajo, sollozando en silencio entre sus manos mientras la sangre le formaba un charco en las palmas e iban cayendo goterones del tamaño de una moneda en el suelo.

—Siéntate. Deberías saber, querido Eddie, que odio a los alcohólicos...

Sandi estaba histérica. Volvió a gritar, como una hiena, y otro pegote grande de moco brillante se le quedó colgando del mentón. Lars le presionó la cara con la boca de la Beretta y ella calló enseguida.

—Cambio de planes —dijo Ashley, dando un golpecito en el hombro de Lars. Los fluorescentes parpadearon por encima de él—. ¿Sabes qué, hermanito? Ya hemos saturado este edificio con pruebas forenses y ni por asomo tenemos suficiente lejía, ni tiempo, para restregarlo y limpiarlo todo. Así que vamos a usar la imaginación, y ya sabes por dónde voy.

Lars asintió una vez. Mensaje recibido.

Ashley continuó mientras esquivaba un charco de la sangre de Ed cada vez mayor.

—Por lo que respecta a Darby y...

«Un momento».

Se percató de una cosa.

—Un momento, un momento... —Sujetó a Sandi por el codo y le chasqueó los dedos en la cara—. Eh, mírame... Has encerrado a Darby y a Jaybird en el baño, ¿verdad? ¿El baño de hombres?

Ella se sorbió los mocos, alzó la vista hacia él con los ojos inyectados en sangre y asintió.

«No».

Lars lo miró también, sin comprender. Pero Ashley sí lo comprendía.

«No, no, no...».

Tiró a Sandi al suelo, pasó por su lado dando grandes zancadas en dirección a los baños, dejó atrás a Ed y abrió la puerta de HOMBRES con el codo para ver... que estaba vacío. Los copos de nieve entraban revoloteando por la ventana triangular.

Lars se quedó mirando.

Ashley Garver volvió a salir y cerró la puerta con virulencia.

—Qué harto estoy de la puta ventana...

Darby giró la llave de Sandi y el motor de la furgoneta se encendió. Un rugido de diésel rompió el silencio del aparcamiento.

Jay trepó al asiento del pasajero.

—¿Y si Ashley nos oye?

Darby puso la marcha.

—Acaba de oírnos.

Ya había abierto un hueco por donde ver en el parabrisas y quitado nieve con las manos alrededor de los neumáticos traseros. Lo suficiente para formar unas rampas heladas, para ganar un poco de impulso. Sandi había venido preparada; aquel F150 era una bestia de furgoneta con neumáticos tachonados, cadenas tintineantes y una suspensión descomunal de casi medio metro. Si alguno de aquellos vehículos era capaz de bajar por la montaña, era aquel camión. Y si no podía... En fin, Darby recordó el chiste malo de Ashley sobre el Ford: «Encontrado muerto en la carretera».

«Esperemos que no». Se frotó los ojos para quitarse el escozor producido por la sustancia química. Todavía tenía la cara empapada por el agua caliente de la jarra, que se le enfriaba rápidamente en la piel.

—Aquí son todos malos —susurró Jay.

—Yo no.

—Sí, pero todos los demás...

Darby intentó no pensar en ello. La cabeza todavía le daba vueltas. Al comienzo Ashley se había presentado como un aliado antes de traicionarla. Y ahora Sandi había revelado su implicación en la trama del secuestro. Le resultaba imposible discernir qué papel desempeñaba Ed Schaeffer en todo aquel caos, pero deseó que siguiera con vida allí dentro.

«Si es que está de nuestro lado, eso para empezar».

Esperaba que sí, pero a cada segundo que pasaba, el área de descanso de Wanapani parecía tornarse más hostil. La bolsa de plástico contra su rostro.

Sus aliados que iban reduciéndose. Sus enemigos que se multiplicaban. La conspiración resultaba mareante.

—¿Qué hace aquí la conductora de mi autobús? —preguntó Jay.

Darby sujetó el volante.

—Ha llegado la hora de la verdad.

Apretó el acelerador y el Ford avanzó ligeramente en la nieve fangosa. Los neumáticos giraban con rapidez y soltaban placas de hielo endurecido. Una presión constante bajo los dedos del pie. Ni demasiado fuerte ni demasiado suave. Un chirrido, un patinazo... pero se movía.

—Venga. Venga, venga...

—¿Está muy lejos la policía? —preguntó Jay.

Recordó el comunicado del CDOT que Ed le había descrito. El tráiler que había derrapado a pie del puerto de montaña.

—A diez o doce kilómetros.

—Eso no es lejos, ¿verdad?

Darby giró el volante hasta la mitad como pudo e hizo que el vehículo de Sandi se deslizara hacia un terreno helado, en dirección sur. Colina abajo, por el carril de salida, en dirección contraria, si es que había algún coche circulando. Ashley y Lars ya habían sido alertados por el trote del motor, o sea que habían dejado de actuar a hurtadillas. Iban a por ellas en ese preciso instante.

—Le has robado el coche —susurró Jay.

—Ella me roció con el espray de pimienta. Estamos en paz.

La niña se rio, un sonidito frágil, cuando una tajada de luz naranja apareció en el cristal detrás de ella. Era la puerta de la oficina de turismo que se abría. Un haz de luz y, recortada en él, una silueta delgada.

Era Lars.

Cara de Roedor. Convertido en una sombra negra. La figura alzó su brazo derecho, con la naturalidad con que se levanta el mando del televisor, y Darby comprendió enseguida, sujetó a Jay por el hombro y la empujó para que se agachara en el frío asiento de cuero...

—Agáchate...

CRAC.

La ventanilla del asiento del pasajero estalló. Las esquirlas melladas resonaron por el salpicadero. Jay gritó y se tapó la cara.

Darby se agazapó bajo una tormenta de esquirlas que iban acumulándose. El disparo retumbó como un petardo en el ambiente silencioso. Su cuerpo le pedía que se mantuviera agachada el máximo posible, bajo la línea de fuego

de Cara de Roedor, pero su mente estaba más despierta: «Viene hacia nosotros. Ahora mismo».

«Muévete, muévete, muévete...».

Encontró el acelerador con la punta del pie y lo pisó a fondo. El vehículo se impulsó hacia delante, el motor repiqueteaba con energía, y las echó hacia atrás en el asiento. El mundo se alzó. El equipaje golpeó ruidosamente en la parte trasera. Entonces Darby se enderezó contra el cuero pegajoso, miró de soslayo por encima del volante, asomando apenas un ojo un par de centímetros, y maniobró el F150 de Sandi hacia la carretera.

Jay le sujetó la muñeca.

—Darby...

—Quédate agachada.

—Darby, nos está disparando...

—Sí, ya me he dado cuenta...

CRAC. Una bala atravesó el parabrisas y Darby parpadeó. Una brisa helada silbó a su izquierda; la ventanilla lateral también estaba destrozada. Entraron copos de nieve que le cortaron la mejilla.

—Nos persigue —dijo Jay—. Conduce más rápido...

Era lo que intentaba. Darby aumentó la presión en el acelerador y el vehículo coleó, pero aceleró. Los neumáticos dejaron escapar esquirlas de hielo que entraron por las ventanillas, por lo que el interior quedó salpicado de gravilla helada. Lars volvió a disparar... CRAC... y el retrovisor lateral estalló. Jay gritó.

Darby la obligó a seguir agachada con la mano que tenía libre.

—Mantén la cabeza gacha. Todo irá bien...

—No, no es verdad.

—No va a alcanzarnos...

CRAC. Otro orificio en el parabrisas, una abertura en forma de estrella recortada por encima de la cabeza de Darby. Pero los disparos de Lars sonaban distintos. Se habían vuelto más huecos, se debilitaban a lo largo de la distancia cada vez mayor.

—Sí. —El corazón de Jay palpitaba a toda velocidad—. Sí, sí, sí...

—¿Qué pasa?

Ahora circulaban por el carril de salida e iban ganando velocidad. Gracias a Dios por el impulso, por la gravedad, por la bajada pronunciada. Darby volvió a pisar con fuerza el acelerador. Otro rugido del motor. El mundo se inclinó hacia abajo y los granos de vidrio de seguridad rebotaban sueltos alrededor de ellas como si fueran gravilla.

—¿Lo ves? Te lo dije...

Lars volvió a disparar, CRAC, pero no alcanzó el vehículo. Ahora estaba demasiado lejos de ellas. Se estaban desvaneciendo. El brillo anaranjado del edificio de Wanapani también se desvanecía: su silueta familiar iba hundiéndose en la oscuridad nevada y Darby se alegraba sobremanera de verlo desaparecer todo. Era como despertar de una pesadilla que te dejaba sudorosa. No quería volver a verlo. Nunca más. A tomar viento ese lugar de mierda.

Jay atisbó alrededor del asiento, observando a través de la ventanilla trasera perforada la silueta de Cara de Roedor que iba encogiéndose.

—Mantente agachada.

Jay alzó un puño tembloroso. Y levantó el dedo anular.

Darby tardó unos instantes en comprender.

—Eh... no es ese dedo.

—Oh. —Jay se corrigió—. ¿Mejor?

—Mejor.

—Gracias —dijo la niña de siete años haciendo un gesto obsceno con el dedo corazón hacia arriba por la ventanilla trasera acribillada de una furgoneta robada.

Darby se echó a reír. Fue involuntario, los pulmones le petardearon como si fuera tos. No podía parar.

«Oh, cielos, lo hemos conseguido».

«Hemos escapado».

Solo les faltaban diez o doce kilómetros. Sacó el iPhone del bolsillo y se lo lanzó a Jay.

—Eh. Mira la pantalla, ¿vale? Si ves que hay cobertura, me lo pasas enseguida.

—Casi no queda batería.

—Lo sé.

Rodaron colina abajo. Los neumáticos del vehículo removían nieve polvo como si fueran neumáticos de agua. Tocó el acelerador con suavidad para mantener el Ford en movimiento. Para que no se interrumpiera la inercia. Eso era todo lo que había entonces: un impulso hacia delante desesperado y crudo. Como cruzar dos estados con el estómago lleno de Red Bull e ibuprofeno, luchando por mantener el efecto de la cafeína mientras un mensaje críptico de Devon le temblaba en la palma de la mano («Ahora mismo está bien»), enfrentándose al apocalipsis nevado en el puerto de montaña. Avanza, avanza, avanza. No pares.

«No pares, no pares...».

Entonces llegaron a la carretera estatal 7. Las luces largas cortaban por encima de montículos helados de nieve barrida por el viento. Ahí Darby tenía intención de incorporarse al carril que iba en dirección norte y pasar bajo el primer platillo de luz. Darby notó otro atisbo de emoción en el fondo del estómago. Estaba pasando de verdad. Lo había conseguido. Se estaban escapando realmente.

Aun así, seguía preocupada: ¿qué pasaría si los hermanos conseguían sacar el monovolumen, hacerlo circular en la nieve y las perseguían carretera abajo? Notó otro estremecimiento triunfante cuando cayó en la cuenta de que Ashley ni siquiera sabía dónde estaban las llaves del Astro.

«No me ha visto lanzándolas por la ventana del baño».

Sí, sí, sí. Todo parecía demasiado bonito para ser verdad.

—Sostén el móvil en alto. —Señaló—. Por fuera de la ventana.

Jay obedeció, apoyada en las rodillas para inclinarse hacia fuera por la ventanilla del pasajero. De repente Darby imaginó que frenaba de golpe y que la pobre niña salía disparada como un muñeco en una prueba de resistencia a accidentes. Sería duro contárselo a sus padres.

—Y abróchate el cinturón —añadió—. Por favor.

—¿Por qué?

—Porque es obligatorio.

—¿Y si tenemos que salir corriendo?

—Pues... joder. Entonces te lo desabrochas.

—Tú no te lo has abrochado.

—Oye. —Darby sonrió con expresión sombría y adoptó su mejor voz de progenitor enfadado—. No me hagas dar media vuelta.

Jay enganchó el cinturón con un sonido metálico y señaló el asiento situado detrás de la cabeza de Darby.

—Ha estado a punto de darte.

Darby tocó el reposacabezas que tenía detrás de la cola de caballo. En efecto, sus dedos palparon un orificio de salida irregular del que brotaban terrones esponjosos de espuma amarilla. La bala de Lars había pasado a dos centímetros, como mucho le había rozado el cuero cabelludo antes de salir por el parabrisas. Se había librado por los pelos, literalmente. Soltó una risa ronca.

—¡Menos mal que mido metro sesenta!

—Menos mal —dijo Jay—. Me caes bien.

Darby condujo el vehículo de Sandi hasta la carretera y se incorporó a los carriles desolados que iban en dirección contraria. En circunstancias de tráfico normal, aquello habría sido una maniobra suicida. Activó de forma instintiva el intermitente derecho, antes de sentirse estúpida. Todavía le temblaban las manos. Un curioso silencio se apoderó del ambiente y Darby carraspeó para llenarlo.

—Así pues... ¿Sandi es la conductora de tu autobús escolar?

—La señora Schaeffer, creo.

—¿Era amable?

—Me secuestró.

—Aparte de eso.

—La verdad es que no. —Jay se encogió de hombros—. Hizo de sustituta durante un tiempo. Apenas la recuerdo.

«Pero ella seguro que a ti sí», pensó Darby. «Se acordaba de ti y de tu bonita McMansión y del horario de tus padres *yuppies*». Un conductor de autobús era un observador lógico para una operación de secuestro, y quedaba claro que Ashley y Lars se ocupaban del trabajo sucio. Pero ¿por qué iba Sandi a arriesgarse a reunirse con Beavis y Butthead en persona tan lejos? ¿En un área de descanso remota, dos estados más allá del suyo?

Observó cómo se extendía ante ella la carretera nevada y notó que la sangre le volvía a las extremidades, preparándose para el aire gélido que entraba por las ventanillas. Hasta ese momento no empezó a ver el humor negro de aquel entuerto, por su mala suerte y su mal juicio. Había cometido la insensatez de confiar en un secuestrador por segunda vez la misma noche. ¿Y esa jarra de agua hirviendo que había tenido intención de usar como arma? Jaybird se la había vertido en toda la cara, lo cual le producía el escozor propio de las quemaduras de primer grado. Nada había salido de acuerdo con el plan. No podía evitar que le castañetearan los dientes.

—Te juro por Dios, Jay, que la próxima vez que te parezca reconocer a alguien por aquí... como por ejemplo si resulta que el primer policía de Colorado que vemos se parece a tu dentista de San Diego... por favor, dímelo, ¿vale?

—Lo cierto es que mi dentista vive en Los Ángeles.

—¿Los Ángeles?

—Sí.

—¿Vas en avión al dentista?

Jay hizo una mueca, avergonzada.

—A veces.

—¿En serio?

—Es que... a mis padres les gusta...

—No jodas. ¿Tus padres inventaron Google o algo así?

—Me estás tomando el pelo.

Darby sonrió.

—¿Es demasiado tarde para que te secuestre yo?

—A lo mejor no. —Jay le devolvió la sonrisa—. Tú eres quien conduce una furgoneta roba...

Frenazo en seco.

Dio la impresión de que el mundo entero echaba el ancla. El vehículo cayó en picado en un muro de nieve profunda, los faros delanteros excavaron y se apagaron. Dos toneladas de piezas en movimiento chocaron de golpe con la frenada. Una botella vacía de Gatorade salió disparada de la consola. Las esquirlas de cristal rebotaron. Darby se golpeó la mandíbula contra el volante, se mordió la lengua y, en cuestión de segundos, volvieron a quedarse atrapadas y toda la alegría se convirtió en amarga y metálica, como el sabor de la sangre que notaba en los dientes.

«Oh, no».

«No, no, no...».

Jay la miró.

—Menos mal que me hiciste abrochar el cinturón.

03.45 h

—Oh, mierda.

Darby puso la marcha atrás. Volvió a intentarlo. Pisó el acelerador, una y otra vez. No hubo suerte; los neumáticos giraron hasta que el habitáculo olió a caucho chamuscado.

El vehículo estaba ahí atrapado, de cara al lado equivocado en el tramo más recto en dirección norte de la carretera estatal 7, justo pasado el cartel azul que indicaba el ÁREA DE DESCANSO. Estiró el cuello para mirar hacia atrás por la ventanilla trasera destrozada. En total, había recorrido menos de quinientos metros de carretera, como mucho cuatrocientos metros desde el edificio de Wanapani. Seguía viendo las luces naranja del aparcamiento por entre una arboleda de pinos de Oregón recortados. Daba igual que Ashley y Lars no encontraran las llaves porque podían alcanzarlas a pie.

—Mierda, mierda, mierda. —Golpeó el volante y sin querer le dio al claxon.

Jay también miró hacia atrás.

—¿Pueden alcanzarnos?

«Sí, sí, sí, cien por cien sí...».

—No —repuso Darby—. Hemos conducido demasiado lejos. Pero quédate aquí dentro. —Abrió la puerta del conductor y esparció por el suelo esquirlas de cristal antes de pisar la nieve profunda. Se sentía vieja y cansada. Le dolían los huesos. Todavía le escocían los ojos por culpa del espray de pimienta.

—¿Qué estás haciendo?

—Sacarnos de aquí excavando.

Rodeó el parachoques delantero del Ford y entrecerró los ojos para ver mejor porque los faros habían quedado medio enterrados. Se le cayó el alma a los pies cuando vio el enorme montículo de nieve desplazada, que formaba una bola delante de la rejilla del radiador del vehículo. Debía de pesar doscientos kilos, tal vez más, y era tan densa y desesperanzadora como el cemento húmedo.

Casi se cayó al suelo al verlo. Al ver la enormidad del obstáculo.

Pero entonces posó la mirada en la niña que estaba detrás del parabrisas rajado, a punto de sufrir una crisis de Addison. Una bomba en momentos de angustia; a un tris de un ataque, el coma o algo peor.

Así pues, Darby se puso de rodillas aunque las tuviera magulladas y empezó a excavar.

—¿Te ayudo? —preguntó Jay.

—No. Más vale que no te agotes. Céntrate en mi móvil, por favor. Avísame si hay cobertura. —Levantó una roca de nieve que se estaba deshaciendo y la dejó a un lado. Los dedos desnudos le palpitaban de frío.

«Once kilómetros», pensó mirando hacia abajo.

Once kilómetros para llegar al tráiler que había derrapado. ¿De verdad que eso era todo? Imaginó un lugar del accidente lleno de gente, con quienes hubieran llegado primero, un hervidero de luces y movimiento. El pulso de las barras luminosas rojas y azules de la policía. Los equipos de mantenimiento de la carretera con chalecos reflectantes. Los técnicos sanitarios insertando tubos en las gargantas. Las víctimas aturdidadas evacuadas en camillas chirriantes.

Todo ello a apenas once kilómetros carretera oscura abajo. No parecía posible.

Once kilómetros.

La carretera estatal 7 se elevaba donde había chocado, pues coronaba el borde superior de una vía que hacía zigzag. Las coníferas eran de lo más fino, el terreno rocoso y vertical. A la luz del día, con cielo despejado, seguro que se abría a un paisaje montañoso espectacular. Pero en esos momentos y circunstancias, tal vez fuera el único tramo de Backbone Pass en que tuviera alguna posibilidad de captar señal para el móvil. A la mierda con los Niños de Pesadilla de Ashley. Con la perspectiva del tiempo, entendió que seguramente había sido otra de sus mentiras. Otra artimaña malvada para que gastara batería.

Otra ráfaga de viento ascendió por la montaña y partió ramas, le tiró de las mangas y levantó unos curiosos remolinos de nieve polvo que se deslizaron a través de la calzada como si fueran fantasmas pasajeros.

—Oye, Jay. —Jadeaba mientras excavaba, esforzándose por entablar conversación para llenar el silencio sobrecogedor, para aparentar que la situación era alegre, agradable y relajada—. ¿Qué... qué quieres ser cuando seas mayor?

—No te lo voy a decir.

—¿Por qué?

—Porque volverás a reírte de mí.

Darby asomó la cabeza al otro lado de los faros delanteros del Ford para ver si distinguía las siluetas de Ashley y Lars acercándose por el carril de salida del área de descanso. Todavía no había ni rastro de ellos.

—Venga ya, Jay. Me debes una. He acabado rociada de espray de pimienta por ti.

—No era para mí. Estaba dirigido a ti.

—Ya me has entendido...

—Paleontóloga —respondió la niña.

—¿Qué?

—Paleontóloga.

—De esas que... ¿de esas que buscan fósiles de dinosaurios?

—Sí —confirmó Jay—. A eso se dedican los paleontólogos.

Pero Darby no estaba escuchando. Se había fijado en que uno de los neumáticos de la furgoneta se veía fofo y se le heló la sangre. Apartó otra brazada de nieve y vio que un círculo de acero sobresalía del flanco del neumático. La cabeza de un clavo. Entonces lo oyó: el suave silbido reptiliano. Una fuga de aire.

Se acercó con paso lento al otro neumático. Dos clavos más atravesaban la banda de rodadura.

«O, cielos, este ha sido el plan alternativo de Ashley desde un buen comienzo».

Dio un puñetazo a la nieve.

—Mierda.

«Ha dejado inservibles todos los coches por si conseguíamos escapar en uno...».

Pero no tenía sentido... ¿Por qué, entonces, había disparado también clavos a los neumáticos de la furgoneta de Sandi? ¿Si ella era parte integral de la trama del secuestro? ¿Después de hacer todos los planes para reunirse ahí arriba, en las gélidas montañas Rocosas?

Jay asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Darby volvió como pudo a la parte delantera del vehículo de Sandi y continuó excavando, a toda prisa. El corazón le palpitaba, le golpeaba contra las costillas mientras intentaba aparentar sosiego—. Jaybird, dime. ¿Cuál... cuál es tu dinosaurio preferido?

—Me gustan todos.

—Sí, pero seguro que tienes uno preferido. ¿El T-Rex? ¿El raptor? ¿El tricerátops?

—El Eustreptospondylus.

—No... no tengo ni idea de cuál es.

—Por eso me gusta.

—Descríbemelo, por favor. —Darby solo necesitaba mantener la conversación, mientras sacaba brazadas de nieve y los pensamientos frenéticos se agolpaban en su cabeza. «Viene a por nosotras. Ahora mismo, va a alcanzarnos, y lleva esa remachadora...».

—Es carnívoro —dijo la niña—. Camina apoyado en las patas traseras. Del período jurásico. Tres dedos en cada mano, parecido al raptor...

—Pues entonces podías haber dicho «raptor».

—No. Es el Eustreptospondylus.

—Suena a dinosaurio chungo.

—No sabes ni cómo se escribe el nombre —dijo Jay, haciendo una pausa—. Oh, el teléfono tiene cobertura...

Darby dio un respingo, corrió a la puerta del pasajero, estiró el brazo por la ventanilla destrozada y le arrebató a Jay el iPhone de las manos. No se lo creyó hasta que lo vio... una única barra de cobertura, que emitía una luz intermitente y apremiante.

—Te toca sacar nieve —dijo.

—Queda un uno por ciento de batería...

—Ya lo sé.

La puerta crujió y saltaron más cristales. Jay bajó de un salto. Darby sostuvo el teléfono con dedos enrojecidos y marcó el 911 con el pulgar, pero el teléfono le vibró en la mano y se sorprendió. La burbuja de MENSAJE NUEVO le bloqueó la pantalla táctil. Estaba a punto de deslizar el dedo y hacer caso omiso hasta que vio el número del remitente.

Era el 911.

Una respuesta a su SMS; el que había intentado enviar desde hacía horas y que se acababa de enviar automáticamente.

Secuestro infantil matrícula del monovolumen gris VBH9045 carretera estatal 7 área de descanso de Wanapa enviar policía.

¿La respuesta?

Encuentra un lugar seguro. Agente en camino HEL 30.

Darby estuvo a punto de soltar el teléfono. HEL quería decir «hora estimada de llegada». Debían de ser «30 minutos», ¿no? No podían ser horas, ni días...

«Treinta minutos».

—¿Funciona? —preguntó Jay, jadeando mientras sacaba nieve.

Darby no se lo podía creer. Le parecía estar alucinando. Parpadeó, temiendo que todo se desvaneciera como en un sueño, pero las letras resultaban bien visibles mientras le temblaban entre las manos entumecidas. Su mensaje se había enviado con éxito a las 03:56 h. Había recibido la respuesta de la central de emergencias a las 3:58 h. Hacía apenas unos minutos.

«Oh, gracias a Dios, la policía llegará dentro de media hora...».

Se le hinchó el pecho por culpa de los jadeos. Notó una electricidad nerviosa en los huesos. Tenía interrogantes. Infinidad de ellos. Para empezar, no sabía cómo encajaba aquello con la situación de las quitanieves del CDOT. ¿Vendrían también las quitanieves en treinta minutos? ¿Llegarían antes? ¿Acaso subían todos a la vez hacia Backbone Pass, la policía y el personal de mantenimiento viario, en un gran convoy? No lo sabía y, a decir verdad, le daba igual, siempre y cuando llegara la policía y le pegara un tiro en la cara a Ashley Garver, el de la sonrisa complacida.

—Oh, Jay —susurró—. Tengo ganas de darte un beso...

La niña habló con voz chillona.

—Darby, para.

—¿Qué?

Jay se colocó de cara a ella, de pie en el resplandor curvado de los faros del Ford. Con la vista fija mientras los copos de nieve se le acumulaban sobre los hombros, tan inmóvil que resultaba inquietante.

Darby intentó mantener la voz sosegada.

—Jay, no entiendo...

—No te muevas.

—¿Qué pasa?

—Está detrás de ti —susurró ella.

Ashley justo estaba tirando del gatillo de la Paslode, preparándose para clavarle un clavo de dieciséis *pennies* en el cogote cuando Darby se volvió para mirarle.

Los mechones caoba se desplazaron como una pluma por su pómulo al darse la vuelta, los ojos giraron y se alzaron para encontrarse con él. Capturó una franja de luz de luna, su piel suave como un algodón de azúcar. La

cicatriz blanca seguía invisible, a no ser que entrecerrara los ojos o sonriera. Como una actriz que da en el blanco, una ligera floritura enmarcada por el ojo de un director de fotografía, igual que Eva Green saluda a Daniel Craig en *Casino Royale*.

Solo se había dado la vuelta.

Pero, joder, menuda forma de darse la vuelta.

Bajo el anorak y los vaqueros que llevaba Darby intuía las curvas lujuriosas de su cuerpo. Los hombros. Las caderas. Los pechos. Deseó poder grabar ese momento, aquella instantánea de belleza sobrecogedora, y conservarla para siempre. Como el arte más auténtico, nunca sabes a ciencia cierta cómo te hace sentir en un principio hasta que desentrañas tus sentimientos más adelante. Y él tendría infinidad que desentrañar. Deseó que fuera algo sencillo, como la lujuria, porque la lujuria puede saciarse con Pornhub, pero desde que había besado a esa chica en ese baño cutre, lo que sentía por Darby se había vuelto más confuso y complejo.

—Hola, Darbs. —Esbozó una sonrisa forzada—. Menuda novecita, ¿eh?  
Ella no dijo nada.

No había temor en esos ojos. Ni siquiera un temblor.

Darby se limitaba a observarlo de arriba abajo, calibrándolo, como si esa pelirroja de la Universidad de Colorado en Boulder en cierto sentido hubiera anticipado ese encuentro, hacía horas, y tuviera un plan de emergencia preparado, lo cual, por supuesto, resultaba imposible. La noche había sido una tormenta mierdosa llena de vuelcos y sudor, de casualidades azarosas y sorpresas inesperadas. Ni siquiera un mago como Ashley podía tenerlo todo controlado en todo momento.

De todos modos pensó: «Ojalá no te hubieras girado».

«Hace que esto resulte más difícil».

Volvió a alzar la remachadora sin cables, presionó de nuevo la boca de la Paslode con la palma izquierda para quitarle el seguro, apretó el gatillo de dos tiempos y apuntó con cuidado con el ojo izquierdo...

Darby ni parpadeó.

—Eso sería un error.

—¿Qué?

—Más vale que no me mates.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

—He escondido tu llavero —dijo—. Sé dónde están las llaves de tu Astro y, si me matas ahora, nunca las encontrarás. Ahora que la furgó de Sandi está aquí atrapada y que me has pinchado las ruedas del Honda, te has encerrado

tú solo. Ese monovolumen es el único medio que tú y tu hermano tenéis para escapar de esta área de servicio esta noche.

Silencio.

Ella alzó las manos, como si fuera el final de una actuación magnífica.

Y desde la parte delantera del vehículo de Sandi, Ashley oyó un extraño gorjeo. Un sonido que jamás había escuchado.

Era la risa de Jay.

04.05 h

«Treinta minutos».

«Treinta minutos».

«Sobrevive los próximos treinta minutos, hasta que llegue la policía».

Es lo que se repetía para sus adentros mientras regresaban a pie al área de descanso. Ashley le había ordenado que caminara la primera, Jay a su lado, mientras él las apuntaba con la remachadora por la espalda. También le había quitado el iPhone a Darby.

Se lo había arrebatado de las manos antes de tener tiempo de borrar el SMS del 911. Él lo vio entonces. La pantalla iluminaba la nieve con un azul espectral mientras caminaban, y ella se iba preparando en silencio para la reacción apocalíptica de Ashley cuando se enterara de la verdad, que la policía estaba al llegar.

Pero no ocurrió nada. Caminaron en silencio. Darby le oyó relamerse mientras ajustaba la sujeción en la remachadora e iba revisando el contenido de su móvil, y entonces cayó en la cuenta: «No está leyendo mis mensajes».

A Ashley no se le había pasado por la cabeza que Darby enviara un SMS a la policía. Estaba revisando el historial de llamadas, buscando alguna que se hubiera realizado con éxito al 911. Lo cual, por supuesto, había intentado una docena de veces a las nueve y a las diez de la noche. Ashley las estaba revisando fijándose en la hora.

—Llamada fallida —leyó—. Llamada fallida. Llamada fallida. Llamada fallida...

«No tienes ni idea».

A Darby le entraron ganas de reír, pero no podía.

«Lo tienes entre las manos».

—Bien, bien —dijo Ashley con voz relajada.

Darby apretó la mano sana de Jay y le habló bajando la voz.

—No tengas miedo. No puede matarme porque sé dónde están sus llaves...

—Es verdad, Darbs —intervino Ashley—. Pero sí que puedo hacerte daño.

«¿Ah, sí? —le entraron ganas de decir—. Tienes media hora, gilipollas».

Deseó con todas sus fuerzas que treinta minutos fueran una estimación realista con respecto a la llegada de la policía y no una suposición infundada de la central de emergencias. Entre el tráiler que había derrapado y la tormenta de nieve, había un sinfín de posibles complicaciones que quizá no resultaran visibles desde el centro de recepción de alertas bien calentito de una comisaría en algún lugar. ¿Y si no llegaban en media hora sino en cuarenta minutos? ¿Una hora? ¿Dos horas?

Ashley la manoseaba mientras andaba. La remachadora le presionaba la columna, le registró los bolsillos delanteros y traseros. Le palpó las piernas. Las mangas de la sudadera.

—Solo me estoy asegurando —le dijo. Notó cómo su aliento le bajaba por la nuca.

Estaba buscando las llaves.

«Lo único que me mantiene viva ahora mismo es el dichoso llavero». Se imaginó entonces las llaves, cubiertas de nieve al otro lado de la ventana del baño, donde habían aterrizado. Desapareciendo lentamente bajo un copo de nieve tras otro.

—Deberías decirme ahora qué has hecho con ellas —susurró él—. Resultará mucho más fácil para ambos.

Durante un buen rato mientras caminaban, Darby no alcanzó a entender lo que quería decir con eso. Pero poco a poco fue dándose cuenta, como una gran silueta que emerge de las profundidades y adopta una forma monstruosa.

Cuando regresaran al interior de la oficina de turismo, Ashley pensaba torturarla. Eso estaba claro. Le sacaría una tarjeta amarilla, o una roja, o algo peor, hasta que confesara dónde estaba el llavero. Y en cuanto se lo dijera, la mataría. Notó cómo el corazón le palpitaba inquieto en el pecho, como un animal enjaulado. Se planteó echar a correr, pero él la apuntaba con la remachadora por la espalda. Y Ashley era demasiado fuerte como para enfrentarse a él.

El área de descanso ya estaba cerca, iba tomando forma a la luz de la luna. Parecía falsamente apacible, como una maqueta en el interior de un globo de nieve. Vio los coches, el Astro de ellos, su Honda, el contenedor enterrado que había confundido al comienzo con el coche de Ashley. El mástil gélido, tieso como una aguja. El grupo de Niños de Pesadilla de bronce. Y emergiendo en la oscuridad, medio enterrado entre la nieve arrastrada por el

viento, con la lámpara estropeada y la ventana con barricada, la oficina de turismo de Wanapani.

«Gran Diablo», significaba el nombre.

Entonces Ashley la obligó a girar.

—Gira, gira.

Y siguieron el sendero que iba del aparcamiento a la puerta delantera. Los últimos ciento cincuenta metros.

«Ya he salvado a Jay», se recordó. «He llamado a la policía. Tienen armas. Se encargarán de Ashley y Lars. Lo único que tengo que hacer es sobrevivir».

Habían tardado unos diez, tal vez quince minutos en regresar, supuso. O sea que ya había transcurrido la mitad del tiempo.

Solo faltaban quince minutos.

A medida que el edificio se cernía cada vez más sobre ellos, Darby se daba cuenta de una cosa: ya no tenía miedo. En realidad estaba eufórica, embriagada por una extraña excitación. Ya le habían disparado, la habían rociado con spray de pimienta e intentado asfixiar con una bolsa de Ziploc, y como una puñetera cucaracha había sobrevivido a todo a lo que Ashley y Lars, e incluso Sandi, la habían sometido. Contra todo pronóstico, Darby seguía en esa batalla. Era demasiado personal: el duelo psicológico de Darby contra Ashley duraba ya ocho horas, todos los trucos y giros y victorias y fracasos. Y ahora tenía que presenciar su espeluznante jaque mate. Quería estar ahí cuando se produjera, ver la conmoción en el rostro de Ashley cuando apareciera el primer coche de policía con las luces rojas y azules. La emocionaba, de una forma sombría que era incapaz de describir.

«Me harás daño, Ashley. Me harás mucho daño. Durante estos últimos quince minutos más o menos, soy toda tuya. Pero después ¿qué?».

«Serás mío».

«Y no tienes ni idea...».

—Oh, oye. —Ashley se detuvo—. Has... has recibido un SMS en la carretera.

El resplandor azul reapareció. Volvía a leer su teléfono.

A Darby le entró el pánico. El 911 debía de haberle enviado otro mensaje. «Por supuesto». Desde la central de emergencias algún bienintencionado no tenía forma de saber que la propia Darby estaba bajo coacción, que su móvil estaba en manos del asesino.

—De... —Ashley entrecerró los ojos—. De alguien que se llama... Devon.

Entonces le tendió el iPhone rajado, y cuando Darby enfocó la mirada, lo que quedaba de su mundo se desintegró.

Ha ocurrido. Mamá ha muerto.

—Oh —dijo Ashley—. Inoportuno. —Entonces partió el móvil de Ashley por la mitad—. Sigue caminando.

La puerta delantera se cerró como un disparo.

Jay gritó al ver a Ed. Ashley sonrió complacido, todo dientes blancos, la sujetó por el cuello de la camiseta y la obligó a mirar.

—Guay, ¿verdad?

Ed Schaeffer se había desplomado como si estuviera sentado bajo el mapa de Colorado. La parte delantera de su Carhartt brillaba por efecto de la sangre oscura. Inclino la cabeza hacia arriba cuando entraron en la sala y movió los labios con una especie de temblor, como si intentara hablar.

—No te muevas, Eddie. —Sandi estaba arrodillada junto a él, intentando envolverle la mandíbula destrozada con la longitud adecuada de gasa médica. El botiquín blanco estaba abierto en el suelo y el contenido desperdigado—. No te muevas, intento ayudarte...

Por encima de las manos temblorosas de Sandi, Ed alzó la vista hacia Darby. Un destello de reconocimiento, y volvió a intentar hablar, pero apenas consiguió emitir un gorjeo en forma de gemido. Un trago de sangre, con coágulos que parecían culebras, le chorreó entre los dientes cerrados y le salpicó en el regazo.

Jay gritó y forcejeó para apartar la mirada, pero Ashley no se lo permitía.

—¿Lo ves? —le dijo al oído—. Eso es una tarjeta roja.

Lars, que estaba al otro lado de la sala, observaba la escena como un espantapájaros, sosteniendo la pistola del 45 en una mano y un bote de lejía en la otra, mientras el grito estrangulado de Ed alcanzaba una intensidad profunda en aquel espacio limitado.

Todo aquel horror apenas afectó a Darby.

No estaba presente. No en realidad. Estaba en otro lugar y el mundo se había vuelto resbaladizo, teñido de aceite. Las luces emborronadas en forma de barras. Su cuerpo era un vestido frío, los latidos de su corazón y su respiración seguían un ritmo lento y mecánico. Se imaginó una criatura diminuta, su verdadero yo quizá, tirando de palancas y viendo imágenes fotográficas en el interior de su cráneo. Lo había visto en una película: *Men in*

*Black*. Recordaba haberla visto en DVD hacía años, con su madre en el sofá del sótano, mientras compartían una manta de Snoopy. «Me gusta Will Smith», le había dicho su madre, dando sorbos a una bebida que olía a melocotón. «Me puede rescatar cuando le apetezca».

Ahora ella ya no estaba, constató Darby.

El cadáver de Maya Thorne permanecería en algún hospital de Provo, Utah, pero el pequeño ser que vivía en el interior de su cabeza se había perdido para siempre.

Entonces Ashley le apretó la mano derecha, entrelazando sus dedos gélidos con los de ella como dos adolescentes enamorados, y la guio por la sala. Más allá de Ed y Sandi, más allá del mostrador de piedra, más allá de las cafeteras. Ella no sabía adónde la llevaba, ni tampoco le importaba. Advirtió medio atolondrada que su pie derecho dejaba huellas rojas, pues había pisado el charco de sangre de Ed sin darse cuenta. Como si de una pesadilla se tratara, lo único que quería era que todo acabara.

Que por favor acabara todo.

Giró el cuello para echar una mirada al viejo reloj de Garfield de la pared. Marcaba las 05.19. Restó una hora para ajustarse al horario de invierno.

Eso significaba que eran las 4.19 h.

Había recibido el SMS del 911 a las 3.58. El camino de regreso había durado veintiún minutos. Si se restaban a los treinta, entonces faltaban nueve minutos para que llegara la policía. Nueve minutos escasos.

«Sobrevive nueve minutos más».

«Eso es todo».

Ashley la hizo parar con brusquedad, ahí, ante la puerta del cuarto de mantenimiento. Seguía entornada desde que ella la había abierto con la llave. Ashley le dio la vuelta con suavidad, como en un tango lento y mareante, y la empujó contra la pared.

—Siéntate aquí —indicó.

Ella no obedeció.

—Siéntate, por favor.

Ella negó con la cabeza y las lágrimas gotearon en el suelo. Le dolían los senos nasales.

—¿No piensas sentarte?

Darby volvió a negar con la cabeza.

—¿No estás cansada?

Oh, estaba exhausta. Tenía los nervios destrozados, los músculos como carne fofa. Los pensamientos, emborronados. Pero por algún motivo sabía

que si se sentaba entonces, todo habría acabado. Perdería su fuerza de voluntad. Nunca volvería a levantarse.

Durante unos instantes se planteó soltarlo, decir lo que no podía decirse: «Ashley, tiré las llaves por la ventana del baño de hombres. Cayeron en la nieve a quizá tres o cinco metros de distancia».

«Puedes matarme. Ya estoy».

Jay lloraba al otro lado de la sala. Cara de Roedor se arrodilló junto a ella, intentando calmarla.

—No mires a Ed. No le mires, ¿vale? Está bien...

Ed hizo otra inhalación atormentada por la nariz mientras Sandi le envolvía la mandíbula con otra venda antes de que emitiera un sonido extraño, como un eructo húmedo. La gasa blanca y limpia se empapó de sangre.

—Está bien, Jaybird. ¿Quieres... eh... jugar a la hora del corro?

—Estamos todos... —Sandi suspiró y se limpió la sangre de Ed de los pantalones—. Vamos a ir todos a la cárcel el resto de nuestra vida. Lo sabes, ¿verdad?

Ashley hizo caso omiso. Era una sombra negra que se cernía sobre Darby observándola. Seguía sujetándole la muñeca, la tenía atrapada contra la puerta del cuarto medio abierta. Le recorría el cuerpo con la mirada.

Darby tenía la vista fija en el suelo, en sus Converse del 39, con cortes por el hielo y parduzcas por culpa de la suciedad y la sangre. Hacía diez días que habían salido de la caja.

—¿Te llevabas...? —Ashley carraspeó—. ¿Te llevabas bien con tu madre?

Darby negó con la cabeza.

—¿No?

—La verdad es que no.

Él se inclinó más hacia ella.

—¿Por qué no?

Darby no respondió. Intentó zafarse de la mano que le sujetaba la muñeca, pero él respondió suavemente con la otra mano y le presionó la remachadora contra el vientre. Tenía el nudillo en el gatillo. El color de la herramienta, de un naranja chillón como de rotulador fluorescente, la hacía parecer un juguete de tamaño exagerado.

Él repitió la pregunta y su aliento cálido le produjo un cosquilleo en la nuca.

—¿Por qué no, Darbs?

—Yo era... era una especie de hija horrible. —Le temblaba la voz, pero intentó serenarse. Acto seguido, como un dique que se desborda, lo soltó todo —: Me aprovechaba de ella. La manipulaba. La insultaba. En una ocasión le robé el coche, con un cordón de zapato. Desaparecía varios días seguidos sin decirle adónde iba o con quién. Le debí de producir úlceras. Cuando... cuando me marché a la universidad, ni siquiera nos despedimos. Me subí en mi Honda y me largué a Boulder. Y de paso le robé una botella de ginebra del mueble bar antes de salir.

Recordó habérsela bebido sola en la habitación de la residencia. El ardor amargo en la garganta, bajo un papel pintado desolador con tumbas de desconocidos, con nombres y fechas de nacimiento dibujados con barras de pastel o ceras de colores.

Ashley asintió y le olisqueó el pelo.

—Lo siento.

—No lo sientes.

—Sí.

—Mientes...

—Lo digo en serio —insistió él—. Siento tu pérdida de veras.

—Yo no lo sentiría —dijo Darby entre dientes—. Si fuera tu madre.

Sintió que se le agolpaban más lágrimas y que le provocaban escozor en los ojos irritados, pero las reprimió. Ahora no podía empezar. Eso llegaría más tarde. Más tarde, más tarde, más tarde. Después de que la policía derribara la puerta a patadas y acribillara a Ashley y a Lars; después de que esposaran a Sandi, cuando Darby y Jay estuvieran a salvo en una ambulancia, envueltas con unas mantas de lana sobre los hombros. Entonces y solo entonces podría llorar la muerte de su madre como correspondía.

Ashley frunció el entrecejo.

—¿Cómo se roba un coche con un cordón de zapato?

Darby no respondió. Era una historia de lo más corriente. Al Subaru de su madre ya le habían forzado la cerradura antes y el ladrón de pacotilla había destrozado el contacto con un destornillador para intentar hacer un puente. Hacían falta dos llaves, una para la puerta y otra para el contacto. Darby se había agenciado una pero no la otra.

«Eres una cabrona de mierda,» le había dicho su madre desde el porche, cuando vio regresar su propio Subaru a las tres de la madrugada. «Eres una cabrona de mierda».

—Ah... —Ashley ató cabos—. Así es como entraste en nuestro monovolumen, ¿no?

Darby asintió y otra lágrima cayó al suelo.

—Vaya. Es como si estuviera escrito lo que ha ocurrido esta noche. — Ashley volvió a sonreír—. Siempre he creído que las cosas pasan por algún motivo, si es que sirve de consuelo.

No servía.

Se supone que la muerte te transforma y pasas de ser persona a ser una idea. Pero, para Darby, su madre siempre había sido una idea. En cierto modo, después de dieciocho años viviendo en la misma casa de dos habitaciones en Provo, de comer la misma comida, de mirar la misma tele, de sentarse en el mismo sofá, nunca había sabido quién era Maya Thorne en realidad. No como ser humano. Sin duda, no como la persona que hubiera sido, si Darby no hubiera existido. Si en realidad hubiera sido una gripe.

«Oh, cielos, mamá, lo siento».

Estuvo a punto de desmoronarse. Pero no podía, no delante de él. Así que un dolor que le embotaba el alma se le quedó pegado con fuerza en el pecho, como una toalla húmeda y anudada.

«Cuánto lo siento por todo...».

Ashley la observó de nuevo largo y tendido. Otra respiración meditada. El olor denso del sudor. Darby oyó que movía la lengua detrás de los labios, como si luchara con palabras que no se atrevía a articular. Cuando por fin volvió a hablar, su voz sonó distinta, embargada de una emoción que Darby no alcanzaba a identificar.

—Ojalá fueras mi amiga, Darby.

Ella guardó silencio.

—Me encantaría que tú y yo... que nos hubiéramos conocido en otras circunstancias. Esto, todo esto, no soy yo. ¿De acuerdo? No soy malo. No tengo antecedentes penales. Nunca he hecho daño a nadie antes de esta noche. Ni siquiera bebo, ni fumo. No soy más que el propietario de un negocio que se implicó en un asunto que se torció y ahora tengo que deshacer este entuerto para proteger a mi hermano. ¿Lo entiendes? Y tú te has metido en medio. Así pues, te lo pido otra vez, antes de que la cosa se ponga fea... ¿Dónde están las llaves?

Ella le devolvió una mirada dura como el acero, sin ceder ni un ápice.

Darby veía el reloj por encima del hombro de Ashley. Los personajes. Garfield, de color naranja, le ofrecía las flores a Arlene, de color rosa. Fijó su mirada borrosa en el minuterero, casi estaba en vertical: 04:22 h.

Faltaban cinco minutos para que llegara la policía.

—¿Me has oído, Ashley? —Sandi se levantó—. ¿Estás sufriendo un ataque psicótico? Con llaves o sin ellas, se acabó. Vamos a terminar todos en la cárcel.

—No, de eso nada.

—¿Y qué crees que va a pasar?

Ashley no respondió, sino que su silueta oscura volvió a dirigirse a Darby y cambió la forma como le sujetaba la muñeca. Le recorrió la piel con los dedos como si fueran los tentáculos húmedos y fríos de un pulpo, recolocándolos por su cuerpo, apretando. Y le levantó la mano deslizándola hacia arriba por la pared.

Sandi alzó la voz.

—¿Qué le estás haciendo?

Darby estiró el cuello para ver: le sujetaba la mano derecha contra la puerta del cuarto de mantenimiento. Justo donde estaba la bisagra de la puerta. Presionándole los dedos en el interior de las fauces doradas, donde el latón estaba manchado de lubricante viejo y cavidades parduzcas de óxido. Darby vio la uña del dedo meñique pintada con esmalte azul chillón, su carne vulnerable allí posada como una cabecita en una guillotina.

«Cinco minutos».

Volvió la mirada hacia Ashley, con el estómago retorcido por el pánico.

Él, con la remachadora debajo de la axila, se inclinó para asir el pomo de la puerta con la mano que tenía libre.

—Quizá no lo recuerdes, Darbs, pero hace unas horas te has reído de mí por la fobia que le tengo a las bisagras de las puertas. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de cómo me llamaste?

Darby cerró los ojos para contener unas lágrimas ácidas, deseando que todo pasara...

—Sí, ups, ¿cómo?

... pero todo era real. Estaba ocurriendo realmente, justo entonces, y nunca podría remediarse, y sus dedos de artista estaban a punto de ser aplastados por un metal poco amable.

Sandi soltó un grito ahogado.

—Por Dios, Ashley...

—No lo hagas —suplicó Jay forcejeando contra Lars—. Por favor, no...

Pero la sombra elevada de Ashley Garver no escuchaba. Se inclinó más hacia Darby humedeciéndose los labios y ella olió a algo ligeramente bacteriano, fétido, como carne en descomposición.

—No me dejas otra opción. Si me lo dices, te prometo que no te haré daño, ¿vale? Tienes mi palabra. Dónde. Están. Mis. Llaves.

«Cincominutos, cincominutos, cincominutos...».

Se obligó a abrir los ojos, a apartar las lágrimas, a acompasar la respiración, a mirar al monstruo directo a sus ojos verdes. No podía morder el anzuelo. No podía someterse y entrar en su juego, porque en cuanto supiera dónde estaba el llavero, la mataría. No tenía otra opción. Ashley Garver era muchas muchas cosas, pero por encima de todo era un mentiroso compulsivo.

—Por favor, Darbs, dímelo para que no tenga que hacerte daño. Porque, si no, me obligas a cerrar la puerta de golpe.

Se arrodilló junto a ella para que viera el brillo apenado de su expresión. Darby sabía que estaba todo preparado. Otra cabeza de la Hydra. Esa negociación era como cualquier otra de las actuaciones que había presenciado esa noche, otra versión de Ashley que usaría un rato y luego desearía, al igual que una pitón muda su piel gris y arrugada.

Se hizo el silencio en toda la sala, a la espera de una respuesta.

«Inhala. Cuenta hasta cinco. Exhala».

—Si te lo digo —le susurró ella—, cerrarás la puerta de todos modos.

Él ensombreció la expresión.

—Chica lista.

Y la cerró.

04.26 h

De camino, el cabo de la patrulla viaria Ron Hill preguntó a la central de emergencias en dos ocasiones que le aclararan lo de la llamada 207, pero no había más información disponible. Ningún nombre. Ningún antecedente. Solo un vehículo (monovolumen gris), una matrícula (VBH9045) y una ubicación aproximada, todo enviado a través de un SMS al 911. No había más datos de contacto. Ninguna llamada. Todos los intentos de seguimiento habían sido en vano, probablemente por la mala cobertura y por la tormenta de nieve, que estaba batiendo récords.

Sonaba a jugarreta.

Las llamadas más espantosas siempre sonaban a jugarreta en un principio.

Su coche patrulla fue ascendiendo a trompicones, con los cilindros a pleno rendimiento, la arena y la gravilla acribillaban los bajos del coche. En teoría, el CDOT tenía una orden específica de mantenimiento de esa vía a esa altitud: quitar nieve, luego el hielo, luego echar arena y después sal, pero por lo que parecía su equipo A se había tomado vacaciones el día de Nochebuena. Todo aquel esfuerzo parecía intentar convertir a un grupo de gatos en un rebaño, pagándoles además horas extra. Fisgoneando por sus frecuencias de radioaficionados, le recordó la frase de su viejo oficial al mando para cuando los marines dejaban la formación y se arriesgaban a exponerse al fuego enemigo: «Bandada de mierda».

Ron tenía treinta y seis años, cara de niño, y una esposa que había estudiado diseño gráfico pero que se había conformado con ser esposa, y un hijo de cinco años que de mayor quería ser policía. Ella le odiaba por ello. Le habían reprendido en dos ocasiones por dormirse en controles de velocidad y una por lo que en el informe se describía como «fuerza verbal innecesaria», lo cual Ron seguía pensando que era una contradicción.

Antes del turno de las siete de la tarde de ese día, encontró la maleta de su mujer en el armario.

En posición vertical y a medio hacer.

Absorto en estos pensamientos, estuvo a punto de saltarse el letrero azul que apareció a su derecha, coronado de nieve y destellando en los postes elevados:

ÁREA DE DESCANSO A 1.500 m.

—Eh. —Unos dedos chasquearon ante el rostro de Darby—. Te he perdido un segundo.

Darby tenía la impresión de haber sumergido la mano derecha en agua hirviendo.

Al comienzo, no le había dolido nada, solo el zumbido del aire desplazado y el choque de la puerta al cerrarse con fuerza junto a su oído derecho. El dolor llegó al cabo de unos instantes. Ensordecedor, demoledor. Con la contundencia de un mazazo y afilado como una aguja. La arrojó fuera de su cuerpo, fuera de este mundo. Durante un instante funesto no estuvo en ningún sitio y, al cabo de otro instante, regresó a la casa pequeña de su infancia en Provo: volvía a tener seis años, subía a toda prisa la escalera, que crujía, se arrojaba a las mantas cálidas de la cama de su madre, refugiándose de las pesadillas de la hora bruja. «Estoy aquí», le susurraba su madre al tiempo que encendía la lámpara de la mesita de noche.

«Ha sido un sueño, cariño».

«Te lo has imaginado todo».

«Estoy aquí...».

Y entonces el dormitorio se desangró como si fuera pintura y Darby volvió a aquella área de descanso de Colorado con fluorescentes y café pasado, aquel lugar infernal del que nunca podría escapar. Se había desplomado al perder el conocimiento, de espaldas a la puerta. Un sabor amargo en la garganta. Temía alzar la mirada hacia su mano derecha. Sabía lo que había ocurrido. Sabía que la puerta estaba cerrada, que por lo menos dos de sus dedos estaban chafados en su interior, pulverizados entre unos dientes de latón despiadados...

«Te tengo, Darby...».

—La Tierra llamando a Darby. —Ashley chasqueó los dedos—. Te necesito despierta.

—Ashley —siseó Sandi—. Estás loco. Has perdido la cabeza...

Darby se armó de valor para mirarse la mano, mientras luchaba por contener unas lágrimas acuosas. Su dedo meñique y el anular habían desaparecido por encima de la bisagra, dentro de la mandíbula tipo tijera de la

puerta. Desparecidos. Notó una sacudida nauseabunda y escalofriante. Su cuerpo acababa justo «ahí». Era imposible que fuera su mano, pero lo era. No alcanzaba a imaginar qué aspecto tenían sus dedos en el interior de la puerta: piel reventada, tejidos triturados, huesos rotos convertidos en astillas. Los tendones machacados y mezclados como si fueran espaguetis largos. Había un poco menos de sangre de lo que había imaginado; apenas un hilo largo y brillante que descendía por el marco de la puerta.

Lo observó mientras chorreaba poco a poco por la madera agrietada.

—Ashley —bramó Sandi—. ¿Me estás oyendo?

Darby intentó coger el pomo de la puerta con la mano izquierda sana, falló dos veces y al final consiguió cerrar la mano entumecida a su alrededor, para abrir la puerta del cuarto y liberar la mano lisiada y dejar así al descubierto el horroroso y desgarrador daño, pero el pomo de la puerta no giraba. El cabrón la había cerrado con llave.

Ashley cruzó la sala dando grandes zancadas, se guardó la llave en el bolsillo y la dejó allí encerrada.

—Bueno, Sandi, ha llegado el momento de ser sincero contigo.

—Oh, ¿ahora es el momento? ¿Después de todo esto?

—Sandi, deja que te explique...

—Oh, claro... —Le lanzó el botiquín de plástico y él lo esquivó, por lo que fue a parar al mostrador de piedra—. Me diste tu palabra, Ashley. Se suponía que nadie iba a sufrir ningún daño por culpa de todo esto...

Ashley se le acercó.

—Tengo que confesarte una cosa.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

Habló lentamente y con precisión, como un cirujano dando malas noticias.

—Nuestra cita aquí no era para encontrar un lugar público discreto para que me dieras la llave de tu trastero. Me refiero a que, sí, ese era tu plan, y quizá utilice esas inyecciones de esteroides para que Jaybird viva mientras duren...

Sandi abrió unos ojos como platos ante el terror gélido que sentía.

—Pero ¿sabes? Yo también tenía un plan. —Siguió acercándose—. Y resulta que «tu» plan no era más que una parte de «mi» plan.

Sandi retrocedió otro paso, paralizada ante sus anchas espaldas, su impresionante presencia y las luces fluorescentes que parpadeaban en el techo.

Silencio.

—¿Sabes...? —Ashley se encogió de hombros—. Lo cierto es que pensaba que llegados a este punto ya habrías intentado huir.

Lo había intentado.

Él fue demasiado rápido.

Ashley la cogió por el codo con esa fuerza musculosa que Darby conocía tan bien y, con un giro propio del aikido, arrojó a Sandi al suelo. Un zapato salió disparado. Al caer, dio una patada a la máquina expendedora con el otro pie y el cristal se rajó y quedó opaco. Ashley ya estaba encima de ella, obligándola a ponerse boca abajo, inmovilizándola con una rodilla en la espalda.

Ed intentó levantarse, pero Lars apuntó con la pistola del 45.

—Ah, no, no.

Entonces Ashley sujetó a la mujer por el pelo, con los dos puños cerrados y tiró de la cabeza hacia atrás, contra su rodilla doblada.

—Llamaste... Sandi, a ver, a lo mejor no te acuerdas, pero hace un rato dijiste unas cosas muy feas sobre Lars, sobre su condición. Por decisiones que nuestra madre tomó hace varias décadas, cuando él no era más que un embrión. ¿Eso te parece justo? Venga ya, Sandi. Ya sabes que quiero a mi hermanito...

Sandi gritó para que la soltara.

—Retíralo, Sandi. —Le retorció el cuello todavía más—. Retira lo que has dicho.

Ella gritó, solo vocales.

—Inténtalo otra vez. No te oigo...

Sandi jadeó.

—Yo... yo... lo retiro.

—Vale, bueno, bonito gesto. —Ashley miró a Lars—. Y bien, hermanito, ¿aceptas la disculpa de Sandi?

Lars desplegó una amplia sonrisa saboreando el poder y meneó la cabeza dos veces.

—Por favor, por favor, yo...

Ashley agarró mejor a Sandi por el cuero cabelludo, plantó la bota en un punto más elevado entre sus omóplatos (para hacer palanca, tal como advirtió Darby) y tiró con fuerza.

A la mujer se le acabó rompiendo el cuello. No fue rápido ni indoloro. Sandi gritó hasta quedarse sin aire, la cara se le puso de un morado podrido, los ojos saltones antes de perder la vida, los dedos en forma de garra, pataleando. Ashley hizo una pausa y sujetó mejor a Sandi para tirarle más de

la cabeza, cada vez más fuerte, noventa grados hacia atrás, hasta que las vértebras acabaron dislocándose en una cadena húmeda. Como petar los nudillos. Si todavía hubiera estado consciente, habría experimentado el horror parapléjico de su cuerpo al entumecerse. Se trataba de un proceso de distensión, torpe y lleno de gruñidos, y transcurrieron treinta segundos completos antes de que quedara claro que la mujer estaba muerta.

Entonces Ashley la soltó y dejó que la frente de Sandi golpeará contra la baldosa, con el cuello lleno de huesos separados. Él se levantó con la cara roja.

Lars estaba aplaudiendo con sus manos marcadas, riendo de la emoción, como si acabara de ver el truco de cartas que ponía fin a todo.

«Acabo de presenciar un asesinato», pensó Darby con apatía. «Ahora mismo. Ante mis propios ojos». Sandi Schaeffer, conductora de autobús de San Diego, cómplice y conspiradora de este embrollo de trama de secuestro, había muerto. Una vida humana, un alma, extinguida. Daba igual que fuera sobre las bisagras de la puerta o sobre el síndrome alcohólico fetal de Lars, si pronunciabas una frase que no fuera del agrado de Ashley Garver, ni que fuese de pasada, él no lo olvidaba. Tomaba nota de ello. Y luego se llevaba lo que era suyo a toda costa.

—Eh, hermanito. —Recobró el aliento y señaló el cuerpo tibio de la mujer—. ¿Quieres reírte? No es que ahora importe, pero ¿te contó esta fanática de Jesús en qué pensaba gastarse su parte?

—¿En qué?

—En refugios para mujeres. Cientos de miles de dólares donados a hogares para mujeres maltratadas por toda California, como una Madre Teresa de nuestro tiempo. ¿No te parece increíble?

Lars se rio con la voz quebrada.

Darby alzó la mirada hacia el reloj de Garfield, pero se le empañó la vista por culpa de sus lágrimas espesas. ¿Faltaban quizá tres minutos para la llegada de la policía? ¿Dos minutos? No lo sabía a ciencia cierta. Su mente era un revoltijo de cuchillas de afeitar. Volvió a cerrar los ojos, deseando desesperadamente volver a tener seis años. Deseó que aquello fuera otra pesadilla de la hora bruja de la que se había despertado antes de ir al instituto, antes de Smirnoff Ice y el toque de queda y las galletas de marihuana y Depo-Provera, antes de que todo se complicara, envuelta en los brazos de su madre, conteniendo las lágrimas, describiendo sin respiración a la dama fantasmagórica con las patas de perro y articulaciones que se doblaban hacia atrás que se había paseado por su habitación...

«No, no era más que un sueño».

«Estoy aquí, cariño. No era más que un sueño».

«Inhala, cuenta hasta cinco, y...».

Ashley golpeteó la puerta del cuarto de mantenimiento. Como pasar papel de lija por los nervios al rojo vivo, un dolor espeluznante y complejo serpenteó desde la muñeca como si fuera electricidad. Darby gritó con una voz ahogada que nunca había oído.

—Lo siento, Darbs. Estabas dormitando otra vez. —Se secó el sudor de la frente—. Créeme, se suponía que iba a ser un trabajo aislado. Recogíamos a Jaybird de su mansión, conducíamos doce horas hasta un trastero de Moose Head, donde Sandi tenía un dinero escondido, las llaves de una cabaña, y las dichosas inyecciones de adrenalina de Jay, todo bajo un nombre falso y con un candado con una combinación de cinco dígitos uno-nueve-ocho-siete-dos. Cogíamos eso, desaparecíamos en la cabaña de la familia de Sandi, y nos pasábamos una semanita o dos negociando un buen rescate. ¿Verdad?

Golpeteó la puerta otra vez; otro chirrido de violín en forma de dolor.

—Pues no. Después de adoptar a Jay por sorpresa y de haber recorrido medio desierto de Mojave, nos enteramos de que se había producido un robo en el puto edificio de trasteros de Sandi, y que todos los cierres con combinación corrían peligro. ¿Te imaginas? O sea que volvían a usar las llaves por defecto, que solo tenía Sandi, allá en California. Y segundo problema: el señor Nissen llamó a la policía aunque le ordenamos expresamente que no llamara, y entonces Sandi se convirtió en el centro de todas las miradas, dado que es la puta conductora del autobús escolar que vio a Jay por última vez. Mientras tanto, estamos aquí en las Rocosas sin un lugar donde alojarnos y una niña enferma en el monovolumen, azotados por una tormenta. ¿Qué podíamos hacer? ¿Eh?

Estiró el brazo, como si fuera a sacudir otra vez el pomo de la puerta. Darby hizo una mueca, pero Ashley mostró un destello de compasión y se contuvo.

—Así pues, en el último momento, Sandi se sacó de la manga un viaje a Denver para pasar la Navidad en familia como tapadera para la policía, de forma que pudiera reunirse con nosotros en un lugar público y darnos la llave del trastero para que tuviéramos acceso a las medicinas de Jay y a nuestras provisiones. Lo cual me lleva al tercer problema. —Ashley señaló al exterior—. Este puto país de las maravillas invernal.

Las piezas encajaron en la cabeza de Darby: «El apocalipsis nevado los atrapó a todos en el punto de entrega. Y el pobre Ed ha quedado como atrezo

involuntario de Sandi».

«Y luego aparecí yo».

El alcance de la situación la empequeñeció e hizo que su mente divagara. A las siete de la tarde, en pie gracias al Red Bull, pero exhausta, Darby había entrado en aquel nido de víboras. Observó la gota larga y brillante de su sangre. Ya casi había llegado al suelo.

—No soy imbécil —declaró Ashley—. He visto suficientes películas para saber que todo deja huellas dactilares. Dado que ahora la policía está al corriente, cobrarle el rescate de Jaybird a papá y mamá es prácticamente imposible. Y la policía también le sigue el rastro a Sandi. Robó las inyecciones de cortisol para Jay de la enfermería del colegio hace unos meses, o sea que enseguida relacionarán el robo con ella. Y entonces lo más seguro es que nos delate, lo cual la convierte en un lastre. O sea que subimos aquí a matarla después de que nos diera la llave. Para hacer ver que era un robo que había acabado mal y que se había saldado con un tiro en la cara. Pero no me esperaba la tormenta de nieve, ni que trajera a su primo Ed. Y tampoco te esperaba a ti, claro está.

Todo estaba relacionado y tenía sentido, por macabro que fuera. A excepción de un último elemento desconocido que ardía en el fondo de la mente de Darby con una tensión no resuelta.

—Entonces... si no va a haber dinero del rescate, ¿qué vais a hacer con Jay?

—Eh. —Ashley le volvió a chasquear los dedos en la cara—. Antes responde tú, ¿vale? ¿Dónde están mis llaves?

—¿Qué vais a hacer con ella?

Él sonrió con aire culpable.

—Veo que no estás dispuesta a cooperar.

—¿Ah, sí? ¿Y qué coño he estado haciendo toda la noche?

—Créeme, Darbs. Créete lo que te voy a decir. —Se levantó, cargado con la remachadora naranja, y recorrió la sala—. Porque, aleluya, ya sé qué hacer contigo. Podría cerrar la puerta de un portazo con cada uno de tus dedos una y otra vez hasta que salga el sol, hasta que tus manos se parezcan a unas hamburguesas sanguinolentas, y aun así no me dirás lo que necesito saber porque resulta que tú no eres de ese tipo de personas. Eres una heroína, una defensora de las causas perdidas. Toda tu noche se ha ido a tomar por culo porque forzaste la cerradura del monovolumen para salvar a una desconocida. Así pues, adivina... Aquí tienes otra posibilidad de salvar a otro desconocido.

Se agachó al lado de Ed y le presionó la remachadora contra la frente. Los párpados del hombre de mediana edad se abrieron a medias con aire aturdido.

—Bueno, Darbs —dijo Ashley—. Voy a contar hasta cinco. O me dices dónde escondiste mi llavero o mato a Ed.

Ella negó con la cabeza, meneándose de izquierda a derecha, una negativa indefensa. El reloj de Garfield marcaba las cinco y media (cuatro y media) en la pared.

«Han pasado treinta y dos minutos. La policía se retrasa...».

Ashley alzó la voz.

—Cinco.

—No. Yo... no puedo...

—Cuatro.

—Por favor, Ashley...

—Tres. Venga ya, Darbs. —Golpeó la boca de la remachadora contra la frente de Ed con crueldad y brutalidad—. Mírale.

En esos momentos, Ed tenía los ojos acuosos clavados en ella. Pobre Edward Schaeffer, el exveterinario con una familia con la que ya no vivía y que le esperaba en Aurora, Colorado. Una tapadera humana; el daño colateral involuntario de Sandi. Volvía a mover los labios, amortiguados por la gasa roja húmeda y fría, intentando formar palabras con una lengua empalada en el paladar. Darby notaba su mirada en ella, suplicándole que dijera a Ashley lo que deseaba saber. Que «por favor» se lo dijera...

—Si se lo digo —le susurró Darby a Ed—, nos matará a los dos...

Eso estaba claro, pero deseó poder decirle otra verdad mayor para tranquilizarle: «La policía está a punto de llegar. Se han retrasado unos minutos. En cualquier momento van a abrir la puerta de una patada y dispararán a Ashley y a Lars...».

—Dos.

—No... no puedo decirlo. —Miró a Ed, consciente de lo que significaba, y un sollozo atormentado escapó de sus labios—. Yo... Oh, cielos, cuánto lo siento...

Ed asintió lentamente, con complicidad, mientras los pegotes de sangre fibrosa le caían sobre el regazo. Como si de algún modo, aunque fuera imposible, lo entendiera.

Darby tenía ganas de gritarle: «¡Están a punto de llegar, Ed! La policía va a venir a salvarnos. Por favor, Dios, que llegue ya...».

La paciencia de Ashley tocó a su fin.

—Uno.

—Diez-veintitrés. Acercándose a la estructura a pie.

El cabo Ron Hill agarró la radio que llevaba al hombro, tropezó con un montículo de nieve y se enderezó con la palma enguantada. Ahí el hielo estaba duro como una roca, como cemento esculpido. Se encontraba a unos pocos pasos de la oficina de turismo de Wanapa.

Llegó a la puerta delantera pasando por debajo de la lámpara en forma de platillo. Seguía sin recibir más información de la central de emergencias aparte del mensaje inicial del 207, lo cual resultaba frustrante.

Llamó a la puerta con su Maglite.

—Patrulla viaria.

Esperó respuesta.

Luego, con voz un poco más grave.

—Policía. ¿Hay alguien ahí?

Oficialmente no era más que un edificio público, pero llevó la mano derecha a la culata de su Glock 17 al tiempo que sujetaba el pomo de la puerta y se situaba a un lado en la nieve crujiente, empleando el muro de ladrillo como protección.

En las maniobras de entrada, los umbrales de las puertas se llaman «embudos fatales» porque son el punto central natural del defensor. No hay forma de esquivarlos, a no ser que se derribe un muro, o sea que entras directamente en la mira del villano. Si realmente había un 207 agazapado en el interior del área de descanso, ahora mismo estaría observando la puerta por el cañón de una escopeta, agachado tal vez detrás de los rehenes para protegerse.

O, quizá, solo una sala vacía e inofensiva. En la central no lo sabían.

Una fuerte ráfaga de viento le tiró de la chaqueta de GoreTex y salpicó la puerta de copos de nieve seca, y entonces el cabo Hill no supo a ciencia cierta a qué esperaba. ¿A que Sara acabara de hacer la puta maleta? A tomar por culo.

Giró el pomo de la puerta.

La puerta se abrió con un crujido.

—Cero —dijo Ashley.

Pero Darby no estaba escuchando, porque se acababa de dar cuenta de una cosa. Miraba más allá de donde estaba Ashley, al mapa de Colorado de la pared detrás de Ed, y se le cayó el alma a los pies, presa de un miedo pesado y

empalagoso. La carretera estatal 7 era una línea azul gruesa en el mapa, que serpenteaba por una zona montañosa, y las áreas de descanso estaban marcadas con círculos rojos. Wanapa, Wanapani, Colchuk, Nisqual.

Estaba en Wanapani. «Gran Diablo».

No Wanapa.

Pero ella había tecleado su mensaje antes al 911, a eso de las nueve de la noche, antes de saberlo. Luego había regresado al interior, había vuelto a inspeccionar el mapa y se había dado cuenta del error: había confundido dos nombres parecidos de una lengua de los indios americanos, ambos relacionados con los demonios.

«Por culpa de mi SMS, he enviado a la policía al área de descanso equivocada».

A otra totalmente distinta, a treinta y cinco kilómetros más allá de Backbone Pass. Al otro lado del tráiler con remolque y dieciocho ruedas que había derrapado. Al final no vendría la policía. Seguía a kilómetros de distancia, inalcanzable, con las indicaciones equivocadas. Nadie acudiría a detener a Ashley y a Lars. Nadie acudiría a salvarlos.

Le entraron ganas de gritar.

Se dejó caer contra la puerta cerrada, notando cómo se le retorcían los dedos en el interior del marco. Otra sacudida de dolor, como si estuviera en una picadora de carne. Se sintió ingrávida, como en caída libre, desplomándose a alguna profundidad desconocida. Deseó que todo acabara.

«Nadie vendrá a salvarnos».

«Estamos solos».

«Nos van a matar por mi culpa...».

Ashley suspiró con aire petulante, como un niño frustrado, y entonces colocó la remachadora en la sien de Ed y apretó el gatillo...

—Para —dijo Darby con voz ahogada—. Para. Te diré dónde están las llaves, si... si me prometes que no le matarás.

—Te lo prometo —dijo Ashley.

Darby sabía que era mentira. Por supuesto que era una mentira. Ashley Garver era un psicópata. Las palabras y las promesas no significaban nada para él; era como intentar negociar con un virus. Pero Darby se vino abajo y se lo dijo de todos modos. La sala quedó en silencio absoluto, su voz era apenas un susurro quebrado.

—En la nieve... al otro lado de la ventana del baño. Las lancé por ahí.

Ashley asintió. Miró a Lars y luego a Jay. Después volvió a mirarla y frunció los labios formando una sonrisa infantil.

—Gracias, Darbs. Sabía que acabarías entrando en razón —dijo, llevando la remachadora a la frente de Ed de todos modos.

PUM.

04.55 h

—No la mates hasta que regrese con las llaves —ordenó Ashley a su hermano—. Tengo que asegurarme de que dice la verdad.

Cara de Roedor asintió mientras vertía gasolina por encima de los cadáveres de Ed y Sandi hasta dejarlos empapados. Se les oscureció la ropa, el pelo se les quedó resbaladizo y se formaron remolinos en la sangre del suelo. Unos vapores acres helaban el ambiente. Entonces vertió un rastro borboteante en el suelo en dirección a Darby, respirando por la boca mientras se le acercaba, alzando el bidón de gasolina con ambas manos.

Darby cerró los ojos, preparándose para lo que venía.

Más de tres litros gélidos le cayeron encima de golpe, le golpearon la nuca, le corrieron por los hombros y le dejaron el pelo adherido a la cara. Las gotas salpicaron la puerta detrás de ella y formaron un charco junto a sus rodillas, con una frialdad asombrosa. Gasolina en los ojos, en la boca, un sabor acre. Escupió en el suelo.

Lars retrocedió hasta el centro de la sala mientras sujetaba a Jay por el hombro. Dejó el bidón de gasolina y se oyó un chapoteo, pues todavía estaba medio lleno. Justo al lado, un rollo de papel absorbente y el ya familiar desinfectante Clorox. Ahora todo cobraba sentido.

«Lejía para descomponer sus pruebas de ADN. Papel para las huellas. Fuego para todo lo demás».

A Lars le colgaba una cosa blanca del bolsillo trasero cuando se inclinó para limpiar la encimera. Darby lo reconoció: el calcetín relleno que Ashley había lanzado al aparcamiento hacía horas, recuperado obedientemente por Lars. Los hermanos estaban ahora en modo limpieza y se dedicaban a la ardua tarea de eliminar todas las huellas forenses que pudieran relacionarlos con la masacre allí producida.

«Por eso las llaves son tan importantes —advirtió Darby sin capacidad de reacción—. Por eso Ashley no puede dejarlas aquí».

«Son una prueba».

¿Y lo peor de todo? Su claro optimismo estúpido. Esos hermanos no eran mentes criminales. Ni por asomo. Aunque redujeran a cenizas cada centímetro cuadrado del edificio, la policía de Colorado encontraría algo. Un pelo suelto. Una escama de la piel. Algo característico de la rodadura de los neumáticos del Astro. La huella de un pulgar en uno de los clavos de acero de Ashley. O incluso algún detalle circunstancial que relacionara a Sandi con ellos; algo que se les hubiera pasado por alto con las prisas por eliminarla antes de que se viniera abajo al ser investigada por la policía. Habían sido descuidados. Toda aquella trama de secuestro había sido ingenua y estúpida, y estaba prácticamente condenada al fracaso, pero no antes de costarle la vida a varias personas inocentes, y para Darby eso resultaba lo más ofensivo de todo.

Se apartó un mechón de pelo oleoso de la cara. Empapada de combustible, momentos antes de morir quemada, sabía que debería estar aterrada, gritando, histérica, pero no era capaz de hacer acopio de fuerzas. Se sentía cansada.

La puerta delantera chirrió: Ashley salía. Apenas quedaban unos segundos. Iría detrás de la oficina de turismo y encontraría su llavero en la nieve, y entonces la vida de Darby tendría tan poco valor como la de Ed y la de Sandi. Un clavo o un tiro en la cabeza si tenía suerte, y una cerilla prendida en caso contrario. Fuera como fuese, moriría allí, con la mano derecha chafada en una puerta, y luego los huesos se le ennegrecerían en aquella tumba abrasadora mientras Ashley y Lars escapaban con Jay. La oficina de turismo quemada resultaría una distracción útil hasta que las autoridades descubrieran los tres esqueletos del edificio siniestrado. Para entonces los hermanos Garver ya estarían a horas de distancia. Tiempo más que suficiente para desvanecerse en un mundo indiferente.

Pero quedaba un interrogante.

Una última pregunta acuciante.

«¿Qué van a hacerle a Jay?».

«Ashley había quedado aquí con Sandi para matarla y cortar toda relación. Pero ¿qué pasa con Jay? Si no es por el rescate... entonces ¿qué?».

En aquel momento, Jay se le acercó.

—No. No te acerques más. —Volvió a escupir—. Estoy empapada de gasolina.

Pero ella se le acercó de todos modos; sus pasitos crearon ondas en el charco oscuro, y se sentó en silencio en la rodilla de Darby. Acto seguido, enterró la cara en el hombro de la sudadera de Art Walk de Darby. La joven rodeó con el brazo sano a la hija arrebatada de sus padres y se acurrucaron ahí

las dos juntas, fundidas en un abrazo tembloroso y absortas en sus pensamientos, mientras los pasos de Ashley se alejaban cada vez más en el exterior.

—No me has dicho que se había muerto tu madre —susurró Jay.

—Sí. Acaba de pasar.

—Lo siento.

—Tranquila.

—¿Era mala contigo?

—No. Yo era mala con ella.

—Pero aun así ¿os queríais?

—Es... complicado —dijo Darby. Era la mejor respuesta que se le ocurría, y le partía el corazón. «Es complicado».

—¿Tienes... tienes bien los dedos?

—Están atrapados en una puerta. O sea que no.

—¿Te duele?

—Vamos a cambiar de tema.

—¿Te duele, Darby?

—Ahora me duele menos —mintió, mientras contemplaba cómo una segunda gota de su propia sangre, más gruesa que la primera, se deslizaba poco a poco por el marco de la puerta. Los vapores de la gasolina le nublaban la mente y manchaban sus pensamientos como si fueran acuarelas—. ¿Podemos... oye, podemos hablar un rato de tus dinosaurios?

—No. —Jay negó con la cabeza—. No quiero.

—Venga.

—No, Darby...

—Por favor, háblame de tu preferido, el Eustreptonoséqué...

—No quiero...

A Darby se le saltaron las lágrimas, precisamente entonces. Unos sollozos fuertes y que la atragantaban, como un ataque en el pecho. Se volvió. No podía dejar que Jay la viera.

Entonces Jay cambió de postura y Darby pensó que la niña se le acomodaba en el regazo, hasta que notó que algo le tocaba la palma izquierda. Pequeño, metálico, frío como el hielo.

Su navaja suiza. La había olvidado por completo.

—Luego —susurró Jay—. Luego te lo cuento.

Darby volvió a mirarla y comprendió con un destello silencioso. Esos ojos azules vidriosos le suplicaban: «Aquí tienes tu navaja».

«Por favor, no te rindas».

Pero era demasiado poco, demasiado tarde, porque la hoja de seis centímetros estaba mejor en manos de Jay que de ella. Con navaja o sin ella, Darby iba a morir en ese cuarto. Estaba atrapada, con la mano destrozada entre las bisagras de una puerta, y Ashley iba a volver para rematarla. Era cuestión de segundos.

—Deberías quedarte el cuchillo —dijo a Jay—. Para mí... para mí será un desperdicio. Ahora vas a salvarte tú. ¿Lo entiendes?

—No creo que pueda...

—Ahora todo depende de ti. —Darby contuvo las lágrimas y se devanó los sesos intentando recordar la distribución del Astro, susurrando para que Lars no la oyera—: Yo... bueno. Rompiste la jaula, así que probablemente te aten en la parte trasera, bajo la ventanilla. Pero intenta soltar un panel de la pared de dentro y, si llegas al interior, corta todos los cables que encuentres. Alguno quizá sea el de las luces de freno. Y si las luces de freno no funcionan, la policía quizá los pare...

Jay asintió.

—De acuerdo.

Posibilidades remotas dentro de posibilidades incluso más remotas. Todo era tan sombríamente fútil. Y la crisis adrenal de Jay era tan volátil como una granada de mano; cualquier tensión adicional podría provocar un ataque mortal. Pero Darby no podía ceder a la desesperación, le daba vueltas la cabeza, hablaba de forma atropellada.

—Si... si se descuidan, intenta apuñalar a uno en la cara. En los ojos, ¿vale? Una herida que precise atención médica, para que tengan que ir al hospital...

—Lo intentaré.

—Haz lo que haga falta. Prométemelo, Jay.

—Te lo prometo. —Los ojos de la niña brillaban por culpa de las lágrimas. Volvió a alzar la vista hacia la mano machacada de Darby en la puerta, incapaz de apartar la mirada—. Van... van a matarte por culpa mía...

—No, no es por eso.

—Sí, sí que lo es. Todo esto es por mí...

—Jay, esto no es culpa tuya. —Darby forzó una sonrisa a pesar del mareo—. ¿Sabes lo que tiene gracia? Ni siquiera soy buena persona. Normalmente no. Fui una hija pésima y pensaba pasar las Navidades sola. Mi madre creyó que tenía la gripe cuando se quedó embarazada de mí. Intentó matarme con Theraflu. A veces yo deseaba que lo hubiera hecho. Pero esta noche, en esta área de descanso, soy alguien bueno, y ni te imaginas lo mucho que eso

significa para mí. He resultado ser tu ángel de la guarda, Jay. He luchado por una buena causa. Y pronto me marcharé, y te quedarás sola y tendrás que seguir luchando. ¿Entendido?

—Entendido.

—Nunca. Dejes. De luchar.

Entonces, durante un instante, los vapores se dispersaron y Darby se aferró a una idea cristalina. Todo se le presentó con nitidez.

Alzó la vista hacia el horror de su mano derecha, a la parte superior de su dedo anular, machacado entre los goznes de la puerta. El dedo meñique, irreconocible de lo destrozado que estaba. Las gotas de sangre exprimida que recubrían la bisagra, al igual que la mermelada roja sobresale de un donut relleno.

Sabía que parecía inútil, pero no, había una última opción que podía intentar. Tal vez delirara por culpa de los vapores de la gasolina. Tal vez fuera mera fantasía. Pero quizá, solo quizá...

«No estoy atrapada».

«Solo tengo dos dedos atrapados».

Sería horrible. Sería un gesto desesperado, desagradable y desgarrador, y le dolería más de lo que alcanzaba a imaginar. Pero entonces lanzó una mirada hacia la silueta sombría de Larson Garver con su estúpido gorro de Deadpool, que había acabado de limpiar huellas y que estaba en el centro de la estancia apuntándola a ella y a Jay con su pistola del 45. Darby hizo una última promesa con los dientes apretados: «Te haré más daño todavía, Cara de Roedor. Te quitaré el arma».

«Entonces mataré a Ashley con ella».

«La niña va a volver a casa».

«Esta noche».

—Tengo una idea —susurró a Jay, escondiendo la navaja suiza bajo la palma sana—. Una última idea. Y voy a necesitar tu ayuda.

Lars las vio susurrando.

—Eh. —Alzó la Beretta—. Dejad de hablar.

Darby murmuró algo a Jay al oído y la niña asintió enseguida. A continuación se levantó y se hizo a un lado con silenciosa determinación. Entonces Darby clavó la vista en él con expresión dura.

—Deja de mirarme.

Darby no le hizo ningún caso.

—Gírate. Ah, mira al suelo. —Hizo ademán de empujar la pistola hacia ella para dar énfasis a sus palabras, pero ella ni se inmutó. La pistola había dejado de ser una amenaza. Se había convertido en un accesorio. A Darby ya no le daba miedo.

Lars apuntó, pero llevaba todo el rato apuntándolas; ¿cómo conseguir parecer más amenazador? Intentó amartillarla con el pulgar, como en las películas, pero el percutor ya estaba amartillado. Ya estaba en modo individual porque ya la había disparado. A ella. Cinco veces.

Darby seguía mirándole de hito en hito, haciendo que se le retorcieran las entrañas. Había algo en su mirada. Algo había cambiado. Darby fue deslizándose muy lentamente hacia delante, juntó las rodillas y se levantó retorciendo la mano lisiada detrás de la espalda. Los mechones de pelo oscuro se le adhirieron a la cara al levantarse, como en una película de miedo que había visto en la que un fantasma japonés emergía del suelo empapado.

Lars titubeó y volvió la vista hacia la puerta.

—Ashley —gritó hacia la noche oscura—. Yo... ¿Has, eh... encontrado ya las llaves?

No hubo respuesta.

Su hermano mayor estaba demasiado lejos para oírlo. Se planteó ir al baño de hombres y gritar por la ventana reventada, pero para eso tendría que colocarse de espaldas a ellas.

—¡Ashley! —volvió a gritar retrocediendo, por lo que chocó contra la máquina expendedora rajada—. Algo... eh... algo ha cambiado. Ella me está mirando.

Tenía ganas de dirigirse a la puerta delantera, pero para eso también tendría que darle la espalda a Darby, lo cual le atemorizaba. Estaba claro que ella estaba ahí encerrada, con los dedos atrapados en una puerta, pero por algún motivo no se atrevía a perderla de vista. Con la mano sana intentaba alcanzar algo, un pequeño panel de plástico de la pared, al que no había prestado atención en toda la noche, hasta ese preciso instante...

Se percató de que se trataba del interruptor de la luz cuando la sala quedó a oscuras.

—Ashley. —Habló con voz trémula.

La oscuridad perfecta.

Lars se arrodilló en el suelo y lo palpó para ver si encontraba la linterna de su hermano. La encontró con las yemas de los dedos junto al bidón de gasolina, la golpeó y se le escapó rodando. La persiguió con el corazón

palpitante, encendió la linterna y apuntó la luz blanco azulada a la puerta del cuarto de mantenimiento.

Se sintió aliviado al ver que Darby seguía allí junto con Jay, las dos iluminadas y mirándole con ojos entrecerrados. Por supuesto que sí. ¿Por qué se había asustado tanto? Estaba harto de aquello. Tenía ganas de disparar ya a Darby. Ahora mismo. Y prender fuego al dichoso edificio con Ashley y acabar con esa noche infernal, y llegar a casa de tío Kenny y matar a unos cuantos gusanos en *Gears of War*.

—Ashley. —Habló con voz ronca—. ¿Puedo matarla ya?

No hubo respuesta.

Solo el chirrido del viento en el exterior.

—Ashley, por favor, ¿puedo...?

Jay se movió de repente, le sobresaltó y caminó alrededor del perímetro de la sala a oscuras. Lars la apuntó con la Beretta, y con la linterna, siguiéndola como si fuera un reflector mientras la niña pasaba junto a los cadáveres de Ed y Sandi, más allá de la ventana con barricada.

—Jaybird, eh, ¿qué estás haciendo?

La niña no le hizo ningún caso y se paró en el umbral. Entonces cogió la puerta delantera.

La cerró de un empujón.

—Jaybird. Para. —Se volvió hacia Darby y la apuntó con la linterna. Ahora dividía la atención entre las dos chicas de la sala a oscuras, Darby a su izquierda y Jay a su derecha. Solo podía iluminar a una cada vez.

Aquello no le gustaba. Nada de nada.

Oyó un clic detrás de él y se dio la vuelta de repente apuntando el haz de luz: Jay estaba de puntillas corriendo el pestillo. Cerrando la puerta por dentro. La niña se volvió para mirarlo, entrecerrando los ojos ante el resplandor, y él reconoció la misma expresión aterradora que había visto en Darby. Sí, las dos estaban metidas en eso, una broma velada que Lars no pillaba. Era normal. Nunca pillaba los chistes. La mayoría de las veces eran sobre él.

El vacío doloroso que notó en el estómago le indicó que ese también iba sobre él. Como el momento antes de que Ashley lanzara a la gata Rayitas a la hoguera dos veranos atrás: «Oye, hermanito, ¿quieres ver una estrella fugaz?».

—Jaybird —repitió.

No hubo reacción.

—Jaybird, vas a... ah, vas a recibir una tarjeta roja cuando Ashley vuelva —aseveró mirando hacia la izquierda, a la puerta del cuarto de mantenimiento, apuntando con la linterna de nuevo a Darby...

Había desaparecido.

Solo la puerta. Un reguero de sangre. Y un trozo de carne machacada encajada todavía en la puerta, como el interior jugoso de una hamburguesa poco hecha; el cerebro lento de Lars tardó medio segundo en darse cuenta de lo que pasaba en realidad, de lo que significaba, de lo que acababa de suceder y de lo que estaba por venir...

Darby golpeó de lado y con fuerza a Cara de Roedor y la linterna salió disparada hacia la zona sin luz. No era momento para temer. Gritó de dolor y por la descarga de adrenalina, una sensación cruda, oscura y salvaje.

Se colocó bajo el brazo derecho de Lars, debajo de la pistola, y la apartó de un golpe. Chocó contra el expositor de folletos. Tenía una posibilidad, una posibilidad apremiante, además de tener la navaja suiza de su padre en la mano izquierda («¡Felicidades por la graduación!»), la hoja casi roma, aunque lo bastante afilada, después de haber serrado los barrotes de la jaula para perros de Jay, y Darby se la clavó directamente en la nuez.

La navaja penetró en la garganta de Larson Garver.

A Darby le salpicó sangre en la cara. En los ojos, en la boca. El sabor de las monedas húmedas. Lars le asestó medio golpe con la mano, con las uñas afiladas le arañó la mejilla, pero él se dirigía a su propio cuello. Quería contener la hemorragia.

Movió también la otra mano. Casi cegada por la sangre de Cara de Roedor, Darby captó una imagen intermitente, una mancha que se movía... una pistola.

Jay gritó.

La pistola del 45 negra. Presa del pánico se dio cuenta de que en realidad no la había soltado, el traqueteo que había oído debió de ser de la linterna, y Lars seguía teniendo el arma en la mano cerrada y giraba la boca hacia el vientre de ella...

«Pistola, pistola, pistola...».

Ashley se había arrodillado para recoger las llaves de la nieve cuando oyó un solo disparo procedente del interior del edificio. Como un trueno atrapado, amortiguado por las paredes y las puertas planas. No se lo podía creer.

«¿En serio?».

Exhaló un suspiro.

—Maldita sea, hermanito.

Iluminó rápidamente el llavero con la linterna del móvil, sí, ahí estaba. La dichosa llave del trastero de Sandi, plateada, circular, con un pequeño A37 grabado, de lo más corriente. Había encontrado el llavero medio enterrado en la nieve allí donde había aterrizado, a diez metros de la ventana del baño.

Darby había dicho la verdad, más o menos.

Y él lo agradecía. Si hubiera mentido y Lars le acababa de volar los sesos, dejarían atrás una mina de oro forense de huellas perfectamente conservadas. Y nunca tendrían acceso a las inyecciones de esteroides de Jaybird, lo cual significaba que lo más probable era que la niña muriera mucho antes de llegar a su destino. Y entonces todo —aquel desastre absoluto, la alerta AMBER en California, la participación más que probable del FBI, los asesinatos de Sandi, Ed y Darby—, todo, sería una pérdida de tiempo sin ganar un solo centavo. Todo porque el dulce y querido Lars se puso nervioso y disparó a Darby sin permiso.

«Menos mal que ha dicho la verdad».

Ashley se guardó el llavero tintineante en el bolsillo, levantó la remachadora sin cables de la nieve y volvió corriendo a la entrada.

—Larson James Garver —aulló mientras corría, exhalando un aliento enfurecido—. Te acabas de ganar una tarjeta naranja...

Darby forcejeó para hacerse con el control de la pistola.

Entonces Cara de Roedor se puso a la defensiva, se tambaleó hacia delante —la sangre caliente le bombeaba desde la yugular hasta el corazón acelerado— e intentó desesperadamente quitarse a Darby de encima, ganar la distancia suficiente para controlar la Beretta.

Darby no le dejaba. Sujetaba el arma, tenía los dedos resbaladizos alrededor de la misma, bien cerrados. Entonces se dio la vuelta, cambió de dirección y se zafó de Lars, en el sentido contrario de las agujas del reloj, girando la pistola contra las articulaciones de los nudillos de él. Lars era más alto y más fuerte pero Darby más lista, y sabía cómo aprovechar la inercia contra él...

En el interior del seguro del gatillo, notó el chasqueo del dedo índice de él.

Como una pequeña zanahoria.

Lars gritó con los dientes apretados. Emitió un silbido húmedo; el aire se le filtraba por el orificio de la tráquea. La sangre le brotaba formando burbujas independientes. Los dos daban vueltas, como en un tango, con las manos clavadas en el arma, chocaron contra el borde del mostrador de café, volcaron sillas, dispararon al techo, CRAC, CRAC, CRAC, y desprendieron trozos de yeso, hicieron explotar un fluorescente, hasta que el pasador de la pistola se vació y el gatillo quedó flojo.

Chocaron contra el mapa de Colorado, sin que ninguno de los dos soltara la Beretta.

Lars la soltó, porque sabía que estaba vacía.

Darby resistió, sabiendo que todavía era útil, y le asestó un golpe con ella en los dientes. Lars se tambaleó alejándose de ella y sujetándose el cuello, pero tropezó con los cadáveres de Ed y Sandi. Entonces Darby se colocó encima de Cara de Roedor y le golpeó una y otra vez, una y otra vez. Le dio una paliza con la empuñadura de aluminio de la pistola. Le asestó un golpe especialmente certero y Lars notó cómo se le rompía el pómulo con un crujido carnosos.

Él la apartó de una patada y se separaron.

Darby se deslizó hacia atrás en el suelo resbaladizo mientras la Beretta vacía hacía ruido. Intentó ponerse de pie, pero resbaló. Gasolina por todas partes. Se apoyó en las palmas, medio cegada, parpadeando para quitarse la sangre de los ojos. El bidón de gasolina se había volcado durante la refriega y estaba de lado, haciendo gluglú mientras vertía su contenido. Cerca del bidón vio su navaja suiza, una sombra dentada que giraba en las baldosas.

La cogió.

Lars gateó para alejarse de ella, hacia la puerta cerrada con cerrojo. Pero no lo bastante rápido. Gemía palabras con voz pastosa, algo desesperado, con una mezcla de lágrimas y sangre.

—¡Ashley, Ashley, máatala, máatala...!

«No va a pasar».

«Esta noche, no».

—Mátala, por favor...

Darby le alcanzó y alzó la navaja muy por encima del cráneo de Larson Graver, el metal lanzó destellos reflejando una luz led. Las palabras que había pronunciado hacía unas horas resonaron de nuevo en su cabeza —«Le cortaré el cuello si hace falta...»—, y miró de reojo a Jay, que estaba al otro lado de la sala.

La niña observaba la escena, sobrecogida.

—Jay —dijo Darby jadeando—. No mires.

Ashley giró el pomo de la puerta: cerrada.

—Lars —dijo jadeando—. Abre la puerta.

No hubo respuesta.

Miró por la ventana delantera, pero seguía bloqueada por la mesa que Ed había volcado. No había acceso. Atisbó por el hueco y no vio más que oscuridad: las luces estaban apagadas. Nervioso, volvió a la puerta delantera, pero tropezó con la nieve amontonada y casi se le cayó la remachadora.

—Lars —llamó. La saliva se le helaba en el mentón—. Por favor... hermanito, si estás vivo ahí dentro, di algo.

Nada.

—Lars.

Esos disparos contundentes repiquetearon en su mente: resonaban como consecuencia del pánico que le embargaba. ¿Por qué iba Lars a lanzar una ráfaga de disparos? Aquello no habían sido tiros controlados sino el sonido de la desesperación. «Dispara y reza», le llamaban. Así pues, ¿qué pasaba ahí dentro?

Seguía sin haber respuesta.

Retrocedió y dio una patada a la puerta. El marco crujió, pero el cerrojo no cedía.

—Lars, no estoy enfadado —dijo con preocupación—, ¿de acuerdo? Respóndeme...

Le interrumpió una voz.

No era la de su hermanito.

Sino la de Darby.

—Ahora no puede hablar —respondió ella—, porque le he cortado el cuello.

A Ashley le flaquearon las rodillas. Durante unos instantes de furia sintió un cortocircuito en el cerebro y se olvidó del cerrojo y volvió a girar el pomo.

—Estás... no, mientes. Sé que mientes...

—¿Quieres saber sus últimas palabras?

—Más vale que estés mintiendo...

—Gritó tu nombre antes de que lo matara.

—Darby, te juro por Dios que si de verdad has matado a mi hermanito ahí dentro, despellejaré a Jaybird...

—A ella no la vas a tocar —declaró Darby, endureciendo las palabras con una certeza escalofriante—. Ahora tengo la pistola y tú eres el próximo.

Ashley dio puñetazos en la puerta.

Un rayo de dolor desgarrador le explotó en el puño. Un eco tintineante le palpitaba antebrazo arriba. Era un error, un error garrafal, y apretó los nudillos, el aliento se le arremolinaba entre los dientes rechinantes, las lágrimas calientes se le agolpaban en los ojos.

Roto. Como mínimo fracturado.

Gritó. Algo que no recordaría. Empezó, tal vez, siendo el nombre de Lars, pero se convirtió en un sinsentido aullado. Tenía ganas de golpear la puerta, una y otra vez, romperse la otra mano, darse cabezazos contra la puerta, destruirse a sí mismo contra un objeto inamovible. Pero eso no solucionaría nada.

Más tarde. Ya lloraría su pérdida más tarde.

Se apoyó en la puerta, con la frente contra el frío metal, para controlar su respiración. Todavía no estaba todo perdido. Seguía en esa lucha. Todavía tenía la remachadora sin cables en la mano sana. Y un montón de clavos de acero de dieciséis *pennies*, comprados de segunda mano y sin huellas, apilados en el cartucho. Preparados para su trabajo. El frío todavía no había debilitado la batería. El indicador verde seguía encendido.

«Muy bien, Darby».

«Has perdido a tu madre. Yo he perdido a mi hermano pequeño». Su sufrimiento de esa noche presentaba una simetría embriagadora. Dos almas heridas, tambaleantes por la pérdida, las dos con las manos lisiadas, combinadas con un dolor de lo más crudo...

«Es nuestro baile, tú y yo».

Todavía notaba el sabor de sus labios de cuando la había besado en el baño. Nunca lo olvidaría. La acidez dulzona del Red Bull, el café y las bacterias de su dentadura. La sencillez de todo eso, la autenticidad de una chica guapa con mal aliento.

«Somos los gatos del reloj».

«Yo soy Garfield. Tú eres mi Arlene».

«Y agárrate fuerte, porque esta es nuestra sombría danza en círculos».

Se serenó, puso en orden sus pensamientos, con los nervios a flor de piel.

—Muy bien, Darbs. ¿Quieres pelea? Pues la tendrás. Voy a entrar ahí como sea y os daré una tarjeta roja a las dos, y por cierto, zorra... —recuperó el aliento—. He contado los disparos. Sé que tienes la pistola vacía.

.45 AUTO FEDERAL, rezaba el borde dorado. El cartucho que Darby había llevado toda la noche en el bolsillo, desde que Jay se lo diera. Ahora lo tenía en la mano, rodando en su palma temblorosa.

Lo introdujo con el pulgar en la recámara de la pistola negra de Lars, con una sola mano, y dejó que la corredera golpeteara hacia delante y accionara el muelle con un estallido de energía.

Jay la miró.

El mecanismo de la pistola estaba cerrado. El percutor estaba echado hacia atrás. Ahora estaba lista para disparar. Darby no sabía por qué estaba tan segura, pero lo estaba. Las pistolas tenían un funcionamiento intuitivo. Lo sentía.

—Lars —aulló Ashley desde el otro lado de la puerta—. Hermanito, si sigues vivo ahí dentro, por favor, por favor, máta la ya...

Darby se deslizó rápidamente por el suelo húmedo hasta Jay y le dio un fuerte abrazo.

—Ya casi está —dijo—. Esta noche está a punto de acabar.

«Un hermano abatido y otro a punto».

Jay estaba pálida y observaba la situación horrorizada.

—Tu mano...

—Lo sé...

—Tu dedo...

—Está bien.

Todavía no se había mirado la mano derecha. Le aterraba hacerlo, pero entonces se armó de valor durante una fracción de segundo, y enseguida apartó la vista. Lanzó un grito ahogado.

«Dios mío».

Se atrevió a volver a mirar la herida con la vista empañada por las lágrimas. Tenía bien el pulgar, el índice y el corazón. Pero el dedo anular estaba en carne viva. La uña estaba esquirolada, medio suelta y sobresalía hacia arriba como si fuera un copo de maíz. Y el dedo meñique no estaba. Desde el primer nudillo hasta el final. Desaparecido, muerto, cortado, ya no formaba parte del cuerpo de Darby Thorne. Seguía en el interior de la bisagra de la puerta del otro lado de la sala, machacado e irreconocible...

«Dios mío, Dios mío, Dios mío...».

Curiosamente, el hecho de sacar la mano de allí no le había dolido lo más mínimo. Se había soltado con un par de giros rápidos en el sentido de las agujas del reloj. Apenas una especie de malestar borroso, atenuado por la adrenalina. Pero ahora perdía sangre con rapidez, iba soltando un hilo

continuo que caía cálido por la muñeca e iba dejando círculos emborronados en el suelo. Se la tapó con la otra mano. Ya no podía seguir mirándosela.

Tal como Ed había dicho hacía unas horas: «Cuando tienes por delante un almuerzo con la dama de la guadaña, ¿qué más dan unos cuantos huesecillos y tendones?».

Y más voces que recordaba a medias, retorcidas y de tres al cuarto, que le llegaban en un remolino nauseabundo: «¿Sabes cómo cortar a una chica por la mitad?».

«Soy un hombre mágico, Lars, hermano».

«Cuando se me cae la tostada, por así decirlo, la mermelada siempre queda arriba...».

Medio mareada, buscó el botiquín en el suelo y dejó las huellas de sus manos pegajosas y rojas, mientras manoseaba las jeringuillas y las cajas de tiritas. Buscaba la gasa gruesa, pero ya no quedaba. Sandi la había acabado.

—¿Pueden...? —Jay vaciló.

—¿Pueden qué?

—Pues eso... ¿reenganchar dedos?

—Sí, seguro que sí —repuso Darby, intentando parecer tranquila. Se preguntó cuánta sangre había perdido ya y cuánta más podía permitirse el lujo de perder.

No esperaba encontrar gasa estéril, pero al lado de la lejía encontró algo mejor: el rollo de cinta aislante de Lars. Arrancó un trozo con los dientes y lo puso alrededor de la mano derecha. Se envolvió los tres dedos juntos formando un bloque prieto y dejó el pulgar libre.

Así contuvo la hemorragia. Pero tendría que disparar la Beretta con la mano izquierda. Nunca había disparado y encima era diestra. Confió en poder dar en el blanco. Solo tenía una bala.

Jay seguía observando la herida con sobrecogimiento mórbido y Darby se dio cuenta de que había empalidecido sobremanera. Gris, como un cuerpo dragado de debajo del agua.

—¿Y si...? ¿Y si no encuentran tu dedo en la puerta? Porque está demasiado chafado...

—Pues ya me volverá a crecer —dijo Darby, cortando con los dientes el último trozo de cinta aislante.

—¿En serio?

—Sí.

—No sabía que los dedos volvían a crecer.

—Pues sí. —Tocó la frente de Jay, igual que solía hacer su madre para saber si tenía fiebre, y notó que la niña tenía la piel fría. Húmeda y fría, como la cera de una vela. Intentó recordar: ¿cuáles eran los síntomas que Ed le había descrito? Niveles bajos de glucosa. Náuseas. Debilidad. Ataque, coma, muerte. Sus palabras fueron resonando por fragmentos: «Tenemos que llevarla al hospital. Es todo lo que...».

—Daaaaarby. —El marco de la puerta principal recibió un buen golpe y el cerrojo se sacudió—. Acabamos lo que empezamos...

—Está... —Jay se encogió—. Está tan enfadado con nosotras...

—Bien. —Darby salió disparada hacia la pared y levantó la pistola con la mano izquierda, apuntando hacia la puerta.

—No falles.

—No fallaré.

—¿Me prometes que no fallarás?

La pistola le temblaba en la mano.

—Te lo prometo.

Una bala en la recámara. Como un destino sombrío, la había llevado en el bolsillo toda la noche y por fin había llegado el momento de utilizarla.

La puerta emitió un sonido atronador mientras Ashley la pateaba de nuevo. Darby dio un respingo y rodeó el gatillo con avidez con el dedo. Quería disparar en ese mismo instante, a través de la puerta, pero sabía que resultaría arriesgado. Sabía dónde estaba él y más o menos lo alto que era, pero no podía contar con que la bala atravesara la puerta con suficiente fuerza como para matarle. No podía desperdiciar su única bala.

Tendría que esperar. Tendría que esperar a que Ashley Garver derribara la puerta y a que estuviera dentro con ellas para dispararle a bocajarro, entre los ojos, a una distancia desde la que resultara imposible fallar...

—Has disparado alguna otra vez, ¿verdad?

—Sí —mintió Darby.

El marco de la puerta se astilló. Una astilla larga de madera golpeó el suelo. Ashley aullaba en el exterior, mientras aporreaba la puerta con los puños preso de una rabia animal y salvaje.

—Pero este tipo de pistola... —Jay se estaba poniendo nerviosa—. Has disparado con una como esta, ¿verdad?

—Sí.

—¿Tienes buena puntería?

—Sí.

—¿Incluso con un dedo menos?

—Bueno, Jay, basta ya de preguntas...

PATAPUM. Un sonido agudo y neumático la interrumpió.

La ventana quedó hecha añicos detrás de la mesa que la bloqueaba y unas cuantas esquirlas se esparcieron por todo el suelo. Darby vio algo, algo que se movía en el hueco de quince centímetros que había entre la mesa y el marco de la ventana. Era naranja, romo, como un animal grande y bobo del exterior que asomara el hocico al interior. Darby tardó unos instantes en reconocer qué era en realidad.

«¡Coño, claro!».

Arrojó a Jay al suelo y le tapó la cara.

—¡Agáchate, agáchate...!

PATAPUM. El cristal de la máquina expendedora estalló en un sinfín de gránulos blancos. Las bolsas de Skittles y Cheetos cayeron al suelo.

La boca de la remachadora giraba, buscando la posición ideal. Los dos primeros clavos de Ashley habían ido demasiado alto, por lo que apuntó mejor. Prueba y error. Era exactamente el mismo hueco por el que Sandi había atisbado con anterioridad, que ahora se usaba contra ellas.

—Le odio —susurró Darby, rodando sobre su vientre y apartándose el pelo oleoso de la cara—. Cuánto le odio...

—¿Qué está haciendo?

—Nada.

—¿Nos está disparando clavos?

—No pasa nada. —Tiró de la muñeca de Jay para que se incorporara—. Venga, venga...

Se deslizaron hasta La Colina del Espresso y se refugiaron detrás del mostrador de piedra mientras, PUM, PUM, PUM, una acometida de metralla perforaba el ambiente, rebotando en el suelo, las paredes y el techo. La caja de bollería quedó hecha añicos. Los vasos de poliestireno brincaron. Una jarra resonó como un gong y golpeó el suelo a su lado y les salpicó agua caliente. Pero el mostrador y los armarios, una entrada de cuarenta y cinco grados, las protegía de la artillería directa de Ashley.

—¿Lo ves? —Darby dio una palmadita a Jay y miró si estaba herida—. Estamos bien.

—Has dicho que no nos estaba disparando clavos...

—Sí, bueno, mentí.

PUM, PUM. Dos impactos martillearon en la zona de la pared que tenían por encima y algo le hizo un corte a Darby en la mejilla. Fue como una picada de abeja de la que salió un chorrito de sangre caliente. Se agachó y protegió a

Jay de más rebotes, poniendo su cuerpo de escudo. Vio lágrimas en los ojos de la niña.

—No. No, Jay. No pasa nada. No llores...

PUM. Un clavo perforó el hombro de Ed Shaeffer y retorció su cuerpo en un rictus de horror blando y Jay gritó.

Darby sujetaba a la niña, haciendo caso omiso de la raja que tenía en la mejilla, acariciando el pelo oscuro de Jay, intentando desesperadamente que se mantuvieran unidas. «Oh, Dios mío, ya está. Esta es la última dosis de estrés que es capaz de soportar. Voy a contemplar impotente cómo se queda inmóvil y se muere...».

—Por favor, no llores, Jay.

La niña sollozó con más fuerza, hiperventilando, resistiéndose a la sujeción de Darby...

—Por favor, confía en mí...

PUM. Un clavo dio en un armario y las salpicó de virutas de madera.

—Jay, escúchame. La policía está al llegar —dijo—. Se han retrasado, pero seguro que vienen. Comprobarán todas las áreas de descanso de la carretera, sobre todo las que tienen un nombre casi idéntico. Nos salvarán. Solo tenemos que aguantar unos cuantos minutos más, ¿vale? ¿Puedes aguantar unos cuantos minutos?

Solo palabras. Nada más que palabras.

Jay seguía sollozando, con los ojos apretados, preparándose para otro grito, cuando, PUM, la caja registradora volcó y se estrelló junto a ellas; los botones del teclado se desperdigaron por el suelo como dientes caídos.

Darby sujetaba a la niña de siete años con fuerza entre tanta violencia, protegiéndole la cara de la metralla, intentando reducir su pánico. Darby estaba convencida de que se había acabado, de que era imposible que el sistema nervioso de Jay soportara ese trauma, pero entonces recordó una cosa. Afloró de entre sus recuerdos, la voz cálida de su madre junto al oído: «No pasa nada, Darby. Estás bien. No era más que una pesadilla».

«Lo único que tienes que hacer es...».

—Inhala —dijo a la niña—. Cuenta hasta cinco. Exhala.

PUM. El reloj de Garfield estalló desde la pared y las regó con trozos de plástico. Darby sacudió los escombros del pelo de Jay. Le tocó la mejilla y le dijo con voz calmada:

—Inhala. Cuenta hasta cinco. Exhala. ¿Lo haces por mí?

Jay tomó aire. Contuvo la respiración. Exhaló.

—¿Lo ves? Es fácil.

Jay asintió.

—Otra vez.

Volvió a tomar aire. Exhaló.

—Así. —Darby sonrió—. Sigues respirando y...

—Daaarby. —Ashley le dio una patada a la mesa, que cayó con estrépito al suelo, y la superficie se rayó. Unos picos de cristal roto salpicaron desde la ventana. Ashley resoplaba mientras empujaba—. Podrías haber sido mi novia.

Darby se puso de rodillas, mareada por culpa de los vapores de la gasolina, apartó los vasos de poliestireno caídos y apuntó la pistola negra de Lars por encima del mostrador. Alineó la mira pintada de verde con el dedo en el gatillo.

—No suelo ser así —bramó Ashley desde fuera—. ¿No lo entiendes, Darbs? No iba a matarte. Ni siquiera... Me refiero a que ni siquiera bebo ni fumo...

Jay hizo una mueca.

—Va... va a entrar.

—Sí. —Darby cerró el ojo derecho y apuntó con la Beretta—. Cuento con ello.

—Podríamos haber ido a Idaho. Juntos. —Ashley volvió a darle una patada a la mesa, haciéndola avanzar unos cuantos centímetros, soltando astillas. Su voz retumbaba en el ambiente presurizado—. ¿No lo entiendes? Podríamos haber ido a Rathdrum. Podríamos haber alquilado el *loft* que hay encima del garaje de mi tío. Yo haría trabajillos para Fox Contracting. Tú serías mi chica, y dejaríamos nuestras ciudades atrás, tú y yo, y te enseñaría el río en el que crecí y el caballete...

—¿Dice la verdad? —preguntó Jay.

Darby exhaló un suspiro.

—Creo que ni siquiera él lo sabe.

Ashley Garver, una criatura patética que llevaba muchas máscaras, y que ni siquiera sabía qué aspecto tenía debajo de ellas. Tal vez se le estuviera partiendo el corazón, incluso mientras descubría que tenía uno. O tal vez no fueran más que palabras.

—Podrías haber sido mi chica —gimió—, pero lo mandaste todo a tomar por culo...

Darby apuntó con la Beretta mientras la mesa seguía moviéndose. Pero todavía no podía disparar. Tendría que esperar. Tendría que esperar a que Ashley Garver resultara visible, hasta que hiciera chirriar la mesa hasta un

lado y saltara por encima a través de la ventana rota. Entonces y solo entonces podría...

«No».

Se quedó inmóvil, con el gatillo a medio apretar. El percutor hacia atrás, a una milésima de segundo de caer. Se le acababa de ocurrir algo más, algo horrible.

«No, no, no...».

El olor acre de la gasolina, intenso en su lengua. El bidón de combustible vertido ya se había vaciado por completo y había formado una fina capa sobre todo el suelo. El ambiente estaba repleto de vapores, las paredes perladas de sudor.

«Si disparo la pistola de Lars», advirtió con horror renovado, «la explosión podría encender los vapores del aire». La reacción en cadena incendiaría toda la sala. Ahí había quince litros vertidos. El suelo se convertiría en un mar de fuego borboteante, como soltar el mayor cóctel molotov del mundo. No habría ni la más mínima oportunidad de escapatoria. Darby tenía la sudadera empapada de gasolina, húmeda y adherida al cuerpo. Igual que la parka de Jay. Las dos morirían quemadas.

Disparar el arma ahí era un acto suicida.

Darby bajó la pistola.

—Mierda.

—Pero encima matas a mi hermano.

Ashley le propinó otra patada a la mesa. Exhaló de tal manera que pareció un aullido de lobo. La mesa se desplazó unos pocos centímetros más y golpeó contra el tobillo flácido de Sandi. Ashley ya casi tenía sitio para colarse por ahí.

Darby estuvo a punto de arrojar la pistola de lo rabiosa que estaba.

—Mierda, mierda, mierda...

Jay le tocó el hombro.

—¿Qué?

—Yo... —Darby se frotó los ojos para quitarse la sangre, reevaluando la situación, trazando nuevos planes a la desesperada—. ¿Sabes qué? Da igual. No volverá a tocarte. Te juro por Dios, Jay, que soy tu ángel de la guarda y Ashley Garver nunca volverá a hacerte daño, porque le mataré.

—Te mataré yo a ti. —Ashley dio otra patada—. Eres una zorra de mierda...

Darby se levantó y se limpió la gasolina de las manos.

—Escúchame, Jay. No estamos esperando a la policía. No estamos esperando que nos rescaten. Llevo esperando toda la puñetera noche y nadie me ha rescatado. Casi todas las personas en las que he confiado esta noche se han vuelto contra mí. Nosotras somos el rescate. Dilo, Jay: «Nosotras nos rescatamos solas».

—Nosotras nos rescatamos solas.

—Más fuerte.

—Nosotras nos rescatamos solas. —Jay se levantó con piernas temblorosas.

—¿Puedes correr?

—Creo que sí. ¿Por qué?

Darby tenía una idea más. Decir que era un intento desesperado era quedarse corto. Cogió un puñado de servilletas marrones del mostrador y las introdujo de cualquier manera en la tostadora de bagels. Bajó el émbolo. Hizo clic, como cuando se cierra la recámara de una pistola y, en el interior, las resistencias circulares de la tostadora empezaron a calentarse.

Jay observaba.

—¿Qué estás haciendo?

Sabía que tenía diez, veinte segundos quizá, hasta que las resistencias estuvieran al rojo vivo.

«Nos rescatamos solas y punto».

Cogió un vaso de café solo a medio beber, de Ed, quizá, frío desde hacía rato, y lo engulló en movimiento, apretando los dedos de Jay y corriendo hacia el baño. Cogidas de la mano. Corriendo hacia la ventana diminuta.

—No pares, Jay. No pares...

—¿Estás seguras de que los dedos vuelven a crecer?

—Sí.

Ashley entró a trompicones en la oficina de turismo. Saltó al interior apoyándose en la mano sana, con cuidado de no cortarse la palma con los cristales rotos, y tosió por el olor acre. Joder, qué fuerte era. El bidón de gasolina debía de haberse vertido y, mezclado con la lejía y el vapor del spray de pimienta de Sandi, había creado un ambiente realmente pernicioso.

Se frotó los ojos, que le escocían, apuntó la remachadora haciendo un movimiento de barrido de izquierda a derecha. Primero vio los cuerpos desplomados de Ed y Sandi cerca del mapa de Colorado. Las piernas

despatarradas con la inmodestia que provoca la muerte. La sangre se mezclaba con la gasolina formando intensos remolinos en el suelo.

Al lado de ellos, su hermano pequeño Lars.

«Oh, Lars».

Boca abajo. Tenía la cabeza de lado en un mar rojo, el pelo revuelto, los ojos todavía medio abiertos y somnolientos. La garganta, un tajo carnosos. La yugular cortada hasta el hueso; un dispensador de caramelos Pez humano.

El chico esquelético que había llevado un casco de excedente del ejército y botas de combate los primeros años de instituto, al que le encantaba la salsa ranchera en las célebres hamburguesas de queso de Famous Star, que había visto *Las brigadas del espacio* hasta que la copia en VHS llenó el reproductor de vídeo de lazos negros... había muerto. Muerto para siempre. Nunca jugaría al nuevo *Gears of War* en la Xbox One. Todo porque se había metido en el plan de secuestro fallido de una conductora de autobús. Porque entre las cerraduras cambiadas, la policía y la tormenta de nieve, la semana entera había descarrilado de mala manera.

Y, no obstante, todo habría sido manejable de no ser por Darby.

Darbs. Darbo. Esa fierecilla pelirroja de la universidad de Colorado en Boulder que había forzado la cerradura de su coche con un cordón de zapatos, nada más y nada menos, que había proporcionado una navaja a Jay y cambiado el rumbo de una noche ya de por sí volátil de manera irreversible. Ashley sospechaba que toda su vida había ido encaminada a esa confrontación. La de Darby también. Ella era su destino y él el de ella.

En un universo mejor, tal vez se habría casado con ella. Pero en este, tendría que matarla. Y, desgraciadamente, tendría que hacerle daño.

«Oh, Lars, Lars, Lars».

«Me vengaré por esto».

«Te lo prometo, me...».

Oyó un zumbido a su derecha y giró en redondo, apuntando con la remachadora, esperando ver a Darby y a Jaybird agazapadas detrás del puesto de café. Pero La Colina del Espresso estaba vacía. Acribillada de clavos, goteando gasolina, hecha un desastre por culpa de los vasos caídos y los fragmentos de plástico, pero vacía. No estaban allí.

Se dio cuenta de que la tostadora estaba repleta de servilletas marrones.

¿Era el ruido que había oído?

Una nube de humo gris formaba volutas desde las resistencias al rojo vivo de la tostadora. Emitía un crepitar mientras las servilletas se quemaban.

Ashley se pasó la lengua por el labio superior y notó el sabor del vapor de la gasolina. Entonces le encontró sentido a todo.

«Oh, venga ya...».

Una bola de fuego entró a toda velocidad por la ventana rectangular del baño y empujó una ráfaga abrasadora de aire presurizado. Darby saltó al exterior medio segundo antes del estallido y rebotó en una mesa de pícnic antes de aterrizar con fuerza en el suelo, por lo que se torció el tobillo izquierdo.

Notó un plop horripilante.

Jay, que iba unos pasos por delante, se volvió.

—¡Darby!

—Estoy bien.

Pero sabía que no era cierto. Notaba un palpitar ultradoloroso en el tobillo. Los dedos se le entumecieron al instante; sentía un intenso hormigueo dentro de la zapatilla, como dedos invisibles que le pellizcaran los nervios...

—¿Puedes andar?

—Estoy bien —repitió. Otra lengua de fuego bramó a través de la ventana rota por encima de ella y ahogó su voz. Una cortina de aire caliente le hizo caer de rodillas en la nieve.

La oficina de turismo quedó envuelta en llamas detrás de ellas, las lenguas de fuego arrojaban una columna de humo sucio. Ascendían hacia el cielo formando un remolino furibundo de ascuas resplandecientes. La envergadura y cercanía del fuego resultaban abrumadoras. Un calor pavoroso a su espalda, la succión aulladora del aire devorado. El olor a carbón del fuego vivo. La nieve se iluminó con una luz anaranjada como si fuera de día y los árboles proyectaron sombras huesudas.

Jay la cogió de la mano con fuerza.

—Venga, levántate.

Darby volvió a intentarlo, pero el tobillo se le dobló inerte bajo su peso. Otra ráfaga de dolor mareante. Avanzó renqueando.

—¿Está muerto? —preguntó Jay.

—No cuentes con ello.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no.

Darby se sacó la pistola de Lars de los vaqueros. No estaba segura de que Ashley estuviera en el interior del edificio cuando se había declarado el

incendio, pero confió en que su bola de fuego inesperada le hubiera quemado las cejas por lo menos. Pero ¿muerto? No. No estaba muerto porque todavía no lo había matado. Darby descansaría cuando le hubiera disparado la bala robada de calibre 45 en su sonriente cara de satisfacción. No antes.

—Espero que le hayas pillado —dijo Jay mientras el infierno se agrandaba a sus espaldas y convertía el mundo en un lugar neblinoso por culpa del humo bajo.

La luna había desaparecido. Los árboles se habían convertido en fantasmas de silueta recortada contra la niebla iluminada por el fuego. El Gran Diablo mantenía la silueta ennegrecida mientras ardía, una jaula de fuego envolvente alrededor de un epicentro de calor que partía los huesos.

Y entonces las ascuas resplandecientes descendieron como luciérnagas desde la oscuridad y rociaron la nieve que rodeaba a Darby y a Jay. Chisporroteaban en contacto con la nieve, cientos de meteoros diminutos que despedían soplos de vapor. Demasiado rápido para adelantarlos.

—Jay, quítate el abrigo.

—¿Por qué?

—Porque tiene gasolina. —Darby se quitó su sudadera de Art Walk y la arrojó a la nieve. Al cabo de unos segundos, una chispa la alcanzó y emitió unas llamas de color naranja azulado, como una hoguera.

Jay lo vio y se quitó el abrigo enseguida.

—¿Lo ves? Ya te lo dije.

Les cayeron más ascuas encima, más luciérnagas arrastradas por el viento, y Darby siguió a Jay dando paso tras paso con gran dolor. No podía parar. Aún tenía el pelo empapado de gasolina. Bastaba con una chispa descarriada. Había llegado demasiado lejos y luchado con demasiado empeño esa noche como para morir por culpa de una puta chispa.

Se apartó un mechón húmedo de la cara.

—El aparcamiento. Nos meteremos en Blue...

—¿Qué es Blue?

—Mi coche.

—¿Le has puesto nombre al coche?

—Pondré el motor en marcha para que no pases frío. Y... —Darby perdió el hilo mientras caminaban extenuadas en la oscuridad llena de humo, sin permitir que el siguiente pensamiento escapara de sus labios: «Y mientras tú te quedas sentada en el asiento del pasajero de Blue, yo iré a buscar a Ashley y le pegaré un tiro en la cara».

«Y acabaré con esto, de una vez por todas».

Jay giró el cuello para observar las llamas furibundas por encima de su hombro mientras corría, como si esperara que Ashley apareciera entre el destrozo.

—Tú... mataste a su hermano.

—Sí, es verdad.

Darby todavía no lo había acabado de asimilar: sí, hoy había matado a una persona. Había apuñalado a otro ser humano en el cuello, le había roto el dedo y el pómulo y le había cortado el cuello. Por gastada y mellada que estuviese, aquella navaja suiza había entrado tan bien como si cortara un trozo de carne (lo cual, estrictamente hablando, era lo que había hecho). Un asunto sucio y funesto. Y antes de que acabara la noche sabía que tendría que matar a otra persona más.

Jay se puso nerviosa.

—Quiere mucho a su hermano.

—«Quería», tiempo pasado.

—No va a estar muy contento contigo...

—Yo... —Darby se ahogó al soltar una risa ronca—. Creo que el barco ya ha zarpado, Jay.

«Uno más».

«Ya he matado a Beavis. Solo me queda Butthead».

Cincuenta metros más atrás, el edificio del Gran Diablo gemía como un monstruo que se revuelve en sueños. Las costillas ennegrecidas crujían y estallaban en el interior de la tormenta de fuego. La nieve derretida caía del tejado y formaba una nube de vapor ardiente.

«Entonces... entonces por fin podré descansar».

Habían llegado a los Niños de Pesadilla, esa docena aproximada de niños mordisqueados y congelados durante un instante de juego apocalíptico, enterrados hasta la cintura en la nieve, cuando Jay se detuvo señalando colina abajo y pinchándola con el dedo.

—¡Mira, mira, mira!

Darby se limpió la sangre de Lars de los ojos y también lo vio.

Faros.

Acercándose al carril de entrada del área de descanso de Wanapani desde la carretera. Unas luces grandes, de tamaño industrial, por encima de una matrícula curva y plateada que dibujaba un arco de esquirlas de hielo retroiluminadas. Por fin llegaba la primera quitanieves del CDOT.

Jay miró entrecerrando los ojos.

—¿Es... es para nosotras?

—Sí, es para nosotras.

Aquella visión tranquilizó a Darby y le hizo pensar que el mundo exterior seguía existiendo. Seguía estando allí, era real, estaba habitado por personas honestas que podían ayudar y, por todos los santos, casi había conseguido salir de esa pesadilla feroz y sanguinaria. Estaba a punto de rescatar a Jay. A punto.

Le fallaron las rodillas y cayó hasta quedar agachada en el suelo. Estaba llorando y riendo a la vez. Su rostro era una máscara tensa, y la cicatriz resultaba tan visible como una valla publicitaria. Le daba igual. Ahora estaba muy cerca. Observó cómo las luces amarillas flotaban acercándose en la oscuridad, como linternas gemelas. Oyó el traqueteo de un motor.

—Gracias, Dios mío. Oh, gracias, Dios mío...

Había perdido el teléfono, pero sabía que eran casi las seis de la mañana. Hacía nueve horas que había encontrado a esa niña encerrada en una jaula para perros, apestando a orina, en un monovolumen desatendido. Al cabo de una hora saldría el sol.

«Los equipos de mantenimiento viario han venido antes de lo previsto».

«O es que han recibido alguna orden especial de la policía, tal vez, en vista de un misterioso SMS relacionado con un área de descanso de nombre similar...».

—Darby. —Jay la sujetó por la muñeca alzando la voz presa del pánico.

—¿Qué?

—Le veo. Nos está siguiendo.

05.44 h

—Daaaaarby.

Sí, Ashley Garver las seguía, una sombra recortada contra el resplandor clamoroso. Ahora llevaba la remachadora en la mano izquierda. Tenía la derecha herida, encajada bajo la axila. Iba unos cincuenta metros por detrás de ellas: era una figura desastrosa con la ropa que apestaba a humo, y alzó la mano sana para limpiarse la boca.

Ashley estaba demasiado lejos para disparar.

La puntería de Darby era demasiado incierta y no podía desperdiciar su única bala. Así pues, ocultó la pistola en la zona lumbar, mientras la luz de los faros se intensificaba a medida que la quitanieves se acercaba resollando.

Un asesino que se les acercaba por detrás y la ayuda de una persona desconocida por delante; debería de haber resultado una elección fácil.

Jay tiró de ella.

—Vamos...

Y, en cierto modo, se dio cuenta de que... seguía siéndolo.

—Darby, vamos. Tenemos que correr...

—No.

—¿Cómo?

Darby asintió en dirección a su tobillo.

—Lo único que conseguiré será ser un estorbo. Corre tú.

Jay adoptó una expresión asustada.

—¿Cómo? No...

—Jay, escúchame. Tengo que pararle los pies. No puedo correr. Llevo huyendo de él toda la noche, toda la puta noche, y estoy harta.

Los faros ganaron en brillo y abrieron vías entre la niebla y el humo, proyectando sombras inhóspitas en la nieve resplandeciente. A Darby le provocó escozor en los ojos. Detrás, la sombra de Ashley Garver se tambaleaba cada vez más cerca, a apenas veinte pasos ahora. Pero seguía sin ser lo bastante cerca. Sujetó la Beretta con más fuerza.

—Tienes que correr.

—No.

—Corre —gritó Darby, con humo en la garganta—. Corre hacia los faros. Y dile al conductor que dé media vuelta a la quitanieves y que te lleve a un hospital.

La empujó hacia delante, pero Jay se resistió. La niña gritó, clavó los pies en el suelo, intentó golpear a Darby en el hombro, pero todo acabó convertido en un abrazo. Un abrazo tembloroso y doloroso bajo unas luces cada vez más intensas...

—Volveré —susurró Darby entre el cabello de la niña, y la meció—. Lo mataré y luego volveré contigo.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, Jay.

—Estás mintiendo otra vez...

—Te lo juro por el dedo meñique —dijo alzando la mano derecha envuelta con cinta aislante.

Jay hizo una mueca.

—No tiene gracia.

Algo cortó el aire por encima de sus cabezas y tiró de un mechón de pelo de Darby. Lo primero que le vino a la cabeza fue «metralla», pero lo pensó bien. Era un clavo, un proyectil de acero que le pasó rozando el cuero cabelludo. Ashley arrastraba los pies en dirección a ellas, pero continuaba sin estar lo bastante cerca como para que Darby arriesgara su única bala.

Todavía no.

Apartó a la niña, en dirección a los faros.

—Ahora corre.

Jamie Nissen dio dos pasos temblorosos en la nieve y miró hacia atrás con los ojos inundados de lágrimas ardientes.

—No falles.

—No pienso fallar —dijo Darby.

Entonces se volvió para situarse frente a Ashley.

«No pienso fallar».

Ashley se quedó perplejo al ver que se separaban: Jaybird corría hacia la quitanieves que se acercaba y Darby dio media vuelta para encararse a él.

Ahora estaban a veinte pasos de distancia.

El puño derecho de Ashley palpitaba de dolor, como si lo tuviera lleno de gravilla. Notaba tensa la piel de las mejillas y la frente y le cosquilleaba, como quemada por el sol. Tenía los labios agrietados, partidos, y le supuraban

hacia el mentón. Apestaba a piel y pelo quemados, despedía un olor denso y grasiento que formaba volutas de humo. Su anorak North Face se le había derretido de forma extraña en la espalda y colgaban unos hilos fundidos.

Pero, joder, estaba vivo. No había descanso para los malvados, ¿verdad? Y esa noche se sentía jodidamente malvado. Le había partido el cuello a una mujer solo con las manos y había matado a un hombre inocente acribillándolo con clavos. Sería un material fabuloso para un capítulo de *Forensic Files*. Para hacer todo eso y luego lanzarse por una ventana de un edificio en plena explosión y sufrir solo quemaduras de segundo grado había que tener una suerte demoníaca. La tostada había vuelto a caer con la mermelada hacia arriba, sin duda.

Entonces se dio cuenta de que Darby se le acercaba cojeando. Se alejaba de las luces brillantes que denotaban seguridad. Se alejaba de toda esperanza de escapar.

Iba hacia él.

Contuvo una risa que sonó a ladrido. Tal vez... tal vez se había vuelto un poco loca, también, en aquella noche convertida en una olla a presión. No la culpaba. Ni siquiera estaba convencido de poder odiarla; su cerebro era un subidón potente de glucosa, un cóctel de sentimientos confusos hacia aquella zorra tenaz. Pero dejando de lado los sentimientos, todavía tenía que mostrarle una tarjeta roja por haber matado a su hermano pequeño, así que alzó la remachadora en dirección a Darby, entrecerró los ojos para ver entre el humo caliente y disparó de nuevo.

Un clic hueco.

«¿Qué?».

Volvió a apretar el gatillo... Otro clic. Se quedó horrorizado al ver que la luz de la batería de la Paslode emitía un parpadeo rojo apremiante. Descargada por el frío. Al final, al final había ocurrido.

—Oh, mierda...

Alzó la vista de nuevo. Darby seguía acercándosele, aproximándose a él como su ángel de la muerte particular, cojeando, pero con una calma sobrecogedora, inhumana. Y se dio cuenta de otra cosa. Llevaba algo en la mano que se balanceaba a su lado, que quedaba oculto detrás de la cadera, una silueta angular, entrevista...

La Beretta de Lars.

«No». Se le disparó la mente. «No, es imposible...».

Jay corrió hacia los faros agitando los brazos.

El quitanieves paró, las enormes ruedas quedaron inmobilizadas, patinaron hacia un lado cuando los frenos neumáticos emitieron un chirrido agudo. Quedó rodeada por la luz, que iluminó la nieve a sus pies, más brillante que la luz del día. No veía nada más. Solo esos dos soles gemelos, desmesurados.

Gritó... algo que no volvería a recordar.

El motor emitió una especie de resoplido. La puerta de la cabina se abrió. El conductor era mayor que su padre, llevaba barba, una gorra de los Red Sox y tenía barriga cervecera. Saltó y corrió hacia ella, sin aliento, y gritó algo.

Ella también se había quedado sin aliento y había caído de rodillas en la nieve. Él la alcanzó, una sombra negra que daba fuertes pisadas en los haces de luz, y el motor de la quitanieves emitió otro resoplido. Como el del pastor alemán de su tía. El hombre la cogió por los hombros, acercó su rostro peludo al de ella y, con un aliento que apestaba a Dr Peeper, la acribilló a preguntas.

—¿Estás bien?

Jay se había quedado sin respiración. No podía hablar.

—¿Qué ha pasado?

Colina arriba, el tejado de la oficina de turismo se hundió por efecto de las llamas, fue un estruendo de madera devastador que lanzó más luciérnagas a la noche. El hombre alzó la vista hacia él y luego volvió a mirar a la niña, poniéndole sus manos ásperas en las mejillas.

—Ahora estás a salvo...

Jay quería hablarle de Ashley, de Darby, de la remachadora, de la batalla a vida o muerte que se producía a poca distancia más arriba. Pero no tenía palabras. No era capaz de ordenar ningún pensamiento. Volvía a tener la mente como una gelatina. Empezó a llorar de nuevo y él la estrechó en sus brazos y la meció, y el mundo se vino abajo.

Él se puso a susurrarle, como si fuera un cántico:

—Estás a salvo. Estás a salvo. Estás a salvo...

«Darby», quería decir Jay.

«Darby no está a salvo...».

Y entonces lo vio... Una palpitación roja y azul iluminó los árboles. Detrás de la quitanieves, parado con el parachoques tocando el vehículo, había un coche patrulla. Gracias al brillo de los faros traseros del camión, leyó el rótulo del lateral de la puerta.

PATRULLA VIARIA.

Ashley Garver corría como alma que lleva el diablo.

«Imposible. He contado los disparos».

«La Beretta está vacía».

Se lo repitió una y otra vez, pero aun así no era lo bastante valiente para darse la vuelta y airear el farol de Darby. En vez de hacerlo, volvió corriendo a su Astro aparcado, donde sabía que había dejado una segunda batería traqueteando en el interior de la caja de la Paslode. Por lo menos podía recargar la remachadora y luego decidir cómo lidiar con la nueva situación.

Tropezó con un montículo de nieve, e hizo una mueca de dolor ante la perspectiva de recibir un disparo y una bala en la columna que nunca lo alcanzó.

Llegó al Astro. No estaba cerrado con llave. Abrió la puerta. Rebuscó en el interior, palpó debajo del asiento del pasajero, derribó la estúpida maqueta del avión A10Warthog del salpicadero y abrió la caja rígida de la Paslode. Dos pestillos que correr con dedos temblorosos.

Había oído que Lars disparaba cuatro tiros durante la refriega. Estaba convencido de eso. Uno, dos, tres, cuatro. Más los cinco tiros que había disparado a la furgoneta de Sandi, sumaban nueve. La Beretta contenía ocho en el cartucho individual más uno en la recámara. ¿Cómo era posible que Darby hubiera encontrado otro cartucho del calibre 45? En el suelo del monovolumen, quizá; recordó que Lars había abierto la caja de Federal boca abajo y había dejado caer cincuenta balas que repiquetearon por el suelo...

Al final abrió la caja con rapidez. La tapa golpeó contra la guantera.

La primera caja de baterías estaba vacía, así que cogió otra. Arrancó la cinta. La dejó caer en su palma. Abrió el panel de la trampilla, extrajo la batería gastada...

Se quedó petrificado.

No había oído nada pero, de alguna manera, lo sabía. Algo que tenía que ver con la manera como se le había erizado el vello del cuello, como por efecto de la electricidad estática...

«Está detrás de mí».

«Ahora mismo».

Se volvió poco a poco, muy poco a poco y, efectivamente, ahí estaba Darby.

Le había alcanzado, de pie ante la puerta del conductor del Astro abierta. Le apuntaba sujetando la Beretta Cougar con las manos entrelazadas. Había regalado esa pistola a Lars hacía seis meses y ahora le apuntaban con ella al corazón. Increíble de cojones. Ahí estaba ella, la chica que había intentado

estrangular con una bolsa de Ziploc hacía seis horas, en un intento de vengarse. Un ángel de la muerte de nueve dedos y alas negras. Estaba ahí por él, empapada de sangre de su hermano, con la piel sudorosa resplandeciente por el fuego.

—¿Qué ibais a hacerle a Jay? —preguntó Darby—. Dímelo.

—¿Qué? ¿En serio?

Darby apuntó más arriba, pasando del pecho a la cara.

—En serio.

—Vale. —Ashley se acomodó en el asiento del pasajero con la remachadora escondida detrás de la espalda—. Solo... ¿Sabes qué? Bueno. ¿Lo quieres saber? No tiene nada de especial. Tenemos un tío ahí arriba en Idaho, le llamamos Gordo Kenny, que dijo que me daría diez mil dólares por una niña sana, más el diez por ciento. Lleva una pequeña red en el refugio para ciclones de su casa para algunos camioneros de fuera del estado. Tipos grandes que llevan tráileres largos, jornadas de veinticuatro horas, lejos de sus esposas, tíos con... eh..., ya sabes. Apetito.

Darby no parpadeó. Siguió apuntándole con la Beretta y la cicatriz blanca se le marcó en el entrecejo. Curvada, como una hoz.

—Sí, es una guarrada y no es lo mío, pero necesitaba recuperarme de alguna manera. —Ashley seguía hablando, ganando tiempo, mientras con la mano derecha buscaba el lugar donde se insertaba la batería de recambio de la Paslode. Entonces la cargaría y sorprendería a esa zorra con un clavo en la cara—. O sea que sí, te mentí, Darbs, cuando te prometí que no era un asunto de sexo. Se suponía que iba a ser un secuestro y punto, pero entonces la policía sospechó de Sandi y tuve que cambiar el plan, y ahora es un tema definitivamente, absolutamente, un millón por ciento un tema de sexo, y lo siento.

A su espalda, tocó la batería de la Paslode con la yema de los dedos, a ciegas —«Ahí está»—, y cerró la mano a su alrededor.

—¿Cómo se llama? —preguntó Darby.

—Kenny Garver.

—¿Dónde vive?

—En Rathdrum.

—Dirección.

—Black Lake Road 912. —Ashley deslizó la batería en la remachadora con suavidad para que Darby no oyera el clic. Notó su propia sonrisa, a pesar de estar a punta de pistola. Sujetó la remachadora detrás de la espalda, preparándose para levantarla y disparar—. Quiero decir, joder, me has

pillado, Darbs. Tú ganas. Me rindo. Vamos a jugar una ronda de la hora del corro mientras esperamos a que la policía...

—Nada de eso —dijo Darby mientras apretaba el gatillo.

CRAC.

## 06.01 h

Ashley dio un respingo al oír el disparo. No esperaba estar vivo para oírlo; se supone que no oyes el que te mata.

Pero lo había oído.

Y sí, estaba vivo.

¿Qué había ocurrido?

Darby vacilaba al otro lado de la puerta del conductor del Astro, tambaleándose en silencio y conmocionada. Bajó la Beretta de Lars y miró a Ashley con una expresión de intenso terror en el rostro. Fue entonces cuando él lo vio, justo debajo de la clavícula de ella. En la camiseta negra. Un círculo viscoso que se iba agrandando. Sangre.

—¡He dicho que la sueltes!

Movimiento por el retrovisor lateral. Ashley se dio la vuelta y vio a un guarda forestal, un policía, o ayudante del *sheriff*, o lo que fuera, de pie detrás del Astro, con una mano en el faro trasero, recuperando el aliento con un sombrero de Smoky Bear y apuntándole con una Glock.

Volvió a gritar.

—¡Suéltala, chica!

Darby giró en redondo para situarse de cara al policía, moviendo los labios. Intentaba hablar. A continuación, la Beretta Cougar cayó a la nieve, sin disparar, y le fallaron las rodillas. Y así, de repente, la ingeniosa, rudimentaria, valiente Darby Thorne se desplomó como una bolsa de basura en el aparcamiento nevado.

Ashley se quedó boquiabierto. «Imposible».

«Jodidamente increíble».

«Esto es alucinante».

—No te muevas —ordenó el agente, sujetando la radio que llevaba al hombro—. Disparo, disparo. Diez, cincuenta, dos...

Repantigándose en el asiento, Ashley ató cabos: el policía había llegado alertado por el fuego y, como es natural, lo primero que aquel agente paleta había visto era a Darby, ensangrentada y blandiendo una pistola, persiguiendo a una víctima indefensa antes de acorralarla en el interior de un

monovolumen, medio segundo antes de dispararle. Así pues, ese Capitán América de pacotilla no tenía otra opción aparte de disparar. Tenía que dispararle. Así son las cosas, ya sabes. Y resultaba perfecto. De una perfección asombrosa.

El momento, la auténtica mala suerte. Sí señor, siempre había sido especial. Ahí obraban unas fuerzas sobrenaturales. Así era como un verdadero hombre mágico eludía ser capturado.

El policía se les acercó con el arma alzada, apartó la Beretta de Darby de un puntapié y le juntó las manos a la espalda para esposarla. Era un bruto. Le tiró de los codos hacia arriba como si fueran alas de pollo, pero a juzgar por el casi medio litro de sangre que calentaba la nieve, ella ya estaba tomando un *brunch* con la dama de la guadaña. Las esposas se abrieron con un chasquido metálico y, gracias al resplandor de las llamas, Ashley leyó el nombre que el agente llevaba bordado: CABO RON HILL.

El policía alzó la vista.

—Caballero, enséñeme las manos...

—Por supuesto. —Ashley alzó la remachadora.

PUM, PUM.

# AMANE CER

06.15 h

Ashley Garver silbaba *White Christmas* de Bing Crosby mientras se apoderaba de la Glock 17, de una Taser amarillo chillón y del bastón policial del cabo Hill. Rebuscó también en el billeteo del policía y se embolsó dos billetes de veinte y uno de diez, al tiempo que se fijó en que la esposa del tío parecía una auténtica cabra loca.

El agente de la patrulla viaria había soltado una serie de disparos de forma refleja mientras caía: había destrozado la ventana del pasajero de detrás de Ashley, practicado un agujero en el techo del Astro y había lanzado unos cuantos tiros más al cielo. Parecía que una bala le había rozado la mejilla porque notó que se le había abierto una raja en la parte superior del pómulo. O quizá no fuera más que piel quemada que se le había agrietado en contacto con el aire alpino.

Fuera como fuese, qué suerte la suya. La mermelada en la parte de arriba, desde luego.

Ashley decidió que lo siguiente sería matar al conductor del quitanieves. Ese camión diésel de gran envergadura era como un tapón que cerraba el acceso al aparcamiento del área de descanso. Luego sortearía los obstáculos con destreza en el Astro y saldría del puto Colorado antes de que llegaran los refuerzos del cabo Hill.

Aunque... «Joder, que vengan».

Ashley podía con todos.

Recorrió el largo aparcamiento mientras la oficina de turismo de Wanapani ardía y se desplomaba detrás de él, acercándose a los faros del camión parado. El cielo adoptaba un tono peltre, un gris que se iba encendiendo mientras el sol se preparaba para asomar por el horizonte, y comprobó la munición que quedaba en la Glock del policía. Aquellos cartuchos tenían muescas en la parte posterior con numeritos, para ver con facilidad cuántas balas quedaban. Vio por lo menos nueve. Más un segundo cartucho completo que le había quitado al cabo Hill del cinturón. Lo cargó, por si acaso.

Entonces se situó en la estela cegadora de los faros del camión y se protegió la cara. Escondió la Glock en el bolsillo del anorak, donde cabía perfectamente. No veía a través del parabrisas de la quitanieves, demasiado oscuro, pero la puerta naranja del conductor todavía estaba medio abierta y llevaba las siglas CDOT estarcidas en el lateral.

—¡Eh! —gritó—. ¡Es seguro!

Silencio.

Se humedeció los labios.

—El cabo Hill... eh... me envió para decirle que la escena es segura, que la situación está bajo control. Ha disparado a la secuestradora. Ahora necesita que transmitas un mensaje a los demás vehículos por la frecuencia de radioaficionados.

Otro silencio prolongado.

Acto seguido, por fin la puerta crujió y se asomó un rostro desaliñado, que se puso de pie en el reposapiés.

—Ya he llamado y han dicho que...

Ashley apuntó la Glock. CRAC.

La ventana estalló. Falló por los pelos, pero el hombre de todos modos cayó de culo en la nieve. La gorra de los Red Sox acabó en el suelo.

Ashley rodeó los faros protegiéndose los ojos.

El conductor se desplomó sobre el vientre, los trozos de cristal crujían bajo su peso. Se puso en pie como pudo y alcanzó la puerta abierta para impulsarse de nuevo al interior, CRAC, pero Ashley le disparó en el brazo. El hombre gritó con voz ronca.

Ashley cerró la puerta de una palmada.

—Caballero, no pasa nada.

—No me mates. —El hombre se arrastró hacia un lado apoyándose en un codo y sujetándose la muñeca. La sangre caliente le chorreaba entre los dedos, manchaba la nieve y dejó un rastro rojo—. Por favor, cielos, por favor, no me mates...

Ashley le seguía.

—Por favor, no, no...

—Deja de moverte. Ya está bien. No te mataré —dijo Ashley apoyando el pie en la espalda carnosa del hombre para inmovilizarlo—. Deja de oponer resistencia. Todo va bien, te lo prometo. —Mientras lo decía, presionó la Glock 17 contra la nuca del hombre. Apretó el gatillo... pero no hasta el fondo.

De nuevo había tenido la misma sensación. Esa curiosa electricidad.

Había alguien detrás de él.

«¿Y ahora qué?».

Se volvió, medio esperando ver el fantasma desriñonado de Darby Thorne, dispuesta a ejercer su venganza sangrienta, pero la silueta que estaba detrás de él era más baja y pequeña. Era Jay. La inofensiva Jaybird, con su camiseta roja de Poké Ball, a punto de ser testigo de otro asesinato. Para ser sinceros, se había olvidado totalmente de ella. Pero sí, aunque Lars estuviera fuera de circulación, seguía teniendo que entregársela al Gordo Kenny, y cobrar una cantidad considerable mientras la niña durara...

Jay tenía algo en la mano.

En un principio pensó que era el spray de pimienta de Sandi.

Pero entonces la niña de siete años lo alzó y en él se reflejó un destello de luz del fuego y Ashley se dio cuenta horrorizado y con un sobresalto de que se trataba de algo mucho peor: era la Beretta de Lars. Debía de haberla cogido de la nieve enrojecida que rodeaba el cuerpo de Darby cuando él no miraba y ahora estaba ahí, entre los deditos temblorosos de Jaybird.

Apuntándole a él.

De nuevo.

Gimió.

—Oh, venga ya...

CRAC.

06.22 h

Ashley Garver volvió a estremecerse. De nuevo le resonaron los tímpanos como respuesta a un disparo que nunca había esperado oír.

Abrió los ojos. Jay seguía ahí de pie junto a la quitanieves, con los ojos bien abiertos por el miedo. La Beretta con la corredera bloqueada en sus dedos blancos. Emitió un humo sucio que formó volutas contra la luz de los faros. El olor a carbón de la pólvora quemada.

Había errado el tiro.

Ashley se dio una palmadita en el estómago y en el pecho, más que nada para asegurarse. No había sangre, ni opresión, ni dolor. Tenía bien el torso y las extremidades.

Se dio cuenta de que, efectivamente, Jay había fallado, desde un metro de distancia.

A la niña le temblaba la mandíbula. Volvió a apuntar la semiautomática e intentó disparar de nuevo, pero el gatillo ya no oponía resistencia. Ni siquiera un clic. El arma estaba vacía. Daba igual de dónde había conseguido sacar Darby aquel milagroso cartucho extra, porque había pasado silbando sin rozar la oreja de Ashley y había acabado aterrizando en algún lugar entre los abetos helados. Había desaparecido, su última bocanada de esperanza, y Ashley seguía con vida.

«¿Acaso soy inmortal?».

Qué sombríamente divertido había sido todo.

La bola de fuego que lo lanzó por la ventana y solo le causó quemaduras leves. El policía que había llegado y, de forma milagrosa, había disparado a la persona equivocada en el momento preciso. ¡Y ahora eso! La pequeña Jaybird le había tenido en el punto de mira, a quemarropa, pero había fallado de todos modos. Su tostada había caído otra vez con la mermelada hacia arriba. ¡Contra todo pronóstico!

Reprimió una carcajada siniestra. Toda su vida había estado protegido, aislado de las consecuencias por una fuerza generosa y desconocida. Por ejemplo, había nacido con el aspecto físico y la astucia de un depredador que Lars nunca había tenido. La forma como su padre había perdido la chaveta

por culpa del Alzheimer justo a tiempo de traspasarse las riendas de Fox Contracting. Incluso atrapado en las entrañas de una mina de Chink's Drop, había sido rescatado gracias a la suerte más ciega y tonta posible, y los huesos del pulgar se le habían soldado a la perfección, contra el pronóstico del médico. Sí señor, había llegado a convertirse en un hombre mágico, seguro, y no cabía la menor duda de que estaba destinado a grandes logros.

¿Cuán grandes?

Joder, quizá algún día llegara a la presidencia.

No pudo contenerse; se rio... pero, cosa rara, no oyó su risa. Solo un zumbido en los oídos. Si se paraba a pensarlo, ni siquiera estaba seguro de estar moviendo la cara.

—Buen disparo, Jaybird —intentó decir.

Ningún sonido.

Jay bajó la Beretta. Entonces la vio sorprendentemente tranquila, observándole, mirándole con sus pequeños ojos azules. No con terror, no, ya no, sino con curiosidad.

«¿Qué coño?».

Ashley intentó volver a hablar, esta vez más despacio, moviendo la lengua con cuidado.

—Buen tiro, Jaybird —dijo.

Le salió como un único gruñido en forma de sílaba, pronunciado con dificultad por sus labios anestesiados. Era su voz, sí, procedía de sus pulmones y tráquea, pero salía con un retraso baboso que no reconocía. Era la sensación más aterradora que había tenido jamás.

Entonces empezó a ver borroso.

Primero Jay se convirtió en una mancha y luego la vio doble. Entonces había dos Jaybird que le devolvían la mirada y ambas bajaron sendas copias de la pistola que lo había matado.

Una humedad cálida le serpenteó por la cara y le produjo un cosquilleo en la mejilla. Un olor extraño le llegó a la base del cerebro, denso y amargo, como plumas quemadas. Estaba enfurecido, temblaba de rabia e intentó decir algo más, maldecir a Jay, amenazarla con una tarjeta roja, levantar el arma que le había quitado al policía y hacerla callar para siempre, pero ya se le había caído de entre los dedos. Para su profundo horror, había olvidado cómo se llamaba. Recordó algo... algo acabado en «eno». ¿Era «lleno»? ¿«Relleno»? ¿«Caletín relleno»? Ya no estaba seguro de nada y las palabras se marchitaron y cayeron como hojas secas e intentó cogerlas con desesperación, alguna de ellas, y solo consiguió pillar una...

—Socorro...

Brotó como un gemido irreconocible.

Acto seguido, el mundo se invirtió: el cielo que se iba aclarando pasó a estar debajo, al tiempo que Ashley cambiaba de inclinación y la nieve le quedaba a la espalda. La pistola estaba en algún punto a su derecha, pero estaba demasiado pastoso para alcanzarla. Ni siquiera era consciente de haber aterrizado, porque, en sus pensamientos fragmentados, Ashley Garver seguía volando, seguía impotente, seguía cayendo, cayendo, cayendo...

—Darby, se acabó.

Ella también estaba cayendo cuando oyó la voz de la niña y la apresó. La mantuvo unida al mundo como una correa fina. Abrió los ojos encostrados y vio la sombra de Jay encorvada contra un vasto cielo gris.

—Darby, se acabó. He cogido tu pistola y Ashley estaba a punto de matar a alguien más y le disparé.

Darby obligó a sus labios a moverse.

—Bien hecho.

—En la cara.

—Excelente.

—A ti... a ti también te han disparado, Darby.

—Sí, me he dado cuenta.

—¿Estás bien?

—La verdad es que no.

Jaybird se inclinó y la abrazó, cosquilleó el rostro de Darby con su pelo. Ella intentó respirar, pero notaba una opresión en las costillas. Como si tuviera a alguien subido a su pecho, que le aprisionaba los pulmones.

«Inhala», le decía su madre.

«Vale».

«Luego cuenta hasta cinco. Exhala...».

—Darby. —La niña la sacudió—. Vuelve.

—¿Sí? Estoy aquí.

—Estabas cerrando los ojos.

—No pasa nada.

—No. Prométeme, prométeme que no cerrarás los ojos...

—De acuerdo. —Levantó la mano derecha envuelta en cinta aislante—. Te lo juro por el meñique.

—Sigue sin tener gracia. Por favor, Darby.

Lo intentaba, pero seguía notando que se le caían los párpados, un tirón hacia la oscuridad inevitable.

—Jay, cuéntame. ¿Cómo se llamaba tu dinosaurio preferido?

—Ya te lo dije.

—Repítemelo, por favor.

—¿Por qué?

—Solo quiero oírlo.

La niña vaciló.

—Eustreptospondylus.

—Es... —Darby rio con debilidad—. Qué tontería de dinosaurio, Jay.

La niña sonrió a pesar de las lágrimas.

—De todos modos no sabes ni cómo se escribe.

En cierto sentido, aquel terreno de hielo grumoso parecía más cómodo que cualquier cama de plumas en la que hubiera yacido. Ahí sentía todas las zonas magulladas del cuerpo en perfecto estado. Como internarse en un sueño bien merecido. Y de nuevo volvió a notar que se le cerraban los párpados. Ya no sentía dolor en el pecho, solo una presión velada que iba en aumento.

Jay susurró algo.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que gracias.

Darby sintió un ligero estremecimiento y notó un mariposeo en el estómago que no era capaz de articular. No estaba segura de qué decirle a Jay, de cómo responder... «¿De nada?». Lo único que sabía era que si volviera a tener la oportunidad, repetiría lo que había hecho. Cada minuto de la noche. Todo el dolor. Todo el sacrificio. Porque si no valía la pena morir por salvar a una niña de siete años de unos abusadores infantiles, ¿por qué coño iba a valerla?

Y ahora, mientras se desangraba en la nieve, observando cómo la oficina de turismo de Wanapani fundada por el estado era consumida por las llamas y se convertía en un esqueleto negro, Darby también se hundió en una paz profunda y satisfactoria. Qué cerca estaba. Qué dolorosamente cerca. Solo le quedaba una cosa por hacer, y rápido, antes de perder la conciencia.

—¿Jay? Un último favor. Mete la mano en mi bolsillo derecho, por favor. Debería haber un boli azul.

Una pausa.

—Vale.

—Pónmelo en la mano izquierda.

—¿Por qué?

—Haz lo que te digo, por favor. Y luego quiero que vuelvas a la quitanieves. Dile al conductor que dé media vuelta y te lleve a un hospital ahora mismo. Dile que es una emergencia, que necesitas esteroides para evitar un ataque...

—¿Vas a venir con nosotros?

—No. Voy a quedarme aquí. Necesito dormir.

—Por favor, ven con nosotros...

—No puedo.

La correa de Darby se había cortado y volvía a caer, caía por pisos de oscuridad, se deslizaba al interior de su cabeza, volvía a Provo, volvía a la casa de su infancia con tuberías en mal estado y el techo de palomitas, envuelta en los brazos de su madre. La pesadilla se desvanecía. La voz cálida de su madre en el oído: «¿Lo ves? Estás bien, Darby. No ha sido más que una pesadilla».

«Ahora ya ha acabado todo...».

—Por favor —susurró Jay, muy lejos—. Por favor, acompáñame...

«Inhala. Cuenta hasta cinco. Exhala».

«Vale».

«Así. Sigue así».

En sus pensamientos ensombrecidos, recordó las últimas palabras que le había dicho Ashley y se subió la manga derecha, le quitó el capuchón al boli y escribió en su muñeca con la mano izquierda. Haciendo ruido al escribir, dejando huecos sin tinta, en mayúsculas en su propia piel:

KENNY GARVER  
RATHDRUM, IDAHO.  
912 BLACK LAKE ROAD.

Ahora sí que había cumplido. Ahora Jay estaba salvada y todos los ángulos del asqueroso plan de Ashley se habían eliminado, arrastrados hacia el día para ser enjuiciados. Dejó que el boli se le deslizara entre los dedos, por fin satisfecha. Cuando la policía descubriera su cuerpo congelado ahí en la nieve, leerían su último mensaje. Sabrían que les quedaba una última puerta por abrir de una patada, ahí arriba en Idaho.

«Estás conmigo, Darby».

«Vale».

«No temas. El fantasma de piernas largas no era real». Entonces su madre la abrazó con fuerza, hasta el límite, y se unió a ella en aquel momento perfecto, y por fin el terror terminó. «No ha sido más que una pesadilla y ahora ya ha acabado todo. Todo irá bien. Y... ¿Darby?».

«¿Sí?».

«Qué orgullosa estoy de ti».

## Borrador (no enviado)

24/12/17 17.31 h

A: amagicman13@gmail.com

De: Fat\_Kenny1964@outlook.com

Siento el retraso, Ashley, aquí arriba también hemos tenido nuestro propio apocalipsis nevado. El granero de los vecinos ha acabado cediendo y los caballos se han puesto como locos. Ni siquiera reconocerás el lugar.

Pero sí, lo querías por escrito y, y que lo jures, hagámoslo. 10.000 por adelantado más el 10% de todo lo que saque después. Hace tiempo que no hacemos una de estas, pero tengo el búnker preparado y a dos tíos interesados, uno de Milwaukee y otro de Portland.

Estas medicinas que vas a conseguir la pondrán mejor, ¿no? ¿Al menos durante un tiempo? Enferma no pasa nada, pero que NO POTE.

Espero que hayas hecho un trabajo limpio con la señora del bus escolar. Ahora ya deberías estar en Bozeman, así que llegaréis el día después de Navidad, ¿no? Cuídate, límpiale los mocos a Lars y evita las carreteras importantes.

Hablamos pronto, hay alguien llamando a la puert...

## Epílogo

*8 de febrero*  
*Provo, Utah*

Jay no se dio cuenta de que el apellido de Darby se escribía con una «e» muda hasta que lo vio grabado en una lápida de cemento. Debajo del nombre, la fecha del fallecimiento: 24 de diciembre.

Un día antes de Navidad.

Siete días antes de Año Nuevo.

Hacía cuarenta y seis días.

Estaba en la ciudad natal de Darby con sus padres, en la ladera de un cementerio que seguía cubierto de nieve derretida, porque su padre había insistido en hacer el viaje. En un primer momento, había querido ir hasta allí en avión mucho antes, en enero, pero la enfermedad adrenal de Jay se había exacerbado con dos ataques y había tenido que guardar cama y estar bajo vigilancia. Al final, no habían considerado que estuviera lo bastante estable para viajar hasta la semana anterior. Mientras tanto, su padre había insistido: «Tenemos que volver a ver a Darby Thorne. Le debemos algo que no puede escribirse en un cheque».

—¿Es esa? —preguntó ahora. Unos pocos pasos colina abajo, alcanzándolas.

—Sí.

Las horas y los días que siguieron a la tragedia de la carretera de Colorado eran una mancha enfermiza, pero ciertos momentos se abrían paso en la memoria de Jay. El dolor de la aguja intravenosa. El bramido de las palas de los rotores. La manera cómo los técnicos sanitarios la habían rodeado y aplaudido cuando la transportaron al helipuerto de Saint Joseph. El vago recuerdo de la medicación. La forma cómo sus padres habían aparecido corriendo por ese pasillo en una especie de cámara lenta borrosa, con los

dedos entrelazados, cogidos de la mano de un modo que ella no les había visto jamás. Hablando con voces ahogadas que jamás había escuchado. El abrazo a tres bandas encima de su cama rechinante. El sabor salado de las lágrimas.

Las cámaras también. El embrollo de los micrófonos. Los agentes de policía, que sujetaban sus blocs de notas y tabletas, intercambiando preguntas sutiles y miradas de soslayo. Las entrevistas telefónicas con periodistas cuyo acento apenas entendía. El camión del noticiario aparcado en el exterior con una antena que parecía el mástil de un barco. La forma reverente, casi temerosa, de bajar la voz cuando las personas hablaban de los muertos, como del pobre Edward Schaeffer. Y del cabo Ron Hill, el policía de la patrulla viaria que cometió un error por décimas de segundo que le costó la vida.

Y de Darby Thorne.

Quien lo empezó todo. La inquieta estudiante de arte de ojos enrojecidos de una universidad estatal en Boulder poco conocida, que cruzaba las Rocosas a toda velocidad con un Honda Civic hecho polvo, que había sido la primera en encontrarse a una niña encerrada en el monovolumen de un desconocido y había decidido actuar con heroísmo para salvarla.

Y, contra todo pronóstico, lo había conseguido.

«Darby llegó a esa área de descanso por algún motivo», le había dicho su madre cuando estaba en Saint Joseph. «A veces Dios coloca a las personas en el lugar preciso donde tienen que estar».

«Aunque no lo sepan».

Una ráfaga se filtró por el cementerio y circuló alrededor de las lápidas de mayor altura, lo cual estremeció a Jay, y entonces su madre alcanzó al grupo y se puso las gafas de sol para leer la letra mientras se fundía con el papel, cada vez más claro con cada trazo de las ceras.

—Tenía... tenía un nombre bonito.

—Sí, es verdad.

La luz del sol se filtró entre las nubes y, durante unos instantes, Jay notó calidez en la piel. Una cortina de luz barrió las tumbas, que emitió un brillo trémulo en el granito y en las briznas de hierba heladas. Enseguida desapareció, engullido por un frío cortante, y el padre de Jay deslizó las manos en los bolsillos del abrigo. Durante un largo momento, los tres guardaron silencio mientras escuchaban las últimas pasadas ásperas de las ceras para transferir la lápida al papel.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo él.

Pero el calco ya estaba terminado. La cinta adhesiva arrancada de la piedra, esquina por esquina. Entonces el papel se retiró y dejó al descubierto las letras grabadas: MAYA BELLEANGE THORNE.

—¿Qué quisiste decir? —preguntó Jay—. Cuando te pregunté si os queríais y respondiste «Es complicado».

Darby enrolló el papel de arroz, lo introdujo en un tubo de cartón, se levantó de la tumba de su madre y le dio un apretón a Jay en el hombro.

—No pasa nada —repuso—. Estaba equivocada.



TAYLOR ADAMS se graduó en la Eastern Washington University, que le otorgó el prestigioso premio Edmund G. Yarwood. Ha trabajado varios años en la industria del cine y la televisión. Es el autor del cortometraje *And I Feel Fine* (2008). Su trabajo como director ha sido exhibido en el Seattle's True Independent Film Festival, y sus artículos publicados en el blog Fox Life de KAYU-TV. Taylor vive en el estado de Washington.